



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XVII**

Lectulandia

Decimoséptimo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Visite España año 2000*, *El sacro Vehn*, *La tercera vida*, *Historia del pastor y sus ovejas*, *Enigma en el pensamiento*, *Simbiosis*, *Un buen ejemplar*, *Hasta el fin de los siglos*, *Las máquinas*, *El fin del Universo*, *La fuente de la eterna juventud*, *Decapitado*, *Spood y Rennie han vuelto*, *Antes de haber nacido*, *Los sueños de tía Elisa*, *La legión de los malignos*, *Los chupópteros*, *No es normal*, *La nave de las semillas*, *El retorno*, *La despedida*, *SOS en Procyón*, *Jurgens*, *Ahora te toca a ti*, *Erídano*, *Cosas de Milton*, *¿Hay vida en la Tierra?*, *Dimisión*, *Diez afroditas*, *Ezequiel y Ramsés*, *La caverna del sueño*, *Los horribles terrestres*, *Los fantasmas defensores de la Tierra*, *La centolla*, *Diapasón* y *La partida de billar*.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XVII**

Antología de novelas de anticipación - 17

ePub r1.0

Watcher 11-05-2018

AA. VV., 1972

Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Visite España año 2000

Alfonso Álvarez Villar

«y las fuerzas del infierno no prevalecerán contra ella».

(San Mateo, 16, 18)

Volaban los tres coches blindados sobre las autopistas francesas. Paisajes yermos alternaban con los restos de los antiguos bosques y prados de Francia. Una fina lluvia chorreaba silenciosamente sobre las chapas de acero de los vehículos. De vez en cuando se cruzaban con algunas columnas de automóviles: eran los que habían anticipado sus vacaciones para dirigirse a la hospitalaria España en pos de emociones fuertes que ningún otro país del mundo podría ofrecer a sus visitantes. Especialmente, las corridas de toros, que competían con éxito con las luchas de gladiadores, con las que Italia había intentado atraer hacia sí a los turistas, en una pugna continua para aniquilar la competencia de los españoles.

Roger miraba distraído el paisaje a través de las minúsculas troneras y conversaba de vez en cuando con Moreau, que por orden del hermano de aquél dirigía la fuerza expedicionaria.

—Si tenemos suerte creo que nos encontraremos con alguna que otra cuadrilla de bandoleros antes de llegar a Madrid. Es una delicia que de cuando en cuando nos depara el turismo español —decía Moreau al servidor de la ametralladora, entre chupada y chupada a un grueso cigarro puro que impedía filtrarse por las troneras el olor a tierra húmeda de los campos.

Llegaron a la frontera española y pasaron el puente de Hendaya. Habían preferido el camino más corto porque en esos momentos existía una tregua entre las bandas disidentes del Norte de España y el Gobierno Central de Madrid. Ambos Gobiernos habían decidido no perjudicar excesivamente el turismo y por eso valía la pena evitar el camino más largo por las fronteras de la República de Levante.

Llegaron rápidamente a San Sebastián y por orden de Moreau hicieron un descanso. Previamente, en la frontera, donde tuvieron que esperar más de tres horas, embutidos en una larga fila de automóviles, habían sido registrados uno a uno. Había sido abierto el paquete de las filminas (que debía ser enterrado en Toledo para que allí permaneciese oculto un lote de Cultura esperando tiempos mejores); pero los mozos de traje blanco y faja roja sólo se habían entretenido unos instantes para mirar al trasluz algunas de las diapositivas. Se limitaron a sonreír con desprecio porque, por suerte, no habían caído en sus manos reproducciones de cuadros abstractos, que posiblemente hubieran tomado por planos de fortificaciones.

La pequeña tropa se dispersó por las casas de juego, los cabarets y los lupanares que representaban casi la mitad de los edificios de lo que antaño había sido la plataforma giratoria de un vasto turismo en ambas direcciones, crisol en donde, habían empezado a fundirse dos culturas, gracias a numerosos vínculos matrimoniales celebrados bajo las banderas de los Estados Unidos de Europa.

Roger descendió a la playa, que a esas horas de la tarde estaba casi desierta. Era la primera vez que veía el mar. Se descalzó sus botas y dejó que las olas frías del Cantábrico le dejaran en sus tobillos una caricia salada. Cerró los ojos y volvió a ver debajo los rojos anaranjados del crepúsculo una isla de la Magdalena distinta: rodeada como por gaviotas, de blancos veleros que se balancean rítmicamente, mientras una multitud de bañistas los contemplaba tendidos indolentemente sobre las arenas de la playa. ¿Dónde había visto esto, Dios mío? Recordó entonces que cuando era aún muy niño se había deleitado contemplando la propaganda veraniega de cierta isla. Mujeres y hombres semidesnudos en sus trajes de baño recibían un chorro de luz bajo las palmeras de la isla. Entonces, algo extraño se había producido en el alma de Roger niño: la nostalgia de un paraíso perdido, de algo hermoso que existió en otra época y que se había volatizado para siempre.

El paisaje, cubierto de prados y de bosquecillos, dio paso a la ancha llanura de Castilla. Centenares de toros recortaban sus siluetas sombrías sobre el cielo aguamarina. Las autopistas eran buenas, el tráfico no demasiado intenso, con lo que en unas horas llegaron a los ribazos de la Sierra del Guadarrama. Antes, habían tenido que pasar la línea de fuego entre los ejércitos del Norte y los leales al reino de España. Dos filas de cañones y de tanques, reliquia de la Tercera Guerra Mundial y que se apuntaban implacablemente entre sí, sin que ello impidiera que sus servidores conversaran amigablemente entre ellos y alternasen en los bares, paradores y restaurantes que se hallaban alineados a lo largo de toda la carretera.

La única molestia para Roger y su escolta fue un segundo registro y un segundo pago de peaje al pasar de un territorio a otro. Así llegaron a un villorrio constituido casi exclusivamente por paradores de turismo, cabarets y otros lugares de esparcimiento. Se hallaba embutido entre bosques espesísimos de pinos que habían reparado las hondas cicatrices de las bombas de napalm lanzadas por los norteamericanos contra los guerrilleros españoles. Sólo algunas ruinas recordaban la guerra sin cuartel que había tenido como escenario la geografía de España.

—Vamos a parar aquí —ordenó Moreau.

Los tres vehículos aparcaron en la plaza Mayor del pueblo. Otros muchos coches se hallaban aparcados allí con sus respectivas «roulottes» provistas de aspilleras y en su mayor parte blindadas.

—Han tenido ustedes suerte —les dijo en un mal francés el dueño de un bar americano—. Se casa precisamente hoy una moza del pueblo, y están también todos los turistas invitados a la boda. Además —añadió acto seguido—, anda por aquí la banda de «El Barbudo».

—¿Se refiere usted a una cuadrilla de bandoleros? —preguntó Moreau.

—Exactamente. No son peligrosos, pero acostumbran a exigir un pesado impuesto a los turistas.

Moreau ardía en deseos de combatir contra los bandoleros, pero la mayor parte de sus hombres prefería asistir a la boda, que les atraía más que un *safari* de bandidos. Además, el dueño del bar les había advertido que si luchaban contra los bandidos se ganarían la animadversión de toda la comarca, unánime admiradora de «El Barbudo», un hombre que robaba a los turistas para regalárselo a los indígenas aunque el dueño del bar jamás había tenido noticias de que hubiera sido beneficiado algún español.

Acudieron, pues, a la iglesia en donde se iba a celebrar la ceremonia. El novio llevaba un antiguo hábito de la Orden de Calatrava y un espadín dorado, expoliados Dios sabía dónde por algún antepasado suyo. La novia llevaba el vestido blanco tradicional desde hacía siglos. Sonó la marcha nupcial de Mendelshon, y un ¡hurra! unánime salió del pecho de todos los asistentes. Volaron los sombreros y algunos ciudadanos de la República Autónoma de Texas dispararon sus revólveres al aire.

Apareció el oficiante, que llevaba una sotana mugrienta disimulada en gran parte bajo una casulla que antaño habían utilizado los párrocos del pueblo. Dos robustos acólitos, vestidos de rojo, trajeron arrastrado por el cuello a un novillo, hasta colocarlo entre los novios y el sacerdote. Comenzó la ceremonia. El oficiante entremezclaba largas parrafadas en español con otras en latín. Luego leyó algo que recordaba la epístola de San Pablo y se dirigió a los asistentes deseándoles una feliz estancia en Madrid. Era la concesión obligada al turismo internacional.

La parte más emocionante del rito no se había realizado aún porque, tras el cambio de anillos y de arras, el sacerdote tomó de un cestillo de mimbre que le ofrecía uno de los monagos un largo cuchillo de cachas de madera. Hizo la señal de la cruz con el arma y con un fuerte golpe se la hundió al novillo en el cuello. El animal lanzó un tremendo mugido y las patas se le doblaron. Dos o tres golpes más y dejó de mugir. Un alarido se levantó de los espectadores, que comenzaron a precipitarse hacia el altar, no sin que antes los novios sorbieran, por riguroso turno, la sangre que brotaba de la carótida de la res sacrificada y mancharan con ella, intencionadamente, sus vestidos.

Pronto quedó Roger prácticamente solo, detrás de un confesionario que le había servido de refugio. La comunión de la sangre enloquecía ahora a los aborígenes y a los extranjeros. Pugnaban, en efecto, por deglutir algunas gotas de sangre del hilo carmesí que brotaba del novillo, pero otros más impacientes acuchillaban al animal en otras partes para proporcionarse otras fuentes suplementarias.

Salieron todos precipitadamente del templo. Alguien había dicho que iban a soltar dos novillos. Además, las campanas de la iglesia repicaban compitiendo con el restallido de los cohetes.

Habían soltado no dos novillos, sino tres toros: el padre de la novia era el dueño de uno de los mejores paradores de turismo del pueblo y podía permitirse ese lujo. La

diversión consistía en acuchillar a los cornúpetas para que hombres y mujeres pudieran empapar sus vestidos con aquella sangre que, según la creencia popular, daba fecundidad a las mujeres.

En ese momento un grito unánime se levantó: «¡Ha llegado “El Barbudo”!» y algunos de los comensales sacaron sus armas, entre ellos Moreau, que había jurado llevar a París la cabeza del bandido como un trofeo cinegético más. Pero «El Barbudo» y sus hombres, unos tipos cubiertos de mugre y que llevaban todo un arsenal a cuestas, venían en son de paz, como cualesquiera otros invitados. Fueron acogidos con una ovación unánime tras aquellos primeros instantes de perplejidad, y pronto se les hizo sitio al lado de los padrinos de los novios.

Trajeron muslos y pechugas de pollo, trozos, chorreantes de grasa, de cordero y luego de toro y de vaca. Los porrones y las botas pasaban de mano en mano, y como la comida se servía en bandejas colosales sin que interviniera ningún cubierto nada más que las manos de cada cual, el olor a grasa y a sangre enloquecía los sentidos. Mientras, los cohetes seguían restallando y una banda atacaba pasodobles y ritmos afrocubanos.

Luego se organizó el baile; algunas mujeres se habían despojado de su ropa y se contorsionaban medio desnudas. Varias parejas bailaban sobre las mesas y otras se deslizaban fuera de la explanada para sepultarse en los cobijos que ofrecían los pinares circundantes. Pero Roger había aprovechado el momento más propicio para retirarse fuera de la mirada vigilante de Moreau y sus hombres.

En un lugar en donde apenas llegaba el rugido de la masa y las notas cada vez más discordantes de los músicos, Roger se había tumbado bajo un pino. Comenzaban a lucir las primeras estrellas en el cielo, y una vez más se sintió tranquilo en aquella tierra extraña en donde Dios le había asignado una misión que él todavía ignoraba.

Madrid había dejado de ser la gran ciudad de antaño. Mezcla de inmensos y lujosos edificios y de chabolas inmundas (vertedero de una mezcla curiosa de míseros y de picaros con poca fortuna) había perdido la pincelada señorial de Carlos III. Se había desplazado, además, hacia el Sur como una ameba gigante que huyera del contacto frío de la Sierra, o como una masa sólida que siguiendo las leyes del equilibrio hubiera rodado hacia la cuenca del Tajo.

—Madrid es ideal para divertirse —comentó Moreau, que cabeceaba ostensiblemente sin haber eliminado por completo los excesos de la boda campestre.

Se alojaron en un hotel de primera categoría y Roger quedó en libertad para hacer lo que le apeteciera. Al día siguiente, iniciarían la última etapa del viaje: la visita a Toledo.

Con la cabeza vibrante aún del jolgorio del día anterior y de los estallidos de los cohetes, Roger se dirigió hacia los suburbios de Madrid. Tenía una misión específica que realizar: la compra de algunos lienzos procedentes del Museo del Prado. Un tal Lamartinière le había facilitado la información adecuada acerca del lugar a donde acudir.

Atravesó la antigua Plaza de la Independencia, en la que aún permanecían las ruinas de la antigua Puerta de Alcalá; unas ruinas heroicas que los guías enseñaban a algunos turistas: los que aún se interesaban por los restos arqueológicos. Dos siglos y medio antes, un pequeño grupo de soldados y de civiles, al mando de dos tenientes, había luchado, hasta sucumbir, contra un número mayor de compatriotas de Roger. Y el nombre de aquella plaza recordaba el alzamiento de aquellos hombres y de todo un pueblo. Casi dos siglos después, y en esa misma *plaza*, se había repetido aquella escena heroica. Pero esta vez en lucha contra las fuerzas invasoras norteamericanas.

Roger atrajo a su memoria los recuerdos de aquella guerra terrible en la que las dos riberas del Atlántico se habían hundido en el caos, en la que una de las empresas más grandes de la Humanidad, la constitución de los Estados Unidos de Europa, se había roto como un inmenso jarrón de Sévres.

Evocó, pues, el nacimiento de aquella colosal supernación: una Europa próspera y feliz, creadora de un nuevo humanismo basado a la vez en la tradición cristiana, en la democracia de 1789 y en la revolución científicoindustrial iniciada en el siglo XVIII. Unos Estados Unidos de Europa que ya no era minúscula lámina de metal que gemía lastimosamente entre los dos grandes rodillos de Rusia y de Norteamérica, sino que había vuelto a tomar el gobernalle del mundo. En esa Europa nadie se sentía forzado a emigrar a los Estados Unidos de América para realizar sus posibilidades artísticas o científicas, sino que, al revés, se recogía lo más selecto de las Américas y del resto del mundo, como en una nueva Atenas o Alejandría. Remansada la energía creadora que antaño había derivado hacia otros puntos de la rosa de los vientos, Europa se alzaba sobre las demás naciones que se habían nutrido de sus pechos, como una abuela centenaria contempla a sus hijos y a sus nietos, antaño esparcidos por todos los rincones del planeta y ahora rindiéndole pleitesía.

Y entonces surgió la catástrofe: los Estados Unidos de América no se resignaban a perder sus mercados. Consideraban una catástrofe que una Europa ya independizada políticamente en sus distintas nacionalidades desde una fecha muy temprana, se independizara ahora en lo comercial, y más aún, impusiera su hegemonía sobre el mundo. Alguien debió, pues, apretar un botón en el Pentágono de Washington: el primer misil había cruzado el Atlántico en dirección a Europa. El proyectil cayó en Londres y le siguieron inmediatamente otros muchos. Ambos contendientes, en torno a los cuales se alinearon las restantes naciones del mundo, habían comprendido lo suicida que hubiese sido el empleo de armas atómicas, por lo que la humanidad se salvó de la hecatombe final. Pero la guerra no por eso dejó de ser mucho más horrible que las dos primeras guerras mundiales. Por ejemplo, Israel, aliada en el bando de Europa, voló la presa de Assuan, que entonces se había convertido en un lago, y dos millones de egipcios perecieron entre las aguas, como los ejércitos del Faraón al intentar pasar el Mar Rojo.

Norteamérica invadió Europa y llegó hasta las mismas posiciones que habían ocupado los nazis en la segunda contienda. Fue una lucha terrible en la que los

Europeos derrocharon todo el heroísmo que dieciséis siglos de historia habían ido condensando en la gran botella de Leyden de su espíritu: los defensores de Londres, París, Roma, Madrid, Berlín, etc., defendieron sus ciudades casa por casa, en una pugna sin cuartel y sin misericordia. España fue una vez más gloriosamente derrotada, pero sus últimos soldados continuaron una lucha de guerrillas, camuflados en la sinuosa orografía del relieve español.

Y vino la segunda oleada: la de las retiradas de las tropas norteamericanas, que fueron catapultadas al Atlántico como un montón de embalajes inútiles. La historia se repitió: las mismas llanuras que habían presenciado la derrota de Carlos XII de Suecia, de Napoleón y de Hitler sirvieron de mortaja de hielo a los nuevos Invasores. Congelados en invierno y agarrotados por el barro del verano, los norteamericanos fueron implacablemente perseguidos por las tropas rusas, a las que se habían añadido los restos del gran ejército de los Estados Unidos de Europa. No hubo piedad para los invasores, que fueron perseguidos como alimañas hasta ser cosidos a bayonetazos o a cintarazos de fuego en las esquinas más recónditas de Europa. Y España volvió a ser escenario de combate, porque el coloso herido aún se agarró durante unos meses a la roca que le servía de asidero en la orilla del Atlántico.

Cuando ambos rivales, agotados, firmaron la paz, estaban heridos de muerte: habían perecido cincuenta millones de norteamericanos y otros cincuenta millones de europeos, sin contar las miríadas de chinos, indios, árabes, etc., que también sucumbieron.

Acongojado por estos fantasmas sangrientos, Roger se dirigía ahora hacia el lugar en donde setenta y cinco años antes había recortado su silueta el Museo del Prado. El asfalto se había detenido en la plaza de la Independencia y empezaba un típico paisaje extraurbano, con callejas no pavimentadas y casuchas de una sola planta a derecha e izquierda. Las gallinas picoteaban su alimento entre las guijas, y los cerdos se revolcaban en los pequeños lodazales que había dejado la última lluvia.

Roger miró a su alrededor y comenzó a escuchar el clamor de aquella gente y la babélica confusión de lenguas de los turistas que se dirigían a aquel barrio típico de Madrid. Y entonces descubrió algo que había desaparecido de París. Porque todas las muchachas que no perteneciesen a las familias de los señores feudales caían en aquel mercado pero de distinta forma: había penetrado en el barrio de los prostíbulos baratos. Mujeres de todas las edades y complexiones intentaban atraer a los turistas desde unas ventanas en las que los geranios y los claveles luchaban con tesón contra el olor a alcantarilla y a excrementos de animales domésticos.

Los turistas se sacudían de encima, con impaciencia, las moscas y los chiquillos andrajosos que les pedían limosna en todos los idiomas del mundo. Roger había cometido la imprudencia de repartir algunos francos entre la multitud de jóvenes pedigüños, lo que pronto le convirtió en una presa codiciada. Hasta que cierto norteamericano, bastante saturado de whisky, comenzó a repartir latigazos a diestro y siniestro, dejando despejado el terreno. Cuando la turba mendicante volvió a reunirse,

Roger había desaparecido ya por una de las callejuelas.

Sacó el plano que llevaba consigo y no tardó ni cinco minutos en localizar la casa aquella en donde vivía el propietario de las últimas reliquias del Museo del Prado.

Llamó a una puerta con los nudillos y apareció una mujer muy vieja y bastante contrahecha. ¿Era posible que en aquel rincón de Europa hubiese gente capaz de llegar a los setenta años? Reuniendo los escasos conocimientos de español comunicó el motivo de su visita: la compra de cuadros. La vieja permaneció unos instantes dubitativa, pronunció en voz alta un nombre y apareció entonces otro anciano que condujo a Roger al sótano. Sí, allí, amontonados unos encima de otros y rodeados de restos de muebles y de enseres heterogéneos, se hallaban quince o veinte lienzos. Sus marcos habían sido convertidos posiblemente en leña, en las noches heladas en las que el pueblo de Madrid había carecido de toda, a excepción del fuego que vomitaban las super-fortalezas volantes de los Estados Unidos.

A la luz de una lámpara de acetileno, Roger comenzó a mirar una por una aquellas obras de arte. Pero antes pudo contemplar algo que le llenó de emoción: aquel hombre llevaba sobre sí un raído uniforme, superviviente de los que un día llevaron los ordenanzas del Museo del Prado.

—Sí, en efecto, lo he heredado de mi padre, que trabajó de celador en el Museo durante cuarenta años —aclaró el anciano.

Algo centelleaba en su solapa: un águila dorada. E inmediatamente Roger pensó en algo que ya había imaginado al leer la conquista de las Américas por los españoles: un puñado de hombres escalaba las cumbres menos accesibles de los Andes peruanos. Millares de flechas caían sobre ellos, pero ellos continuaban avanzando, como si en vez de hombres fuesen dioses. Un águila o un cóndor, convertido en pavesa dorada por los rayos del sol, pasaba por encima de los héroes. Y al percibir al ave de presa que planeaba por encima de los españoles, los guerreros incas huían despavoridos. Ahora, toda la gloria de España se había refugiado en la solapa de aquel uniforme descolorido.

Llegaron pronto a un acuerdo: 2.000 francos por los diecisiete cuadros, de Velázquez, de El Greco, de Goya y de otros grandes pintores. Y aún se llevó Roger, por todo lo que le quedaba en el bolsillo y por un anillo de oro, la estatua de una mujer cuya sonrisa presagiaba una nueva era de paz y de amor. Una mujer que electrizó a Roger dejándole sin habla y con los ojos arrasados en lágrimas: era la estatua de Nuestra Señora de París, llegada a aquella bodega por ignotos caminos cuando su sonrisa, maternal, ya no podía hacer mejores a los hombres.

Ahora podía regresar a Francia. Llevaba con él la esperanza de una era mejor.

Las ruinas de Toledo parecían elevarse, como restos de una ciudad fantasma, en el nimbo rutilante de las radiaciones solares. Roger se puso las gafas de sol y todas las cosas volvieron a tomar contacto con la tierra. Se asomó a un pretil en donde muchos años atrás cientos de miles de turistas, de españoles curiosos y de enamorados se habían inclinado para contemplar la curva del río, que parecía intentar llevarse con su

brazo líquido el gran talego de la ciudad imperial. Se sentó sobre el banco de piedra y respiró tranquilo: como por un milagro, había trascendido el mundo sublunar en donde reina la corrupción. Ahora flotaba en una nube de ensueños y de recuerdos gloriosos. Y aquella acuciante llamada de la belleza antigua volvió a oprimirle el corazón hasta hacerle derramar lágrimas. ¡Ya nadie podría reconstruir lo que las bombas y los obuses habían destruido! ¿Dónde estaban los átomos, que aglutinados de una manera armoniosa habían encerrado en sí durante siglos todo el esplendor de la ciudad?

Se encaminó hacia la Catedral. Tenía todavía tiempo para enterrar su tesoro, o mejor dicho, para hacer el simulacro de enterrarlo, porque allá abajo adivinaba unos hombres agazapados, unos hombres amigos, desde luego. En cuanto a Moreau y al resto de su escolta se hallaban lejos de allí, aguardando al que la nueva plaza de toros brindara poderosos excitantes a su sensibilidad abotargada.

Anduvo por estrechas callejas y pasó por plazuelas en las que el liquen y la hiedra señalaban el triunfo de la naturaleza salvaje y del tiempo sobre la obra de los hombres. Y en una de las esquinas vio fosforecer los ojos de un gato que partió maullando cuando Roger intentó acercársele, solícito. Ligeras hebras de algodón se desleían en el cielo, y las cigarras hacían pensar a Roger en la presencia sonora de los antiguos habitantes de Toledo: celtíberos y romanos, visigodos y árabes, y luego hombres de todas las procedencias, con ese sombreado morisco que en aquellas épocas aún conservaban muchos españoles.

Descansó más de una vez en un patio solitario y dejó resbalar su voz por el hueco de un pozo, contra el fondo del agua secular. Visitó restos de mezquitas y de iglesias y en uno de los muros de la antigua iglesia de Santo Tomé su imaginación reconstruyó «El entierro del Conde de Orgaz», purificado ahora para siempre por el aliento cálido del fósforo.

Luego, cuando ni las gafas de sol podían detener la avalancha de agua dorada que invadía Toledo, al llegar el sol a lo más alto de su carrera, Roger encontró asilo bajo las bóvedas aún en pie, pero con desgarrones, de la Catedral. Falta de vidrieras, la luz se escondía ahora por los inmensos agujeros causados por los obuses, para dibujar lienzos dorados sobre el suelo, sobre las columnas o sobre las pechinas de la que fue casa de Dios.

Entró en una capilla que parecía menos deteriorada. Aún quedaban los restos de unos escudos con lunas pintadas sobre un campo azul. Se acercó a los sepulcros. ¿Quiénes eran aquel caballero y aquella dama? ¿No eran acaso don Álvaro de Luna y su esposa, doña Inés de Pimentel? Restregó con un pañuelo los grafitos obscenos que hacían casi imperceptibles las facciones, y un rayo de luz, cayendo sobre las figuras yacentes, escarnecidas y mutiladas, las revistió de un halo de gloria, como si la mano de Roger las hubiese rescatado, transportándolas a «ese cielo anterior en donde florece la belleza».

Subió las escalerillas que conducían al órgano. Los tubos deslustrados se alzaban

impotentes hacia un trozo de bóveda desgarrada. Roger pulsó las teclas y un grito sobrehumano surgió del instrumento, sacudiendo por un momento aquellas piedras, aquellos trozos de hierro y aquellos restos de pinturas, dormidos desde hacía muchos años y ahora convertidos por esa vibración en ánimas, benditas. ¿Quién se molestaba ahora en cantar al Altísimo, si sobre la tierra planeaban los cuatro jinetes del Apocalipsis? Con sólo una débil esperanza ahora de que el reino del Anticristo llegase a su fin.

Y como si alguien pretendiera dar una respuesta a Roger, un débil punto de luz hirió sus retinas. Se dirigió allí medio cegado por la catarata de rayos de sol que brotaba por una inmensa llaga del muro derecho. ¡Dios mío! ¿Qué mano mantenía con vida esa lamparilla de aceite que ardía sobre el altar de una de las capillas? ¿Era, pues, cierto aquello de que «ni las fuerzas del infierno prevalecerán contra ella»?

Roger cayó de rodillas. Muchos millones de hombres y de mujeres habían caído también muchos años antes y en todas las épocas, bien bajo el sol helado de las regiones nórdicas o bajo los ardores de los trópicos, sobrecogidos por aquello que unos llaman Brahma, otros Alá o Zeus y los restantes, de innumerables maneras. Porque era ese Dios de los cien mil nombres, o mejor dicho, ese Dios que trascendía a todos los nombres, el que parecía alentar en esa débil llama del aceite. Débil y al mismo tiempo más poderosa que las zarzas ardientes con que se había aparecido a Moisés.

Volvieron a pasar la frontera. Volvió a hacerse de noche, pero ya al acercarse a París, Roger pudo distinguir que en el cielo brillaba una tenue luz más: la que señalaba a los hombres el norte de la esperanza. Por muchos avatares había transcurrido la trayectoria de la existencia humana sobre la tierra y ahora esta era del hierro que le había tocado vivir a la humanidad iba a ser posiblemente el último eclipse.

El sacro Vehn

Alfonso Álvarez Villar

«Vuelve la espada a su lugar, porque todos los que empuñan espada, por espada perecerán».

(San Mateo, 26, 52.)

La pareja de policías que iba conduciendo a Torrelli hacia la puerta metálica de la prisión tuvo que hacer uso de toda su fuerza física para conseguir abrirse paso entre la muchedumbre. El cordón de vigilancia se había roto desde los primeros instantes. Nubes de fotógrafos, operadores de TV y de Cine, lanzaban continuas cataratas de luz sobre el rostro del célebre delincuente juvenil. Pero eran sobre todo las mujeres las que más inconvenientes causaban a la Policía. En efecto, muchachas de todas las condiciones, y hasta respetables señoras casadas, se abrían paso a codazos con una fotografía de Torrelli, un álbum o una cartulina en blanco para que éste estampara su firma.

El delincuente sonreía con satisfacción a la muchedumbre que le aclamaba, y hasta los guardias que le iban conduciendo lenta y cariñosamente hacia la cárcel se sentían partícipes del homenaje.

—¿Qué vamos a hacer durante dos meses sin ti, *Torri*? —chilló con voz histérica una muchacha pecosa y rubia, que había conseguido con sus uñas horadar como un topo su camino entre la muchedumbre.

—¿Qué vamos a hacer sin ti todas nosotras? —corearon las demás mujeres.

Y Torrelli tuvo que asegurarles que el juez le había permitido salir todas las noches de la prisión, bajo palabra de honor.

Hubo aplausos delirantes hacia la Justicia, la Policía y la Constitución de los Estados Unidos. Efectivamente, el Estado sabía proteger los intereses de los ciudadanos.

Torrelli lanzó un beso calculado hacia las cámaras de televisión, los fotógrafos y sobre todo hacia una muchedumbre enfebrecida. Hubo jovencitas que se desmayaron. Pronto sonaron las sirenas de las ambulancias.

* * *

Carter engrasaba su pistola sentado en su torre de observación de la prisión de Nueva York. Era un hombre de unos treinta años y de poderosa musculatura. Refulgía su frente con el sudor de aquel mediodía veraniego. Se había desabrochado, incluso,

la camisa de reglamento, bajo la corbata negra de policía vigilante. Se aburría soberanamente. Allí en esa prisión no había nada que vigilar: el gesto de engrasar la pistola era, pues, sólo un ritual innecesario.

Los presos ingresaban en la prisión cuando «se habían pasado de la raya». Torrelli, por ejemplo, había asesinado a tres mujeres y dos niños a sangre fría, tras una apuesta con una de sus amigas favoritas. Era la quinta vez que había cometido una fechoría semejante, amén de otras muchas, que en aquellos tiempos de humanismo liberal apenas arrugaban el entrecejo de los magistrados. Pero los reclusos recibían un tratamiento psiquiátrico: se les sometía a una psicoterapia estandarizada.

¡Pobres «condenados»! Había que leer los informes de los peritos. Carter se rascó la oreja mientras recordaba algunos de los informes que habían llegado a sus manos: aquellos infelices eran hijos de padres alcohólicos. No habían acudido a la escuela, la necesidad les había obligado a robar para conseguir su primera botella de whisky o la entrada en uno de los cabarets juveniles que pululaban por la ciudad, ¡Cuántos complejos aparecían en sus extensas biografías! Indudablemente, la sociedad era la culpable de que aquellos desgraciados organizaran de vez en cuando una matanza de seres indefensos y de que viviesen en ese mundo al que, en el fondo de sus corazones, la mayor parte de los ciudadanos de los Estados Unidos deseaban ingresar. La sociedad debía, pues, purgar unos delitos sólo achacables a su injusticia social. ¿Por qué unos ciudadanos poseían, en efecto, dos o tres automóviles de lujo y otros, en cambio, uno o dos coches utilitarios? ¿Es que pertenecía sólo a unos pocos norteamericanos el privilegio de poder disponer de una o más *glamour girls* en un apartamento lujoso de la Quinta Avenida o del orgiástico San Francisco?

Carter volvió a rascarse la oreja al ir hilvanando una por una las monsergas de los periodistas y de los *speakers* de la Radio y de la Televisión. Una gota de sudor resbalaba por su calva, y Carter se la secó con la corbata. ¡Venturosa vida la de los delincuentes! Al lado de un Torrelli, de un Morgan o de cualquiera de los infinitos gangsters juveniles o adultos que pululaban en el planeta, Carter se sentía un pobre diablo. ¿Por qué no habría sido su padre alcohólico y su madre prostituta? ¿Por qué unos padres repugnantemente respetables le habían enviado a una escuela decente en vez de dejarle corretear con los golfetes en las calzadas de los suburbios? Ellos eran los amos del mundo. Aquella prisión representaba sólo un compromiso entre las tradiciones decadentes del mundo occidental y las exigencias de una nueva sociedad que se erguía cada vez más altanera, pisoteando a los hombres y mujeres de almas de esclavos, a los infelices que no se atrevían a delinquir, a los cobardes a los que todavía les escandalizaba el derramar la sangre de sus semejantes, en fin, a los habitantes de ese sórdido mundo cuyos informes psiquiátricos habrían sido una página en blanco.

¡Claro está! (y al pensar en ello Carter escupió con fuerza sobre el suelo, como si quisiera anegar en bilis aquella prisión-residencia). Todos aquellos razonamientos

eran falsos. Los delincuentes no eran más que un atajo de criaturas que se nutrían, como los gusanos, de la descomposición de aquel cochino mundo que le había tocado vivir a Carter. Temían más que nadie el puñetazo de un brazo poderoso, o el disparo de una mano que supiera colocar la bala en el sitio exacto. Elegían, por eso, a sus víctimas entre los más débiles: mujeres y niños, peatones solitarios, hombres desarmados. Nadie mejor que Carter los conocía. Estaba harto de verlos, tumbados en la *chaise longue* del salón bar, como animales invertebrados, mirando con estupidez las ilustraciones de las revistas pornográficas o dejando caer por la comisura de los labios la saliva cargada de tabaco y de esencia de goma de mascar.

Aquel Torrelli, que podía permitirse el lujo de acostarse todos los días con una mujer distinta, elegida entre varios millares de *call-girls*, humildes dependientas y empleadas y señoritas y señoras de buenas familias era, en efecto, una criatura repugnante. La mayor satisfacción hubiera sido para Carter la de propinarle un rotundo puntapié en las regiones glúteas a la vista de aquellos imbéciles que le aplaudían sus desplantes de histrión borracho y sus hazañas de gallo que pelea con ventaja. Pero el Reglamento era el Reglamento: no podía jugarse los cien dólares semanales que le daban en aquella prisión. Carter restregó con furia la gamuza sobre las cachas de nácar de su pistola hasta convertirlas en un espejo en donde pudiera mirarse con delectación el policía más relamido del país.

Apareció por uno de los laterales el teniente Smith.

—Sargento. Le va a tocar a usted el atender a Torrelli. Está subiendo en estos momentos en el ascensor. Procure que no vuelva a quejarse, como en otra ocasión que estuvo aquí, de que el desayuno se le sirve demasiado tarde.

—Descuide, señor, se sentirá mejor que en un chalet de Torremolinos.

Carter lo había pronunciado con ironía, pero Smith lo tomó como un cumplido hacia la Constitución de los Estados Unidos, que exige el máximo respeto a la dignidad humana. Torrelli apareció aureolado todavía por la apoteosis popular que se le había rendido a la entrada de la prisión-sanatorio. Los dos celadores le golpearon afectuosamente la espalda al despedirse de él. Se le había reservado una suite-habitación realmente señorial que para sí hubiesen querido los magnates de la industria pesada norteamericana.

Carter golpeó respetuosamente con los nudillos en la puerta de la habitación del célebre delincuente juvenil.

—Entra —se oyó la voz tronante de Torrelli. Torrelli se estaba despojando de su traje de calle para ponerse un precioso batín floreado de seda china.

—¿Eres el nuevo criado que el jefe me manda? —preguntó sin dignarse siquiera volver la cara.

—Sí, señor; a sus órdenes —contestó, conteniéndose, Carter. Pero esta presión era un hábito extraordinariamente desarrollado en él. Por detrás de esa poderosa barrera ascendía, sin embargo, la marejada de un odio feroz que algún día terminaría descargándose y, por supuesto, haciéndole perder los cien dólares semanales que el

Estado le pagaba.

—¿Desea usted algo, señor? —insistió Carter. Torrelli se paseaba ahora como un semidiós por la estancia, sin dignarse responder a Carter. Intentaba poner en funcionamiento el aparato de televisión tridimensional que la Dirección había instalado en su alcoba. Pero algo debía haber fallado, porque la pantalla no terminaba de iluminarse.

—Sí, deseo algo de ti, hijo de p...; que digas a tu jefe que me mande instalar otro aparato, que no me llene la habitación de cacharros como éste...

Torrelli no pudo terminar la frase. La barrera se había desplomado. Brotó del tronco de Carter, como el agua hirviendo de un geyser, un potente rechazo que alcanzó a Torrelli de refilón en la mandíbula. Uno de sus incisivos repiqueteó contra la pantalla del televisor. Pero antes de que Torrelli cayera al suelo, Carter tuvo tiempo de acertarle de lleno con un salivazo. Luego, salió al pasillo y siguió engrasando la pistola.

* * *

Grandes titulares en los periódicos vespertinos se referían a aquel caso insólito, verdaderamente nefasto para la Democracia:

POLICÍA ROMPE MANDÍBULA CÉLEBRE GANGSTER TORRELLI. COBARDE ATENTADO DE UN GUARDIÁN DE LA LEY.

¿HASTA QUE PUNTO DEBE MANTENERSE LA INSTITUCIÓN DE LA POLICÍA, A LA VISTA DE ESE CRIMINAL ATENTADO? LA LEY DEBE PROTEGER A TODO CIUDADANO DE LAS TRANSGRESIONES DE LOS POLICÍAS.

UNA MANCHA PARA LA NACIÓN. ¿QUE VA A DECIR RUSIA DE NORTEAMÉRICA? AL ESCUPIR SOBRE EL ROSTRO DE TORRELLI, CARTER ESCUPE SOBRE LA CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS.

* * *

—Está, desde luego, despedido. Carter. Lo siento por su corta pero brillante hoja de servicios —espetó el director de la prisión a su subordinado, sin levantar la vista del expediente.

—Gracias de todas maneras, señor, por sus atenciones. No he podido resistirme.

—Lo sé, Carter, pero la opinión pública pide la cabeza de usted. Torrelli es un ídolo y usted nada más que un sargento de policía. Debería usted haber tenido la paciencia de cualquiera de los ciudadanos de la Unión. Piense usted que «ellos» violaron y mataron a mi madre y que, sin embargo, sigo aquí.

—Permítame, señor, que le diga con todos los respetos que yo no quiero seguir

perteneciendo al rebaño. Ha bastado que el «señor» Torrelli ultrajase de palabra a mi madre para que reaccionase de esta manera.

—Bien. Allá usted, Carter. Ahora tendrá que sufrir un proceso por lesiones. Menos mal que no tiene usted aquí familiares que proteger. Quédese de todas formas con la pistola. Se ahorra así veinte dólares y tendrá quizá que utilizarla al salir de este despacho.

—Lo sé, señor. Felizmente, tengo buena puntería. Muchas gracias porque me deja llevar un recuerdo de esta prisión.

Se encaminó hacia la puerta principal por el largo pasillo que unía la entrada con la Dirección. Sus compañeros, o mejor dicho, sus ex compañeros le miraban con el mismo sentimiento de lástima con que se ve pasar un ataúd. Se tropezó también con algún recluso, pero, por una razón que hasta más tarde no llegó a comprender, éstos esquivaban su mirada.

Eran las nueve de la noche y hacía un calor bochornoso. Miró la verja cuyas lanzas parecían insertar las estrellas, como una especie de pincho moruno cósmico. Fuera de las rejas, rugía la jungla. Ningún hombre y menos ninguna mujer honrada se hubiese atrevido a salir de su casa después de la siete de la tarde. Sería aquélla la última vez que contemplara las estrellas, porque cualquier persona hubiese adivinado, por muy obtusa que fuese, que allí fuera le estaban esperando los esbirros de Torrelli, armados de fusiles ametralladoras. Lo del proceso por lesiones era sólo una cobertura legal, o, mejor dicho, un lanzamiento propagandístico más de Torrelli. Le hubiesen condenado los jueces, por supuesto, no a permanecer seis meses en una prisión-sanatorio, sino en esa prisión-prisión, que era la de Alcatraz, reservada a los delincuentes políticos o a aquellas raras personas en las que los psiquiatras no conseguían descubrir atenuantes. Pero el hampa utilizaba medios más expeditos para vengarse de una afrenta. Apostaba en lugares estratégicos tres o cuatro pistoleros, que asesinaban a la víctima con la más absoluta impunidad.

No temía, sin embargo, la muerte. Le daba asco la vida.

Aquella vida en la que la decencia era sinónimo de debilidad. ¿Qué interés tenía ser un miembro más de una sociedad que gemía de placer ante las atrocidades de sus malhechores, coreadas por masoquistas y cobardes? Escupió sobre la acera y se plantó delante de la puerta para ofrecer el mayor blanco posible a los sicarios.

—Aquí tenéis mi pistola, cobardes —rugió Carter arrojando al suelo el arma, que produjo un clic metálico—. Podéis matarme cuando os dé la gana. Os juro que no llevo ningún arma. Mirad los forros de mis bolsillos. Mirad mi camisa.

Tres sombras confluyeron en un punto procedentes de tres lugares ilocalizables. Avanzaron hacia Carter. La luz de una farola hizo relucir siniestramente las metralletas y los rostros malcarados, como cubiertos de viruelas.

Querían darse el placer de matar de cerca a su víctima, sin que una sola bala de los peines se estrellara fuera de su cuerpo. Posiblemente le propinarían primero una paliza.

Ya estaban a 15 metros, a 14, a 12, a 10, a 8, y se podía distinguir la crispadura de los dedos que oprimían los gatillos. Carter miró por última vez el cielo estrellado y distinguió en él aquella constelación que tanto le había gustado cuando era niño: la constelación de *Scorpio*, signo de la guerra y de la muerte, que ahora afectaba realmente a su destino.

Pero fue sólo unos instantes: se oyó el rugido de un motor y el crepitar de una ametralladora pesada. Miró delante de sí. Las ruedas de un jeep chapoteaban en la sangre de los tres hampones.

—Suba usted en seguida, Carter —bramó una voz más fuerte que el rugido del motor, que no se había detenido.

La portezuela delantera del jeep se abrió y Carter se precipitó dentro movido por una especie de instinto ciego. ¿No hubiese sido más razonable escapar? A la luz de las estrellas pudo distinguir un rostro enmascarado detrás del volante. Y detrás de él otros dos hombres también enmascarados que cambiaban de posición una vieja ametralladora Maxim. El jeep aceleró como un antílope perseguido.

—¿Son ustedes de la banda de Nigri, los enemigos de Torrelli? —preguntó Carter con timidez al enmascarado que manejaba el volante.

—No, no somos de ninguna banda ni somos tampoco de la Policía. Ya se lo explicarán más adelante —cortó lacónico el conductor.

Debajo de una especie de manto negro Carter pudo distinguir sobre el pecho de su compañero de asiento las protuberancias siniestras de un cinturón de granadas de mano. El rugido del motor no pudo taponar los oídos de Carter lo suficientemente como para que no percibiera a lo lejos un rosario de explosiones que se sucedían con intervalos definidos.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó el ex sargento.

Los tres hombres rieron.

—Nuestros muchachos están tirando unas napalms en algunos de los garitos más concurridos de Nueva York. Así matamos dos pájaros de un tiro: evitamos trabajo a los peritos psiquiatras y le salvamos a usted el pellejo, porque la Policía no va a disponer de suficientes coches para perseguirnos a todos nosotros.

El misterioso personaje enmascarado conducía a velocidad vertiginosa. En más de una ocasión estuvieron a punto de estrellarse contra otro automóvil o contra un árbol. Las sirenas de los escasos automóviles patrulleros que aún sostenía el erario de Nueva York comenzaron a sonar como mujeres en trance de parto. Las ventanas se encendían perfilando un damero demoníaco bajo la bóveda celeste.

Salieron a los arrabales de la ciudad y pronto sólo hubo campos y bosques a derecha e izquierda. Indudablemente, la Policía estaba lo suficientemente atareada en contar el número de hampones achicharrados por el napalm como para perseguir a un jeep solitario. El jeep frenó bruscamente enfrente de lo que parecía un chalet derruido. El conductor apretó el claxon una y otra vez hasta divisar las señales de una linterna de luz roja intermitente. Descendieron los cuatro y los enmascarados rogaron

cortésmente a Carter que les permitiera colocarle una venda sobre los ojos. Anduvieron varios minutos pisando lo que parecía césped seco y rastros medio calcinados por el calor.

* * *

Cuando le quitaron la venda, Carter pudo contemplar un espectáculo verdaderamente impresionante: se hallaba en medio de un campo de fútbol abandonado. La luz de un foco le deslumbraba, pero girando la cabeza a derecha, izquierda y hacia atrás pudo distinguir vagos perfiles fantasmales que se arracimaban en los graderíos. Se oía un murmullo como el de una colmena gigantesca. Vibró, sin embargo, el tañido de una campana de bronce que debía pesar muchos cientos de kilos, y se hizo un silencio de muerte.

Ahora, el foco dejó en la oscuridad el lugar en que se hallaba Carter y se deslizó hacia una tribuna que se encontraba a unos cincuenta metros delante de él. Presidiendo la tribuna distinguió perfectamente a un encapuchado que se disponía a hablar por un micrófono. A derecha, izquierda y detrás de él, otros encapuchados se apoyaban sobre las barandillas. Carter se vio acribillado por las miradas de cientos de ojos, como una hora antes había estado a punto de ser atravesado por las balas de los esbirros de Torrelli.

—Bien venido al Sacro Tribunal de Vehn, sargento Carter —atronaron los altavoces.

—¿En dónde estoy? ¿Quién es usted? —masculló Carter, a través del micrófono que le tendía un encapuchado.

Se oyó como un fondo sonoro de risas reprimidas, y el misterioso personaje que presidía la reunión contestó de la siguiente manera:

—Acérquese hasta aquí, Carter. No tenga usted ningún temor; somos amigos suyos. Quisiera estrechar la mano de un hombre.

El ex sargento se aproximó a la tribuna, como atraído por un fluido magnético.

—Puede usted darse por satisfecho de que nuestra primera actuación pública haya consistido en salvarle a usted la vida. Claro está que nos va a acusar de excesivamente violentos, suponiendo que opine lo que la mayor parte de los ciudadanos del mundo, que piensan que la violencia es el privilegio de los enemigos de la sociedad.

Se oyeron carcajadas y volvió a sonar la campana ordenando silencio.

—En realidad, nos limitamos a aplicar la frase evangélica «el que a hierro mata, a hierro muere». Somos violentos porque necesitamos serlo... por ahora. Buscamos una sociedad más justa en la que sólo se rinda culto al trabajo, a la bondad y a la inteligencia.

—¿Intentan ustedes la conquista del Poder? —se atrevió a formular Carter—. ¿No son ustedes quizá demasiado presuntuosos?

Volvieron a oírse las carcajadas y la campana imponiendo silencio. La tribuna se hallaba encima de él y ahora el encapuchado le estaba estrechando la mano. Sólo el micrófono les separaba.

—El Tribunal del Sacro Vehn quedará disuelto cuando un Gobierno legítimamente constituido garantice a los hombres honrados la libertad y la seguridad, cuando no haya lugar en el planeta para los enemigos de la sociedad. Mientras tanto, tenemos que utilizar procedimientos que repugnan a nuestra conciencia. ¿Vacilaría usted, sin embargo, en matar a un perro rabioso, por muy amigo que fuera usted de los animales? Si así lo desea, formará parte del Tribunal que va a juzgar a Torrelli.

Enmudecieron los altavoces y se entabló un diálogo privado entre el presidente del Tribunal del Sacro Vehn y Carter.

—Somos más numerosos de lo que usted cree. Ocupamos, en efecto, los puntos clave de numerosos países. El golpe de Estado está ya muy próximo. Mañana nos aclamarán en todo el mundo por la violencia que hemos realizado contra los opresores, aunque nos falten los editoriales que vuelvan a hablar de la dignidad del hombre y del respeto a la Democracia. Pero habrá que ir también acostumbrando a la gente a que respete la libertad de las personas honradas.

Apareció Torrelli. Llevaba escayolada la mandíbula y una soga siniestra pendía de su cuello. Los focos delimitaban una elipse de luz en torno a sus pies.

Leyó el sumario el fiscal del Sacro Vehn. Allí aparecía Torrelli, no como el héroe que había provocado el entusiasmo delirante de las muchachitas y de las señoras maduras de Nueva York, sino como un pobre diablo. Se refutaron los informes periciales que hasta entonces se habían redactado sobre el «caso» Torrelli: su padre no había sido un hombre duro y despiadado: le había propinado de vez en cuando una paliza cuando robaba a los condiscípulos o se escapaba con su pandilla por las noches para desvalijar automóviles. La madre no era tampoco una neurótica, sino una pobre mujer, amenazada continuamente por su hijo, que la obligaba a entregarle dinero para sus francachelas.

Las palabras del fiscal atravesaban como rayos X el alma de aquel ídolo de la sociedad, reduciendo a polvo sus pies de barro, triturando su arrogancia.

Habló luego el defensor, que atacó a la sociedad que había tolerado los desmanes del reo. Pero la sentencia del Sacro Tribunal de Vehn restalló como un látigo: «Será colgado del cuello hasta que muera. ¡Dios se apiade de su alma!».

Los mismos que habían conducido con los ojos vendados a Torrelli hasta el Sacro Tribunal, condujeron su cadáver hasta un lugar de la carretera, en donde quedó abandonado. Llevaba un mensaje clavado en el corazón. Torrelli iba a ser, después de muerto, el emisario de aquella terrible sentencia del Apocalipsis:

Dies illa, dies irae...

La tercera vida

Alfonso Álvarez Villar

Hay cosas que escapan y escaparán a nuestra comprensión. Están situadas en una zona penumbral en donde la vista se esfuerza como un clavo que penetra en una madera muy dura. A veces, en ciertos momentos de nuestra existencia, percibimos vislumbres, contornos huidizos, o tenemos, por lo menos, la impresión de que hemos visto algo por el rabillo del ojo, que es, como dicen los fisiólogos, por donde vemos mejor en la oscuridad.

* * *

El mar estaba tan liso como un cristal bruñido. Los peces voladores jugaban a cintas de plata. Y yo, sentado en la popa de mi pequeño yate de 20 HP., apenas lograba sostener la caña de pescar. Sentía los flojos tirones de los peces pequeños en el cebo y el corcho rojo (sangre antigua) brincaba a veces frenéticamente hacia arriba y hacia abajo, creando círculos de lluvia.

Y me dejé vencer por el sopor. El motor había dejado de ronronear, y se había hecho un silencio muy extraño en los cielos y en las aguas. Sólo el clic-clic del carrete que, por inercia, seguían sosteniendo las manos.

Me paseaba ahora descalzo sobre las ondas. Era un nuevo dios marino, pero al mismo tiempo un chiquillo que retozaba riéndose sobre los montículos de espuma y de salmuera que se hacían y deshacían, produciéndome cosquillas en los pies. A veces, un pequeño cono líquido me hacía tambalear y yo me caía. Pero avanzaba seguro hacia el horizonte. Lejos se alzaban castillos feéricos, estatuas de gigantes y de guerreros con corazas de oro.

Luego, soñaba en un niño acurrucado a orillas de un estanque. Y mi yate era un velero que yo empujaba con la mano, con su tripulación liliputiense, hacia las Indias remotas.

Pero el agua de la barca se volvía cada vez más negruzca. Comenzaba a jadear como un caballo cansado. Luego se vertía parte de su contenido hacia fuera, y el velero escoraba. Finalmente, un viento impetuoso azotaba el chorro del surtidor de la fuente. Las gotas me empapaban y yo corría alocado buscando a mi madre para que me cambiase de ropa. Pero mi madre no estaba allí: yacía muerta en el fondo del estanque.

* * *

Me desperté y pude comprender en seguida que, en efecto, estaba empapado de los pies a la cabeza. ¿Cuántas horas había dormido? ¿Posiblemente muchas, pero lo cierto es que el sol se hallaba muy bajo en el horizonte y que el espejo bruñido se había convertido en una sartén llena de aceite hasta los bordes y puesta sobre la lumbre.

En sus goznes cárdenos las puertas del cielo se abrían. El viento limaba la superficie del mar, arrancándole gruesas virutas de plomo fundido, que me acribillaban el rostro.

Puse en marcha el motor y me dirigí hacia el punto de partida: la cala segura de un puerto. Pero mis escasos conocimientos de pilotaje me hicieron comprender que el regresar habría sido suicida, dadas las escasas condiciones marineras de mi pequeña embarcación. Así que preferí dirigirme hacia una de las islas cercanas: mi mapa náutico me señalaba la presencia de más de un centenar, situadas a muy pocas yardas de mí.

Tenía ahora al viento enfilándome de frente. Las olas se estrellaban contra el vidrio inastillable de mi cabina de mando. Luego empezó a llover una extraña mezcla de agua celeste y marina, sobre el pequeño trozo de madera y acero.

Pero los relámpagos me hicieron distinguir una lengua de tierra, situada precisamente en frente mío. Brillaba como una espada de Toledo en manos de un hidalgo escondido. Enfilé, pues, el timón hacia uno cualquiera de los puntos de aquella zona que a veces quedaba desvanecida entre la lluvia y las montañas marinas, y en un plazo breve había llegado a una distancia más que suficiente para que pudiera distinguir sus detalles.

Felizmente, la isla estaba rodeada de una extensa franja de arena. No había escollera, ni arrecifes que hubieran convertido la operación de la arribada en un peligro. A lomos de una inmensa yegua blanca, me precipité, pues, hacia la playa. Sentí el choque de la quilla y de la hélice al quedar enterradas en la arena. La fuerza cinética del barco unida a la de la ola me introdujo varios metros tierra adentro, no sin antes sentir el patinazo brutal sobre el suelo.

* * *

Estoy solo ahora en esta isla que desconozco. Es un punto de una extraña ortografía geográfica. El viento silba y la lluvia lucha contra el viento y contra todo. Me he refugiado debajo de un repecho de roca. Veo delgados nubarrones correr hacia el norte hincándose como jabalinas en el mar. Yo he visto así amansar a los toros con banderillas o con la pica. Aún queda algo de luz, dentro de poco todo será oscuridad y frío. Oigo la madera de mi barco crujir sobre la arena, aunque yo lo he asegurado muy bien con maromas.

* * *

Miré en un momento de calma hacia dentro de la isla y vi un suave resplandor rojo en un lugar que me pareció muy remoto. Volví a trepar al barco y agarré una linterna. Felizmente, la batería funcionaba y pude ver mi rostro extraño, de demente, en el pequeño espejo del lavabo. No quería, sin embargo, pasar la noche en el barco. Volví a refugiarme debajo de las rocas.

Avancé por encima de una vasta extensión de plantas rastreras; las hojas eran gruesas y me pellizcaban como dedos rechonchos. No aparecía ni un árbol, ni algo que se pudiera llamar una auténtica vegetación. Pero el resplandor rojizo se acercaba cada vez más a mí (¿o era yo el que me acercaba a él?). Había perdido la noción del tiempo y la distancia. Bajo la luz de la linterna vi pequeños insectos que huían con asco de la luz.

Guardo sólo un vago recuerdo de una caminata muy larga sobre dedos verdes y rocas desgarradas. También conservo en mis oídos los últimos jadeos del viento y las postreras gotas de lluvia de la tempestad.

* * *

Ahora estoy frente a una gruta. Allí dentro hay un hombre sentado cerca de unos tizones. Todavía los últimos ramalazos del viento comban en forma de zeta la grafía del humo. Hay un olor a pescado frito en el ambiente. El hombre me mira y sus ojos son ahora de color rojo, pero quizá durante el día sean azules o negros. Su larga barba parece que va a arder de un momento a otro, porque las chispas saltan hacia ella. El hombre no se levanta y yo le dirijo unas palabras de cortesía. Le explico lo que me ha ocurrido. El hombre no contesta, y me señala un sitio a su lado, sobre una piedra de color ocre. Yo sigo hablando. Él calla.

* * *

De esa manera conocí a aquel hombre extraño. Era un anacoreta, en cuya mente se debía haber ido haciendo poco a poco el vacío. Prácticamente, era ya sólo rumores de ola y graznido de gaviota. El gran todo le había absorbido sus pensamientos y sus recuerdos.

Habló muy poco. Sólo unos cuantos datos sobre su pasado, pero con una entonación irónica. Yo pertenecía sin duda alguna al pasado: vivía anclado en él, como él lo había estado muchos años antes. Fuera de aquellas rocas el tiempo corría y los hombres y las cosas cambiaban. Sólo en una de las orillas de la pequeña isla se establecía el contacto entre la Nada y lo Absoluto. El lugar es donde algunos pescadores acostumbraban a depositar algunas latas de conservas y otros artículos

imprescindibles, como si se tratase de una ofrenda ritual y propiciatoria a un dios marino. Pero él lavaba las latas en el agua del mar y así desaparecían hasta las huellas digitales de los hombres.

Allá, en esa cueva, no tenían ya ningún valor los nombres comerciales de los envases que él aún no había destruido. Dormí todo la noche de un tirón, sobre una almohada de esparto rellena de algas secas. Varias veces vi la sombra de aquel hombre extraño recortarse sobre la entrada de la cueva, entrando y saliendo.

* * *

Sé por qué nada *puede* ocurrirme. El otro día tuve un accidente de automóvil y salí completamente ileso. Murieron los demás. Mi brazo había quedado roto en dos mitades, pero sentí algo que ningún ser humano ha podido sentir jamás (o, por lo menos, no queda constancia de ello): cómo esas dos mitades se unían por debajo de mis costillas. Eran dos células vivas que se buscaban hasta fusionarse en una sola. Luego recuperé completamente el conocimiento y volví a ser un hombre nuevo. No quedaba sobre mi piel ni la señal del golpe. Sólo el olor a sangre flotando a mi alrededor y el de la gasolina derramada.

Luego he probado, con alborozo de hombre transformado en dios, diversos métodos para quitarme la vida. Pero el fuego se aparta de mí, la ley de la gravedad no opera para destruirme, y las heridas cierran sus labios después de haber expulsado el cuerpo extraño que yo he introducido en mi cuerpo.

Diríase que «él» exige algo de mí y este algo es lo que voy a hacer ahora mismo.

* * *

Escribí, en efecto, un largo reportaje sobre la vida del solitario de las islas. Daba toda clase de detalles sobre su género de vida, sobre su existencia, sus antecedentes personales y las circunstancias de mi primer y único contacto con él. Tenía el vago presentimiento de que lo que él deseaba era la persistencia de su memoria entre los hombres.

Veía claro que ésta era una de las palancas más poderosas de la cultura: el deseo de sobrevivir había creado los ritos funerarios y la épica, y en un plano más modesto, al alcance de todo el mundo, la procreación de los hijos. Vivimos, en efecto, después de muertos una segunda vida: la del recuerdo en la memoria de otros.

Y aquel hombre había renunciado a aquel deseo, se había sumido en el nirvana, pero seguía siendo humano. Y sus deseos fueron plenamente satisfechos: acudieron a «su isla» multitud de periodistas, fotógrafos, fumadores de televisión y hasta psicólogos y psiquiatras. Pero, por poco tiempo, porque ayer lo habían encontrado muerto en su caverna. Seguía sentado tieso sobre un montón de algas, acostado contra

la pared de la roca, mientras los tizones daban sus últimos chisporroteos.

* * *

No llegará a tiempo el médico. Siento por debajo de mi piel y de mis músculos, un río de sangre interno, un río negro que desemboca en mil lagunas interiores. Mis piernas *ya* no me sostienen, y sufro una sed terrible: sueño con cascadas y con lagos inmensos de agua dulce. Voy a dejar caer la pluma de un momento a otro. «Él» ya no me necesita.

Historia del pastor y sus ovejas

Carlos Buiza

Bajas del monte, viejo pastor. Has estado allí todo el verano con un rebaño de ovejas que no son tuyas pero a las que quieres más que a ti mismo porque te han dado compañía por el día y por la noche, porque te reconocen sin siquiera mirarte; y te aman.

En tus noches de tremenda soledad no has sufrido.
Eres un hombre elemental, que ni lees ni escribes
ni tocas la flauta.
Sólo silbas a tus ovejas.
No necesitas perro de pastor.

Tus manos, viejo, son las de un *homo sapiens*;
y tus andares, al subir o bajar una ladera,
al escalar un risco o cuando saltas,
recuerdan un tiempo ya pasado,
oscuro y olvidado,
en el que los hombres eran animales y los animales, fieras.
No han sido malos estos días recién transcurridos:
había yerba, agua en abundancia y buen clima.
Tus ovejas —que no son tuyas—,
esas pequeñas bolas de lana y de carne, engordaron.
Sin sufrir ni una sola enfermedad.
Las viste crecer a tu lado y eras feliz viéndolas.
Y tampoco ha habido lobos, porque los lobos ya no existen.
Sí. No ha sido malo el tiempo. Todo salió muy bien.

Las noches fueron tranquilas,
y cuando la brisa era favorable distinguías confusamente,
en la paz de la noche,
la campana de la iglesia del pueblo, cinco leguas más abajo.
Pensabas en la campana, en la campana de la torre de la
iglesia, en sus ventanas.
Tu pensamiento descendía sobre la roca y llegabas
hasta la plaza del pueblo.
La campana te hacía pensar.
Allí, en la plaza, estaban todos: el cura, la vieja Rosa, el hijo del barbero —ese

que te tira piedras cuando te ve—, y María,
la pequeña María que para ti es una ovejita rosada...
Todos.
Cuando ya no oías la campana tu mente se quedaba, de nuevo, en blanco;

ya no pensabas en nada, porque en nada podías pensar.
Venía el sueño,
te llevaba con él y te dormías.
Y cuando otra noche oías la campana,
tus recuerdos volvían.
Esta mañana fue otra cosa la que te despertó.
Al salir de tu cueva pensaste de nuevo; porque
algo
había
pasado.
Miraste hacia el redil y viste toda una valla dislocada;
las maderas partidas en dos, como si un peñasco las hubiera golpeado.
Y faltaba la mitad del rebaño.
Las ovejas que se encontraban dentro...
—¿cómo dijiste?—
«Están como dormidas»; era tu forma de entrever la tragedia,
porque las ovejas
estaban
muertas.
Eres elemental, viejo; pero tienes defensas.
Y algo dentro de ti
se rebeló
sin permitir
que vieras la muerte cara a cara,
que comprendieras la muerte.
Bajaste a buscar las que faltaban.
Sabías que las encontrarías.
Eres un buen pastor.
Pero no iba a resultarle difícil:
se hallaban cerca del redil,
diseminadas, muertas una a una.
Y tú pensabas: «Están como dormidas».

Faltaba una oveja que corrió más que las demás.
Monte abajo, como un desesperado, corriste.
Por eso tu cuerpo dio una y otra vez contra el suelo.

Tus reflejos están gastados;

tu ímpetu no era prudente.

Pero faltaba una oveja.

Bajaste la montaña entera.

Te hallabas cerca del pueblo,

y allí, a tiro de piedra, descubriste la bola inmóvil,

como dormida,

muerta.

Tu última oveja

estaba

muerta.

Viejo:

parecías una obra escultórica animada.

Tu oveja sobre los hombros,

tu semblante demudado, tu respiración entre cortada, tus ojos bailando en sus órbitas, sin comprender.

«¿Por qué, pensaste, por qué no repica la campana de la iglesia?». La mirabas una y otra vez. Mirabas al suelo,

a la campana,

al suelo,

a la campana.

Todo estaba mudo. El campanario no pudo responderte.

Pisaste otro cadáver calcinado. Está como dormido, ¿verdad, viejo?

Tus músculos se cansaron de soportar tanto y tanto.

Ya sentado sobre una piedra contemplaste a tu oveja, como dormida, como muerta.

«¿Por qué tienes llagas, oveja? ¿Qué le ha pasado a tu lana que se cae a mechones?

¿Qué le ha pasado a tu piel que se desgaja?

¿Quién te ha arrancado los dientes?

Y todos duermen y es de día...».

Es inútil, viejo.

Nadie responderá a esas preguntas que tú mismo olvidas después de formuladas.

Todo

está

muerto.

¿COMPRENDES?

¿Sabes algo de

fisión, de

radioactividad?

Mira tu mano callosa, fíjate en ella; advertirás que no es la misma de otras veces.

Como tu última oveja, está llagada,
abierta;

sus huesos, tan blandos, casi parecen de goma.

Y tu espalda es carne viva, color bermellón,
medio putrefacta por esa lluvia mortal que no comprendes.

Desengáñate, viejo; nunca sabrás.

Ni volverás a ver al cura, ni al chaval que te tira piedras, ni a todos los que te
llaman el tonto-del-pueblo;

ni a la pequeña María que a ti te parece una ovejita rosada.

Así, tumbado en la plaza. Si sabes rezar, pastor, reza.

Porque

te

estás

muriendo...

Enigma en el pensamiento

Castellano de la Puente

Cuando Rodríguez despertó, sintió que su cerebro bullía en una masa informe de ideas. Quedaban restos de pesadilla en sus reacciones. Siempre hay un espíritu de muerte, casi cementerial, en los seres inteligentes que surgen del sueño, de la almohada que le ha impedido seguir pensando de forma lógica y coherente.

—No tengo nada que ver con ese antiguo compañero de milicias que me ofrecía un puro, ni con esa novia indescifrable que me ofrecía sus labios retorciéndose como una serpiente —se dijo. Y fue a afeitarse.

¿Para quién? Estaba allí, voluntariamente encerrado como en una prisión o una clínica. Su único contacto con el mundo era las gracias que de cuando en cuando le daba a la camarera.

Se sabía y se sentía monstruoso. Y conocía la ley de las compensaciones humanas. El ciego acelera su tacto, y el manco su vista. Él aceleraba su inteligencia, ya que no le había sido concedida la belleza exterior.

Manoseó algunos libros. Disfrutaba con muchos párrafos venturosos de gente que nunca había visto cara a cara, pero que se imaginaba inteligente, lista, ágil de dialéctica y de pluma.

Admiraba a quien ponía en el papel, inmortalizándola, la figura de una dama fiel hasta la muerte, y en ocasiones hasta el mismo suicidio. ¡Aquello era el colmo de la imaginación!

Examinó su cuerpecillo enteco, deshecho. Reconoció que el trabajo intelectual agotaba y volvió, paradójicamente, a su mesa de redacción. La denominaba así porque su timidez le impedía considerar que el manejar el lenguaje era una labor.

Se asomó al ventanuco. Llegaban aromas veraniegos de lilas, de tilos, de acacias. Paseaban parejas muy agarradas de la mano. ¿Eran acaso felices? En la mente de Rodríguez seguía medrando el escepticismo. El cielo, borracho de sol, le dio una impresión amarga.

Aún no tenía el cerebro claro. Desdeñó los libros y comenzó directamente el trabajo, releyéndose. Aquello sí que resultaba una tortura: «Faltaba un acento aquí. ¡Vaya, una consonancia!».

El trabajo de ayer no tenía ningún valor. Había que poner otra vez la primera piedra, a empezar de nuevo partiendo de cero.

Se hurgó los dientes y depositó el cigarrillo que acababa de encender en un enorme cenicero que siempre le había disgustado porque le arrebatava espacio en la mesa donde tenían que acumularse textos, manuscritos, varios diccionarios técnicos,

rotuladores, un encendedor y una goma circular de borrar tinta de máquina de escribir.

Un pesado texto alemán decía de nuevo —como si nadie lo supiese— que la guerra se divide en convencional, estratégica y atómica. Añadía un apartado: la subversiva.

—Parece mentira que aún no se hayan dado cuenta —masculló en voz alta— de que tanto los conflictos convencionales y estratégicos como los atómicos tienen una raíz basada en la subversión. ¡Esto es un método para cabos primeros!

Después de su triste y no escuchado exabrupto, empezó a traducir despacio y con cuidado.

Hay que aclarar que Rodríguez había sido general de brigada.

* * *

Cuando descansaba después de cambiar de idioma conceptos manidos, tan internacionales que no necesitaban traducción, Rodríguez gustaba de pasear por los cementerios, los desmontes preñados de abrojos y los suburbios donde se entremezclaba lo mísero con lo progresivo. La cabra tira al monte, y la desolación y lo fúnebre atraían al triste, fracasado, degradado y solitario ex general. Y un día, mientras fijaba su mirada vidriosa en un horizonte donde se erguían chimeneas siniestras junto a los viejos cipreses, sentado cerca de un solar donde tres o cuatro ovejas esqueléticas triscaban lo que podían sacar de aquella tierra estéril y parda, se le acercó el pastor que las cuidaba, o casi mejor dicho las acompañaba. Hasta olía como ellas.

—¿Meditando?

Ya se conocían de vista, aunque nunca se habían saludado.

—No. No exactamente —repuso Rodríguez sin cambiar de expresión—. Hace tiempo que llegué a la conclusión de que el pensamiento es la facultad más molesta del hombre. Preferiría ser una de sus cabras...

—Ovejas —aclaró el pastor—. Y aunque le parezca una burrada, estoy convencido de que piensan.

—¡Vaya usted enhoramala con sus convicciones! —se enfureció Rodríguez, que quería soledad—. ¡Déjeme en paz!

—No pienso hacerlo —exhibió una sonrisa plácida el ovejero—, si antes no me da el revólver que guarda en el bolsillo...

El ex militar se irguió atónito.

—¿Cómo sabe usted que...? —masculló.

—Tiene usted una jeta de suicida tremenda. Y además, con ese bigote, esa cicatriz y esas espaldas no le da usted el pego a nadie: militar de academia, de alta graduación, y con condecoraciones para llenar un baúl. ¿Degradado? ¿Fracasado? ¿No grato a la humanidad?

—¡Pájaro de mal agüero! —Rodríguez le dio la espalda al otro y sintió que sus orejas ardían.

Miró hacia el cementerio con avidez. Pese a su carrera, siempre le había gustado pasar inadvertido como una sombra y le molestaban los observadores y los psicólogos de ojeada. Allí, bajo la tierra y la hiedra, se podía vivir feliz, en paz...

—¿No me da el revólver?

—¡No, necio! ¡Vaya usted a...!

—¡Despacio, amigo! —alzó una mano el pastor—. ¡Vengo a proponerle algo mejor, más grato y saludable! Tengo una solución para su problema...

Encogióse de hombros Rodríguez y siguió mirando la copa de los cipreses que barrían el cielo grisáceo como pinceles movidos por una mano lenta y experta.

—¿Sería usted capaz de matar una de mis ovejas?

—¡Pronto quiere usted hacerlas chuletas!

—¡No me venga con sutilezas de cuartel! ¡Mate a una de ellas y recuperará lo que ha perdido: el respeto ajeno, la mujer que amó, los superiores que le felicitaron, los amigos que le tenían simpatía, la belleza, la juventud, la memoria que empieza a hacérsele hueca, la prestancia y la fama!

—¡Cuentos de vieja! Muy fácil me pone usted las cartas...

—No tan fácil. Cuando sienta que llega de nuevo el crepúsculo, cuando intuya que el beso que recibe es el último y cuando lleve a cabo la derrota definitiva, volverá aquí y reencarnará en uno de mis animales. ¿No se ha fijado que siempre es el mismo número de ellos, que no varía? Todos los suicidas que han pasado por aquí mantienen la cantidad: matan a una en vez de matarse a sí mismos, pierden todo motivo de desesperación y automáticamente otro anterior vuelve a ocupar el puesto de la oveja asesinada. Disfrutan de su pasado feliz y, después, cuando están de nuevo hundidos en el fracaso, vienen aquí a pagar su precio...

—¿A convertirse en oveja?

—¿Exactamente? ¡Un ciclo! ¡El ciclo de la felicidad!

—¡Usted está loco! —hizo un mohín de desprecio Rodríguez, al tiempo que sacaba su pistola de reglamento—. ¡Mire!

El disparo apenas se oyó, devorado por el estampido de las fábricas cercanas. Y una oveja cayó patas arriba.

Rodríguez sintió que el tiempo se detenía, que un vigor nuevo le tensaba los músculos, que su cráneo acusaba un picorcillo agradable. Sus entradas reverdecían. Se le hinchó el pecho hundido y apartó la vista con repugnancia del solar, de las ovejas, de los camposantos que barrían el horizonte... Atónito, como alguien que vuelve en sí después de un ataque nervioso recordó de pronto que tenía una cita urgente con una mujer.

—Usted perdone —le dijo al pastor—, pero tengo una cita...

Se palpó instintivamente la mejilla con la mano izquierda para ver si estaba bien afeitado, y algo le chocó: la cicatriz que le llegaba de la nariz hasta la nuez le había

desaparecido.

Y al enfundar el revólver vio con júbilo que el milagro se había producido: dos estrellas de teniente le adornaban la bocamanga.

—¡Adiós! —le dijo Rodríguez al ovejero.

—Adiós, no. Hasta la vista.

En el desmante triscaba el mismo número, invariable, de ovejas.

* * *

Rodríguez volvió muchos, muchísimos años más tarde. Sí; suena a cuento de hadas, pero es así como hay que expresarlo, porque lo que para él fue un suspiro o una ráfaga de viento hermoso que no se puede aprehender con todos los pulmones, era medio siglo.

Volvió al desmante con su fracaso a cuestas: con el recuerdo de la mujer que le había abandonado, con la amargura de su degradación, con sus galones arrancados, con su ansia de cementerio, de tumba; con su cicatriz, su reuma, su calvicie y su soledad. Una soledad que le quemaba el corazón. Volvió, además, sin revólver.

Aquella tarde había traducido un tema táctico alemán.

El horizonte plumoso, erizado de chimeneas que vomitaban un humo negruzco frente al desfile capuchino de los cipreses era el foro de aquel solar donde unas ovejas sucias y raquílicas se apiñaban como buscando calor. Y el que las cuidaba estaba allí, sonriendo son sorna al ver al recién llegado que venía a pagar lo que había sido su privilegio: la vuelta a los tiempos felices.

Como sonámbulo, como hipnotizado, Rodríguez no tardó en descubrirse a sí mismo a cuatro patas y mascando hierbajos de sabor acre y áspero. Al toser balaba.

Miraba aquella tierra sórdida con rabia contenida, pero era el precio de su breve recreo vital.

Algo le sobresaltó, de pronto: hacia el desmante llegaba una figura que le era familiar, francamente familiar. Tenía aspecto de militar retirado y una gran cicatriz le cruzaba la mejilla desde la nariz a la nuez. Discutió brevemente con el pastor, que sonreía, mientras que el recién llegado parecía dominado por la cólera.

¿A quién le recordaba aquel hombre?, se preguntó, y se separó del rebaño para trotar con curiosidad hacia el sitio en que el pastor y el recién llegado dialogaban.

—¿A convertirse en oveja? —decía el de la cicatriz.

—¡Exactamente! ¡Un ciclo! ¡El ciclo de la felicidad!

—¡Usted está loco! ¡Mire!

Y Rodríguez quedó paralizado por el espanto. Su imagen, su imagen de hombre, había sacado una pistola del bolsillo del gabán y le apuntaba fríamente.

Simbiosis

Francisco Faura

La misión parecía muy fácil. Pero cuando llegó el momento de llevarla a cabo, surgió lo inesperado.

I

Allá en los confines del Universo conocido, bordeando las Nubes de Magallanes, último sistema de Andrómeda, en el planeta Ikur, el explorador intergaláctico Ophir recibió el encargo: «Todo muy sencillo —le había explicado el jefe de grupo—. Es una misión de las que a ti te gustan, Ophir. Se trata del tercer planeta del sistema Exparr. Algunos de nuestros pilotos lo han sobrevolado y parece reunir condiciones excelentes para una próxima colonización. Parece ser que está habitado, pero no debes preocuparte por eso. Se trata de unos seres de inteligencia bajísima... muy rudimentaria...».

—¿Qué debo hacer? —había inquirido Ophir.

—Estudiar esos seres. Nada más... Introdúctete en el cerebro de uno de ellos y asunto terminado.

Aquello ya no le agradó a Ophir. Como todos los habitantes de Ikur poseía la adaptación simbiótica, pero... limitada. Podía utilizar sus poderes una vez, sólo una vez. Y definitiva, que era lo más grave. Al introducirse en un cuerpo extraño, quedaba sujeto a éste para siempre, sufriendo los dolores y sufrimientos de un organismo que no era el suyo y muriendo en el preciso instante en que aquel organismo fenecía...

—¿Y dices que todo es muy sencillo? —inquirió rencorosamente—. ¿Sabes lo que me pides? Renunciar para siempre a mi apariencia física. No ignoras que una vez que me introduzca en el cerebro de una de esas criaturas, ya no podré abandonarlo. Y cuando os envié el mensaje mental, si se decide la ocupación del planeta, yo seré un extraño entre mi propia raza, con una apariencia que quizás os cause horror...

»Aparte de eso, ignoramos por completo la duración en el tiempo de la existencia de esos seres. Y su muerte significará la mía...

El jefe de exploradores no pareció impresionado lo más mínimo.

—Son gajes del oficio, Ophir. Cuando ingresaste en el Servicio, hiciste un juramento; cualquier sacrificio que se te pidiera en beneficio de nuestra raza y nuestra patria... Ahora, te pedimos ese sacrificio. ¡Piensa en Ikur! Los habitantes del planeta que nos interesa tendrán un aspecto físico completamente distinto del nuestro. ¡Debes

introducirte en el interior de uno de ellos!

—Claro. Introducirme en un organismo extraño que seguramente me repugnaré —se estremeció Ophir—. ¡Y para siempre!

—Tu sacrificio no será olvidado. Grabaremos tu nombre en el Libro de nuestros Mejores. ¿Qué más quieres?

—Bien —se resignó el explorador—. ¿Cuándo debo partir?

—En seguida... en seguida. Nos corre prisa encontrar un planeta apto para nuestra raza. Este en que vivimos se agota de puro viejo. ¡Ah! Como no queremos correr riesgos inútiles, no haremos nada hasta recibir tu mensaje mental. Si este no se produce, entenderemos que el planeta es peligroso y desistiremos de su conquista, buscando otro más propicio... Telepórtate cuanto antes y... mucha suerte.

II

Ophir se encontró en un hermoso prado. Corría un ligero vientecillo muy agradable y el cielo era maravillosamente azul, muy diferente al grisáceo de su planeta de origen. Contemplando todo aquello, comprendió perfectamente el interés de los rectores de Ikur por apoderarse de aquel mundo tan bello.

Miró en torno suyo, buscando a los nativos del planeta. Allí estaban, no muy lejos del sitio donde él se encontraba. Aunque estaba preparado para lo peor, no pudo por menos de estremecerse al verlos... ¡Eran gigantescos! Jamás había visto nada igual.

—Bueno —se dijo, resignándose ante lo inevitable—. Cuanto antes lo haga, mejor...

Hizo desaparecer su envoltura física que se desvaneció en una ligera neblina.

«Adiós», despidióse con una leve nostalgia... y, ya decidido, proyectó rápidamente su «yo» mental sobre uno de aquellos seres.

Fue cuestión de segundos anular el cerebro de la extraña criatura, alojando su mente en el hueco vacío... La escasa inteligencia que borró, motivó su desprecio. Era una mente tan rudimentaria, de tan bajo nivel, que de haber podido se habría echado a reír... A la avanzadísima civilización de Ikur le resultaría sencillísimo eliminar unas mentalidades tan elementales.

Contempló a los otros ejemplares que le rodeaban, intentando averiguar el lenguaje de que se valían aquellos monstruos para comunicarse entre sí. De vez en cuando dejaban escapar unos extraños sonidos, totalmente incomprensibles para él... Bien, le costaría tiempo, pero acabaría por descifrar su idioma.

III

Pero estaba escrito que aquel día iba a ser pródigo en sorpresas para Ophir. Ante los ojos del ser que ocupaba, surgió un grupo de criaturas totalmente distinto al del

cuerpo que albergaba al ikuriano... ¡Nuevos monstruos aún más repelentes que los ya conocidos! Los recién llegados poseían cuatro raros tentáculos, dos en su parte superior y otros dos en la inferior. Eran estos últimos los que utilizaban para desplazarse... La repugnancia y el asco invadieron a Ophir. ¡Eran abominables, sencillamente abominables! ¿Cómo era posible que la naturaleza produjese monstruos como aquellos! Sólo se le ocurrió una explicación: La especie inteligente de aquel planeta era la primera, la que él había utilizado, y los otros, animales inferiores...

IV

—¿Y dices que el «Colorao» no te gusta, Antonio? —indagó el «Torrente» a su peón de confianza Ortiz.

—De presencia está bien, maestro... Tiene una cabeza cómoda, y sus buenos kilos. Pero sorprendí algo en sus ojos que, ¡vaya!, no acabó de agradarme... Miraba de una forma muy fea el bicho... El mayoral casi me pega cuando le pregunté si aquel toro había sido capoteado por cualquier «maletilla»... En fin, nos ha tocado en suerte y habrá que apechugar con él...

El maestro meneó la cabeza pensativo. Tenía plena confianza en Ortiz y si a éste no le gustaba el bicho, algo habría visto en él.

El «Torrente» no se encontraba de muy buen humor... Su primer toro había sido un pelmazo y por culpa del estoque —metió más de cuatro sablazos y tuvo que terminar con él de siete descabellos— había oído una bronca descomunal. Pensaba «sacarse la espina» en su segundo y ahora su *peón* le salía pesimista... Y era una lástima porque la plaza estaba llena y le convenía cortar al menos una oreja, con vistas a la publicidad para nuevos contratos.

Cuando sonaron los clarines, su mirada fue a posarse en el «portón de los sustos». ¡A ver qué llevaba dentro de sí aquel dichoso «Colorao»...! *Lo que llevaba dentro de sí*. De haberlo sabido, o no lo hubiera creído o habría salido más que al paso de la plaza, aunque fuera entre almohadillazos...

Se abrió la famosa puerta y el toro salió como un cohete, levantando la arena en un galope descomunal.

—Antonio... fíjamele...

El peón sudaba. Era gitano y aquel bicho lo traía por el camino de la amargura. «Que tiene mal de ojo, vaya», le había dicho confidencialmente al mozo de espadas. Pero, obediente a las órdenes de su maestro, afianzó el capote y se dispuso a enfrentarse con el morlaco, encomendándose mentalmente a la Macarena...

V

Ophir estaba desorientado. No entendía nada, absolutamente nada de lo que sucedía. Primero habían llegado unos cuantos de aquellos monstruos de los cuatro tentáculos y le habían encerrado en una estrecha jaula donde apenas si podía moverse. Luego, con el cuerpo (aquel cuerpo del que se había apoderado) molido y maltrecho por la forzada postura del encierro, le soltaron en otro recinto en compañía de otros cinco seres de la misma especie. Después, otro pequeño encierro y casi en seguida sintió un brutal pinchazo en sus carnes... El dolor físico llegó hasta su mente. Y en seguida distinguió un hueco en tanto que un largo palo le empujaba con violencia.

Salió corriendo, deseoso de alejarse cuanto antes de allí. Pero sus intenciones pronto se vieron defraudadas... No había escape, pues el recinto se hallaba amurallado. Y por todas partes había abominables monstruos tentaculares que lanzaban estridentes chillidos... ¿Qué era todo aquello?

Vio como uno de aquellos repugnantes seres se plantaba ante él modulando raros sonidos y agitando algo entre las manos... «No hagas daño a ninguna de las especies del planeta —recordó las instrucciones de su jefe—. Es totalmente indispensable que no desconfíen de ti». Bueno, por lo menos le daría un susto... Y se lanzó como una flecha, pasando rozando el cuerpo asqueroso del monstruo.

VI

Ortiz regresó a la barrera sintiendo que el sudor le corría por la frente. Le temblaban las piernas y era inútil tratar de evitarlo. Cuando el «maestro» le interrogó con la mirada, apenas si pudo balbucear:

—Me ha tirado un viaje que, si me alcanza... ¡Maestro, le digo que ese toro tiene algo...! Vi sus ojos y, por la Virgencita Macarena, que me pareció como si tuviera tanta inteligencia como yo...

—Entonces, será muy poca —gruñó el «Torrente», disgustado por el miedo de su subalterno—. No niego que el bicho ha salido con mucho gas, pero de quitárselo ya se encargará el «Trueno». Anda... ponerlo en suerte y dile al «Trueno» que le meta tres palmos de pica en el lomo.

El picador, orondo como un barril de cerveza, miró compasivamente al amedrentado peón.

—Tienes una mala tarde, hijo... Yo te lo dejaré como una pera en dulce...

—No te preocupes por aquello de la multa —tranquilizó el maestro—. Si el presidente se pone tonto, la pago yo... como de costumbre.

VII

¿Dónde había caído? —pensó angustiado Ophir—. ¿Qué planeta de pesadilla era

aquél? ¿Y ésta era la misión tan fácil que le encomendara el jefe de exploradores de Ikur? Ahora eran dos los monstruos con los que debía enfrentarse... Uno de ellos, el conocido de los cuatro tentáculos, sólo que estaba montado en otro ser espantoso.

De haber podido se habría apresurado a abandonar aquel maldito cuerpo. Pero le era imposible... Había realizado su única intromisión simbiótica y le era imposible retirarse.

Tuvo que aguantar horrorosos pinchazos que desgarraban la piel, sintiendo cómo el líquido vivificador que mantenía la vida en el cuerpo extraño se escapaba a chorros del mismo... Los monstruos tentaculares parecían reírse de sus sufrimientos. Por tres veces bailaron ante sus ojos, para producirle nuevos pinchazos... La cólera le dominó y al último lo cogió de lleno, lanzándole por los aires. Y no se dio por satisfecho hasta que lo pisoteó, dejándole inmóvil.

VIII

—¡Se lo dije, maestro, se lo dije! —casi lloriqueó Ortiz, viendo como los «monosabios» retiraban de la arena el cuerpo ensangrentado del banderillero—. ¡Ese maldito bicho está «resabiao»...!

Al «Torrente» tampoco le gustaban las cosas. Pensó que lo mejor sería quitarse de en medio aquel morlaco cuanto antes... ¡Y que se fuera la oreja al diablo!

Nada, nada, un par de mantazos y sablazo al canto. Muleta en mano se dirigió al bicho... y apenas lo miró a los ojos, comprendió las razones de su peón. La expresión de aquellas pupilas era aterradora. Le invadió la extraña sensación de que eran *casi humanas*...

La muchedumbre rugía, cubriéndolo de improperios, ante sus descaradas huidas... ¡Un buen toro como aquél, un ejemplar tan bravo, estropeado por aquel maldito miedoso! Aliñó la muleta y se perfiló para matar...

IX

Ophir sintió cómo toda la fuerza de aquel cuerpo le abandonaba... La sensación de una muerte inmediata llegó hasta su enturbiada mente. Quiso lanzar un postrer mensaje cerebral hasta el lejano Ikur, pero los impulsos gravitales ya no le respondieron. Y en medio de su agonía, un rayo de luz llegó como un relámpago hasta sus postreros pensamientos. ¡Se había equivocado de especie! La inteligente era la constituida por los monstruos tentaculares... y él se había introducido en el cuerpo de un animal inferior...

X

En Ikur, pasados tres milicenios, el jefe de exploradores remitió su informe a los rectores:

«Dado que han transcurrido tres milicenios y el mensaje mental de nuestro explorador Ophir tenía que haberse producido durante el primero, estimo que ha perecido en el cumplimiento de su deber. Esto evidencia que el planeta objeto de estudio es muy peligroso. Por todo ello, recomiendo abandonar esa zona de la Galaxia y orientar las futuras exploraciones hacia otra parte de la misma...».

Y en la Tierra, nadie pudo imaginarse que gracias a un ser tan inferior como un toro de lidia, el planeta se había salvado de una invasión intergaláctica.

Un buen ejemplar

Francisco Faura

Buscaban un ejemplar de la especie terrestre... ¡Y lo encontraron!

I

Rutk y Swit eran lo que, en su planeta natal, se denominaban «proveedores de Zoología Interplanetarias». Su misión consistía en vagar por el espacio, recorriendo mundos desconocidos para apoderarse de un ejemplar de sus posibles habitantes, ejemplar que más tarde se exhibía en el magnífico «Zoo-Galáctico» del planeta Ibur.

En su vagabundeo habían ido a dar en aquel planeta, tercero del sistema denominado Solar; un hermoso mundo repleto de agua y vegetación... pero que a ellos no les atraía lo más mínimo, ya que su naturaleza estaba habituada a otras formas muy distintas de vida. No había, pues, en su ánimo espíritu de conquista y su sola intención consistía en capturar a uno de los «specimen» del planeta. Antes de descender sobre el mismo habían pasado más de tres años estacionados en su atmósfera, estudiando el idioma de los extraños seres que lo habitaban y así vinieron a enterarse de que el nombre del planeta en cuestión era Tierra.

—Opino que ya hemos perdido bastante tiempo aquí —observó Rutk—. ¿Te parece que descendamos?

—Como quieras —asintió Swit—. Vamos a ver si con un poco de suerte nos apoderamos rápidamente de uno de estos monstruos.

Los dos iburianos se las prometían muy felices. En el «Zoo» de Ibur, el ejemplar capturado tendría que llamar poderosamente la atención. ¡Ahí es nada un ser con cuatro extremidades y dos ojos! Sería algo digno de ver...

Swit oprimió los botones de descenso y el «aerovolo» se puso en marcha.

II

Harry «el Merluzón» recorría una de las calles de la ciudad, tambaleándose bajo los efectos de la espantosa borrachera que llevaba encima. De vez en cuando rodaba como una pelota, y mediante un tremendo esfuerzo volvía a ponerse en pie para introducirse en la taberna más próxima, de donde salía peor aún que había entrado. En realidad, el estado alcohólico era el normal en Harry. Hacía años que había olvidado el sabor del agua... El trabajo le era asimismo desconocido y se mantenía a base de pequeñas raterías llevadas a efecto en sus escasos momentos de semilucidez.

Aquella noche, su borrachera era peor que nunca. Andaba más tiempo a gatas que de pie... Sin rumbo fijo, fue a dar en una oscura calleja y buscó ansiosamente con la vista el letrero que anunciara una próxima taberna.

Y, de pronto, surgieron ante sus vidriosas pupilas. Eran dos y venían flotando en el aire; una especie de morcillas rojas, en uno de cuyos extremos había una bola con una especie de faro luminoso que parpadeaba intermitentemente.

—¡Dios...! —murmuró trabajosamente—. Esto es... peor que nunca...

En sus «deliriums tremens» había tenido toda clase de pesadillas, pero aquella era superior a todas.

—Espera, criatura —escuchó una voz en su mente.

Harry se apoyó contra una pared y rompió a reír. ¡No sólo se imaginaba aquel absurdo sino que incluso oía voces! ¡Hay que ver las chanzas que le puede gastar a uno la imaginación!

—Criatura... ¿Quieres venir con nosotros?

Las «morcillas» no desaparecían. «Bueno —pensó, en medio de las brumas en que se debatía su cerebro—, me parece que otro trago las hará desaparecer...».

Pero seguía sin distinguir ninguna taberna. Quiso andar y las piernas le fallaron, viniendo a dar con sus huesos en el suelo.

—Rutk —comentó Swith—. ¿Qué clase de monstruo es éste?

—No tengo la menor idea, Rutk —contestó el otro iburiano—. Pero, a lo que se ve, pertenece a una de las razas más degeneradas con que nos hemos topado...

—Criatura —introdujo Swit su pensamiento en la mente del caído—. ¿Quieres acompañarnos?

—Pero... ¡si no existís! —tartajeó Harry—. Ahora contaré... hasta... tres... ¡Y fue... ra!

—Engánchale, Rutk. Creemos que ya tenemos el «specimen» que precisamos.

El primer iburiano se enlazó en torno al cuerpo inconsciente de Harry, que roncaba estrepitosamente. Lo llevaron hasta el «aerovolo» y allí Swit procedió a realizarle un análisis interno. Cuando terminó, el asombro se reflejaba en la enorme bola roja que hacía las veces de cabeza, asombro que entre los de su raza se caracterizaba por el cambio del color escarlata al verde.

—Rutk... El organismo de este «specimen» está compuesto casi totalmente de una especie de excitante líquido... Debe ser su alimentación habitual...

—¿Podemos fabricarlo nosotros?

—Creo que sí...

Cuando Harry despertó, se encontró con que le habían metido en la boca un tubo... ¡Ah, qué deliciosa sensación! Por su garganta abajo se deslizaba un chorro de delicioso whisky... Y el viaje hasta el lejano Ibur lo constituyó una borrachera continua... Ante el único ojo de los iburianos, aquel despreciable habitante del planeta Tierra era incapaz de sostenerse de pie, pasando horas enteras adormilado...

—¡Vaya una raza más inútil! —comentó Swit—. No me explico como han podido

levantar ciudades.

—Usarían esclavos traídos de otros planetas...

—¿Estos? ¡Pero si no tienen fuerzas para nada...!

Dejarían que sus sabios descubriesen el misterio. Su misión era capturar ejemplares raros y ya lo habían conseguido.

III

En el «Zoo» de Ibur se levanta una hermosa jaula, ocupada por el ejemplar más valioso de la instalación. En el centro, hay una fuente que mana incesantemente un licor ambarino... Y el único ocupante de la jaula bebe continuamente de aquel líquido, y en las contadas ocasiones que logra ponerse de pie vuelve a caerse inmediatamente, quedándose inmóvil en tanto *lanza* extraños sonidos...

El cartel anunciador reza: «Habitante del planeta Tierra. Raza degenerada, cuya mentalidad es de tan bajo nivel que es incapaz de mantener un pensamiento fijo. Inútil totalmente para el trabajo físico, y menos, cerebral. Se alimenta de un líquido excitante».

Hasta el fin de los siglos

Francisco Faura

Creyeron que nada había cambiado. ¡Y habían sucedido tantas cosas!

«La transmutación biológica de las especies es un hecho cierto, admitida no solamente por los científicos, sino por la religión. El presente relato se basa, pues, en una realidad a la cual, lógicamente, se añade un elemento de fantasía, pero que en modo alguno se contradice con el dogma católico».

PRIMER CICLO

I

Ander y Merk, exploradores galácticos, desembarcaron en aquel planeta, con muy pocas esperanzas de encontrar vida en él. Todos los informes eran desfavorables: atmósfera excesivamente densa, predominio de glaciares, clima variable... Pero habían recibido órdenes y tenían que cumplirlas. Estaban ya muy lejos los tiempos de los cortos vuelos espaciales, el primero de ellos se había iniciado por medio de cápsulas hacia el satélite, el único satélite que poseía su planeta, y en la actualidad las modernas astronaves eran capaces de llegar hasta los puntos más alejados del Sistema.

Se enfundaron en sus trajes espaciales y establecieron comunicación interfónica:

—¿Qué esperas encontrar aquí, Ander?

—No gran cosa, Merk... Este parece ser un mundo todavía en formación. No creo que exista vida inteligente. Quizás algún tipo de primaria... líquenes y todo eso. Pero nada más.

—El Consejo Universal sabrá lo que hace —fue la filosófica respuesta—. En fin... vamos a ello.

Dejando la gran astronave inmóvil en órbita, ocuparon sus asientos en la navecilla de exploración. Atravesaron la gran capa de nubes y pronto se encontraron volando sobre la corteza terrestre del planeta.

—Desciende todo lo que puedas, Merk. Yo me ocuparé de tomar las imágenes...

Había vegetación. Y eso ya era algo... Rodearon el planeta y no distinguieron ni vestigio de la más rudimentaria civilización. Vieron, eso sí, extraños animales. El que más llamó su atención fue uno que caminaba apoyándose en sus cuatro extremidades.

Un ser provisto de dos ojos, nariz... un remedo humano.

—¡Aquí hay algo! —se excitó Ander—. ¡Es un primate...! ¿Y sabes lo que eso significa? Que aunque con escasa inteligencia, posee alguna.

—Lo que quiere decir que cuando pasen miles o millones de años, este ser se habrá transformado... Nosotros también comenzamos así. Y fíjate al grado de civilización que hemos llegado.

—Por el momento, es poco menos que un simio —asintió Ander—. Baja un poco más. Quiero observarle mejor...

Cogió los «espacio-visuales» y aumentó la imagen hasta que pareció poder tocarla con sólo sacar la mano por la ventanilla de la nave exploratoria. El mono, o lo que fuese, echó a correr asustado, pero en una ocasión levantó la cabeza para contemplar el extraño monstruo que se cernía sobre él.

—Hay inteligencia en esos ojos, Merk...

—Entonces... ¿Te parece que regresemos? Los otros animales que hemos visto eran bestias...

Ya en la nave nodriza, el primer piloto Ander comenzó a escribir su informe: «Efectuada exploración. Entre todas las especies vivientes hemos encontrado una que parece dotada de cierta inteligencia. No difiere gran cosa de lo que fueron nuestros primeros antepasados... Suponemos que su transformación biológica-humana, será cuestión de tiempo. Quizás de millones de años... Pero se transformará».

El Consejo Mundial, a la vista del informe, emitió su veredicto. «Todas las especies con signos inteligentes deben ser respetadas. Por ello, recomendamos a nuestros descendientes no intervenir en el planeta estudiado, concediendo un margen de confianza a los seres descritos por nuestros exploradores Ander y Merk. Pasados unos millones de años, se encarga a las autoridades que entonces rijan nuestro mundo, efectúen nueva exploración. Si esa especie, como es de esperar, y tomando por ejemplo nuestra propia historia, se transforma en humana, estableceremos contacto con ellos, bien entendido que siempre desde el punto de vista de relaciones pacíficas y de buena voluntad».

II

Ni siquiera tenía nombre. Ni poseía el don de la palabra, ni la más rudimentaria forma de comunicarse con otros seres semejantes a él. Caminaba a cuatro patas, con todo su voluminoso cuerpo cubierto de un copioso y áspero pelo pardo. Desconocía totalmente el uso del arma más primitiva y cazaba las piezas que le servían de alimento arrojándose sobre ellas para despedazarlas con sus poderosos colmillos y sus afiladas garras. Muchas temporadas en que la caza escaseaba, pasaba hambre... Un día, un macho enorme, rugiendo ferozmente, realizó un esfuerzo y se irguió sobre sus dos extremidades posteriores...

* * *

Quinientos años, mil años... cinco mil años... Se habían reunido en grupos y cazaban ayudándose unos a otros. Utilizaban gruesas ramas a modo de mazas. Pero todavía no habían aprendido a comunicarse sus rudimentarios pensamientos oralmente y todo su lenguaje consistía en rugidos de advertencia o aviso... Su frente continuaba siendo deprimida, pero sus largos brazos comenzaban a acortarse...

* * *

Cien mil años, medio millón de años... En la cueva hacía calor. Alguien, un desconocido cuyo nombre jamás pudo registrar la historia, había descubierto que frotando dos palos se producían chispas. Fue muy fácil encender ramas secas... y el fuego se había descubierto. Ya no iban desnudos y utilizaban las pieles de animales para cubrir sus cuerpos. Todavía su lenguaje no era perfecto, pero comenzaban a entenderse mediante secas palabras... Uno de aquellos seres, utilizando arcillas de colores comenzaba a pintar en las paredes de la gruta. Reflejaba lo que sus ojos habían visto, sobre todo imágenes del «uro», el terrible bisonte lanudo...

Millones de años más tarde la cueva tuvo un nombre y fue visitada por miles de turistas...

Un millón de años... millón y medio de años... Jack andaba por la selva, evitando los peligros. Existían las grandes fieras... Vio al terrible tigre de colmillos de sable y a la pantera gigante. Las noches se hicieron penosas. Jack pensaba en su familia, esperando allá en la cueva el resultado de su solitaria caza. Un poco más lejos tropezó con Ikam que empuñaba firmemente su lanza; pero su rostro se mostraba sombrío.

—Nada... Los «aurochs» han espantado la caza...

Regresaron a la cueva con la esperanza de que otro grupo de cazadores hubiera tenido más suerte que ellos. Les esperaba una sorpresa; Idam, que tenía fama de loco, había cortado dos rodajas de un corpulento árbol, uniéndolas entre sí por un palo, y las hacía rodar como un nuevo juguete...

Sin saberlo, había inventado la rueda...

SEGUNDO CICLO

El hombre contemplaba angustiado cómo todos sus preciados documentos eran arrojados al fuego. Sus planos, sus queridos planos, eran bárbaramente destruidos...

—¡Brujería! —bramaba el capitán de la guardia—. ¡Todo esto es pura brujería!

Caían los papeles rotos en mil pedazos. Y allí estaban estampados raros y extraños dibujos. Trazos que representaban un raro aparato dotado de alas, una especie de tortuga metálica... algo que parecía una enorme sombrilla de la que pendía

un hombre...

Suspirando, cuando los guardias se marcharon a su hogar, el hombre extendió un lienzo y empuñó los pinceles...

* * *

—¡Totalmente loco! ¡Pretender que el mundo se mueve!

Bajó las escaleras colérico. No le habían comprendido, ni siquiera le habían escuchado y se vio obligado a retractarse de todo lo expuesto. Rabiosamente pegó una patada en uno de los escalones y barbotó:

—¡Pero se mueve!

* * *

Las carcajadas llenaron la amplia sala. Y el hombre, erguido y seguro de sí mismo, tuvo que escuchar las voces burlonas que atronaban sus oídos.

—¡No está en sus cabales! ¡Pretender que el mundo es redondo!

El soldado encendió la hoguera y las llamas comenzaron a lamer los pies del hombre amarrado al grueso poste. ¡Ardería vivo, el brujo! ¡En su osadía se había atrevido a afirmar que la sangre no permanece quieta en el cuerpo humano, sino que circula como ríos...!

TERCER CICLO

El planeta entero ardía. Ambos bandos contendientes utilizaban toda clase de armas a su alcance. Caían las bombas atómicas y nucleares, volaban los terribles cohetes teledirigidos... y las ciudades y pueblos iban quedando convertidos en cenizas. Enormes cráteres señalaban el lugar donde otrora estuviera una gran urbe... El siglo XX parecía marcar el final del mundo.

Pocos fueron los que quedaron. Y las radiaciones comenzaron a efectuar su obra... Todo había sido destruido, una civilización entera había desaparecido. Los supervivientes, medio idiotizados, fueron cayendo en la barbarie... Nadie sabía nada de nada, porque sus mentes estaban presas de las terribles radiaciones nucleares... Era una vuelta al pasado... Las cuevas, el desconocimiento del fuego, las rudimentarias armas de sílex que poco a poco fueron desapareciendo... La mutación, implacable, seguía su avance...

FINAL

Herrick y Jeff inmovilizaron su nave sobre el planeta. Antes de descender al mismo, ambos hombres cambiaron sus últimas observaciones.

—Bueno, según los cálculos, encontraremos esto muy cambiado. Han transcurrido millones de años desde que nuestros primeros exploradores Ander y Merk lo visitaron... Así que hay que prepararse para encontrarnos con una pujante civilización...

Ocuparon la nave de exploración y bajaron a poca altura. Conforme iban divisando más claramente el planeta, la extrañeza se apoderaba de ellos. No encontraron nada de lo que creían observar. Ninguna ciudad. Sólo enormes cráteres, peladas rocas y una raquílica vegetación.

—¡Mira! —exclamó Jeff.

Abajo, un extraño ser caminaba a cuatro patas, corriendo asustado ante la presencia de la navecilla. Por un momento levantó la cabeza y ambos hombres pudieron sorprender su aterrorizada mirada...

—¡Quién lo dijera! —dijo Herrik—. Esta criatura se ajusta perfectamente a la descripción que dejaron escrita Ander y Merk, hace millones de años... Por lo visto, se equivocaron. No existía inteligencia en estos animales inferiores... Continúan como entonces...

—Y a propósito —inquirió su compañero—. ¿Cómo nos dijeron que se llamaba este sucio planeta?

—Me parece recordar que... la Tierra...

Las máquinas

Francisco Faura

La civilización terrestre había alcanzado su máximo grado de esplendor. Demasiado, quizás...

I

Elmer Clayton extendió los brazos, bostezando. Su aburrimiento era atroz... Fue a moverse y apenas si lo consiguió, tal era su obesidad. Pensando que quizás la «stereo-visión» pudiera distraerle, pulsó el botón instalado en el brazo de su sillón e inmediatamente la pared frontal del sitio que ocupaba se iluminó, dando paso a la imagen en colores y sentido tridimensional. Como siempre, la película trataba de lo mismo... La serie interminable de «robots» trabajando en una fábrica, en tanto que la voz del locutor anunciaba orgullosamente que se habían reducido los tiempos... Fastidiado, Clayton cerró la conexión. Eran las once de la mañana y tenía todavía un largo día por delante... ¡Dios mío, qué aburrimiento! Quizás recurriendo a la lectura. Fijó sus ojos en la biblioteca, calculando que le separaban unos tres metros de ella. «Demasiado esfuerzo», pensó. ¡Para eso estaban los «robots» servidores! Pulsó otro timbre y muy pocos segundos después ya tenía frente a él al «robot» bibliotecario. «Una máquina perfecta», reflexionó Clayton, contemplando la imitación humana, construida en brillante material plástico.

—Elígeme una novela, X-10 —solicitó.

La máquina conocía su oficio. En seguida eligió un tomo, llevándolo al hombre hundido en el sillón.

—«Lo que el viento se llevó» —anunció con su metálica voz—. Autor: Margaret Mitchel... Siglo XX.

—Léemela...

Clayton cerró los ojos. Sería un disparate cansar su vista, teniendo a su servidor mecánico dispuesto a tomarse aquel trabajo por él.

Zumbó el «visófono» y Clayton bajó la pequeña palanca que establecía la comunicación. En la pantalla iluminada surgió la cara de su mejor amigo, John Davison. Con la misma cara de aburrimiento que él...

—¿Qué haces, muchacho?

—Nada... En estos momentos, mi «robot» lector se disponía a entretenerme con una novela del siglo XX...

—¡Pues no te has ido lejos! En pleno siglo XXIII, leyendo una antigualla como

ésa...

—¿Y qué quieres que haga? —se quejó lastimeramente Clayton—. ¿Sabes tú de alguien que se tome el trabajo de escribir en esta época?

—¿Escribir? —el horror se reflejó en el semblante de Davison—. ¡No digas sandeces, viejo! ¡Para eso están las máquinas literarias!

—Pues, entonces...

—¡Vaya día que nos espera! Y mañana será lo mismo... y pasado... ¡Qué aburrimiento!

Se cortó la comunicación. Fuera de la estancia hubo un ruido de ruedas al deslizarse suavemente por el pavimento y apareció la esposa de Clayton, tan gruesa como él, sentada en la máquina «velocicleta», movida por energía nuclear.

—El desayuno, querido —ofreció una pastilla de color rojo.

A desgana, Clayton se tragó la cápsula. Lo hizo a regañadientes, quejándose del trabajo de mover las mandíbulas para abrir la boca. «El día es demasiado largo —pensó—. Lo mejor será tomarme una dosis de “Dormiex” y pasármelo en un sueño...».

Por aquellos días la Humanidad había avanzado mucho. Las máquinas lo hacían todo, absolutamente todo. Existían los «robots» pintores que manejaban los pinceles siguiendo las indicaciones mentales de los artistas, los «robots» literarios, los pensadores y filósofos... y así sucesivamente. Ningún trabajo manual era efectuado por los seres humanos. Y el resultado eran generaciones de seres abúlicos, inmóviles en sus cómodos asientos, ni siquiera tomándose la molestia de andar, porque los asientos eran dirigidos a voluntad. El Ejército y la Policía habían desaparecido asimismo, suplantados por los llamados «robots de defensa». Pero la mayor monstruosidad la constituía la inseminación artificial... ¡Hasta el amor había matado aquella supercivilización!

* * *

—Hola, Davison... Otro día...

—Ayer tuve que tomar una dosis doble de «Dormiex» —se quejó el aludido—. De lo contrario, me hubiera pasado la noche despierto...

—He oído hablar de unas nuevas pastillas que han inventado los «robots» investigadores —explicó Clayton—. Será cosa de probar...

II

¡Había sucedido la mayor catástrofe conocida! De pronto, sin explicación posible alguna, todos los «robots» del mundo habían dejado de funcionar. Y lo terrible era que no podían ser reparados... por la sencilla razón de que los constructores eran

también máquinas. Y éstas se habían parado asimismo. Nadie sabía cómo ponerlas en marcha, cómo localizar aquella avería colectiva... Y nadie tenía fuerzas para abandonar sus sillones rodantes, por el motivo de que sus piernas, al no ser utilizadas, casi se les habían atrofiado.

El pánico más atroz se apoderó del mundo. ¡Aquello era el final! ¿Quién produciría las pastillas alimenticias? ¿Quién las medicinas precisas para combatir las enfermedades...? Y, sobre todo... ¿Quién iba a trabajar en los laboratorios preparando los sueros de la inseminación? La especie humana corría el peligro de extinguirse...

—¡Esto no puede ser! —chillaba Clayton—. ¡Alguien tiene que solucionarlo! El Gobierno... ¿Qué hace el Gobierno?

El Gobierno Mundial no hacía nada, no podía hacer nada. Porque también ellos permanecían hundidos en sus asientos, incapaces de moverse...

—En los antiguos museos se guardan semillas que producían alimentos tales como lo que llamaban trigo, vegetales... Lo único que hace falta es plantarlas... —sugirió el primer consejero Harrington.

El presidente le dirigió una colérica mirada.

—¿Y quién las plantará, imbécil, ahora que no disponemos de los «robots» agricultores...?

Hambre. El hambre se cernía sobre el mundo... Aquella supercivilización se extinguiría inexorablemente.

III

Hubo que sacar fuerzas de donde no parecían existir. Como pudieron, arrastrándose como animales inferiores, los hombres fueron en busca de aquellas preciosas semillas... Tambaleándose sobre sus débiles piernas ocuparon sitios en los laboratorios, estudiaron antiguos tratados ya casi carcomidos por el tiempo... Se organizó una fuerza de Policía y se plantaron los cimientos de lo que habrían de ser las futuras Fuerzas Armadas... Quejándose y maldiciendo, pero tuvieron que hacerlo...

* * *

Los dos jóvenes permanecían con las manos entrecruzadas, mirándose a los ojos. Cerca de ellos, en el parque, los niños jugaban en medio de sus alegres gritos infantiles...

—Ayer estuve en el museo del siglo XXIII y vi los antiguos «robots»... ¡Aquellas máquinas me dieron asco, querido!

—¡Y pensar que el hombre que salvó a la Humanidad fue el único que tuvo

inteligencia entre aquella pandilla de insensatos! —murmuró la muchacha—. Solamente él comprendió la locura de la excesiva automatización... Es cierto que también utilizó una máquina, pero benéfica. Al paralizar a los «robots», obligó a que la Humanidad trabajase... que supiera lo que era ganarse el sustento por sus propios medios...

Se levantaron, y al pasar frente a una estatua, ambos le dirigieron una mirada de respeto. Reflejaba un hombre de dulces facciones y amplísima frente. En el pedestal, podía leerse en una placa dorada:

«A Oscar M. Rabenstein, salvador de la especie humana».

Y siempre había flores al pie de la estatua...

El fin del Universo

Francisco Faura

Fue una noche diferente aquella en que John Charles despertó de su sueño...

John Charles se despertó sobresaltado. Durante unos instantes permaneció quieto en la cama, escuchando... No se oía el menor ruido. El silencio más absoluto reinaba en la cama. Se movió, inquieto, y alargó la mano en busca del conmutador eléctrico. Sonó el «clic», al funcionar éste, pero la oscuridad continuó... «Vaya —pensó malhumorado el hombre—. Se ha debido fundir la bombilla...».

Dio media vuelta y trató de volver a dormir. Inútil; se encontraba con la mente lúcida, demasiado lúcida. Reflexionó en el viejo aforismo de contar ovejas, pero lo desechó por inútil.

Gruñendo entre dientes, separó las sábanas y saltó del lecho. Quitaría otra bombilla de cualquier habitación y dedicaría el tiempo que fuese a la lectura... Un libro pesado, cuanto más pesado mejor. Se calzó las zapatillas, se enfundó a tuestas el batín y salió del dormitorio. Tanteando dio con la llave del vestíbulo y la oprimió... y su sorpresa fue mayúscula a percibir como tampoco ésta daba resultado y las tinieblas continuaban rodeándole. «Los plomos, maldita sea», se dijo rabiosamente.

Lo mejor era volver al lecho, pero comprendió que le sería imposible conciliar el sueño. Como pudo, localizó una pequeña escalera y fue hacia la puerta del piso... y entonces recordó las cerillas que tenía en la cocina. Fue hasta la estancia, tropezó con una silla y lanzó una maldición entre dientes. Por fin, localizó la caja de cerillas, sacó un fósforo y lo apretó en el rascador... Tampoco. Lo intentó con otro y otro... inútil. Hasta que llegó un momento en que, enfurecido, arrojó al suelo, con rabia, la caja.

«¡Estafadores! —murmuró—. Dan fósforos inútiles...». Le quedaba un recurso... su encendedor. Y otra vez regresó a tuestas al dormitorio y buscando su americana, sacó el pequeño aparato. ¡Clic!... ¡Clic!... dos, tres, veinte veces... ¡Y nada! «¡Se habrá quedado sin gas este maldito, cuando más falta me hacía! —maldijo, porque sin algo con que alumbrarse caviló le iba a resultar bastante difícil cambiar los plomos—. ¡Claro! —se pegó una palmada en la frente, llamándose imbécil por no haber pensado antes en ello—. ¡La linterna!». Pero cuando intentó hacerla funcionar... nada. Extrañado, quedóse inmóvil, pensando en lo absurdo de aquella situación... ¿Sería posible que se diera tal cúmulo de coincidencias? Los plomos fundidos, las cerillas húmedas, el encendedor sin gas... y las pilas de linterna, gastadas.

Desesperado, fue hacia la puerta del piso, abriéndola. Lo hizo a punto de tropezar contra una forma humana, al mismo tiempo que escuchaba la voz del vecino del piso de enfrente.

—¿Es usted, John...? ¿No tendría fósforos, por casualidad?

—¡Demonios! ¿Qué le ocurre a usted?

—No me lo explico... No funciona la instalación eléctrica... ni mi linterna... ni siquiera el encendedor...

—Estoy igual que usted —gruñó Charles—. También yo lo he intentado con todas esas cosas... y nada.

Parecía como si todo el mundo hubiera perdido el sueño. Se oía el ruido de puertas al abrirse y las voces, mezclándose unas con otras.

—¿Cerillas?

—¿Una linterna...? La mía no funciona...

—No me lo explico... ¿Qué rayos está pasando?

Alguien opinó que lo mejor sería telefonar a la Compañía Eléctrica. Pero cuando lo intentaron, después de muchos fracasos, al no poder localizar con exactitud los números del disco, se encontraron con que el teléfono no daba señal alguna... Marcaron números al azar y sucedió lo mismo... Silencio absoluto.

—¡Ya es mucha casualidad! —barbotó Charles—. Esto del teléfono no tiene explicación...

—Nada tiene explicación —escuchó la voz del vecino del tercero, un individuo que trabajaba en la Televisión—. Bueno... ¿Qué hacemos?

Para agravar la situación, la inquilina del segundo —una chica que decía ser artista, aunque nadie la había visto trabajar en teatro alguno— comenzó a ponerse histérica.

—Yo vi una película... que se llamaba «El día que paralizaron la Tierra»... y era de unos marcianos que cortaron todos los servicios... Esto... esto... ¿No estará relacionado con los platillos volantes y... esas cosas?

—¡Déjese de estupideces! —replicó brutalmente Charles—. Lo que sea, no lo sé... Pero pronto lo voy a averiguar...

—¿A dónde va usted?

—A la calle. ¡Peste!

Apelotonados, tropezando unos con otros, bajaron las escaleras hasta llegar a la puerta del edificio. La abrieron... para encontrarse sumidos en las tinieblas. Oían voces excitadas y, en su avance, pegábanse contra otros cuerpos humanos...

—¡La luna! —Charles escuchó un grito que venía de su derecha—. ¡No hay luna...!

Así era. El astro nocturno había desaparecido...

—Quizás un eclipse —opinó alguien.

—¿Y todo lo demás?

Ni un solo farol funcionaba. Todos los letreros luminosos anunciadores estaban apagados... Sólo las tinieblas, unas terribles tinieblas, rodeaban a la muchedumbre.

—La Policía... ¿Qué hace la Policía?

Charles se pegó un terrible golpe contra una dura superficie metálica. Tanteando,

reconoció un automóvil... Abrió la portezuela y se coló dentro. Estaba seguro de que era el suyo, pues lo había dejado precisamente frente al portal de su casa. Localizó las llaves en uno de sus bolsillos y trató de ponerlo en marcha. También fue inútil... El motor de arranque permaneció silencioso...

El miedo comenzó a apoderarse de él. Un pánico atroz, una angustia, ante un horror que no comprendía. Volvió a salir del vehículo y recibió un tremendo empujón... La masa debía ser enorme. Todo el mundo estaba en la calle. Y se oían gritos histéricos y lloros de criaturas...

Notó cómo una mano se agarraba a su brazo derecho y una voz femenina suplicaba:

—Por favor, señor... ¿Qué está ocurriendo?

—Eso quisiera saber yo —gruñó.

De pronto, percibió cómo un intenso calor comenzaba a apoderarse de su cuerpo... Y le faltaba la respiración, se sentía ahogar. La temperatura fue en aumento, hasta que le pareció que se encontraba en un horno. Los gritos eran terribles, quejas y lamentos...

—¡Me abraso...!

—Por favor... ¡Estoy ardiendo... vivo!

Sí, aquella era la sensación. La piel abrasándose... sin llamas. El calor se convirtió en algo insoportable; John Charles cayó de rodillas revolcándose de dolor. En torno suyo, el griterío era espantoso... Poco a poco fue debilitándose... Charles, sintiéndose morir, elevó sus ojos hacia arriba...

En el cielo, las estrellas iban apagándose una a una...

La fuente de la eterna juventud

Francisco Faura

Ponce de León dedicó gran parte de su vida a la búsqueda de la Fuente de la Eterna Juventud. No la encontró jamás...

I

El viejo Ponce de León estaba cansado... Los últimos años su vida habían sido un eterno vagabundear por la península de Florida buscando la «Fuente de la Eterna Juventud», leyenda escuchada de labios de los aborígenes.

El ansia que le había impulsado a seguir adelante había quebrantado su salud... y aún así, enfermo y viejo, continuaba su desesperada búsqueda en la creencia de que algún día lograría encontrar el milagroso manantial. Hasta que llegó el momento en que sus fuerzas cedieron y viose obligado a paralizar su marcha. Aquella noche, tumbado sobre una raída manta, rodeado por el pequeño grupo de compañeros, teniendo como telón de fondo la espesa selva, gritaba en su delirio por las milagrosas aguas... Las historias tantas veces escuchadas se removían en su mente, alterando sus pensamientos. Había descubierto la península de Florida en 1512 y fue allí donde empezó a oír referencias de la célebre fuente. Ignoraba que en otros lugares, otros españoles, dejándose llevar por distintas leyendas, emprendían aventuras tan descabelladas como descubrir las «Siete ciudades de Cibola» o el «Imperio de El Dorado», llamado así porque su rey se cubría todo el cuerpo con una capa de oro... Y en tanto que para unos aventureros la conquista de América se basaba en el oro, para él, Juan Ponce de León, la meta era la ansiada y eterna juventud... Preguntaba y preguntaba a los nativos y siempre oía la misma respuesta: «Más lejos... Más lejos...».

¿Más lejos? ¿Dónde? Y las morenas manos de los indígenas señalaban a la lejanía: «Allá...». Pero aquel «allá» nunca llegaba...

El pequeño grupo de conquistadores intercambió significativas miradas, meneando la cabeza cubierta por el pesado casco de acero. También ellos estaban agotados. Y el escepticismo empezaba a hacer presa en su ánimo.

—Esa fuente no existe... Todo es una mentira de esos malditos indios.

—El capitán asegura...

—¡Al diablo el capitán! Yo no estoy dispuesto a dejar mis huesos pudriéndose en esta apestosa selva...

Se encontraban hartos de mosquitos, presa de las fiebres, cansados de sostener

luchas contra los nativos. Les dolía la mano de manejar la espada... Si Ponce de León hubiera estado en posesión de su férrea energía, los habría dominado fácilmente. Pero ya solamente era una ruina humana...

—Regresemos a la costa. Con un poco de suerte, saldremos vivos de esta estúpida aventura...

—¡Al infierno con la maldita fuente!

Improvisaron unas parihuelas donde colocaron el cuerpo del viejo guerrero. El que más y el que menos, maldecía en voz baja al pensar en los años perdidos en busca de la quimérica fuente de la juventud.

Uno solo de aquellos hombres de hierro se mantuvo inmóvil. Sus sombríos ojos recorrieron el grupo de sus compañeros y cuando sus labios se abrieron fue para anunciar, en medio del estupor general:

—Yo continúo...

—¿Te has vuelto loco, Cárdenas? ¿Es que tú también vas a dar crédito a esas patrañas indias? Mira lo que ha sido de nosotros por prestarles atención...

—Digo que continúo.

—Pues lo harás solo, Sebastián. Con nosotros no cuentas...

Ni un solo músculo se movió en la cara morena del conquistador.

—No he llegado hasta aquí para retroceder... Seguiré adelante.

—¿Buscando la fuente? —interrogó con ironía uno de los componentes del grupo.

—Buscando la fuente —fue la enérgica respuesta.

—Y te bañarás en ella y serás eternamente joven —se burló otro—. Vamos, Sebastián, vuelve en ti. Mira en qué estado se encuentra el capitán por su tozudez... ¡De poco le serviría ahora encontrar las milagrosas aguas...!

—Marcharos vosotros. He dicho que yo sigo adelante.

De nada valieron ruegos ni advertencias. Y el hombre se quedó solo, observando cómo se alejaba el grupo transportando a su agonizante jefe... El viejo Ponce de León, que moriría no muchos años más tarde en Cuba, creyendo hasta el último instante en la existencia de la milagrosa fuente que él no había conseguido encontrar.

El solitario conquistador reanudó su penoso avance a través de la selva. Por cuantos poblados indios atravesaba, hacía la misma pregunta y siempre obtenía idéntica respuesta: «Por allá... más lejos...». Luchó contra los hombres, las fieras y los mosquitos... siempre en pos del loco sueño del que había sido su jefe. Hasta que su salud se quebrantó, y las fuerzas comenzaron a fallarle. Hambriento, dominado por las fiebres, sintiendo como la muerte se le aproximaba a pasos agigantados, aún continuaba arrastrándose sobre la tupida maleza... En el jadeo de sus últimos instantes, bordeó un corpulento árbol y ante sus ojos, ya velados por el último sueño, surgió la imagen de un manantial que brotaba de entre dos peñas.

—Allí... allí... —balbuceó. Y reuniendo sus postreras energías continuó su lento

avance, arrastrándose como una serpiente... calculando la distancia que le separaba del agua. A un metro escaso, supo que ya no podría seguir... y alargó el brazo en un desesperado esfuerzo. Sólo su mano derecha consiguió que el agua se deslizara sobre la piel. Hubo un último suspiro antes de morir...

II

Casi cinco siglos más tarde, en las postrimerías del XIX, un destacamento de caballería al mando del mayor Elwin Chesterton recorría la Florida en la campaña contra los indios «seminolas». Habían realizado una dura jornada y los hombres estaban cansados. El mayor pensó que no podía exigirles más y decidió concederles un descanso.

—Sargento —ordenó a un rudo veterano de las guerras indias—. Mire a ver si hay por aquí cerca un manantial donde llenar las cantimploras... Deje, yo iré con usted...

En tanto que los soldados se disponían a establecer el campamento, ambos hombres se alejaron, internándose entre la tupida vegetación. De repente, los pies del sargento encontraron un obstáculo inesperado e instantáneamente su vista se inclinó hacia el suelo.

—¡Por Jove! —masculló—. ¡Un esqueleto!

Un montón de huesos carcomidos por el tiempo, cubiertos por una oxidada armadura. La calavera medio oculta por un antiquísimo casco de hierro...

El hallazgo no sorprendió gran cosa al mayor. Conocía las andanzas de los españoles por aquellas tierras y no era tan ignorante como para no saber que la Florida había sido descubierta por Juan Ponce de León.

—Un antiguo conquistador español —se encogió de hombros.

Su mirada había ido a posarse en unas peñas. Era indudable que allí había existido un manantial, porque podía percibirse claramente la erosión producida por las aguas sobre la roca.

—Mala suerte. Esto debe hacer mucho tiempo que se agotó —dijo entre dientes...

—¡Mayor! —la voz del sargento le hizo volverse sobresaltado.

—¿Qué ocurre?

Los ojos del sargento permanecían fijos en el esqueleto. Temblorosamente lo señaló.

—Fíjese en eso...

Los huesos del brazo aparecían descarnados, deshechos casi. Pero al final, la mano se mostraba entera, tan fresca como la de un ser vivo. Las uñas, la piel morena y el leve vello que cubría la piel...

Decapitado

Medardo Fraile

Cuando le asignaron su cuarto en la pensión, encajada entre cuatro calles estrechas, lo primero que hizo fue establecer una corriente de aire para evitar un olorcillo rancio que parecía emanar de una cañería-aorta hinchada en un ángulo de la habitación. Asomado al balcón vio de frente a un hombre vestido de negro, con sombrero, que acababa de doblar la esquina y tomaba derecho la calle. Entró en seguida en su cuarto a desocupar la maleta y vio la araña cuando ya había puesto los libros sobre la cama y se disponía a abrir el grifo del lavabo. Era muy pequeña y estaba un poco alejada de la tela —pobre y deshilachada—, pensando que aquello no iba bien y nuevamente tendría que empezar. «Diré a la criada que limpie eso —pensó—. Aunque —siguió diciéndose— éstas que son como ésa no pican ni hacen nada, parecen muy enceladas con su labor —que, por otra parte, realizan muy despacio—, pero no es decente que ese animal esté ahí, más que nada porque los ángulos de las habitaciones gusta verlos limpios y una araña es siempre, además, una pequeña duda, una ligera preocupación y hay quien no se atreve a alzar la voz o tirar desde lo alto un zapato al suelo, por si el bicho se remueve y toma alguna decisión desagradable. Y si al ir a aplastarla se falla el golpe la cosa está clara, el bicho sabe que van por él sin ningún miramiento y que si antes se le había tolerado no mediaba en ello el afecto sino el egoísmo. La araña entonces puede tener una idea genial acerca de uno —se dice que no tienen ideas lijas—, y entonces atacarnos de forma tal vez muy peligrosa». Fue en aquel momento cuando en la casa de enfrente de fachada de almagre se abrió un balcón —y no parecía que antes hubiese ninguno— y se asomó la muchacha con vestido de llores estampadas, que, varias veces, mientras él la miraba con el rabillo del ojo, se movió de un extremo a otro del balcón para fisgar a su antojo la habitación donde estaba él, recién abierta. Se vio que ella le conocía. Alguien, por detrás de ella, azuzaba con voz de apuntador: «Es Azurgaray», y ella parecía darle, un poco sofocada, con el pie por detrás para que se callase. «Azurgaray; sí, Azurgaray», insistía el tipo a sus espaldas. Y cuando él se decidió a afrontar la cosa saliendo a su balcón, la muchacha, atropellándose, con apresuramiento que pareció forzado a posta, se metió dentro y cerró, incluso, los postigos con tremendo estrépito que se hizo notar más por el repentino silencio en que quedó la calle. Luego se oía decir, como detrás de cada ladrillo: «el hijo del notario Azurgaray». Y vio de frente a un hombre vestido de negro, con sombrero, que acababa de doblar la esquina y tomaba derecho la calle. «Sí —dijo él al joven que regentaba la pensión—, es una asignatura nada más —y recalcó deletreando—: Una. Derecho Civil, pero no la de cuarto, o sea de quinto, sino

la de tercero, o sea la de cuarto». Se encontraba locuaz. Es raro, pero es así: «Y fue por algo del secretario, que tenía poca estatura y cambió la disposición de las actas en los armarios y entonces fue la infiltración por la que tuve que trastocar (previa notificación, naturalmente) la asignatura, sólo una, al fin y al cabo», deletreó de nuevo. Pero era inútil, el joven ya no estaba. Cuando empezaba le escuchaban con verdadero ahínco y de repente luego cuando él decía «y fue por algo» se iban desinteresados, a veces murmurando una palabra de cortesía o mirando el reloj repentinamente melifluos, como si les llevase alguien esperando mucho tiempo. El joven estaba ahora subido a una escalera, silboteando una canción como si tal cosa, mientras limpiaba una bombilla. «¡Ah! Pero —recordó— la criada se llama Araceli». Se lo había dicho. Araceli. Araceli otra vez. Miró al techo y espió a la araña durante un rato. Estaba inmóvil. Era el mejor momento. Se asomó a la puerta de su cuarto muy despacio, pero no había nadie en el pasillo. Y la bombilla que limpiaba con esmero aparecía otra vez llena de manchas. Llegó hasta un cuarto próximo con un hogar de campana y una mesa basta de patas gruesas y encontró silencio. Colgadas de un alambre en el patio, dos alpargatas negras se mecían y hacían a veces señales a la mesa. «¡Araceli!», gritó. Silencio. Por un pasillo que no conocía se coló hasta el rellano de una escalera tranquila, amplia y brillante. La miró. Era una escalera incitante y, a la vez, terrible. Tenía la impresión de que algo había salido de su cuarto y le espiaba detrás, de que «alguien» adivinaba sus intenciones y le aguardaba en un rincón, oculto, en un lugar oscuro. «¡Ara...!», tenía angustia y se calló. Y además, cuando iba a seguir, oyó el chirriante estrépito que hacía el balcón de la muchacha de flores estampadas. Estaba seguro de que miraban su cuarto y al mismo tiempo le miraban a él y algo irresistible, como si le dieran un tirón enorme, le hizo volver atrás. Pero el balcón permanecía cerrado, hermético. Paró sus pasos y escuchó sin respirar apenas. Nada. Era detrás. Se volvió. Era detrás. Volvióse. Era detrás. Giró, giró, giró una y otra vez, continuamente, como una veleta que deseara señalar su cola. Golpeó la pared, levantó la colcha de la cama, abrió la caja de los zapatos, la maleta, el *armario*, miró a la araña y, distanciado, dio una patada a la cortina. Respiraban con él, a su ritmo: «¡Aaaah! ¡Aaaah! ¡Aaaah! Aaaah!», y era en el balcón de enfrente. Y encendiendo todas las luces, se asomó. Y venía de frente un hombre vestido de negro, con sombrero, que acababa de doblar la esquina y tomaba derecho la calle. Cuando entró se dio cuenta de que entraba por tercera vez. La araña pendía de un hilo y era mucho más grande. «Lo sabía —se dijo, y luego pensó—: me arrancará la cabeza». Despacio se fue escurriendo hacia una silla y fue resbalando por uno de sus palos con sumo cuidado hasta sentarse. «Si me ve sentado —pensó— se volverá atrás, no tendrá sentido que demuestre su fuerza». Pero ella no menguaba y estaba exactamente sobre la cabeza de él. Él entonces quiso distraerse mientras imaginaba la forma de llamar a alguien. «Es una lámpara», se dijo, y esto pareció tranquilizarle mucho. «Es una lámpara», se repetía una y otra vez cuando ella se le hacía mayor o creía percibir que daba hacia abajo un tironcito del hilo. Y una vez dijo: «Una ra

palamés» y se dio cuenta de que sería inútil ya seguir con esa frase y se apresuró a sustituirla angustiada, y no encontraba otra, y el hilo daba saltitos sobre su cabeza y ella aumentaba hasta cerca de un palmo. Y fue entonces cuando leyó «Usted debe asegurarse» en el balcón, en un vidrio, y se llenó de alegría porque podía ya decir: «Usted debe asegurarse», y sólo era la propaganda de un seguro que había sido aprovechada para ocultar un roto en el cristal. Y así hasta que dijo «Beted sese deguraraus» y estuvo en nada que gritase, porque sintió como si ella le estuviese levantando el pelo con una pata. Y entonces se concentró en un nombre: Araceli. Y, sobre sus rodillas, comenzó a teclear con los dedos el nombre de Araceli, porque se le había ocurrido una idea. Y tecleaba A-ra-ce-li, como si dijese do-re-mi-fa. Y poco a poco fue subiendo la voz, llegando a todos los signos de admiración a que puede llegar un aterrorizado que está inmóvil y siente que el verdugo le hurga en la cabeza. «¡¡¡A-ra-ce-liiiiiieeäü!». Y se asomó, con gran estrépito de hierros, la muchacha de las flores estampadas, que sonreía. Y un hombre —lo sintió—, acababa de doblar la esquina y comenzaba a pasar la calle. Fue entonces cuando aterrado vio que ella lanzaba sobre él aviones punzantes y diminutos que pitaban y hacían irritantes impactos que se iban abultando sobre el lóbulo de sus orejas, las venas de su cuello y sus párpados. «¡Tregua!», gritó. «¡Tregua!», gritó angustiada. Y se hizo un silencio. Y en la tregua pasaba él sin cesar hojas y hojas de un libro enorme que vigilaban dos ordenanzas malhumorados y escépticos. «Ab, no. Af, no. Aj, no. Ap, no. Ar, ar, ara, ara, araña». Pero las letras se agolpaban, cambiaban de líneas, subían y bajaban, formaban patas y eran iguales a pequeñas motas en un rayo de sol. «Es el de las arañas», decían los ordenanzas, y chascaban sus lenguas hasta que se les partían. Y se oyó entonces una risa y, con estrépito, se cerró el balcón de la muchacha de las flores estampadas y sonaron pasos y una pata negra se le anilló con fuerza a la barba. Hizo un desesperado esfuerzo y se levantó, pero al hacerlo sólo vio el orinal bajo la cama y una gran cucaracha negra con olor a miedo y nada más que un dolor agudísimo y unas sombras y el sentido instantáneo de una ridícula tragedia espantosa.

Cuando Araceli al día siguiente entró tan pancha en el cuarto de Azurgaray para arreglarlo, hizo «¡Ooooh!» largo rato, cual globo que se desinfla. El señorito Azurgaray estaba muerto en la cama, sin cabeza. Llegó el joven que regentaba la pensión. Apresurada y con extrañeza se asomó a su balcón, enfrente, una muchacha con vestido de flores estampadas. A las doce, como todos los días, un hombre con sombrero, de negro, dobló la esquina y, al pasar por la puerta de la casa, se paró a preguntar. Llegó la Policía acompañando al padre de la víctima, Azurgaray el notario, afligido y entero, que habló con Madrid nada más llegar. Llegaron el juez y el forense. Llegó el conserje de noche, señor Sánchez, que descansaba en su casa del trabajo nocturno. Llegó «Entrometido», redactor de «Emblema», atildado y joven. Y en la puerta del cuarto se estacionaron huéspedes y curiosos.

Araceli aseguró no saber nada. Estuvo en la casa trabajando todo el santo día y a las doce se acostó y se durmió. El joven que regentaba la pensión declaró que el señor

Azurgaray, hijo, era un muchacho amable, que pagaba las cuentas con largueza y a punto. Y que en esa pensión nunca había ocurrido nada igual. La muchacha de las flores estampadas le dijo a la autoridad que ella era una mujer muy de su casa y que ni los balcones ni la calle le gustaban. Sánchez, el conserje, quedó en principio detenido; sus declaraciones traslucieron oscuridad sintáctica que le hicieron muy pronto sospechoso. Y el diario «Emblema», con olorcillo a pequeña política burguesa, madrugador moderado, tintoso y fresco a la hora del café con ensaimada, ofreció al día siguiente la noticia a sus lectores, que, seguida de una extensa crónica de «Entrometido», decía así: «El hijo del notario Azurgaray, decapitado. Ayer por la mañana a primera hora apareció decapitado en su cuarto de la pensión “Dos Mundos”, el hijo del conocido y solvente notario de la provincia, señor Azurgaray, que desde hacía cuatro días se encontraba, por estudios, en nuestra capital. Se desconocen las causas del horrible crimen, aunque parece que el principal móvil ha sido el robo. El médico forense, señor Muñoz, declaró que obraron en el hecho elevadas dosis de éter. Fue detenido como sospechoso Anselmo Sánchez, antiguo corneta de la guerra de Cuba, conserje de noche en la citada pensión, que declaró, vagamente, haber oído algún ruido a eso de las cinco y haber visto a dos huéspedes, no precisados, salir muy temprano de la pensión, como para ir al campo, ya que recuerda que iban con pantalones de pana. El desdichado hijo del señor Azurgaray, que contaba con muchas simpatías en nuestra ciudad, tenía sobre la mesa de noche de su cuarto el extraordinario de “Emblema” lanzado ayer sobre la guerra civil en Argentina y el bombardeo supuesto de Buenos Aires por aviones rebeldes. El comisario Meléndez-Alba, de la Brigada Criminal del Centro, ha dado comienzo a la investigación del caso».

Spood y Rennie han vuelto

José Hernández Polo

I

La base entera vibraba de entusiasmo. Se esperaba la gala de la noche, aquella fiesta que tan brillante había de ser. El viejo Sammy llevaba horas preparando un «cap» riquísimo, invención suya, aparentemente inofensivo, y convirtiendo en succulentos emparedados increíbles cantidades de comida. Asistirían a la fiesta la mayoría de los importantes... y los no importantes.

—Demasiada gente —gruñía el viejo—. Demasiada gente y demasiado apetito. Caerán como una plaga sobre todo esto y, en unos momentos, habrá desaparecido la labor de mucho tiempo.

—La ocasión lo vale, cascarrabias.

En el fondo, el coordinador general Mitchel no tenía que convencerle. Como todo el personal de la inmensa base, Sammy estaba orgulloso.

—Entonces, ellos, ¿han vuelto bien, señor?

—¿Bien? Nunca han estado mejor en su vida. Ese paseo por la luna parece haberles sentado de maravilla. Spood y Rennie han hecho acopio de larga vida, Sammy.

—¡Ah! No me diga que en la luna han encontrado la fuente de la juventud, señor...

Mitchel rió. Le gustaba estar al tanto de todo, cuidar hasta los menores detalles. No era, en realidad aquella su función principal. Pero él, como coordinador, se dedicaba con el alma a lo suyo: coordinar. E incluso se excedía. Tenía un concepto muy amplio de la coordinación.

—No, viejo. No se trata de ninguna fuente. Es la satisfacción del deber cumplido, el orgullo, lo que da bríos y ganas de vivir.

El triunfo lo habían tomado todos como cosa propia. Con razón, porque todos, de un modo u otro, habían colaborado eficazmente en aquel fabuloso logro.

—Si seremos grandes, que hemos llegado a hacer lo que ni siquiera soñó Julio Verne en las más descabelladas de sus fantasías.

Eran palabras de Spood, comandante de Marina, apenas pisó tierra. «De todos modos —agregó—, este suelo me parece ligeramente más familiar que el otro».

El «otro». Muchos años, muchos trabajos, el sudor, la ilusión y hasta la muerte de muchos desembocaban al fin en aquello.

—Al poner mis plantas en la luna, pensé en Colón y no me dio un ataque de risa porque nuestro horario era muy apretado y no disponíamos de tiempo para malgastarlo en carcajadas.

Spood, el primer hombre que se permitiera hollar la superficie lunar, era de natural optimista. Se burlaba de la seriedad de Rennie, su compañero de experiencia. Ambos se habían convertido en los héroes de aquella república de locos, entre los cuales muchos eran ya veteranos del espacio, cosmonautas con muchas horas de vuelo orbital. Hasta entonces, todo había consistido en entrar y salir de las órbitas terrestres y lunar; en juegos de aproximación y pequeñas tomas de contacto no tripuladas. El ensayo del módulo lunar fue, en su día, perfecto. Cuando las cámaras de televisión de la cápsula transmitieron la salida lenta y el alunizaje suave, magistral, del módulo, que asentó sus engarfiadas patas en la luna, los miles de habitantes de la base comprendieron que todas las resistencias podían ser vencidas y que se acercaba el instante en el cual al hombre le sería posible caminar por el satélite, con la despreocupación de quien anda por la Quinta Avenida.

—No debe ser muy divertido aquello...

—No importa: llevaremos diversión.

—Según lo conocido, los elementos de vida que necesitamos no existen allá.

—Los llevaremos también.

—Ni siquiera hay atmósfera respirable.

—La crearemos nosotros.

—Eso espero.

Esto, aunque alguien lo dude, era un trozo de conversación en el seno del Comité superior de la base y se cruzó entre el comandante general, Simpson, y el jefe del Departamento de Medidas Post Alunizaje, Caravage. Eran palabras que figuraban en acta, aunque se comprenderá que más bien de carácter entre jocoso y anecdótico, transcritas fielmente por la eficaz Rhonda, la bella secretaria que asistía a todas las reuniones del Comité superior y daba fe de lo que allí se decía.

—Así lo espero, Caravage.

—Lo esperamos todos, señor. Rhonda y yo estamos muy ilusionados en habitar un chalet lunar.

Y el coordinador Mitchel había apretado la mano de la secretaria Rhonda, aunque tampoco aquellas demostraciones burdamente terráqueas estuvieran previstas en el orden del día. Y, desde luego, no llegaron a constar en acta.

—Todo esto es Historia, querida... Historia con mayúscula. Ahora hemos conseguido lo fundamental.

—Sí. Casi es como si hubiéramos puesto la primera piedra de nuestro chalet —rió Rhonda.

—Y, no lo olvides, tú eres la historiadora. Todo lo dejas escrito tú.

—Y me gustaría mucho seguir dejándolo. Si me queda mano, después de que tú la sueltes...

Mitchel, en aquel gran día, a pocas horas de distancia de la estupenda fiesta de la noche, enlazó a su novia por los hombros.

—No temas. No volveré a estropear los instrumentos de trabajo. Hasta la noche.

El episodio, burgués y nada nuevo, entre Mitchel y Rhonda hubo de cesar. Mitchel, así ligado a las costumbres de siempre, enamorado normalmente, pese a su carácter de hombre de Ciencia y de hombre del futuro, se separó de la muchacha y siguió procurando que todo marchara como debía. Es decir, siguió coordinando.

—Hasta la noche, Mitch.

Pero Rhonda sentía un vago temor. Un miedo indefinible a algo desconocido. Como si las cosas fueran demasiado bien. Procuró olvidar esta imprecisa sensación.

—En todo caso, si el chalet no lo llegamos a tener en la luna, ¿qué más da?

Y se dirigió a su habitación, en la zona residencial, para preparar el vestido de noche. ¡Ah, aquellos Spood y Rennie! ¡Qué grandes chicos!

II

Los dos grandes chicos estaban siendo objeto de la desatada admiración de todos. Eran los verdaderos reyes de la fiesta. Las luces se habían encendido para ellos; la orquesta de las Fuerzas Aéreas sonaba para ellos. Pasaban sin cesar bandejas con vasos de aquel «cap» único, receta del viejo Sammy, elaborado en su honor. El personal femenino que trabajaba en la base, docenas, casi cientos de muchachas de buen ver, formaban un cordón en torno del bienhumorado Spood y del taciturno Rennie, no tan taciturno como en él era habitual, por otra parte. Los dos respondían a unos periodistas.

—¿Qué os voy a decir, muchachos? Cuando saqué el pie del módulo, me descolgué hacia aquello que no era la tierra y lo pisé por vez primera, no sentí nada.

Hubo un ¡oh! de decepción.

—Sí. Lo lamento. Sería bonito poder explicar ahora que estaba anonadado, que aquella novedad me sobrecogía. Pero, no; tenía muchas cosas en que ocuparme y me preocupaba demasiado que alguna fallara, para permitirme esos lujos. Di unos pasos, miré y, al comprobar que todo iba perfectamente...

—¿Qué? ¿Qué?

—Despacio, despacio, chicos. Que tenemos mucho tiempo y estamos empezando a beber todavía.

Eché otro trago entre pecho y espalda.

—Decía usted que, al comprobar que todo iba perfectamente...

Spood miró, burlón, al periodista, un jovencito descaradamente novato:

—Pues, hijo; vi aquel paraje inhóspito, calcinado, como picado de viruelas, y me dije: ¡valiente birria de luna! Sí muchachos, sí, eso es lo que me dije: ¡valiente birria de luna!

Se reía el héroe:

—Preguntadle a éste, preguntadle. Apuesto a que, desde el módulo, lo pasó peor que yo, ¿eh, Rennie?

—¡Hum! —se le oyó rezongar al otro—. Estaba que no me llegaba la camisa al cuerpo. Me parecía que, en cualquier momento, iba a desaparecer Spood o a dar un fognazo. Malo... Re, pensaba en voz alta, esto va a acabar mal.

—¡Bravo, Rennie! Jamás creí que fueras a preocuparte tanto por mí.

—¡Bah! Duró poco. En seguida vi que estábamos de suerte. Que todo marchaba con exactitud.

Tocaba la orquesta de las Fuerzas Aéreas y, en el centro de la gran sala, se bailaba. Hasta el escuálido y puntiagudo jefe del Departamento de Medidas Post Alunizaje, Caravage, se había olvidado de sus funciones, ahora en festivo suspenso, y danzaba como un jovenzuelo con la esposa del comandante general Simpson.

—¡Eh, Caravage! En mi vida he visto un esqueleto moverse tanto...

Caravage era la prueba evidente de que esos esqueletos que se utilizan en las aulas de Ciencias responden a la más estricta verdad. Hubiera sido igualmente aleccionador ponerle a él frente a los alumnos e ir explicándoles los huesos sobre su cuerpo, uno a uno.

—¡Así, cuando pierda alguno, será fácil darse cuenta!

—Nada podrá nunca con el optimismo y el buen humor de usted, Caravage.

—Nada, señor.

Se había detenido unos minutos el baile. En torno a Simpson, con Caravage, se hallaban los principales: el jefe de Operaciones Preparatorias, Cameron; el supervisor de Vuelos, Kramer; el comandante de Control Orbital, Hutchinson; el director de los Servicios Sanitarios, doctor Teachter.

—¡Ah! Esto es magnífico. No hay nada mejor que respiros así. Cada vez, la labor que nos espera es mayor y de más responsabilidad. Doctor, ¿cómo han respondido los dos a sus reconocimientos y pruebas?

—Hasta ahora, espléndidamente. No parece que su aventura lunar les haya afectado lo más mínimo.

—Esperemos, Teachter, que en lo futuro no tenga que especializarse en enfermedades lunares.

—¿Cree usted, señor que, fuera de la base, sería una especialidad lucrativa? ¿Se imagina cuántos clientes acudirían a un consultorio, a cuya puerta se leyera, en una placa: «Dr. Teachter. Enfermedades lunares»? ¿Quién iría señor?

—¡Hombre, doctor! Pues es posible que le sobrara clientela: ¡irían los lunáticos!

Seguía el baile. Muy unidos, se movían, al compás de la música, Rhonda y Mitchel:

—¿Te parece que, aprovechando este ambiente de euforia, le pidamos al comandante general dos semanas de permiso y nos casemos?

—¡Oh, Mitch!

—Podíamos marcharnos de luna de miel al Niágara...

—Pero, Mitchel...

—Sí, ya sé, hay mucha gente allí. Pero, con el ruido del agua, no se les debe oír. Es como si estuvieran solos.

Bailaron.

—¿Sabes lo que pienso, Rhonda?

—Dime, Mitch.

—Que no salimos de una luna y queremos meternos en otra... ¿Será deformación profesional?

—¡Oh, Mitch, qué tontísimo eres!

Spood y Rennie estaban ya como esponjas, esta es la verdad.

—¡Oye, buena resaca vais a tener mañana!

Mañana se presentarían, en Washington, al presidente, que les iba a imponer la Gran Encomienda de la Luna Llena, en su categoría de oro y diamantes.

Condecoración inédita hasta la fecha.

—Sí, es cierto. Mañana nos felicitará nada menos que el jefe supremo. ¡Eh, Rennie! ¡Vamos con la última!

Se hizo el silencio. Era Simpson, que iba a hablar.

—La penúltima, muchachos. Quiero proponer un brindis por vosotros. ¡Que nadie deje de sumarse! Levanto mi copa por esos dos cosmonautas, orgullo de nuestra base, Spood y Rennie. ¡Quién sabe si todos, un día más o menos lejano, os seguiremos! ¡Bebamos!

Se oyó la voz de Cameron:

—¡Caramba, señor, pudo ser más explícito! Esto de que todos les seguiremos parece de mal agüero.

Rieron. Apuraron las copas. Una se hizo añicos en el suelo, precisamente la de Spood. Este mantuvo, divertido, la mano en alto:

—Bueno, se ve que he bebido demasiado...

Fue entonces cuando alguien gritó:

—¡Doctor, doctor, por el amor de Dios! La mano, mire la mano de Spood.

No sólo el doctor sino todos fijaron sus ojos en la mano del primer hombre que había pisado la luna. De ella colgaban los tres dedos de en medio, flácidos, blandos, como una simple masa de carne. El doctor los tocó.

—¡Señor, no hay huesos!

Se llevaban a Spood a la enfermería. Simpson le preguntó al doctor:

—¿Cree usted que será más grave de lo que parece?

—Nada puedo decirle, señor. Todavía no estoy, por desgracia, especializado en enfermedades lunares.

Pero el propio Spood rompió la tensión:

—¡Esto no es nada, muchachos! Cualquiera hubiera firmado el éxito del viaje a cambio solamente de tres dedos...

Se continuó bailando. Pero oprimía el ambiente una sombra de inquietud. Y no contribuyó a disiparla el hecho de que, cuando Rennie quiso abrocharse un botón de la guerrera, no pudo hacerlo; también a él se le habían transformado tres dedos de la mano derecha en piltrafas colgantes sin las falanges que les sirvieran de armazón.

Rhonda se estrechó contra Mitchel:

—¡Mitch, Mitch, tengo miedo!

—No será nada; nada más que eso, ya verás.

Pero el coordinador general estaba también amedrentado. Nadie había en aquella reunión, comenzada tan alegremente, que no lo estuviera.

Al salir de la fiesta, la luna, en cuarto creciente, brillaba en lo alto. Ninguno pudo evitar mirarla con rencor.

—¡Mitch! ¿No te parece como si nos estuviera mirando y se burlara de nosotros? ¿Como si preparara una terrible venganza?

Pese a que era una noche cálida, Rhonda se estremeció recorrida por un frío

helador. Todos los hombres de Ciencia y los expertos técnicos de la base se fueron recogiendo lentamente, sospechando que aún no sabían nada del imposible y lejano satélite. Pero, enfrascados en sus tareas, no habrían tardado en olvidar aquellos horribles dedos deshuesados, si mayores horrores no hubieran sobrevenido después.

III

No impidió lo ocurrido en la fiesta que tanto Spood como Rennie estuvieran presentes en la recepción que la Casa Blanca les dispensó. La gente ocupaba sitios individualmente inverosímiles, para no perderse el acontecimiento. Los periódicos habían dedicado, aquella mañana, la mayor parte de sus páginas a enaltecer las figuras de los cosmonautas. No quedó detalle de su ejecutoria como tales, de su hoja de servicios, incluso de su vida íntima y familiar, que no fuera desvelado y repetido hasta la saciedad. Igualmente, las emisoras de radio y los canales de televisión habían agotado sus espacios hablando de ellos. Allí estaba, en el gran salón de recepciones, lo más florido de los corresponsales de la prensa extranjera, docenas de reporteros gráficos iluminándolo todo con los relámpagos de sus «flashes», operadores de las cámaras de televisión, informadores de radio con sus magnetófonos y micrófonos. Lo invadían de tal manera que, cuando alguien pretendía ir de un lado para otro, provocaba un verdadero conflicto de circulación.

La guardia nacional formaba en honor de los cosmonautas. Vestían de gala oficiales y soldados y no era frecuente ver en el palacio presidencial, unidos de tal modo, la brillantez y el entusiasmo. Espléndidos ujieres contenían en sus límites previstos a la muchedumbre y reinaba, entre el clamor del público y los altavoces en prueba, un ruido ensordecedor.

Nadie había dado importancia a la extraña enfermedad. Aquellos tres dedos —seis en realidad— perdidos en acto de servicio, ocupaban sólo el espacio justo en las columnas de los periódicos y estaba muy lejos de sospecharse que habían de convertirse en una temible pesadilla. Era, nada más, un accidente de trabajo. Y, dadas las singulares características de este trabajo, el accidente era mínimo. Cuando los cosmonautas llegaron, con la mano derecha vendada y sostenida por un leve cabestrillo, fueron aclamados con fervor. Spood y Rennie parecían fatigados pero contentos y sin huellas de las emociones pasadas.

La ceremonia fue muy hermosa, nada faltó en ella. El presidente hizo un largo discurso, en el que nombró muchas veces la gloria del país y el honor heredado de unos antepasados próximos todavía pero ya, al parecer, aptos para discursos. Hizo un relato emocionado y sugestivo del viaje.

—Este fue el hombre —dijo, señalando a Spood— que pisó por vez primera la superficie lunar; y éste —y señaló a Rennie— le siguió a los pocos minutos. Permitidme que diga que aún está en sus zapatos el polvo, inédito y novísimo, de la luna. Aunque sé que no era éste su calzado e ignoro si en la luna hay lo que nosotros, con nuestra mentalidad, con nuestros conocimientos y nuestras realidades de terrícolas, llamamos polvo. Durante unas horas, han vivido en un mundo tan extraño y tan aparentemente imposible para los humanos, los cuales sólo podían hasta ahora poner en él su fantasía, que es como si vinieran de un Más Allá del que fuera factible

el regreso. Algo tremendamente prodigioso se ha operado en nuestro mundo de hoy, a través de estos hombres. No debe asombrarnos, no obstante, en exceso el prodigio, si tenemos presente que, a fin de cuentas —no hace tanto tiempo que el hecho haya dejado de ser Historia moderna—, también fue un prodigio el nacimiento y la expansión de nuestro poderoso país.

Se extendió aquí el presidente en un inciso patriótico muy de circunstancias y propio de su oficio. Los «flashes» seguían trabajando a ritmo de fogonazo. Se oían suspiros que bocas jóvenes de entre el público apenas podían sofocar en las fronteras del decoro.

—Bueno será que recuerde a todos brevemente las fases que llevaron a esto, desde los principios de la PACCA.

Todo el mundo comprendió que las breves palabras del presidente durarían largo rato. No se merecía menos el rápido progreso de cuanto se había llevado a cabo bajo los auspicios de la ya famosa PACCA, siglas de Planificación de Ayuda a la Conquista del Cosmos y los Astros. Con minuciosidad, recordó los primeros intentos, con naves sin tripular. Aquellos emocionantes viajes posteriores en torno a la tierra, para ir a caer la cápsula en el Pacífico, gracias a una técnica primitiva, y ser recogidos los tripulantes por embarcaciones; la apasionante vez primera que se contorneó la luna, hoy vencida. El paseo espacial de uno de los cosmonautas, volador por el éter. Una prolongada carrera de tanteos, de experiencias, de éxitos, con la satisfacción de muy pocos fallos y menos accidentes graves.

—Una prolongada carrera, amigos, compatriotas, de ilusiones. Una prolongada carrera que hoy culmina con este canto a la fe de muchos hombres, coronada por un triunfo sin precedentes. En la hazaña de los dos a quienes ahora rendimos sincero homenaje, hay escondido el esfuerzo de varios miles, que han trabajado calladamente para hacerla realidad. Voy a prender en los pechos de estos bravos las medallas de la Gran Encomienda de la Luna Nueva, primeras que se otorgan. Voy a abrazar en ellos, símbolo sobre símbolo, el tenaz empuje de esta magnífica nación, adelantada del mundo. Perdonadme —concluyó su discurso— si me faltan palabras que acompañen dignamente el abrazo, que suenen tan sinceras y emocionadas como es y está mi corazón.

En medio de un delirio impresionante, el presidente colgó las medallas en los aguerridos pechos. Centenares de luces de «flash» impidieron ver el momento de los abrazos prometidos. Los más cercanos de los asistentes entrevieron que el presidente estrechaba la mano izquierda de cada uno. Al poco, casi en volandas, rodeados de la ruidosa devoción del público de dentro y del de fuera, los llevaron hasta un automóvil y partieron. Spood y Rennie parecían cansados y sonreían, aunque en sus rostros había huellas indudables de ese cansancio y de la emoción del momento.

No había pasado una hora y ya los periódicos lanzaban ediciones especiales que lo contaban todo, sin olvidar el más nimio pormenor de la ceremonia.

El mismo entusiasmo, el mismo afán de verlo todo, de fotografiarlo todo, de

contarlo después todo, había empero obstaculizado que el final de la imposición llegara a los circunstantes. Al estrechar la mano de Spood y de Rennie, la izquierda, porque la derecha estaba, como bien se veía, inutilizada, el presidente no pudo asir más que una masa blanduzca, examine, de dedos sin hueso. A la noche, el propio presidente comunicaba por teléfono con el doctor Teachter.

—¿No es posible atajar este espantoso mal?

—Con nuestros medios y conocimientos actuales, imposible, señor presidente.

—¿Ha pensado usted, doctor, en si llegará a detenerse? ¿Comprende que aguarda a estos desgraciados una muerte espeluznante, caso de no parar la enfermedad a tiempo?

—Lo sé, es una probabilidad terrible. Pero, si Dios no nos ayuda, temo que nosotros solos no podamos hacer nada.

Se decidió que Spood y Rennie serían internados en un centro de investigación biológica y médica. Los mejores cerebros iniciaron una cuenta atrás angustiosa.

La luna, casi llena, iba redondeando su ancha cara satisfecha.

IV

—Hay que tener valor.

Esta frase, pronunciada por el comandante general Simpson, cuando se supo que Spood y Rennie habían sido internados en el Centro de Investigaciones Médicas de la Fundación Hollwee, fue convirtiéndose en un slogan que aparecía en labios de cualquiera, si se hablaba del asunto. El viejo Simpson había tratado de calmar y convencer a los importantes, en una de sus reuniones.

—Todo lo que ven aquí, caballeros, está edificado sobre el valor indomable de cuantos participan en ello. Diría más: sobre el valor de todos los ciudadanos y hasta de los antecesores de cada uno. Sin ese valor a toda prueba, nada de esto existiría. Y ahora, más que nunca, lo necesitamos. Al afrontar nuestras respectivas responsabilidades, sabíamos que debíamos prever posible consecuencias fatales, incluso catastróficas. El hecho de que, a la desgracia que Spood y Rennie padecen, se una el misterio, no debe descorazonarnos ni lograr que se tambalee nuestra tenacidad. Aunque las noticias del doctor Teachter sean sobrecogedoras, nuestro deber es seguir en la tarea.

Todos lo comprenderían así. Continuaron trabajando y cumpliendo sus cometidos como siempre. Apenas se hablaba del espanto de aquello que iba acabando cruelmente con la vida de los cosmonautas. En ocasiones, muchas veces en los últimos años, Rhonda parecía quedarse ensimismada.

—¿Por qué no te quitas de encima esos pensamientos, Rhonda?

—¡Si pudiera, Mitch! Pero tengo miedo, mucho miedo. Un miedo irracional, si quieres llamarlo así. Como un presentimiento.

—Olvídalo, querida; no hay razón para atormentarse. El doctor Teachter afirma que, a medida que pasa el tiempo, es menos de temer el contagio. Seguramente, éste no existe. Ninguno de los primeros que tuvimos contacto con los pobres Spood y Rennie notamos el más pequeño síntoma.

—¿Se lo preguntaste al doctor, Mitch?

—Claro que sí. Y fíjate en lo que me dijo. Se trata sin duda de una enfermedad que se transmite sólo por contacto directo con algún material que únicamente existe en la superficie lunar. Se continuará investigando, para garantizar futuros vuelos y la inmunidad de tripulantes de naves a la luna. En cuanto se averigüe, el peligro habrá sido vencido. Como se vencieron tantas plagas epidémicas que, en otros tiempos, produjeron estragos.

—Me gusta oírte hablar, Mitch. Me llenas de confianza y dejo de temblar como una tonta.

—Pero, de temblar, ¿por qué, criatura?

Se besaron. Tenían proyectada la boda para muy pronto. No irían al Niágara. Rhonda había convencido a Mitchel y éste había acabado por preferir algún albergue

de montaña para pasar la luna de miel.

—¡No, Mitch, no! No la nombres. ¡Ya podía llamarse de otra manera...!

Los informes del doctor, sin embargo, distaban de ser optimistas.

—Nuestra impotencia es mil veces peor que todo, señor. Los huesos de Spood y Rennie, aproximadamente al mismo tiempo y por el mismo orden, se reducen a nada, desaparecen.

Simpson le interrumpió:

—Querrá usted decir que se reducen a polvo, doctor.

—No, señor, no. Esta es una de las causas del asombro y del terror que empieza a invadir a los médicos que siguen haciendo toda clase de pruebas. Los huesos no se convierten en polvo, no se convierten en nada. Quiero decir que desaparecen, como si jamás hubieran existido.

—¡Pero eso es imposible!

—Sí, eso hemos pensado todos. Imposible. Es aquello de que la materia no se destruye. Se transforma en algo. Es elemental, sí. Y así sucederá, sin duda.

—¿Entonces, doctor? Explíquese.

—Entonces, señor, debe transformarse en algo tan infinitamente pequeño que los más potentes microscopios electrónicos son incapaces de hallar la más minúscula partícula.

A Spood y a Rennie se les fueron disolviendo, en muy pocos días, los huesos de las extremidades. Quedaba la envoltura muscular, como una cosa amorfa, que era menester recoger en bolsas atadas al tronco.

—Amputamos una pierna; cuando aún tenía huesos, naturalmente. En parte, como ensayo, para ver si así deteníamos la marcha del mal. Y, en parte, para analizar aisladamente los tejidos óseos.

—¿Cuáles fueron los resultados?

El doctor Teachter se frotaba las manos con desesperación. Una desesperación profesional, que procuraba enmascarar en la frialdad habitual de sus rasgos.

—¿Los resultados, señor? El mal no detuvo su marcha. Allí donde habíamos amputado, volvía a comenzar y a avanzar de nuevo. Créame, señor; es horroroso.

El comandante general estaba paseando nerviosamente, con las manos a la espalda.

—Me lo imagino, doctor. Pero, ¿y el análisis?

—¡Hum! Analizar es cosa que lleva tiempo, señor. El equipo de analistas especializados dejó varios trozos de fémur en la bandeja de las muestras. Preparó en unos segundos lo que necesitaba y... al ir a tomar la bandeja, casi todas las muestras habían desaparecido ya.

—¿Casi todas? ¿Y las otras, doctor?

—Las otras se volatizaron en unos instantes, ante los ojos estupefactos de los analistas. Y, en la bandeja, no pudo detectarse la más leve huella. Los huesos eran aire, menos aún que aire, señor...

Simpson y el doctor permanecieron en silencio. Hasta que el primero dijo, como en un susurro:

—¡Hay que tener valor, mucho valor!

Al fin, la frase era suya.

Aquella angustia honda, agudísima, era lo único verdaderamente real que contaba en la vida consciente de Spood. Rennie y él, en habitaciones separadas, iban deshaciéndose sin remedio, continuamente. Ya sólo les quedaba el tronco y la cabeza. Lo bastante para poder pensar y para que los pensamientos fueran desesperados.

Rennie se había pasado la tarde gritando. Eran aullidos de loco, desgarradora e infinita pena de mente enferma. Spood, en silencio, pensaba, como en un sueño, en su vida. En su vida estúpidamente truncada, en todos los que tenían algo que ver con su vida. Recordaba aquella ilusión de cuando comenzó a prepararse para ser uno de los tripulantes que primero pisaran la luna. Las bromas de los compañeros y la alegría que se les había desatado dentro.

—¡Dios salve a Rennie, amigo, que tendrá que soportar tus chistes y tus bromas sin ayuda!

¡Dios salve a Rennie, sí! Rennie había sonreído, lo cual tampoco era mal milagro.

—Tráenos un trozo de luna, muchacho, para un armario.

—Procuraré no cortarme, al arrancarla.

Cortarse. Herirse en las manos. ¡Oh, Señor! ¿Qué era de sus manos ahora? ¿Adonde habían marchado? Spood sentía que sus manos, sus brazos, sus piernas, tenían que estar allí, que acaso flotaban en el aire de la habitación. Quizás, lo mismo que se habían desintegrado, desapareciendo, estarían a punto de materializarse de nuevo. Y, a la mañana siguiente, volvería a encontrarse dueño de sus miembros perdidos. Deseaba con rabia pasear por el césped del campo de golf de la base; pelearse y boxear con sus camaradas. Su tronco se revolvió, inquieto, en un paroxismo creciente. No notó nada, no se notaba a sí mismo. En algunos instantes, se creía vagando en el espacio, sin apoyo; le parecía volar, con una extraña imposibilidad de sentir dolor. Procuró resistir, no gritar, no acabar loco como el querido compañero Rennie. Y evocó recuerdos para conservar la lucidez, para que no se le deshiciera también, como los huesos.

Al comandante general Simpson le había temblado la voz al despedirlos:

—¡Procurad volver, muchachos!

¡Qué difícil resultaba detenerse en el pasado! ¡Volver! ¡Volver! ¿Qué importaba la vuelta? ¿Qué significaba volver si habían vuelto así? Hubiera sido mejor perecer, extraviados en el interminable espacio exterior. Pero habían vuelto y allí estaban. Estaba... lo que quedaba de ellos. Unos huesos que se batían en retirada y aquel grito penetrante, ni siquiera articulado ya, del pobre Rennie. ¡Pobre Rennie! Había sido tan sereno, tan equilibrado, tan leal. Tan modesto. Quiso Spood que se jugaran quién pisaría antes la luna. Pero Rennie —¡oh, Rennie, Rennie, cómo me duele tu grito ahí, al otro lado de la pared, en una habitación como ésta, en una soledad como la mía!— le había cedido el honor por el que todos habían estado suspirando desde el principio.

Así era Rennie, así había sido Rennie: ¡Si pudieras perdonarme, Rennie, amigo! ¡Si pudieras perdonarme no haberte ordenado que salieras tú, que fueras tú el primero! Yo era el comandante de la nave, hubiera podido obligarte. ¡Rennie, cómo quisiera saber que me perdonas!

Spood escuchó. Del otro lado de la pared, continuaba llegando el lamento, parecido a un aullido ronco, del otro cosmonauta. Nada hacía presumir que Rennie estaba en condiciones de comprenderle, de perdonarle.

En los días o en las horas que tardara todavía en llegar la muerte, su anhelo de perdón no podría abandonarle. Ya era tonto pensar en la vida, deseirla. Era menester aferrarse a deseos menos ambiciosos. Solamente aquel remordimiento, aquel homenaje al amigo, al camarada: ¡Oh Rennie, Rennie, viejo luchador! ¿Qué te queda aún, muchacho? ¿Por dónde está avanzando tu deshacerte? ¿Qué es de ti, aire, polvo?

A Spood le llegaba sólo el ronco aullido que se aminoraba por momentos. Se esforzó. ¿Por qué no me respondes, eh, Rennie? ¿Qué te impide hablar? ¿Quién te ha dicho que no me hables? ¿Cómo has podido olvidar que me debes respeto? ¡Rennie, Rennie! ¿No me oyes? ¿No oyes? ¿No quieres oírme? ¿No quieres obedecer?

Por la ventana entraban las sombras de la noche, iluminadas por un resplandor que Spood y Rennie conocían bien y les era familiar. ¡Eh, Rennie, mírala, mira a la vieja zorra traidora que viene a vernos morir! ¿No contestas? Te ordeno que me respondas. ¡Es una orden! Te haces el sordo, *te* insubordinas al final, ¿eh?

Intentó reír. No comprendió por qué no le obedecían las mandíbulas. Quiso gritar: ¡Eh! ¿Qué broma es ésta? Yo, el chistoso, el parlanchín Spood, ¿no puedo reír? Pretendió llamar a voces, para que vinieran las enfermeras, el doctor, y le explicaran aquel nuevo enigma. Ningún sonido salió de su garganta. De la habitación de Rennie no venía tampoco el menor rumor. ¿Estaría también Rennie, como él, esperando, preguntándose, desesperándose? ¿Estarían ya muertos los dos? ¿Muertos sin saberlo? ¿Vagarían, con sus huesos pulverizados, por la nada, en otro viaje hacia un planeta más lejano, desconocido?

Le invadió una oleada de terror invencible. Su tronco se estremeció, saltó en el lecho, dio una vuelta sobre él y cayó al suelo.

Al ruido de la caída, entró una enfermera. Dio un grito penetrante, estridente, y se desmayó. Cuando la sacaron de la habitación y recobró el conocimiento, supo que jamás, aunque su existencia fuera larga, podría olvidar aquella cosa en que se había convertido Spood. Sólo se identificaba en él el tórax. Lo demás de su cuerpo era una masa desparramada, informe. Y, de la cabeza, desintegrados también los maxilares y los pómulos, se mantenía en su forma solamente el cráneo. Los ojos de Spood, lo único aún vivo, con un soplo de inteligencia, miraban fijamente hacia la ventana, por donde entraba el resplandor irónico y cruel de la luna llena...

VI

Las reuniones de los importantes no eran nunca ocasión de alegría o de chanza. Se trataban en ellas asuntos de la mayor trascendencia, aunque muchos de ellos ya de mero trámite administrativo o disciplinario. Pero sobre la de aquella tarde pesaba una atmósfera ominosa, agobiante. Las cuestiones en orden a la continuidad de los proyectos de la PACCA iban a tardar en ponerse sobre el tapete. Nadie se resolvía a abordarlos, como si un confuso presentimiento les advirtiera de que ya nada valía la pena. Estaban allí, no obstante, para hablar de ellos y resolverlos como de costumbre.

Al principio, la voz en tono menor de Rhonda leía el acta de la reunión anterior; ninguno de los presentes seguía la lectura. Las noticias, las últimas irreversibles noticias que sobre Spood y Rennie traía el doctor, habían llegado a oídos de todos y aquel triste final de la más maravillosa aventura espacial, con la que había dado al traste un desconocido y maligno germen, les tenía a todos suspensos y distraídos. Los rostros de cada uno denunciaban que sus pensamientos se hallaban lejos de los folios que Rhonda leía. Eran caras serias, preocupadas, las de aquellos hombres avezados al peligro y sabedores de que, en cualquier momento, los riesgos podían estallar, degenerando en una situación insostenible. No eran sonrisas lo que esbozaban las apretadas bocas del jefe del Departamento de Medidas Post Alunizaje, el afilado Caravage; el de Operaciones Preparatorias, Cameron; el supervisor de vuelos, Kramer; el comandante de Control Orbital, Hutchinson; el director de Servicios Sanitarios, doctor Teachter; y el coordinador general, Mitchel, que podía seguir por sí mismo, con sólo inclinarse un poco, la lectura rutinaria de Rhonda. En un extremo de la oblonga mesa, el comandante general Simpson tampoco ofrecía mejor aspecto que los demás.

—Caballeros, el doctor Teachter tiene que presentar al Comité un informe penoso.

El doctor se enjugó la frente, perlada de gotas de sudor.

—Por desgracia, es el informe final. Nada podrá saberse que añada datos a lo que ya sabemos. Es decir, a lo que no sabemos. Lo único cierto es que Spood y Rennie han muerto, víctimas de una enfermedad espantosa, silenciosa y, menos mal, rápida. Ignoramos la causa que la produjo, el virus que trajeron de su experiencia lunar y que ha acabado con ellos.

—¡Pobres muchachos!

La atención se mantenía tensa, crispados todos y prendidos de las palabras del doctor.

—Pobres, sí. Y no porque hayan muerto, cosa nada difícil en una profesión como la suya. Todos recordamos a Martin y Evans, que perecieron abrasados, antes incluso de emprender un vuelo, en un mero ensayo. Lo horrible de este caso, lo que nos turba de manera excepcional, es la forma de haberles llegado, solapada e implacable, la

muerte. Se han despeñado en la nada de un modo casi literal. Todo es un misterio indescifrable.

—¿Se darían cuenta de su fin, doctor?

—De Rennie no es seguro. Había perdido la razón y la tarde que precedió al fin la pasó lanzando unos alaridos que nada tenían ya de humanos y que no debían obedecer a dolor físico alguno. Pero Spood debió vivir su agonía hasta el límite. Poco antes de que éste llegara, le hallaron en el suelo de su habitación, al que había caído desde la cama, acaso en un postrer intento de rebeldía. La enfermera que lo encontró así perdió el conocimiento y permanece en observación. Parece que sufre un desequilibrio nervioso, con crisis histéricas frecuentes. Lo comprendo perfectamente. Sí, lo comprendo muy bien.

Paseó su mirada por los rostros ansiosos de los otros. Respiraba fatigosamente al hablar.

—Yo los vi a la mañana siguiente. Los habían tenido que recoger en unas grandes cestas, porque ya no podía ser contenida en ninguna superficie plana aquella masa sin contornos en la que se habían convertido. Spood aún daba ligeras señales de vida. Era como una ameba. No había en él forma humana reconocible. Sólo una levísima palpitación de su corazón, que se desplazaba en el interior de la masa cuando se movía aquella especie de cesta, daba testimonio de que aquello era un ser todavía viviente. Pero lo más horrible, lo que jamás olvidaré, eran sus ojos. Permanecieron fijos, clavados en mí y había en ellos un destello dulcísimo de súplica, de despedida. Hasta que dejaron de brillar y el latido se hizo imperceptible, yo me mantuve como hipnotizado por ellos. Cuando todo acabó, salí sujetándome a las paredes, tembloroso. Señores, les pido perdón; hacía más de treinta años que no había llorado.

Aún ahora, la congoja de los importantes era tan grande como la sorpresa, al ver que, por las mejillas curtidas, como de piel de cocodrilo, del doctor, se deslizaban dos lagrimones.

—He visto cadáveres de ahogados, hinchados como globos; de hombres que perecieron convertidos en hoguera y habían quedado reducidos a pavesas. Espantosas mutilaciones. Nada podía compararse a esto, pueden creerme.

También Simpson habló con voz trémula cuando rompió el silencio que había seguido a las palabras del doctor.

—¿Y no ha sido posible determinar las causas, hallar los gérmenes?

—Nada sabemos. Sólo queda la esperanza de que el análisis de las vísceras de Spood y Rennie proporcione algún resultado positivo. Esperanza débil, por otra parte.

—Esto quiere decir, caballeros, que hemos de suspender las actividades para poner más hombres en la luna, hasta comprobar qué sale de estos análisis. Luego, veremos. Pero, de momento, no podemos exponer a nuestros cosmonautas a perecer como Spood y Rennie. ¿Qué opinan ustedes?

Asintieron. La suspensión de aquel proyecto, tan querido por todos, era un duro golpe para la organización. Pero seguirlo hubiera sido colmar lo inhumano y lo

insensato.

El jefe de Operaciones Preparatorias aventuró, con cierta timidez:

—Doctor, ¿no existe la posibilidad de un contagio?

Se podía adivinar el frenético interés de los reunidos, quienes, al fin, llevaban horas haciéndose la misma pregunta. Sin embargo, Simpson había recuperado ya la firmeza habitual.

—No ponga las cosas peor de lo que están, Cameron. El propio doctor no alberga temores al respecto. ¿No es así, Teachter?

—Así es, señor. La verdad es que nada hace sospechar que se trate de un virus transmisible de humano a humano.

—Disculpe mi insistencia, doctor. En caso de que lo fuera y de que el análisis de las vísceras determinara las causas, ¿se llegaría a tiempo para atajar el mal, caso de que éste hubiera reaparecido en alguien, quizás en alguno de nosotros?

—Temo que no, Cameron. Si eso llegara a ocurrir, ese desdichado moriría, seguiría los pasos de Spood y su compañero. Y, lo que es peor, ninguno estaría seguro.

Simpson se impacientaba:

—Por favor, Cameron. Está usted haciendo tremendismo. Nunca le tuve por hombre que perdiera los estribos. Ahora le veo más demudado, más alterado de lo que sería lógico. Ya ha oído al doctor. Eso que usted teme es sumamente improbable.

Alzó la mano, en un ademán de autoridad.

—Y, ahora, caballeros, basta. Vamos con el orden del día.

Pero otra vez se oyó decir a Cameron, fríamente, con lentitud y con una voz opaca:

—Ruego a todos de nuevo que me disculpen. Pero, si mis temores son tan sumamente improbables como afirma usted, Simpson, ¿quiere decirme, señor, qué le está sucediendo a su mano?

Todos fijaron su mirada en la mano, todavía alzada, de Simpson. De ella colgaban sólo carne, sólo masa muscular, tres dedos.

—Y, ¿qué le pasa a la suya, Kramer? Y, ¿por qué se le ha caído a usted la pluma, Hutchinson? Y, además, ¿por qué, señores, he dejado yo de sentir la mía?

Nadie dijo nada, como perdida el habla por aquella trágica desintegración que empezaba a prender, imparable, en sus propios cuerpos.

—¡Oh, Mitch!

Rhonda buscó las manos de Mitchel y las estrechó entre las suyas. Al notar el contacto blando, inconfundible, de los dedos sin huesos, que se confundían con los suyos, asimismo flácidos y blandos, rompió en sollozos.

El terror les impedía encontrar qué decir, qué decirse. Había anochecido. No se escuchaban sino los sollozos y gemidos de Rhonda. A través de las ventanas, se veía la luna en menguante, hoz delgadísima, a punto de caer en luna nueva. Cuando volviera a crecer, cuando volviera a señorear la noche, llegaría a tiempo de ver, desde

su balcón remoto, cómo iba progresando, pavorosamente incontenible, su venganza.

Antes de haber nacido

José Hernández Polo

I

Me llamo Roberto Gray, he nacido en esta pequeña ciudad que vosotros conocéis tan bien como yo. Soy más bien bajo, rubio. Tengo diecinueve años y cara aviejada, de tal modo que puedo pasar por hombre de treinta o más, me lo decís muchas veces, no es cosa mía. Todos estos datos sobre el aspecto físico de mi persona, que pueden parecer superfluos, no lo son. Por el contrario, los creo necesarios, a fin de afirmarme a mí mismo y de que vosotros no los olvidéis, al leer el relato de lo que me ha sucedido. Yo soy Roberto Gray, palabra de honor, vuestro amigo; y lo afirmo, tanto si me dais crédito como si no me lo dais y me tomáis por otro, como me ha pasado recientemente. Os aseguro que nada tengo que ver con aquel tal José Polaceck, que tenía mi edad cuando murió, hace ahora veinte años. Un individuo exactamente igual a mí, que vivió, como os digo, antes de que yo viniera al mundo.

No intento, por otra parte, confundiros; que, al menos, os hagáis un lío mayor de éste en el que estoy enredado yo. José Polaceck estuvo condenado a muerte por un crimen. Pero yo, Roberto Gray, lo juro, no había nacido todavía, soy inocente; no es culpa mía si somos idénticos, si tal vez yo recogí al nacer su esencia, que vagaba buscando en quién hacerse presente de nuevo en el mundo. Si reencarnó en mí, yo no soy culpable, reconocedlo. No estoy tampoco loco. Es, simplemente, que me he visto viviendo una existencia anterior, de la que no tenía noticia hasta que mi viaje abrió esa fisura, esa grieta pavorosa. No podréis comprender lo que supone asomarse a un abismo por el que uno mismo se derrumbó un día lejano. Un día lejanísimo: antes de haber nacido.

Ahora sé que cuando soñamos repetidamente lugares desconocidos, que nos quedan luego en la memoria con extraña nitidez y que, sin embargo, no los hemos visto jamás en estado de vigilia, no se trata en realidad de un sueño. Es un recuerdo. Pero un recuerdo singular: nuestro subconsciente deja escapar experiencias de lo que fuimos en otra vida y nos permite ver el lugar en donde se desarrolló, que nos fue habitual. Nunca esta imprudencia del inconsciente va más allá. Salvo en mi caso. He vuelto a vivir horas de angustia, con la terrible sensación de no tener principio, de ser un hondo vacío hacia atrás, enlazado sucesivamente con otros seres que también dejaron de existir. Al acordarme siento aún vértigo.

Perdonadme si divago. Estoy todavía sobrecogido de horror. ¿Cómo voy, a partir

de ahora, a dormir tranquilo? ¿Cómo saber cuándo traspaso los límites del sueño o entro en una vida en la que encarné hace quién sabe cuánto tiempo? ¿Quién fui yo, qué hice? Y, ¿para qué vivirlo de nuevo, sufrirlo otra vez? Os dije que mi rostro representa el de un hombre de más edad, siempre me lo habéis repetido vosotros, insisto. ¡Oh, si me vieseis ahora! El espejo me refleja la imagen de un individuo de cincuenta años. ¿Quién es el que yo veo? ¿Soy yo, Roberto Gray, avejentado por el miedo de esta oscura revelación? ¿Es quizá cualquiera de aquellos otros seres que sin duda fui en los años, en los siglos, idéntico como una gota de agua lo es a otra gota, con las mismas facciones, pero quién sabe si perverso o santo o criminal o genio o poderoso o mendigo? ¿Cómo salir a la calle y enfrentarme con vosotros, amigos míos, amigos de Roberto Gray, que quizás ya no me conocéis? ¡Qué espanto si, tal vez, voy a un museo y me reconozco en algún rey de un cuadro antiguo o en la patética mueca de algún ajusticiado que pintó un famoso artista de otros tiempos. No, no puedo salir, no puedo veros; no podría resistir una vacilación en vuestros ademanes, un fulgor de duda en vuestros ojos. ¿Ser o no ser? ¡Oh, no! Es peor, muchísimo peor. Es ser, de manera indudable: pero, ¿quién? ¿Quién soy, Señor?

II

Me despedí de vosotros cuando partí para aquel largo viaje. Llegué a la ciudad desconocida y comencé a recorrer sus calles sin que se abriera, de momento, la puerta que me comunica con el pasado. Todo cuanto veía me era lo por completo desconocido que tenía que serme, ya que nunca había estado allí. Yo era Roberto Gray, de vacaciones; un turista en país extranjero. Hasta que quise echar aquella carta todo fue normal.

La mañana aparecía transparente, diáfana, ignorante de que iba a preceder a un día tenebroso para mí; con un cielo azul y un sol cegador, nada se presentía secreto en ella, todo semejaba que habría de estar lleno de luz. Había escrito la carta mientras tomaba café en un sector muy nuevo de la ciudad. Salí y, sin rumbo fijo, recordé que la llevaba en el bolsillo y que debía franquearla y echarla al correo. Entonces comenzó a suceder, aunque apenas me di cuenta. Con la idea de realizar aquello tan nimio y tan vulgar que había proyectado, me puse a andar con resolución, sin preguntar por un estanco o una estafeta, como habría sido razonable. Me introduje por unas calles que, al principio, me parecieron vagamente familiares. La sensación de haber estado en ellas iba creciendo conforme las recorría. No me preocupaba, porque se trataba de algo que acontece a veces, sin saber por qué, y nunca he oído que nadie se alarme por ello. Me encontré, no obstante, incómodo, al comprobar que, maquinalmente, desembocaba frente a la central de Correos y, sin vacilar ni interrogar a los porteros y ordenanzas, me dirigía a la ventanilla de venta de sellos, compraba el que necesitaba y dejaba el sobre en un buzón, para llegar al cual era menester cruzar el gran patio central y doblar un recodo. Un buzón oculto para quien

no supiera que estaba allí. Supuse que todo sería una intuición infrecuente y me quedó una indefinible emoción, inefable y grata, sin saber a qué atribuir mi acierto, salvo a la casualidad. Evidentemente, yo podía andar solo por el mundo, por el vasto y desconocido mundo. Salí a la calle. Continuaba ésta siéndome familiar, pero sin poder concretar decisivamente cada cosa de las que veía, que me resultaban conocidas y desconocidas a la vez. Pasó por mi lado un tranvía y, cuando ya me había rebasado, corrí para tomarlo. Crecía por momentos en mí una agitación subyugadora e inexplicable. Me zumbaban los oídos; algo temblaba en mi pecho y ponía un agitado trémolo en el ritmo de mi respiración. Mientras el tranvía marchaba, yo sentía una especie de sopor y, a la vez, una lucidez y una clarividencia firmes, avasalladoras. Me sorprendió escuchar mi voz:

—Conductor, pare antes del cruce.

Apenas había pronunciado estas palabras, antes de que el vehículo llegase al lugar donde yo le mandé detenerse, me invadió una oleada de pánico: ¿cómo podía yo saber que allí había un cruce, y por qué deseaba bajarme en él precisamente? Un lugar ignorado. ¿O no lo era? Y, si no lo era, ¿cómo y cuándo lo conocí? Me apeé y tomé por un estrecho bulevar, más allá del cual se veía el campo. Miré en torno y reconocí la calle, lo reconocí todo definitivamente, como si un telón se rasgara ante mí. Vi la vieja tienda de libros donde yo, Roberto Gray, no podía haber estado nunca y que me parecía haber visto todos los días; creí que alguien me golpeaba cuando me fijé en «mi» cine de barrio, al que yo solía ir. ¿Yo? ¿Solía...? Me rebelé. Roberto Gray, yo era Roberto Gray, que jamás había estado en aquella ciudad, que no pudo jamás entrar en aquel cine. Fui a contemplarme en el espejo y me tranquilicé de momento, porque la imagen que reflejaba era realmente la mía. Pero de nuevo me aterrorizó darme cuenta de que me había vuelto hacia el espejo porque «sabía que estaba allí». Perdida la noción del tiempo, quise averiguar la hora; pero había olvidado sin duda dar cuerda a mi reloj y se había parado. Di unos pasos y miré hacia lo alto. De mi boca escapó un grito y un viandante, de edad avanzada, me contempló y esbozó una sonrisa:

—¡Ah! Se ve, joven, que falta usted desde hace mucho de la ciudad. Ese reloj que usted busca lo quitaron años atrás, tal vez cinco o seis, quizás más. Lástima, porque resultaba útil, ¿verdad?

Era cierto. Yo había buscado instintivamente el reloj, mi subconsciente recordaba que estaba allí y me transmitió el mandato en forma de reflejo. Temblando, azogado, corrí, como perseguido por alguna maléfica y misteriosa fuerza, poderosísima, que estaba atrapándome y me envolvía sin remedio. La calle acababa. A la derecha, un poco por debajo de una ladera en terraplén, se extendía el río. Me senté sobre una piedra devastada, acaso puesta allí para que sirviera de descanso a quien deseara admirar el panorama. Ignoro si era alegría o dolor, pero un abrumador y angustioso sentimiento me embargaba; porque todo aquello que ahora estaba oteando desde la prominencia de la colina era mío, había sido al menos entrañablemente mío. Con

avidez, busqué los detalles, fui identificándolos con seguridad total: los sauces que, a la izquierda, se curvaban sobre la corriente del agua; el frondoso dosel que formaban unos chopos más lejanos. Los chalets de la orilla de enfrente, salvada la anchura del río, por allí bastante considerable. Los rumores que traía el viento. Hasta el color agrisado de las aguas me dolía en el corazón. Noté que las lágrimas me abrasaban, deslizándose mejillas abajo; que me apretaba una garra ardorosa el pecho, que tenía vehementes deseos de gritar, que me castañeteaban los dientes. Me repetí, febril, con tanto temor como esperanza:

—¡Soy Roberto Gray! ¡Soy Roberto Gray! ¡Roberto Gray! ¡Roberto...!

Casi no me oía a mí mismo. Mi intento de escapar era cada vez más vano: hasta el humo que despedía la chimenea de una fábrica, al final del puente, pugnaba, lográndolo, por despertarme recuerdos. Saltando por las piedras, a punto mil veces de tropezar y caer, como un sonámbulo, fui bajando a la ribera y, casi corriendo, me dirigí al puente. Quería cruzarlo, tenía que cruzarlo, era preciso que acudiera al encuentro de algo que se alzaba al otro lado y que estaba llamándome, exigiendo mi presencia.

III

Serené mi marcha conforme ascendía hacia donde se erguían las ruinas del castillo. Mi ánimo había variado de modo singular e incomprensible. El nombre de Roberto Gray, no olvidado todavía, significaba mucho menos, ahogado por lo que iba descubriéndoseme. Me sentía más y más gozoso, cada vez más fuera de mí mismo; más dentro, en cambio, de algo, de alguien que se iba desvelando y que bien comprendía que era tan mío como yo, como Roberto Gray. Vinieron a mi mente canciones y músicas del todo nuevas que, sin embargo, brotaban de mi interior. ¡Roberto Gray no las había oído nunca y yo las cantaba!

Por una amplia puerta, penetré en el patio de armas, subí por un camino de ronda. La hiedra de los muros parecía saludarme, era como si las piedras se alegraran de mi vuelta. Llegué al torreón y me asomé a la barbacana. Atalayé hasta donde se perdía el paisaje. El río formaba aquel meandro que rodeaba a la ciudad por el Este, tan amado por mí. No por Roberto Gray, comprendedlo, sino por el otro, que aún no sabía cómo se había llamado. ¡Cómo «me» había llamado! Porque el otro era yo y yo no era yo... Decidme que sí, que lo entendéis... Por aquella parte, contorneaba la ribera un sombrajoso paseo de plátanos, del que subían hasta las almenas donde me encontraba aromas, rumores y memorias como puñales. Todos se me iban clavando y, según viejas imágenes encajaban de nuevo en el lugar que, ya no podía dudarle, ocuparon en tiempos, me fui sintiendo enfermo. Las fuerzas me abandonaban, me latían las sienes; no podía separarme de aquel mirador y, sospechando que, al final, habría algo siniestro, algo que mejor sería olvidarlo, deseaba volver a ser el Roberto Gray sin grietas de antes. Grietas por las que me estaba desmoronando, por las que se

desprendía mi personalidad de Roberto Gray como si ésta hubiera sido solamente algo superficial, añadido por los años. Personalidad de aluvión que el tiempo podía volver a llevarse, a arrastrar, como antes la trajera. La verdad estaba dentro, al fondo de aquel camino. Cuanto me rodeaba hurgaba sin piedad en mi espíritu atormentado y aún desdoblado. La ciudad despertaba en mí viejos y olvidados arrebatos líricos: cómo sonaban, acompañadoras, lejanas, las campanas; cómo ascendía el aliento, lleno de ternura, del río; cómo aleteaban las hojas, las aturdidas hojas del otoño, en los árboles. Ni uno solo de los elementos que integraban el contorno y lo que, más allá, se columbraba, dejaban de trabajar intensamente contra mí. Luchaban con resolución, con tenacidad humana, para que yo volviera a ser del todo aquél que allí había vivido, amado y, con seguridad, muerto.

La idea de la muerte, entrelazada con la del amor, me produjo otra nueva inquietud. De un instante a otro iba a recordar otras escenas, otras personas. Permanecí sin moverme, sudando copiosamente, fijos los ojos y la atención en aquella paulatina revelación que se extendía a mi alcance; acechando lo que se me desvelaba dentro, escuchando la voz que hablaba en mi interior. Ajeno por completo a otros paseantes que habían llegado, como yo, a la barbacana; a dos que se hallaban muy cerca, uno de los cuales no dejaba de mirarme con insistencia.

Entonces, como en un súbito relámpago, la vi, fui reviviéndola paso a paso, entre congojas, y envuelto el recuerdo en un frenesí creciente que se agigantaba con cada minuto. Las escenas se confundían en mi mente, como en un caleidoscopio. La tenía entre mis brazos, riendo feliz; bailaba con ella; paseábamos juntos por aquella orilla que veía abajo, a la sombra de los plátanos. Sentía la increíble y rara felicidad de revivir fechas dichosas sabiendo simultáneamente que ya no podían existir ni retornar en su plenitud. Padecía la tortura de la intemporalidad, de experimentar superpuestos, simultáneos, dolores y ansias que tuvieron un orden cronológico al producirse y pudieron soportarse porque no llegaban juntos sino uno tras otro.

Me embriagaba el amor, pero no había dulzura en aquella embriaguez. La seguridad de que aquéllo acabó mal, la certeza de que acabó y no podría volver ni repetirse, me lo impedían. Si es posible sentir a la vez la alegría más alta y la más profunda pena, yo las sentí. Y esa mezcla, ese convivir de situaciones espirituales tan dispares me rompía, como si mi pobre corazón se hallara amarrado a un quimérico y absurdo potro de tormento o tirasen de él en varias direcciones a la vez locos caballos enfurecidos. Asomados a la barbacana, habíamos estado los dos, contemplando el paisaje que se reflejaba en los ojos del otro. Sí: ella tenía los ojos color azul oscuro; impenetrables, hondísimos. Los estaba viendo. Veía su mirada cayendo sobre mí, como lluvia refrescante y consoladora. Su brillo de los momentos apasionados; la embriagadora promesa que contenían, el mensaje que uno está siempre esperando recibir.

No conseguía penetrar por completo el misterio que aquello significaba. Tras los instantes felices revividos por mi memoria, había solamente una nube espesa, mis

recuerdos no brotaban, no acababan de decírmelo todo. Pese al temor de conocerlo, intentaba concentrarme para que llegara a mí. Era como una cuesta abajo. Ya no podía detenerme en aquel rodar hacia el saberlo todo, hacia el recobrarlo todo; pese al inmenso miedo que se interponía en el camino de la revelación. Pero no en vano se trataba de algo mío, que integraba mi yo: tenía derecho a saberlo. Miré en torno, buscando un indicio más, algún otro factor desencadenante que despertara mi dormida memoria. Y, por desgracia, lo hallé. A la derecha, unos pasos más allá, la barbacana se interrumpía y había un hueco desde el suelo, capaz para que por él pasara un cuerpo humano. Entonces, vi el resto. La vi a ella caer y estrellarse abajo, sin salvación posible. ¡Y yo la había empujado deliberadamente! Lancé un grito agudo porque, de modo repentino, se me representó la terrible escena con claridad. Contemplé mis manos, que estaban llenas de sangre, de la sangre del otro, del hombre al que ella amaba y había matado yo. Me apoyé en la piedra sollozando. Debían ser sucesos de muchos años atrás —¡y yo tenía sólo diecinueve!—, pero a mí se me aparecían actualísimos.

Una mano se abatió sobre mi hombro. Y escuché la voz de uno de aquellos hombres que desde hacía rato me miraban:

—Ahora tengo la seguridad de no haberme equivocado. Parece imposible, pero no es el primer caso de hombre de cuarenta años que conserva cara juvenil. Te dimos por muerto; pero Dios ha querido que volvieras al lugar de tu crimen, Joseph Polaceck.

Intenté huir, ante aquella última revelación. Pero permanecí quieto, sin poder dar un solo paso. Sólo balbucí, con una voz que no me reconocía:

—Se equivoca usted. Yo soy Roberto, Roberto Gray. No sé quién es ese Joseph Polaceck de que me habla. Mi aprehensor estaba pensativo, un tanto perplejo.

—Reconozco que es sorprendente. Pero eres tú, estoy seguro. Hasta la voz te denuncia. Siempre me he acordado de los criminales que he perseguido.

—Tengo documentos, tarjetas de identidad... Saqué el pasaporte, que me acreditaba además como extranjero, como ajeno a aquel país.

—Vea, vea. Está en regla. Lo rechazó, moviendo la cabeza.

—Esto, Joseph Polaceck, sólo significa que, además de asesino, con el tiempo, te has hecho falsificador. Sin embargo, tendrás bastante con lo primero. Sobre ti pesa sentencia firme. De muerte. ¿Lo habías olvidado, Joseph Polaceck?

Aquel hombre me miraba con odio y a la vez fríamente. Era sin duda de la clase de sujetos de los que no puede uno zafarse, porque a la pasión de ánimo unen un cerebro claro y resuelto.

—¡No! ¡No! Se equivoca usted, señor Ostovic...

Un sudor helado me envuelve todavía ahora al escribir esto, cuando recuerdo la sonrisa sardónica del hombre y su acento insinuante, deliberadamente lento, al decirme:

—Y, si yo me equivoco, ¿cómo sabes mi nombre? ¿Lo llevo escrito en alguna

parte, hijo?

Me cogió con rudeza y hube de seguirle. Todo me estaba traicionando.

IV

Aborrecí al hombre, al señor Ostovic. Aborrecí con fuerza la vida, mi vida, mis vidas. Odié aquel laberinto sin salida, los fantasmas que la visita a aquella ciudad maldita había resucitado. Entre los dos, me sostuvieron y me llevaron, casi inconsciente, a un coche. Fui en un semisueño durante el recorrido. No se había borrado de mi mente Roberto Gray, acaso porque Ostovic, con su intervención, había interrumpido mi proceso hacia atrás, evitando que se consumara. Me inspiraba a mí mismo una envidia atroz. Me llamaba, a Roberto Gray; os llamaba a vosotros, mis amigos. Invocaba la existencia de siempre, la que, durante diecinueve años, llevé aquí, sin sospechar el horrible secreto que me había precedido. Y aún sintiendo viva la desesperación que me correspondía como Joseph Polaceck, Roberto Gray, en su turno, comenzaba a pensar, a maquinarse el modo de escapar con bien. Peleaban entre sí, me daba cuenta de que se despreciaban hondamente, el asesino y el estudiante; de que Joseph Polaceck me hundía en la desesperanza, caminando hacia el cadalso. Que habría sido la muerte que le esperara a él y podía volver a ser su muerte o la muerte de los dos, de Joseph Polaceck y de Roberto Gray. Pero Roberto Gray quería cerrar de nuevo el resquicio por el que se comunicaban las dos existencias, con el propósito de idear explicaciones congruentes, que convencieran al señor Ostovic y al aparato que era de temer hubiera tras él. Aquella lucha me dejaba exhausto, sin fuerzas para otra cosa que para dejarme llevar de los acontecimientos.

Tras el «shock», sin embargo, Joseph Polaceck y lo que a Joseph Polaceck concernía diríase que iba desapareciendo, que se esfumaba, haciendo mutis entre bastidores. Aunque hubieran de dejar ya esa huella poderosa e imborrable. Pero la turbación y las angustias pasadas habían sido excesivas para mí. Caí en una postración de la que tardé en salir un tiempo impreciso, días o semanas tal vez. Permanecen en mí como una pesadilla, mucho más irreales, desde luego, que las impresiones que acabo de narrar. Me llevaron de un sitio a otro: de una celda decorosa donde pasaba la mayor parte de las horas, a varios despachos, en los que me interrogaban personas de continente grave, poco propicias a la fantasía y menos aún a la clemencia. El más asiduo era el hombre que me había capturado, el inspector de policía Ostovic, ya entrado en años, que llegaba a veces a mi celda y se sentaba frente a mí, contemplándome largo rato, como si todavía no saliera de su estupor primero o algo en su intimidad se resistiera a aceptarme como Joseph Polaceck. Hubiera yo cometido un error si sus aparentes dudas me hubiesen hecho concebir esperanzas.

Él me contó lo ocurrido veinte años atrás. Joseph Polaceck había sido condenado a muerte por un doble asesinato cualificado por las circunstancias de premeditación y alevosía. Mi memoria no se había mostrado tan completa como para hacerme revivir

todo el aborrecible crimen, y el policía me fue dando detalles que me sonaban incomprensibles y en los que mi cerebro, debilitado y atónito, no podía detenerse. Yo protestaba sin excesiva convicción, lleno de fatiga, insistiendo en mi identidad de Roberto Gray. Parecían dispuestos a escucharme y verificar mis protestas acudiendo al Consulado de mi país, dando por posible la autenticidad de mi pasaporte, cuando una prueba definitiva hizo inútiles estas vacilaciones y acabó de perderme.

Ostovic entró una mañana en mi celda con aspecto triunfador y rencoroso:

—Hemos comprobado las huellas dactilares, Joseph Polaceck. Son las mismas. Nada podrá salvarte ya.

¡Hasta las huellas dactilares me había legado mi predecesor! Hasta los trazos insignificantes de la piel eran exactamente iguales, servían para Roberto Gray como antes sirvieron para Joseph Polaceck. Y eran las huellas de un asesino.

—Pero, ¿cómo fue mi muerte? Quiero decir, ¿cómo murió Joseph Polaceck?

Rió el inspector. Me escupió con desprecio:

—¡Ahora quieres hacernos creer tú que tienes un ataque de amnesia!

Pero estaba contento y me habló. Yo era, al fin, el condenado, con derecho a pedir algo antes de morir. Si quería escucharlo todo, peor para mí. En la cárcel de la ciudad donde nos encontrábamos, no ejecutaban la última pena. Había que trasladar al condenado a otra localidad no muy distante. Una mañana, el coche celular emprendió la marcha, por una carretera montañosa que unía las dos villas. El trayecto no era largo, pero sí escabroso. Y el coche celular, con el conductor, Joseph Polaceck y una pareja de policías que le custodiaban, sin que las causas pudieran determinarse, seguramente por un fallo de la dirección, se despeñó por un precipicio y, al estrellarse en el abismo, ardió por completo. En su interior, hallaron después cuatro cuerpos calcinados, imposibles de identificar. Y aquella era la desgracia para mí, para Roberto Gray. Si Joseph Polaceck hubiera perecido a manos del verdugo, nada habría tenido que temer ahora, porque no hubiera habido duda alguna y no podrían cumplir una pena dos veces.

—Sin duda, tú saliste con bien, no sé todavía cómo; algún truco encontrarías y a alguien pusiste en tu lugar. O subiría algún otro compañero a última hora, quién lo sabe.

Y añadió, con una risita:

—Pero, esta vez, te acompañaré yo. Y llegaremos sanos y salvos. Las cosas no se repiten.

Por primera vez, desde el comienzo de la aventura, me permití sonreír y también. Miré de frente al inspector, sin dejar de sonreírme. Allí tenía a aquel vanidoso estúpido, que aseguraba que las cosas no se repiten. ¿Qué habría sido él en su vida anterior? ¿Un tratante de esclavos? ¿Un cabo de vara? ¿Un proxeneta? Claro que no había muchas cosas peores que un asesino. Pensar en esto me heló la sonrisa en los labios. Ostovic me contempló, pensativo y enojado:

—Eres raro, tú. El diablo sabrá por qué sonríes...

El diablo, sí. Ese divertido personaje, de rabo, cuernos y olor a azufre, debió idearlo todo.

—Sonrío, señor Ostovic, porque es usted un estúpido. No sabe nada de nada.

Y seguí sonriendo. Ya por alarde, porque lo oscuro de mi porvenir me aturdía. El me miró con hosquedad y acabó por encogerse de hombros:

—Sé una cosa, Polaceck: tu fin está próximo. No quiero saber más, para mí es suficiente.

Pero aquella mañana, el inspector se despidió menos contento de sí mismo de lo que había entrado. Molesto, desazonado, como si a él también estuviera haciéndole mella lo insólito de la situación.

V

Unos días más tarde, fue el traslado. Me introdujeron en un coche que había de llevarme a la ciudad donde sería ejecutado. Yo había ido recuperando totalmente mis facultades y volvía a sentirme sobre todo Roberto Gray. Entonces, cuando se acercaba el instante de pagar por Joseph Polaceck, era yo de nuevo Roberto Gray, dispuesto a luchar hasta el fin por mi vida, aunque impotente de momento para intentar nada. Al ponerse el vehículo en marcha y enfilarse la carretera montañosa, me hallaba alerta; cercano a la desesperación, pero sin abandonarme a ella, como si tuviera el presentimiento de que algo había de ocurrir. El inspector iba unido a mí por unas esposas que había cerrado en su muñeca izquierda y en mi derecha. Ocupábamos los asientos de atrás y, a su lado, en una gran carpeta, llevaba al archivo de la ciudad de nuestro destino la documentación de mi expediente.

—Tal vez te interese saber, Joseph Polaceck, que hoy hace veinte años justos de tu escapatoria. Pero no concibas esperanzas. La carretera está en mejores condiciones que entonces y también hemos cambiado de coche.

Me irritó su manera de tomar la cosa y respondí algo que no le pareció gracioso:

—Y de conductor, supongo.

Por el espejo retrovisor, vi que el chofer de ahora me dirigía una mirada terrible. Aquel rostro sí que parecía el de un asesino. El inspector Ostovic acercó su cara a la mía, para decirme, con rabia y con un fulgor extraño en sus ojos:

—Escucha, Polaceck. Me he encargado del traslado porque quiero ser yo quien te lleve a la horca. Pero me gustaría matarte con mis propias manos. Así que calla y no vuelvas a tus bromas de mal gusto...

A la salida de la ciudad, nos detuvo un hombre. Era otro policía, amigo de mi aprehensor.

—Oye, aunque sea contra el reglamento, nadie tiene por qué saberlo. Llévame al parador de la Leña. Tengo allí un asuntillo... Luego, volveré en autostop.

—Bueno, sube.

Se colocó junto al conductor. Mi acompañante y celoso guardián me dijo, con

sarcasmo y como devolviéndome la broma:

—Si pasa algo, ya tienes repuesto...

—Es una suerte.

Se estaban poniendo nerviosos. Y yo, a medida que el tiempo transcurría, me convencía de que algún imprevisto iba a ayudarme sin tardar. Ya no podía dejar de creer en los imposibles.

Marchamos varios kilómetros cuesta arriba, hasta que el paisaje se hizo escarpado, lleno de anfractuosidades. A la izquierda, por debajo de la carretera, se abría un valle estrecho. Bosques de unas coníferas que yo no conocía, árboles altos y gruesos, cubrían el fondo y, a la derecha, se sucedían laderas ascendiendo hacia sombrías y elevadas cumbres. El inspector se volvió hacia mí con una mueca sardónica.

—Nos acercamos al punto exacto donde ocurrió aquello.

—Ya falta menos, pues. ¿Nos despedimos aquí, señor Ostovic?

Aquella baladronada me había salido inconscientemente, sin casi darme cuenta de las palabras que pronunciaba. Ostovic volvió a mirarme con dureza y se encogió de hombros. El conductor cambió la velocidad y aceleró para remontar un repecho y salir desahogado de la curva. De pronto, impulsado por una fuerza desconocida, sin que mi acto fuera en absoluto voluntario, sin saber que lo estaba ejecutando, como obedeciendo a un mandato hipnótico, me lancé violentamente sobre el conductor y, con mi cabeza, le propiné un fortísimo golpe en la nuca. Fue suficiente para que perdiera el control del volante. Cuando, dando un grito, intentó hacerse de nuevo con él, el coche había ya saltado el pretil de la carretera y volaba hacia abajo. Recuerdo que yo me había tirado al fondo del vehículo y que todo pareció inmensamente largo, aunque, desde luego, debió resolverse en escasos segundos.

Perdí el conocimiento. Al recobrarlo, me dolía extraordinariamente la cabeza; pero, semiaprisionado entre las colchonetas de los asientos, que, sin duda, habían amortiguado los efectos de la caída, me encontraba, magulladuras y erosiones aparte, casi milagrosamente ileso, tendido en el suelo. Era indudable que Joseph Polaceck, que acaso intentara aquel ardid veinte años atrás, sin fortuna, lo había repetido ahora a través de Roberto Gray. Su experiencia de entonces le ayudó favorablemente. Al final, aún tendría que estarle agradecido.

El coche estaba volcado, a media ladera, detenido a unos treinta metros de la carretera por una gran piedra que le había evitado rodar al fondo del valle, pero que, al mismo tiempo, había hecho más rudo el choque. Ninguno de mis tres acompañantes hacía el menor movimiento: el conductor estaba violentamente doblado, con el volante metido en el pecho, a la altura del corazón y, evidentemente, muerto. El policía que habíamos recogido a la salida de la ciudad tenía destrozada la cabeza. Y, contorsionado de manera brutal, a mi lado, el inspector Ostovic.

No tardé mucho en comprender lo sucedido y el partido que podía obtener de la situación. Aquel sobrecogedor accidente, repetido a los veinte años, en el mismo

lugar, me acababa de salvar la vida. Sobre todo si actuaba con rapidez. Rebusqué en los bolsillos del inspector hasta encontrar la llave de las esposas y me desligué de él. Cogí luego la cartera donde iban con seguridad mis documentos, los de Roberto Gray quiero decir, y salté fuera del coche. Sentía dolores por todo el cuerpo, pero nada importaba ante la esperanza de la libertad. Entonces vinieron a mi memoria aquellas palabras del inspector cuando hizo subir a su compañero: «Si pasa algo, ya tienes repuesto...». Excelente idea, me dije.

Volví al coche y, con apresuramiento, venciendo la repugnancia que me causaba hacerlo, saqué el cadáver del policía y lo situé detrás, junto al del inspector. Puse en su muñeca la esposa gemela y la cerré con la llave que conservaba y que introduje de nuevo en el bolsillo donde la encontrara. Me faltaba solamente la última parte, la que había de completar lo hecho. Por un momento temí que me pudieran estar viendo desde la carretera, por poco frecuentada que fuera ésta; pero el vehículo había quedado de tal manera que un saliente de la cornisa impedía que alguien, desde la calzada, pudiera verlo. Vertí el contenido de dos bidones de gasolina de repuesto que habían quedado intactos y abrí también el depósito para que se derramara la que contenía. Una cerilla hizo lo demás.

Me alejé de aquel sitio, que sólo podía tener peligros para mí. El auto se convirtió, en unos instantes, en una verdadera antorcha, aislada sobre el abismo, sin llegar a los bosques que comenzaban más abajo. Las llamas atrajeron pronto a varios automovilistas que circulaban por allí. Pero nadie podía hacer ya nada. Y yo, a unos cientos de metros, convenientemente escondido, volvía a ser Roberto Gray. Liberado de aquel nefasto Joseph Polaceck que acaba de morir por segunda vez. Liberado en parte...

VI

Encontré mi pasaporte en la carpeta del expediente y pude recuperar mi personalidad. A partir de entonces, todo fue muy fácil. Volví sin obstáculo aquí, sin que nadie sospechara lo más mínimo. Los periódicos habían dedicado el espacio justo a reseñar aquel suceso de carretera y en todos se daba por muerto a un tal Joseph Polaceck, que era trasladado para que sobre él se cumpliera una sentencia y cuyos restos carbonizados pudieron identificarse porque estaban unidos por unas esposas al que sin duda era el cadáver del inspector Ostovic. Ni un solo detalle más. Así me libré de aquella pesadilla.

Pero, no; no me he librado totalmente. Ya os he dicho que no me atrevo a presentarme ante vosotros. Que, a ratos, me asalta la conciencia de haber sido aquel Joseph Polaceck asesino y, a ratos también, la duda de seguir siéndolo. No es posible tener revelaciones como la que yo he tenido, asomarse a una vida pasada que ha sido la propia, sin que dejen una huella, una locura, una terrible inestabilidad psíquica. Cierto que tengo intervalos de normalidad, en que firmemente sé quién soy; pero

cada vez son menos frecuentes. Por lo común, no sé responderme a estos avasalladores interrogantes: ¿soy yo el que he sido durante estos años, vuestro amigo Roberto Gray? ¿Soy quizás el Joseph Polaceck de años atrás? Y, sobre todo, a medida que pasa el tiempo, me pregunto con más ahínco: ¿hasta qué punto no estoy siendo ya el que será cuando este Roberto Gray muera?

Va creciendo en mí una curiosidad insaciable: saber lo que he de ser en una futura existencia. Pienso, y mis pensamientos me arrojan de turbación en turbación. De igual modo que, por unos días, se rasgó el velo que ocultaba todo lo anterior, puede rasgarse también el que cubre el porvenir. Y, entonces, veré mi otro, el que todavía no es; me veré a mí mismo en años venideros. Siento, repito, una curiosidad creciente, que se va convirtiendo en obsesión, que me va enajenando, que me aleja del hoy. Ya sólo vivo para esperar y para espiar la llegada de ese rayo de luz revelador. Lo que comenzó por un horripilante asomarme al vacío de lo ya inexistente se ha transformado en un vehemente anhelo de asomarme a lo que vendrá después. Solamente yo, Roberto Gray, no soy objeto de mi interés. ¿Qué puede haber de apasionante en mí, cuya vida es cierta y aburrida y vulgar? ¿Cuya limitación en el tiempo —¡nada más que presente!— me está ahogando?

Los sueños de tía Elisa

José Hernández Polo

Alejado ya de los hechos que voy a relatar y de la serie de fuertes impresiones que condicionaron mi comportamiento y mi descortesía con aquel señor Pía, amigo de mi padre, puedo afirmar que no creo en los sueños; que me río cuando alguien me dice que lo soñado tiene valor premonitorio, anunciador de algo que va a ocurrir. A quien me habla así, le cuento siempre el caso de mi tía Elisa, una mujer que, pese a todo, ha disfrutado a lo largo de su vida de una salud envidiable y de un optimismo a toda prueba. Pero sus sueños son espantosos. Ella misma suele decirlo:

—He matado en sueños a toda la familia.

Porque, al parecer, ninguno de los que formamos la dilatada parentela de los Arnaldos nos hemos librado de ser víctimas de algún trágico y escalofriante sueño de tía Elisa. La pobre no descansa tranquila una sola noche ni, en ese mundo por fortuna irreal que, mientras duerme, despliega su imaginación, hemos dejado de morir de mil muertes espantosas todos los que formamos la pléyade de sobrinos, hermanos, primos y demás familia. En el fondo de tía Elisa, buena como el pan, generosa como la aromática malva y alegre como un confitero goloso, debe de anidar cierta reprimida crueldad que, en los sueños, da suelta a los más refinados suplicios.

A mí, por ejemplo, me ha reservado, no sé por qué, una forma de dejar este mundo por la que no siento la menor predilección, puedo confesarlo sin recato. Tía Elisa dice que me ha visto perecer, varias veces, asfixiado y aplastado en el derrumbamiento de una mina, en una de las galerías más inaccesibles. Es inútil que yo le repita y que, por otra parte, ella misma esté convencida de ello, que no pienso poner jamás los pies en las profundidades de una mina; que mis aficiones me llevan más bien al aire libre y nunca seré, probablemente, minero. «Ya lo sé, hijo; ya lo sé», responde. Pero ella sigue, con periodicidad alarmante, soñando que su predilecto sobrino Martín muere aplastado por toneladas de tierra en lo hondo de una siniestra mina. Naturalmente, tía Elisa no asusta ya a nadie. Y la propia tía Elisa se ríe de sus pesadillas, que no le hacen perder un ápice de su buen humor ni le quitan un gramo a su oronda y, para su edad, bastante bien conservada persona. A mi tío Anselmo, al principio de su matrimonio, no le hacía ninguna gracia estar casado con una mujer que, por la mañana, le narraba, con un lujo de detalles increíble, cómo le había visto morir destrozado por los tiburones, después de haber caído por la borda del yate en el que realizaban un crucero de placer. Menos mal que mi tío Anselmo odiaba el mar y le mareaban los yates y el último de sus propósitos era embarcar porque sí. Gracias a tan evidente incongruencia y desajuste entre lo soñado y lo que la realidad podía

presentar como probable, ninguno nos inmutábamos cuando tía Elisa daba cuenta de alguna innovación en el amplio repertorio de sus procedimientos nocturnos de irse desembarazando de todos nosotros.

Como tía Elisa, sin poder remediarlo, creía a medias en lo que soñaba, cuando le anuncié que pensaba pasar mis vacaciones en Mawiti, isla célebre en las rutas turísticas, no tuvo gran cosa que oponer, acostumbrada como estaba a que cada uno de nosotros, ya mayores de edad, hiciera de su capa un sayo y se moviera con entera libertad. El viaje, aunque largo, lo tendría que hacer en avión y, hurgando en sus sueños, no encontraba más víctima aérea que un viejo primo de mi madre, interventor de una línea ferroviaria que, habituado al tren, tenía miedos pueriles a cualquier otro medio de trasladarse sobre la corteza de la tierra. Ni siquiera había sido capaz de subir en ese avión verbenero del Tibidabo de Barcelona; para él sólo era familiar y seguro notar bajo sus pies el traqueteo de los vagones sobre los rieles. Con una familia tan empeñada en no acomodarse a lo soñado por ella, la verdad es que, como pitonisa, tía Elisa nada tenía que hacer.

Yo llevaba también soñando una semana, desde que empecé a hacer los preparativos para el viaje. Soñaba en la quincena prodigiosa que iba a pasar en aquella isla paradisíaca, donde, si bien no había noticia de que a los perros les ataran con longanizas, cosa que me traía sin cuidado, considerando que, al fin, yo no era un perro, sí se sabía que hermosas nativas generosamente vestidas, es decir, poco, salían a colgar hermosas coronas de flores al cuello de los viajeros recién llegados. Y allí debía comenzar sin duda, bajo tan buenos principios, una vida opípara, llena de diversión y de placer. Me hice con muchos folletos de esos que reparten las agencias de turismo, los leí, llegué a aprendérmelos y terminé haciendo con ellos lo más sensato: los tiré.

Desde luego que soñaba. Y no puedo decir, sin pecar de embustero, que mis sueños no resultaran de lo más estimulante, abrazando nativas sin cesar, ninguna insensible a los encantos de mi pelambreira de estopa y a la enorme nuez que bailaba en mi largo pescuezo. Puedo muy bien asegurar que mis vacaciones, cuando tomé por fin el avión, hacía una semana larga que habían empezado.

Hasta entonces, no había volado más que una o dos veces, en viajes cortos y, aunque pasar cerca de treinta horas en el aire, con tres escalas técnicas en medio, no me atraía demasiado, me tranquilizaba el hecho sin discusión posible de que yo era Martín, sobrino de tía Elisa, y no Damián, el hermano ya tallado de ella. De ser mi tío Damián, hubiera debido experimentar un vergonzoso sentimiento, de simple regomello a pánico declarado, porque, como era lógico, tía Elisa le adjudicaba uno de sus finales catastróficos. Y tía Elisa había soñado en ocasiones repetidas que su pobre hermano moriría en accidente de aviación. Pero ya he dicho que a mí el destino particular y siniestro de tía Elisa me reservaba solamente la negrura, profunda, pero modesta, de una mina. Podía lanzarme al espacio con toda tranquilidad.

Tía Elisa, tío Anselmo, la tonta y llorona de mi otra tía Antonia y un etcétera

interminable de parientes que salieron al aeropuerto para testimoniar la consumación de mi locura me impresionaron y disgustaron a la vez. Entre ellos, sólo tía Elisa se mantenía serena porque, previamente, se había documentado y estaba enterada de que en aquellas islas no existía explotación minera alguna. Cuando el enorme reactor de la TOPA —Transporte Oceánico Por Aire— esperaba ya, con sus motores en marcha, confieso que tuve miedo. Mi experiencia era escasa y mis horas de vuelo también, y aquella perspectiva de viaje prolongado, cortamente interrumpido por unas escalas técnicas, me producía temor. Contemplé el rostro de los demás que, en un autobús de servicio, pista adelante, se dirigían conmigo al aparato y juzgué que sus rostros eran demasiado impenetrables para que la serenidad que traslucían fuera auténtica. Se adivinaba que los más disimulaban cierta tensión y hasta alguna sonrisa que otra tenía mucho de mueca, de jactancia fanfarrona, encubridora de lo que, cuando estudiábamos Bachillerato en el Instituto, llamábamos canguelo.

Fuimos entrando, a empujones, en el avión y, a codazo limpio, con las maneras exquisitas propias a menudo de las personas mejor educadas, cada cual fue sentándose donde la costumbre, la ignorancia, la experiencia, el pasarse de listos, el miedo, la superstición o la indiferencia le aconsejaba. Todos se erguían en sus asientos, miraban en derredor, buscando alguien que diera muestras de debilidad para consolarse. Nos pusimos los cinturones, subió el ritmo de los motores y su ruido, y yo me fijé en unas largas piernas erguidas que había cerca de mí y procuré concentrarme y pensar en aquel recibimiento de coronas de flores y de indígenas perneando con extremidades semejantes a las que estaban ahora felizmente dentro de mi campo visual. Yo siempre he tenido, en los momentos más graves y decisivos, una especial intuición para hallar el lado bonito y bueno de la vida y de la situación amenazadora. Despegamos y, sorprendentemente pronto, las piernas aquellas se movieron y la azafata a quien pertenecían, una pecosa que no era para dar susto a nadie ni tampoco para quitárselo, fue ayudando a desprenderse del cinturón a los más torpes.

Volábamos alto. Venían a hacernos carantoñas algunas pequeñas nubes, cansadas de su soledad. Miré hacia abajo, hacia el suelo normal, donde quedaba tía Elisa con toda la familia, y lo encontré ridículo. Pero estaba lejos, con un abismo vacío en medio, y aquello no resultaba tranquilizador. La voz del piloto nos había saludado ya, deseándonos esa tópica y feliz estancia a bordo que, repetida en varios idiomas, es siempre cordial y a la vez desazonadora. Parecíamos caminar, incluso lentamente, sobre un medio sólido y continuo. «Si ahora hubiera aquí, bajo mis pies, un agujero por el que yo pudiese contemplar lo que sobrevolamos, comprobaría que no; que no hay tal base sólida, que estamos suspendidos en el espacio; que, en cualquier momento, podemos caer». Mis pensamientos eran muy apropiados para encontrar el ánimo que no me sobraba. Cerré los ojos, al tiempo que rechazaba unas revistas, con sus guapas de siempre y sus chismes y sus pamplinas. Tía Elisa me había recomendado que tomara la famosa «Tringomina», contra el mareo, y empezaban a pesarme los párpados. Recliné la cabeza en el respaldo y, entreabiertos aún los ojos,

vi, diez mil metros abajo, un limpio y azul pantano, bordeado de montes, cumbres ralas y grisáceas. Sentí vértigo y me cambié al asiento del pasillo. Había muchos sitios sin ocupar y los pasajeros se repantigaban a placer, dispuestos, como yo, a dormir, para hacer más breve la travesía y, luego, poder decir, con refinada hipocresía:

—Pues a mí no me da miedo. Si estaría tranquilo, que hasta me dormí. A pierna suelta.

Efectos de la «Tringomina», no de la tranquilidad. Yo fui sumiéndome en un mundo agitado, en el que predominaba la idea poco sedante de que el aparato no era seguro y podía ceder a la traidora fuerza de la gravedad. Pero debí dormir profundamente porque, al despertar, comprobé que aquel individuo que se había sentado junto a mí y que tuvo necesariamente que saltar sobre mis piernas para colocarse en el asiento más cercano a la ventanilla no había turbado mi sueño. Me sonrió:

—No tema. La estadística, de la mano de la realidad, demuestra que sus temores son falsos. Que los aviones son muy seguros y que la fuerza de sus motores es, normalmente, más poderosa que la de la gravedad.

Para qué decir otra cosa: me sentí molesto. Terriblemente molesto e irritado conmigo mismo. No ignoraba mi costumbre de soñar en voz alta, pero tampoco dejaba de fastidiarme el hacerlo cuando un desconocido podía escucharme. Y, con impertinencia, a pesar de que el señor aquel me había hablado con amabilidad y cortesía y sin duda para tranquilizarme, le contesté desabridamente:

—Tiene usted buen oído, ¿eh?

Rió y, sin el menor resquemor en la voz, me respondió:

—La verdad es que no puedo quejarme.

Me pareció discreta su respuesta, y el tono en que la hizo delicado. Era obvio que pretendía no herirme. Le pedí disculpas. Las aceptó con toda naturalidad. Era un hombre de unos cuarenta años, corpulento y de aspecto franco y atrayente. Volvió a reír al comentar:

—Además, ya sabe que no tiene por qué inquietarse. Los sueños de su tía Elisa le reservan un final muy distinto...

Sentí que la sangre afluía a mis mejillas. El desconocido debía haber escuchado sin escrúpulo alguno mi sueño en voz alta y manifestaba aún menos escrúpulos, no obstante su aparente discreción anterior, al descubrir que se había enterado de todo.

—Recuerdo que yo tenía también una tía —desapareció la pobre hace ya bastantes años— que sostenía las afirmaciones más peregrinas. Una especie de gafe que, a veces, se salía con la suya, Fíjese: a mí me predijo que acabaría estrellándome en un avión...

Permaneció unos minutos ensimismado, sin que cierta sonrisa abandonara su boca ni yo hiciera nada por romper su mutismo. Me sentía, un tanto absurdamente, algo así como indefenso ante él. Y la sensación aumentó al escucharle:

—La verdad es que todo esto son recuerdos y comentarios sin importancia. Aunque es lógico, al fin, que usted tenga algo de temor...

—¿Usted no lo tiene? ¿Es usted invulnerable?

—¡Ah! Veo que juega, amigo mío, a las sutilezas. No supone usted hasta qué punto soy, en efecto, invulnerable. ¿Miedo? No, no lo siento. Tampoco usted lo sentiría en mi situación... En cambio, noto dentro de mí otro sentimiento, bien distinto, se lo aseguro.

Que mi acompañante fuera capaz de alguna flaqueza me sirvió de tónico. Respiré, complacido.

—¿Es confesable? —le pregunté.

—¡Me avergüenza usted! —volvió a reír—. Juzgue usted: se trata de envidia. Y la envidia es difícil de confesar...

—¿Envidia, dice usted? ¿Qué puede inspirarle, de mí, ahora y aquí, envidia?

Apoyó, confanzado, su mano sobre mi rodilla izquierda. Se acercó para decirme, con un guiño expresivo:

—¡Esas fabulosas vacaciones que va usted a pasar en Mawiti, amigo! ¿Quién no le envidiaría?

De nuevo me removí, inquieto, en mi asiento. Me invadía una incomodidad creciente. Estaba enfadado con mi propia locuacidad, con la mala —y más que mala, tonta— pasada que el hablar dormido me había jugado.

—Veo que sabe usted mucho de mí. Yo, por el contrario, ignoro quién es usted.

Se me quedó mirando con fijeza, escrutador y grave.

—Creo que tiene razón. He de disculparme... y presentarme. Mi nombre es Crespo, Froilán Crespo. ¿No le dice nada?

—En absoluto. Jamás lo he oído hasta este momento.

Mi compañero era, por lo tanto, vanidoso: creía tener el derecho a ser reconocido.

—Froilán Crespo, piloto de aviación. Piloto civil.

—Mucho gusto. Es una profesión, alguna hay que tener.

La tirantez fue disipándose entre nosotros. Su trato era correcto, su conversación fácil, con pinceladas de humor y salidas oscuras, misteriosas, acaso buscadas así por aquella vanidad de que hablé. Con alusiones difíciles de interpretar, que sólo explicaba con una sonrisa o riéndose francamente. Dejando siempre la duda de si había en su actitud algo de mofa, de burla poco disimulada.

—Volando se aprende mucho. La tabla de valores de los pilotos no es la misma que la de los hombres de tierra. Se dejan de temer cosas tremendas, que a nosotros nos parecen ridículas, y, por el contrario, todos tenemos temores infantiles, supersticiones peculiares.

La verdad es que, charlando con Froilán Crespo, aviador, se hizo más breve el vuelo, aquella primera etapa de mi viaje hacia la libertad. Froilán Crespo había estado varias veces en Mawiti y me ilustró sobre los procedimientos para hacer mis vacaciones lo más animadas y fecundas posible. El sol estaba a medio camino entre el

cénit y el ocaso; doraba campos de labor, cuadrangulados por hileras de árboles, delgados y probablemente altos árboles. Parecía el avión hallarse fijo en el espacio, mientras la tierra, a impulsos de una enmascarada manivela, iba girando lentamente. Pasó la azafata ofreciendo chicle y me asombró que no acercara su bandeja a mi compañero. Quise darle yo y lo rechazó, con una de sus sonrisas enigmáticas.

—¡Oh, no! Le aseguro que no lo necesito.

Sobrevolábamos una grande y hermosa ciudad, prendida en el plateado pespunte de un río. Centelleaba alguna nube, como bandeja llena de sol, vista así, desde una altura superior. Nos aproximábamos al aeropuerto en el que debíamos hacer la primera de las tres escalas técnicas. La segunda etapa del viaje sería de vuelo nocturno, aunque volveríamos a despegar antes del crepúsculo.

—Hoy, el vuelo nocturno no preocupa a ningún piloto. Están lejos los tiempos heroicos que narra Saint Exupéry.

Nos ajustamos por segunda vez los cinturones. Volví a fijarme en las esbeltas piernas de la azafata. La tierra subía a nuestro encuentro y, conforme girábamos para enfilar la pista de aterrizaje, por las ventanillas de uno de los lados todo era cielo, como si nos estuvieran envolviendo en un fantástico celofán azul.

Instantes después, el avión se deslizaba por la pista, avanzaba hacia la terminal, se detenía. Nos levantamos, entumecidos, y nos dirigimos a la escalerilla, satisfechos de poder pisar durante hora y media tierra firme. Hacía calor fuera y se agradecía el ambiente acondicionado de la sala de espera del aeropuerto. Mi acompañante se disculpó:

—Dentro de una hora, estaré de nuevo con usted.

Y desapareció, entre el ir y venir de los viajeros. Ocupé una mesa del bar y aproveché para tomar una merienda ligera y, por precaución, hice caso a tía Elisa e ingerí otra tableta de «Tringomina». Me intrigaba la personalidad de Froilán Crespo, cuya actitud y muchas palabras distaban de ser claras. Llegué a pensar si no habría en ellas algo de tomadura de pelo y de esa postura burlona que es fácil adoptar frente a una persona que, durmiendo, nos ha contado contra su voluntad cosas que, en estado de vigilia, se hubiera callado con prudencia.

Me fui olvidando de él, a medida que mi mente volvía a fijarse en la esperanza de la isla Mawiti, en aquellas delicias que allí me aguardaban y en todo lo que podría contar, bien despierto y a sabiendas, a mi regreso a casa. Seguramente, era tía Elisa quien con más complacencia me iba a escuchar. Ya he dicho que sus melodramáticos sueños no le afectaban en nada y era una mujer encantadora, llena de imaginación y tolerante y comprensiva con los jóvenes. La dosis de «Tringomina» fue sin duda lo que me adormeció durante un tiempo que me pareció corto. Sin la sensación de haberme dormido por completo, abrí los ojos y miré en torno. Froilán Crespo había vuelto y, sentado frente a mí, me contemplaba con su sonrisa indescifrable de siempre. Sospeché.

—¿Qué? ¿He seguido contando cosas?

—No. Al menos, no lo sé, porque acabo de llegar. Pero me temo que ha perdido usted el avión.

Me levanté de un salto. El reloj marcaba la hora exacta señalada para el despegue del aparato. Mientras corría hacia la salida, le increpé duramente.

—¿Puede saberse, señor mío, por qué no me ha despertado?

Se encogió de hombros, siguiendo sin esfuerzo el ritmo acelerado de mis pasos.

—¡Bah! Mañana tiene usted otro avión. No ha perdido usted nada, en realidad.

Me retuvo. Acercó su cara a la mía, sin abandonar la antipática y sarcástica mueca que remedaba lejanamente una sonrisa.

—Además, creo que ha tenido usted mucha suerte...

—¡Está usted loco! —le grité.

Intenté salir a la pista. Un empleado me lo impidió. Forcejeé con él.

—La siento, señor. Su avión está ya en la pista de despegue. Nadie puede ir a él.

Traté de convencerle, de decirle que aún podía ser tiempo de que dos pasajeros retrasados fueran llevados al avión. El empleado, firme, se negaba y en su rostro iba pintándose una expresión de extrañeza.

—No comprendo, señor, eso de los dos pasajeros. No sé de ningún otro que se haya quedado en tierra.

Me volví hacia Froilán Crespo. Le hubiera abofeteado. Hubiera abofeteado a los dos. Temblaba de cólera.

—¡Cómo! ¡Encima, pretende usted reírse de mí...!

Y, adoptando una postura irónica e inclinándome en una reverencia, le dije al empleado:

—Tendré que presentárselo a usted. Aquí le tiene: don Froilán Crespo, piloto civil.

Me irritaba más por momentos. Froilán Crespo reía ahora abiertamente. El empleado, visiblemente azorado y de mal humor también, como si se las viera con un demente, respondió:

—Perdóneme. Debe estar usted fatigado y no sabe lo que dice. Con usted no hay nadie, nadie, créame. Está usted solo, solo conmigo. Y, además, permítame decirle que su broma es de muy mal gusto. Hace tres años, un avión hizo explosión al despegar de este aeropuerto. Todos sus ocupantes perecieron. El comandante Froilán Crespo era el primer piloto. Tampoco él se salvó.

Me sentí vacilar. Perplejo, incrédulo, seguro de que era objeto de alguna chanza malintencionada, miré al empleado. Luego, a mi acompañante. Y vi que Froilán Crespo o quienquiera que fuese aquel sujeto me señalaba hacia una de las pistas.

—El avión está despegando. Mire, mírelo. Usted debería estar, ahora, dentro. Dígame si le gustaría estar allí.

Seguí la dirección que marcaba su dedo indicador. En efecto, en aquel instante, comenzaba a elevarse y a ganar lentamente altura. Fue entonces cuando sucedió. De modo tan súbito y horrible que jamás podrá olvidarlo nadie, ninguno de los que

estaban allí y fueron testigos del hecho. El avión se transformó en una brillantísima bola de fuego y, unas décimas de segundos después, una explosión ensordecedora estremeció el aeropuerto. La bola de fuego se vino abajo y se confundió con el suelo, desparramada en una limitada zona. Unos momentos, brevísimos e inacabables a la vez, de terrible calma parecieron señorearse de todo. Hasta que el aeropuerto se convirtió en un infierno. Los coches de auxilio, graznando sus sirenas, se lanzaron a toda velocidad hacia el lugar donde aquellos restos ardían. Les siguieron las ambulancias. El público se agolpaba en el mirador, presa de ansiedad y de terror. Se escuchaban gritos inenarrables, llantos histéricos. Muchos de los pasajeros que se encontraban en la sala de espera, en las dependencias diversas de la terminal, sufrieron colapsos. Aquellos lugares, donde reinaba habitualmente la rutina y la serenidad, se habían convertido en un caos. Ante nuestros ojos, se acababa de consumir una tragedia espantosa: un avión reducido a pedazos incandescentes, desaparecido. Atónito, lleno de horror, sin poder pensar, me tapé el rostro con las manos. Por una de esas inexplicables asociaciones que se manifiestan en nuestro cerebro, desordenado por un fuerte choque emocional, veía con toda claridad las piernas perfectas de aquella azafata que ya no existía, que ya no ofrecería chicle en una bandeja a los pasajeros, que ya no sonreiría jamás.

Una mano poderosa me llevó hacia afuera, a un sitio menos invadido por el gentío. Busqué con la mirada al que había sido mi compañero y le vi a lo lejos, emergiendo de la masa humana, contemplándome. Me sonrió y me hizo un ademán de despedida. Quise correr hacia él, hacia el hombre o fantasma al que probablemente debía seguir viviendo; pero se desvaneció sin dejar rastro.

Con rapidez, en el aeropuerto, se estaban restableciendo los servicios, procurando que la vida siguiera. Coches de bomberos y ambulancias ostensiblemente inútiles iban y venían. Gran número de policías habían acordonado el lugar del siniestro. Un hombre mayor se acercó a mí.

—Oiga, ¿no es usted hijo de mi amigo Juan Arnaldos?

Sí, yo, Martín Arnaldos, era hijo de Juan, mi padre. Recordé al señor Pía, el rico terrateniente que llevaba varios años sin aparecer por nuestra ciudad.

—Ha sido terrible, ¿verdad? Creo que todos han perecido.

Me así a él con desesperación. Le conté por encima, sin aludir a Froilán Crespo, lo que me había ocurrido. Mi increíble suerte de haber perdido el avión. De encontrarme vivo aún.

—Ven. Necesitas descansar y alejarte de aquí antes de que te descubran los periodistas. Te llevaré a mi finca y, rodeado de campo, podrás reponerte de este «shock» tremendo. Y, de momento, no te preocupes de más.

Me fui con él, en su automóvil. Tras una hora de marchar por una buena carretera y tomar luego por un desvío pedregoso, llegamos a una gran casa de campo. Anochece. Me llevó a una sala y me ofreció café y una copa. Bien necesitaba ambas cosas.

—Creo que, hace tres años, ocurrió algo parecido. ¿Es cierto?

Porque aquello era lo que me obsesionaba.

—Sí. Idéntico en realidad. Aquí tengo la colección del periódico, una vieja manía.

Rebuscó y encontró con facilidad la fecha. Miré con avidez aquella información: grandes titulares, muchas fotografías. Detalles del accidente, como los que mañana traerían de nuevo los diarios. Una foto me llamó la atención. Se leía en el pie: «El primer piloto del avión, don Froilán Crespo, víctima también del lamentable suceso». Desde el periódico, me contemplaba, levemente sonriente, mi compañero de viaje.

El señor Pía, al comprobar mi turbación, me quitó el papel de las manos.

—Ahora, procura no pensar en ello, muchacho. Quédate aquí unos días. El aire libre te hará bien. Podrás bañarte en la piscina, montar a caballo si te apetece, jugar al tenis. O tumbarte bajo un árbol. Tus nervios lo necesitan. Y cuando estés más tranquilo, te enseñaré mis posesiones. Nunca conseguí que tu padre viniera a verlas.

Me llenó otra vez la copa.

—Aquí hay cosas interesantes, ya verás. Te llevaré a una mina abandonada, que no he explorado nunca por completo. Tú me ayudarás.

Dejé caer la copa al suelo. Recordé, angustiado, el sueño ¿Té tía Elisa. En cualquier otra circunstancia me habría reído de ello. Pero estaba entonces excitado y no era dueño de mí. Creí comprender por qué había sido salvado de morir en el avión y para qué se me traía a la vecindad de aquella mina. Me alcé apresuradamente de la butaca y, sin pronunciar palabra, corrí hacia la puerta de la casa. Traspuse el umbral y seguí corriendo, con la idea de que la Muerte me pisaba los calcañares. No escuchaba los gritos alarmados de Pía, que se fueron quedando muy atrás. En medio de la noche, que ya había caído por completo, ennegreciendo el campo, busqué la carretera principal, dispuesto a regresar a la ciudad, a alejarme de allí, en «autostop», para siempre.

Y, mientras corría, maldije a tía Elisa y a sus sueños asesinos. Pobre tía Elisa, no tenía la culpa. Pero la maldije, la maldije con toda el alma. Con mi alma maltrecha por tantas atormentadoras emociones.

La legión de los malignos

E. Jarnés Bergua

Si un solo XZ es capaz de producir verdaderos estragos, ¿de qué no serán capaces varios cientos de miles? La advertencia que nos hace el protagonista de esta historia es ligeramente cínica, producto quizá de una frustración, pero digna de tener en cuenta.

Venga, querido amigo. Quiero prevenirle contra un maldito demonio. Aquí, en este rincón del jardín estaremos a cubierto de los curiosos. Le contaré algo que nadie quiere creer. Si me oyeran repetirlo empezarán otra vez con sus recelos y sus tontas precauciones contra mí. Sentémonos en este banco y nadie nos verá. Es necesario tener cuidado, porque hay muchos condenados necios yendo y viniendo por las avenidas.

Es posible que usted tampoco me crea, pero yo cumplo con mi deber advirtiéndole. Lo cierto es que la Tierra está invadida desde hace miles de siglos por unos seres diabólicos, venidos de otro planeta, muy sutiles. ¡Oh, no se ría, por favor! No sea tan insensato como los demás. Yo no estoy hablándole de fantasías descabelladas, con individuos extraterrestres llegados a nuestro planeta para destruir a la Humanidad.

Yo le hablo de una legión de seres que vinieron por curiosidad científica, como exploradores del espacio, y que aquí se convirtieron en una legión de pervertidos y malignos sinvergüenzas. Si nos libráramos de ellos, la Humanidad sería más feliz. Pero no consigo ayuda oficial. Ni credibilidad. Créame o no, escúcheme. Luego haga lo que quiera. Mi conciencia quedará tranquila.

Esos seres existen. Yo he tratado con uno. Le diré lo que pasó, pero antes debo explicarle quién soy.

Me llamo Loo. Ya me ve. Tengo aspecto normal. Quizá un poco delgado. Y un tanto pálido, debido a que siempre me ha gustado vivir honestamente recogido en mi casa y dar algún paseo nocturno y tranquilo, cuando no hay aglomeraciones ni apresuramientos en las calles. Ahora me obligan a pasear durante el día por este jardín. Es inicuo. No hay derecho a tal atentado contra la libertad personal y los gustos individuales.

Ya me ve. No soy apuesto, pero tampoco desagradable. Algunos me consideraron antipático, por mi carácter retraído. Sin embargo mi carácter es comunicativo cuando lo creo necesario, como ahora. Y todavía estoy en edad de relativa juventud. Como nunca he sido ambicioso, me conformaba con vivir de mis rentas modestas en un pisito con dos habitaciones exteriores, una cocina y un baño con pequeñas ventanas a

un patio... Y nada más. ¡Oh, sí! Un pasillo corto en el cual, una de las paredes, sin ventanas, era muro ciego de otro patio al que daban unos apartamentos interiores del mismo edificio. Concretamente los correspondientes a la letra C de cada planta. Mi apartamento era el B de la quinta y última.

Le doy estos detalles porque de algún modo influyen en mi relato, y porque así podrá comprender mejor la situación y se dará cuenta de que todo lo que digo corresponde a la realidad.

Mis costumbres eran muy tranquilas, procurando no molestar a nadie. Yo no soy como tantos otros que se dedican a lograr altos puestos o mujeres o dinero. Con las mujeres he sido siempre muy respetuoso. Cierto que me hubiera gustado advertir simpatía por mí en alguna de ellas, pero de ningún modo me atreví jamás a ser impertinente ni a molestarlas con atrevimientos. Claro que a veces hubiera deseado ser un poco más audaz, moderadamente osado, para lograr algunas atenciones femeninas, pero he preferido siempre la discreción civilizada y cortés.

Por ejemplo, en el caso de Lunia... Lunia era mi vecina de piso. Ella vivía en el apartamento C. Me gustaba Lunia. Confieso que me gustaba Lunia. Y mucho. Pero, siempre fiel a mis principios, me limitaba a mirarla respetuosamente cuando nos encontrábamos en el portal o en el rellano.

También he de confesar que yo procuraba tales encuentros. Y la saludaba con reverencia. Incluso le decía «buenos días» o «buenas tardes». Ella contestaba muy educadamente, recatadamente, sonrojándose y bajando la cabeza. Porque Lunia era una mujer extraordinariamente virtuosa. Tanto, que, a pesar de ser bella, estaba soltera. De mi edad más o menos. Vestía con honestidad casi excesiva. Desde el cuello hasta media pantorrilla, mangas hasta las muñecas, el cabello recogido en un moño tras de la nuca. Y siempre con vestiduras holgadas y tupidas, aunque tenía un maravilloso cuerpo de Venus. Bueno... Más tarde le diré cómo pude saber esta delicada circunstancia.

El caso es que no conseguía establecer más amistosa relación con Lunia. Por eso, un día decidí escribirle una carta confesándole mi admiración y mi reverente amor. Con esta torpeza obtuve un efecto contrario. Lunia pasaba junto a mí con más prisa que antes, encogiéndose y murmurando un saludo en azarado siseo. Por fin, a medida que mis cartas se fueron haciendo más frecuentes, incluso suprimió el siseo. Entonces comencé a enviárselas por correo, en vez de echárselas por debajo de la puerta. De este modo, atisbando prudentemente, la veía cuando abría su cajetín para correspondencia en el portal, y cómo cogía nerviosamente mi carta, y cómo se la guardaba con rápido gesto, asustada.

Por lo demás, mi existencia se consumía en la paz de mi piso, leyendo, admirando arte. Porque ha de saber usted que mi afición por la literatura y las artes plásticas es uno de los dos únicos recreos de mi existencia. El otro es el estudio de la condición humana. Pero ambos especialmente limitados al amor y a la belleza femenina.

Por eso, en mi piso tengo muchos libros de tal especialidad. Unos son de

literatura amorosa, muy bien ilustrados con fotos y dibujos parte de ellos. Otros no tienen texto, sino grabados respecto al tema del amor. Hay también álbumes de fotografías. Ya he dicho cuan entusiasta soy del arte. Y no existe nada más artístico y atractivo que el cuerpo femenino. Días enteros he pasado en la paz de mi casa leyendo libros y contemplando grabados. ¿Puede haber algo más culto e inofensivo? Pues ya ve qué injusticia. Esto precisamente ha sido uno de los motivos para que no hayan creído mi aviso respecto a la legión de malignos seres extraterrestres, y de que me hayan traído aquí.

Además, mis películas. Poseo un proyector y muchas películas de amor o de belleza femenina. ¿Qué tendrá que ver esto con XZ? Luego le diré quién es el maldito XZ.

El otro recreo de mi existencia es el estudio de la condición humana. Como carezco de posibles económicos para mayor amplitud de observación científica, he tenido que limitarme a mis alrededores. Con paciencia y tesón he procurado averiguar en qué momento del día o de la noche podía tener interés humano escuchar a través de los tabiques, y en qué lugar exacto de cada pared se oía el vivir de cada vecina pareja. Y esto lo completaba con excursiones nocturnas por campos y parques. He llegado a caminar como un fantasma, y sé contener la respiración durante mucho rato.

Ahora comprenderá que mis dos aficiones, unidas a mi amoroso sentir hacia Lunia, me dieron la idea de construirme un observatorio secreto. Necesité hacer infinitos mi paciencia y mi tesón para adelgazar sin demasiado ruido la pared maestra del pasillo en un sector de medio metro cuadrado, hasta que sólo un papel me separó del patio. Luego practiqué unos agujeros diminutos entre las juntas de lo que aún quedaba de los ladrillos. Desde las ventanas de enfrente —las de los apartamentos C—, no se podían descubrir tales agujeros. En cambio, yo sí veía perfectamente la habitación de Lunia, bastante bien la del cuarto piso, y en parte la del tercero.

Esta última carecía de interés. La del cuarto correspondía a una pareja muy interesante. La del quinto era el dormitorio de Lunia. Como no tenía ventanas enfrente, mis vecinos de los apartamentos C no imaginaban la posibilidad de que hubiera un observador, de modo que no tomaban precaución alguna.

Supe así qué maravilloso cuerpo escultural tiene Lunia, aunque mi amada era casi tan recatada en soledad como en público. ¡Lo que hube de sufrir entonces...! Sólo muy raras veces lograba yo un espectáculo satisfactorio. Se ponía un inmenso camisón incluso antes de quitarse el vestido. ¡Qué habilidad...! Pero, eso sí, me deleitaba viéndola rezar fervorosamente, arrodillada, cada noche. No hubiera jamás apartado de ella los ojos, a no ser por la atención que la pareja del cuarto me robaba.

Y así supe también que no tiraba mis cartas. Las leía, y pensativamente, melancólicamente, las guardaba en un cajón. Lo cual me animó a escribirle otras, más apasionadas. Por fin, una resultó tan ardiente que su pudor no fue capaz de resistirla. Después de leer, la dejó caer al suelo. Estaba nerviosa y asustada. Se retorció las manos...

Rezó, se acostó, apagó la luz... Yo me dediqué al cuarto piso. Pero me sorprendió Lunia porque de nuevo encendió la luz y, con tanta precaución como si quemara, recogió la carta y volvió a leerla. Por tercera vez lo hizo, pero ahora tendida sobre la cama. Después de reflexionar durante un rato, la quemó, aterrorizada de repente, y lloró y rezó de rodillas hasta media noche.

Así estaban las cosas cuando conocí al XZ.

Fue al día siguiente.

Hay una terracilla en mi apartamento. Pequeña, muchas y espesas plantas para ocultarme con los prismáticos, y una barandilla de hierro forjado. ¿He dicho que tengo también un gato? Bien: Pues tengo un gato grande, negro, reluciente, muy manso y dormilón. Era verano y mediodía. Caluroso. Estábamos el gato y yo tendidos, él junto a la barandilla de hierro pulido, bajo un macizo de geranios; yo bajo el marco de la vidriera, en una mecedora. No dormía. Se lo juro. Créame que no dormía cuando...

Un rumor. Un suave zumbido. Parecía de un moscardón, y lo busqué con la mirada. Continuaba el gato adormilado. De pronto, lo descubrí. No era un moscardón. Era un huevo. Se lo juro.

Sí. Un huevo grande, doble que uno de gallina. Y brillante. De color castaño claro y con una especie de aureola. Volaba, revoloteaba entre los hierros de la barandilla, arrastrando tras de sí una cola luminosa, como la de un cometa. El gato seguía dormitando.

De repente, el huevo se detuvo, suspendido en el aire, en la parte interior de la barandilla. Pude observarlo bien. Era de superficie granulosa con gruesas arrugas. Estuvo así un largo rato, durante el cual tuve certeza absoluta de que alguien me observaba, me contemplaba, me acechaba. El gato se revolvió, inquieto, como alarmado por una sensación semejante. Y me llegó... digamos el eco de un pensamiento:

«Aquí hay dos distintos. Probaré con uno de ellos».

Cayó el huevo al suelo y se abrió en dos mitades que se consumieron en rápida evaporación, dejando sólo una luminosidad rojiza en forma de hongo. Aquella seta de luz estaba compuesta por una masa de partículas en ebullición muy lenta. El gato lo miraba con ojos espantados. No retrocedió cuando el hongo se trasladó hacia él, envolvió su cabeza y se le metió dentro en un portentoso fenómeno de osmosis.

Yo estaba inmóvil, fascinado por tal espectáculo prodigioso. Le juro que así ocurrió. Y que no hay mentira en todo lo que sigue. Lo recuerdo muy bien. ¿Cómo podría olvidarme de un solo detalle si aquello fue el comienzo de la revelación más asombrosa que haya tenido jamás hombre alguno?

El gato se tranquilizó, giró la cabeza despacio, mirando cada planta y objeto con una serena curiosidad, igual que si nunca hubiera visto lo que estaba viendo. Al fin detuvo en mí sus pupilas, animadas por una viveza que antes no tenía. Y de nuevo me llegó aquel eco de pensamiento.

«Este ser no parece inteligente. Carece de ideas. No me explica nada. Sin embargo tiene una facultad nueva para mí. No conoce las cosas por sus radiaciones, sino que las percibe en su forma».

—Eso se llama ver —dije yo a media voz, instintivamente, sin meditarlo, intimidado y asustado.

«Alguien ha expresado algo —replicó el eco de pensamiento—. Quizá este otro ser mayor. ¿Eres tú tal vez inteligente?».

Aquello me indignó. Era una pregunta idiota. ¿Acaso lo dudaba el... fuera quien fuese?

—¡Pues claro que lo soy! ¡He visto tu llegada y cómo te has metido dentro del gato! ¿Quién o qué eres? ¿Demonio, fantasma, espíritu?

Durante un rato estuvimos cambiando impresiones, de un modo incoherente y desordenado. Pero poco a poco íbamos entendiéndonos. Al fin, convencidos de que, al menos por el momento, nada debíamos temer uno de otro, más tranquilo yo y menos confuso él, pude organizar el diálogo.

Era como hablar con el gato. Sólo que el gato no hablaba pronunciando. Yo ahora, como en las muchas veces que antes he contado esta historia, cuando repito lo que él me decía, no tengo más remedio que expresarlo con palabras. Pero no eran palabras lo que yo percibía, sino conceptos, ideas, pensamientos que llegaban a mi mente con mucha mayor claridad que las frases de un hábil conversador o narrador. De esta forma supe que...

«Vengo de un planeta muy lejano. Desde hace muchísimo tiempo, compañeros míos han estado realizando viajes de exploración. Ninguno regresó, y pensamos que habían sido aniquilados por alguna fuerza desintegradora. Sé ahora que todos pudieron llegar como yo, y que sus naves debieron de fundirse lo mismo que la mía en este fluido denso que os envuelve. Así pues, en vuestro planeta debe haber una multitud de compañeros míos. Dime dónde puedo encontrarlos para reunirme con ellos».

Le dije que yo no lo sabía, que ningún ser humano tenía noticia de tales forasteros y que los humanos somos los únicos seres inteligentes del planeta. Pero podía ser que sus compañeros hubieran ido llegando sin que lo advirtiéramos, ya que sólo una casualidad había hecho que él cayera en lugar habitado y ante un observador ocioso. Los mares, campos y desiertos tenían la mayor parte de las probabilidades. Y seguramente sus compañeros estarían dentro de peces, fieras, insectos o aves, si es que necesitaban un cuerpo vivo para existir.

«Nos conviene —me explicó—. Su mecánica de movimiento nos ahorra consumo de energía propia. Porque somos una masa de partículas cargadas de energía. Dentro de un cuerpo vivo subsistimos casi indefinidamente. Cuando el cuerpo de un animal muere, pasamos a otro. Este en que yo estoy es de un irracional. ¿Acierto? ¿Qué clase de sensaciones tiene esta especie?».

—Son voluptuosos, pero primitivos —dije. E inmediatamente le hice la pregunta

que me interesaba desde hacía rato—: ¿Tú eres femenino o masculino?

Ignoraba él por completo lo que tales conceptos significaban: una masa energética sólo puede ser neutra.

—¿Puedes gobernar la voluntad del cuerpo vivo en que te hallas?

Hubimos de realizar pruebas prácticas, para que yo comprendiera cuál era el «en cierto modo» que me dio como respuesta. Un ejemplo se lo hará comprender también a usted. Veamos: El no podía ordenarle al gato que corriese o saltara o maullara. Pero, si yo acariciaba y rascaba el lomo del animal, XZ —en adelante lo llamaré XZ, como entonces lo «bauticé»— percibía la sensación agradable en su cerebro-energía. Después XZ podía desear que se repitiese la sensación, y su deseo se producía también en el cerebro del gato. Como consecuencia, el gato se me acercaba ronroneando y frotándose contra mis piernas, pidiendo la caricia. Era pues el animal, por sí mismo, quien ponía los medios mecánicos para satisfacer los deseos sensoriales de XZ, si bien estos deseos estaban limitados, claro está, al campo de las sensaciones del gato.

Supongo que lo entiende. Y le agradezco que no se burle ni se ría, como los otros, ante la idea de que pasé horas y horas hablando con un gato. Nadie lo ha creído. Y, sin embargo, cualquiera que hubiera pasado por mi experiencia lo encontraría tan absolutamente natural como lo encontré yo.

Porque fueron muchas horas. Todo el día. Piense que había nacido en mi mente una idea genial, y que, para realizarla, yo necesitaba que XZ comprendiera perfectamente lo que es masculino y femenino y cómo se desarrollan las relaciones amorosas entre hombres y mujeres.

¿De qué modo se lo expliqué? ¡Ja! Muy fácil. Recuerde que yo tenía el más completo archivo de imágenes con todos los detalles y posibilidades que pueda dictar el más imaginativo afán sensorial humano.

XZ, sentado a mi lado, escuchó mi explicación con los oídos del gato, aunque realmente no los necesitaba, puesto que, según pronto advertí, su cerebro-energía recogía del mío-neuronas las ideas antes de que mis labios las expresaran. Por otra parte, mis palabras-sonido nada significaban para él. Si me comprendía era gracias a su poder captador de ideas y pensamientos emitidos en radiaciones por la vivencia de mi cerebro.

A fin de cuentas, telepatía. ¿No?

Escuchó mis explicaciones y vio —esto sí: *vio*—, con los ojos del gato, mis láminas y mis proyectos respecto al amor. Ya era de noche cuando terminamos.

«Así pues —me dijo al fin—, todo eso significa la serie más intensa de sensaciones agradables que un ser humano puede experimentar».

—Exactamente —afirmé, satisfecho.

«Mucho más agradable que lo que siento cuando acaricias a este animal».

—Muchísimo más.

«Tengo una gran curiosidad por sentir las —decidió—. Luego buscaré a mis

compañeros. Si no los encuentro reconstruiré mi nave y regresaré a mi planeta».

—¿Puedes reconstruir tu nave?

«Puedo. Por eso me resulta extraño que mis compañeros no hayan regresado. Pero ante todo quiero experimentar esas sensaciones. Después de lo que ya he conocido, siendo animal, no puedo irme sin conocer lo que es mucho mejor. Así que voy a pasar a tu cerebro, para vivirlas en ti. Que venga un femenino para...».

—¡Eh, un momento! ¡Espera!

¡Que ocurrencia la de XZ! No me gustaba nada en absoluto. Al contrario. Me producía una tremenda repulsión. Además, estaba en completo desacuerdo con mis planes geniales.

«Será inútil que te niegues. No podrás impedirlo. Tampoco podrías destruirme ni matando al animal ni de otro modo cualquiera. Igualmente carezco de capacidad y de motivos para causarte daño. Y no comprendo por qué vas a negarte, cuando tan amistosamente me has instruido».

—Es que yo tengo una idea mucho mejor. Si entras en el cerebro de una mujer podré continuar siendo tu instructor.

«¡Oh, sí! Una idea excelente —se entusiasmó. Recordemos que era neutro y, por lo tanto, incapaz de prejuicios o de preferencias—. ¿A cuál se lo proponemos?».

—Nada de proposiciones. Ha de ser sin que lo sepa. ¿O notará que tú estás en su cerebro?

«No. Sólo advertirá una mayor vitalidad. De acuerdo. Yo pasaré a la que tú me indiques, y tú harás con ella todo eso».

—Pero tú tendrás que desear las sensaciones.

«¿Cómo voy a desearlas, si no las conozco?».

—Bastará con que desees lo que has sentido al acariciar yo al gato. Después, yo me encargo de continuar. ¿Sabes? Las mujeres necesitan un comienzo así.

«Digamos como el cebo inicial para una desintegración en cadena».

No le extrañe a usted que lo expresara con tal metáfora. Me había dicho que todos los XZ eran científicos, cosa muy natural, ¿no?

En fin, como ya era de noche, Lunia estaría en casa, probablemente extrañada por no haberme encontrado ni en el portal ni en la escalera. Cogí en brazos al gato, salí al descansillo y oprimí el timbre de la puerta C. No puede usted imaginar la expresión de asombro y de susto y de alarma en el rostro de Lunia cuando me vio.

—Perdóneme, señorita —dije humildemente—. La molesto porque necesito ayuda de una persona muy sensible y bondadosa. Mi gato está enfermo. Ahora parece tranquilo, pero sufre horribles dolores. ¿Querría usted cuidármelo unos minutos mientras voy en busca del veterinario?

No la dejé razonar que lo más apropiado sería llevar el gato al veterinario. Ni siquiera esperé una respuesta. Murmuré un rápido «gracias» y le puse el gato en las manos. Fingí bajar la escalera, pero regresé a mi piso. A mi observatorio del pasillo.

Sucedió tal y como lo había previsto. Un tanto desconcertada todavía, Lunia

entraba, con el gato en brazos, en su dormitorio. Contempló un buen rato al animal, sin saber qué hacer con él, y al fin lo depositó cuidadosamente sobre la cama. Luego, tras de una profunda meditación, sentóse al tocador y se dedicó al arreglo de sus cabellos, cosa que agradecí por dos motivos: Uno era la coquetería que me dedicaba, pues únicamente para mí podía ser aquel aderezo. El otro motivo era que, con su acción, permitía el disimulado trasvase de XZ.

Vi salir del gato el hongo luminoso, deslizarse al suelo y elevarse hasta la nuca de Lunia, en la que se sumergió lentamente. A partir de aquel momento, Lunia empezó a mostrarse inquieta, desazonada. Se puso en pie, paseó nerviosamente, se torturaba las manos, se las pasaba por la frente como si quisiese borrar o apartar pensamientos. Mucho rato así.

¿Qué debía hacer yo? ¿Tomar la iniciativa? ¿Ir al apartamento de Lunia? La lucha contra mi natural timidez me producía sudores fríos, a pesar del calor. Pero la insistencia de XZ debía de ser mucha. Tanta, que decidió la situación. Lunia desapareció de la escena. Un momento después sonaba el timbre de mi puerta.

Cubrí con un cuadro el desconchón de la pared, y acudí a la llamada. Confieso que temblaba cuando me vi ante Lunia, ante los ojos atormentados y febriles de Lunia, que me miraba con una especie de sumisión recelosa.

—Su gato está bien... —susurró—. Tal vez ya no sea preciso el veterinario.

—No... —balbucí—. Creo... creo que no...

Pausa. Una larga pausa. Me «habló» al fin XZ, impaciente:

«¿Qué aguardas? Vamos. Ya estoy en este femenino».

—Sí, claro. Ahora mismo —dije confusamente, sin que Lunia pareciese advertir la poca lógica de mis palabras—. Entre, por favor.

Entró. Nueva pausa en azarada contemplación.

«Vamos, acaríciame —insistió XZ—. Si no, tendré que volver al animal».

Hice un gran esfuerzo de voluntad. Extendí los brazos y los cerré alrededor de Lunia. Era un cuerpo terso y a la vez muelle y suave. Pasivo aún, pero rendido. La besé, todavía tembloroso, y repetí luego el beso ya más firme y lento y excitante.

«Muy bien —me “dijo” XZ—. Esto es nuevo y muy agradable. Ya recuerdo tus láminas. Pero, ¿y las caricias? Vamos. ¿Por qué no las haces?».

Recorrí con mis manos el cuerpo de Lunia. Ella temblaba más que yo, ahora.

«¿Qué sucede? —protestó XZ—. No es como en el animal. ¿Acaso el hombre femenino tiene la piel menos sensible?».

¿La piel...? ¡Oh, claro! El vestido. Lunia sólo esbozó tres movimientos de protesta. Uno cuando comencé a desabrochar su vestido; segundo, cuando le acaricé un hombro desnudo; tercero, cuando deslicé mi mano hacia su pecho virginal. ¡Oh!

Luego, más tarde, Tubo otros. Pero relatar esto no haría sino prolongar inútilmente la historia.

Veo que me escucha con interés. Todos me escuchan con interés cuando llegó a este punto de la narración. No entiendo por qué. Parece como si por un momento me

creyeran. Pero más adelante van apareciendo las sonrisas burlonas. Y tampoco lo entiendo, porque precisamente es luego cuando la situación se hace más angustiosa para mí, además de que descubro el peligro para la Humanidad entera, con la invasión de los malditos espíritus parásitos que... Pero no quiero anticiparme.

Fueron diez o doce días de apasionamiento embriagador. Si lo piensa usted un poco, se dará cuenta de lo muy especial que ha de resultar una experiencia tal. Singularísima, créame. Aún siendo tan completa mi colección de impresos y películas sobre el amor, nada parecido había en ella. Era una combinación imposible de imaginar. Por una parte, Lunia, incitada por los deseos sensoriales de XZ, aterrada por sus temores fanáticos después de cada éxtasis, resistiéndose a la iniciación de cada nueva locura, demencial en cada arrebato como si anhelara resarcirse de sus anteriores continencias.

Por otra parte, yo, si no sabio en experiencia, sí en imaginaciones perfeccionadas durante años de meditación y estudio sobre el mismo y único tema.

Y, en fin, XZ, el más sabroso aderezo de aquella combinación. Es preciso recordar que mi amigo extraterrestre carecía de emociones. Su experimentación era solamente de sensaciones recogidas por sacudidas físicas en sus partículas energéticas, transmitidas por las células nerviosas cerebrales de Lunia. Por lo tanto, aunque recibía los efectos placenteros, a la vez era un observador frío. Como un científico en su laboratorio iba dándome opiniones, resultados, detalles, indicaciones y consejos, con una crudeza que de seguro hubiera espantado a Lunia, constante luchadora contra su pudor.

Ya he dicho sobre aquellos días más de lo que pretendía. Con poca imaginación que tenga usted podrá completar esta laguna de mi relato. Me ocurra lo que me ocurra, nadie podrá ya quitarme tal sueño de amor. ¿O también usted me querrá convencer de que aquello no fue un sueño de amor? En tal caso, tendría que mirarle con el mismo desprecio que me inspiran los otros. ¿Qué inmorales y bajos conceptos tienen del amor? Vergüenza me da pensarlo.

XZ protestó con su fría indignación.

«¿Qué sucede? Últimamente ya no eres tan amable conmigo».

—Fatiga, ¿comprendes? —repliqué malhumorado—. Claro; tú ignoras lo que significa fatigarse.

«Bueno. En realidad ya conozco toda la gama de sensaciones en femenino. Me gustaría conocerlas en masculino. Creo que me voy a pasar a ti».

¡Diablos! ¡Otra vez con su manía! Procuré quitarle la idea. Le aseguré que no había diferencia y que, por otra parte, yo me sentiría cohibido sabiendo que él estaba dentro de mí. En cambio, Lunia lo ignoraba y así podía comportarse con espontaneidad.

Creí que le había convencido, pero no tardé mucho en comprobar lo contrario. Estábamos Lunia y yo sentados en el diván, abrazados, viendo por décima vez una de mis películas, cuando sonó el timbre de la puerta. Interrumpí la proyección y salí al

vestíbulo para abrir. Era un repartidor de telégrafos. Tuve que hacerle pasar al saloncito, porque debía firmar un recibo. Cuando hube terminado con él y regresé junto a Lunia, la encontré aterrada y llorosa. Me impidió continuar con el proyector. Y se desesperaba:

—¡No! ¡Por favor, no! ¡Basta de tales visiones infernales! ¡Dios mío! ¿Pero cómo he podido caer así en el pecado? ¿Qué pensará usted de mí? No sólo me he hundido yo en el barro de Satanás, sino que le hice cometer a usted pecados horribles. Toda una vida de penitencias no me limpiará de culpas. La muerte y el fuego merezco.

Yo no podía comprender tal arrepentimiento melodramático. Incluso creí que se trataba de uno de tantos arrepentimientos de entreacto, aunque muchísimo más intenso. Pero, no. Parecía definitivo. Me rechazó al intentar consolarla con mis delicadas ternuras. Desconcertado, invoqué a XZ:

«¿Por qué no deseas algo? ¿No te das cuenta de lo que sucede».

Silencio absoluto en mi mente. Acostumbrado a tenerla ocupada con los ecos de XZ, el silencio me resultó casi sobrecogedor. Lunia, sin cortar el torrente de lamentaciones, me rechazaba y se ponía ya en pie.

—¿Qué haces, majadero? —me irrité contra XZ, en voz alta—. ¿No ves que se va?

Hubo un momento de forcejeo violento con Lunia. Ella, en papel de virtud escarnecida, de defensora de su honor, me abofeteó, me arañó, me mordió. Hube de soltarla. Huyó a la escalera, dando un portazo. Inmediatamente oí un segundo golpe: el de la puerta de su apartamento.

Entonces, de repente, comprendí que XZ se había ido. Ya no estaba en Lunia. Dominado por su capricho, se había marchado en un hombre. En el empleado de telégrafos.

Aquel descubrimiento me sugirió una idea espantosa. Para comprobarla, observé por la mirilla de la puerta. Y, en efecto, entre los barrotes de la barandilla, a ras del descansillo, vi la gorra del uniforme. El empleado sólo había descendido un tramo, y aguardaba.

Ya no. Ya subía. Despacio, cauteloso, taimado, llegó hasta mi piso y oprimió el timbre del apartamento C. No pude observar bien lo que ocurría, porque la escalera quedaba un poco fuera de mi campo visual, pero percibí que la puerta se *abría*, y un murmullo, unas furiosas y gimientes frases de Lunia, un rumor como de lucha...

No salí a defenderla. No por cobardía, claro, sino porque soy enemigo de toda violencia, enemigo de inmiscuirme en asuntos ajenos. Y, además, estaba profundamente irritado contra Lunia.

De todos modos, no fue necesario. La puerta de Lunia se cerró con fuerza y vi ante la mirilla la satisfactoria silueta del repartidor frotándose la dolorida nariz. También recibí en aquel momento una radiación telepática de XZ.

«No entiendo qué le ocurre a ese femenino. Ahora se niega».

—Porque no soy yo —repliqué—. Vuelve a ella y me aceptará.

»No —se obstinó—. Quiero percibir desde un masculino. Además ya sé que no es necesario que seáis ella y tú.

¿Acaso erais vosotros todos los que aparecen en tus grabados fijos y móviles? No, no. Me voy en este masculino. Volveré para contarte lo que...».

El resto de sus palabras se perdieron en eco difuso. El repartidor había bajado la escalera.

Supongo que usted, a estas alturas de mi relato, habrá comprendido ya qué clase de ser es XZ. Un individuo vil, sucio, lúbrico, repugnante. Odioso. Uno de esos seres que sólo existen para la obscenidad. Incapaz de ser fiel a un amor. Ansioso de revolcarse en todas las ciénagas de la sensualidad...

¿Lo ve? Ya empieza usted con la sonrisita burlona. Igual que los otros. ¿Acaso no le produce náusea la conducta de XZ? Para mi modo de pensar, honrado y serio, no puede ser más repulsiva. Pero no he terminado aún. Si ha de comprender usted cuál es el peligro que representa para la Humanidad la invasión de los malignos XZ, debe oír el final de mi historia.

Durante casi tres semanas hice los posibles, sin resultado alguno, para enternecer a Lunia y lograr que de nuevo me abriera su puerta y sus brazos. Permaneció sorda por completo a las protestas de mi amor sincero y doliente. Desde mi observatorio en el pasillo —que afortunadamente no había descubierto ella—, fui siguiendo el triste proceso de su arrepentimiento.

Usaba un camisón de arpillera, pasaba las noches llorando y rezando. Probablemente apenas comía, puesto que adelgazaba y su bello rostro se demacraba. Escribí varias cartas que sin duda no leyó...

Durante casi tres semanas, sin ceder a su desesperación ni suavizar sus penitencias... Y, de repente, una mañana...

Yo había recibido más telegramas. Estaba enfermo un pariente lejano, lejano también en distancia. Otro pariente me daba noticias sobre su gravedad. En realidad, hubiera sido conveniente para mí hacer un viaje y asistir en sus últimos días al enfermo, porque su testamento añadiría un pequeño complejo a mi renta, pero mi ánimo no estaba dispuesto a viajes. Envié excusas alegando que también yo me hallaba en tratamiento por un mal imaginado.

Aquella mañana llegó a mi puerta otro telegrama. Me disgustó que lo trajera el mismo repartidor en que desertó XZ. Los anteriores habían venido en manos de distintos portadores. Me disgustó, porque sentí celos. Pero inmediatamente reaccioné. Sólo convenciendo a XZ podía salvar a Lunia. Por eso vencí mi enfado y le hablé mientras firmaba el recibo.

Llamadas, protestas, ruegos... Inútil. No logré obtener una respuesta. Era evidente de XZ se había pasado a otro. Cuando alguien rueda por la pendiente del mal, nunca se sabe hasta qué abismos puede caer.

A solas ya, leí el telegrama. Mi pariente había muerto. Si yo quería cobrar mi herencia, no me quedaba otro remedio que hacer el viaje para cumplir unos requisitos

legales. Salí, pues, a la calle con objeto de comprar algunas cosas necesarias. Cuando regresé, Lunia dormía sobre mi diván, en actitud nada pudorosa. Recordé que aún tenía ella una llave de mi apartamento, y comprendí que se había dormido esperándome.

Pero casi fue mayor la sorpresa que me causó recibir en mi mente los pensamientos de XZ:

«He regresado en el masculino en que me fui».

—Ya... Ya me doy cuenta. Y estás de nuevo en ella. ¿Qué te ha hecho cambiar de idea?

«Las dificultades. El masculino que me transportaba quería relaciones sensoriales con femeninos, pero le rechazaban».

—Es que desconoces muchas condiciones, tales como prejuicios, costumbres, aspecto físico apropiado y habilidad para hacerse aceptar. El repartidor de telegramas es feo...

«Las desconocía. No ahora. He aprendido mucho respecto a los humanos. Mis compañeros me lo han explicado».

—¿Tus compañeros? —me asombré—. ¿Has encontrado alguno?

«Sí. Varios. Uno de ellos me ha dado importantes datos y lecciones. Es el más sabio porque vino hace quinientas mil órbitas de vuestro planeta, y ha vivido en centenares de miles de humanos. Cuando llegan los nuestros suele ocurrirles lo mismo que a mí. Se integran en cualquier animal, hasta que descubren las ventajas sensoriales del alojamiento en hombres. Parece que ahora todos los nuestros se hallan en cuerpos vuestros».

—¡Un XZ que vino hace medio millón de años...!

«Sí —continuó XZ sin extrañeza—. Dice que al principio era menos grato porque no habíais inventado tantas comodidades placenteras como tenéis ahora. Pero él y los primeros exploradores que fueron llegando aprendieron a desconcertarse cuando los cerebros humanos percibían sensaciones desagradables. Por otra parte aprovechan toda oportunidad de impulsar al hombre hacia las sensaciones gratas. Esto es lo que les han retenido aquí. Siempre piensan en volver a la patria, pero lo van dejando para más adelante».

—Entonces, ¿tú no quieres regresar a tu planeta?

«No antes de experimentar todo lo que pueda. Tal vez me quede aquí algún tiempo aún, como los otros».

—Y los humanos en que viven, ¿no advierten la presencia de seres extraños dentro de sí?

«¿Lo advierte acaso este femenino en que me alojo? ¿Lo ha notado ese masculino que me ha servido para trasladarme por vuestro mundo? Sin embargo, algunas veces los humanos sí han creído comprender que algo anormal había en alguno de ellos. Y procuraron expulsarlo con procedimientos tan absurdos e inadecuados como cánticos, aspersiones, torturas e incluso cremaciones».

—¡Estás hablándome de los endemoniados!

«No sé lo que es eso, ni me importa. Lo que deseo es disfrutar vuestras sensaciones gratas. Y he aprendido cómo ha de ser un femenino para que un masculino sienta mejor. Y cómo ha de ser un masculino para que los femeninos acepten la experimentación con él. Desde luego, no como ese masculino en que yo iba. Y tampoco precisamente como tú».

—¡Eso no es cierto! —le argumenté—. Ya sabes que Lunia me aceptaba con entusiasmo.

«Porque yo, dentro de ella, deseaba tu colaboración. No intentes confundirme. Mi sabio compañero me lo ha explicado todo bien. He vuelto, porque te lo prometí, para contarte mi aventura. Y también para reflexionar y planear mi futuro, añadiendo tus consejos humanos a los de mi compañero. Y, mientras proyecto, percibiré sensaciones dentro de este femenino. Estoy ansioso de ellas. Piensa que no he tenido ninguna oportunidad dentro de ese masculino inadecuado en que me fui. Así que, por favor, empieza. Luego continuaremos hablando».

Esto me pareció buena idea. Por si acaso, decidí aprovechar la inconsciencia de Lunia. Aparté cuanto pude sus ropas sueltas y la acaricié cuidadosamente para no despertarla. XZ se manifestaba encantado. Lunia debía de creerse en una ensoñación placentera. Por fin se desperezó gatunamente, abrió los ojos, me miró con apasionamiento, me abrazó y me premió con un beso frenético y goloso.

—He vuelto a ti —susurró Lunia—, porque no podía contenerme más. He luchado con todas mis fuerzas, inútilmente. Incluso atormentándome. Mira como tengo *de* señales todo el cuerpo. Mira, Loo, y compénsame.

Lo malo era que yo tenía el viaje preparado para la mañana siguiente. Así que luego, a medianoche, hube de explicarle a Lunia —y, naturalmente, a XZ— la necesidad de ausentarme. Convinimos en que Lunia me aguardaría como una buena esposa. En cambio, XZ opuso algunas protestas.

«Llévate a este femenino contigo. Así podremos continuar haciendo estos experimentos durante el viaje».

Tardó en comprender que no se podían hacer en público y la conveniencia de esperar una semana para planear el futuro de los tres. Su silencio huraño posterior y su poco locuaz despedida me causaron una inquietud de la que no me libré hasta que me hallé lejos de la ciudad, enfrascado en los trámites de la herencia.

Yo le había dicho a XZ: «Volveré tal día a tal hora». Nada le dije sobre esto a Lunia, para darle la grata sorpresa de mi regreso. Imagínese usted, pues, con qué agitada emoción subí a mi piso, ya todo resuelto. Me temblaba la mano al abrir suavemente la cerradura. Entré sin ruido.

No estaba Lunia. Encontré muy descuidado el apartamento y muy revuelta la cama. También parecía indudable que Lunia había estado proyectando mis películas. El gato había cazado un pájaro, y lo devoraba en la terraza, prueba evidente de que padecía un torturador vacío en el estómago. Y desde luego no era él quien había

esparcido por todas partes mis libros y mis revistas.

¿Y Lunia?

No me detuve a mirar por el agujero del pasillo. Por lógica deducción, pasé al apartamento C, abrí sin ruido, entré hasta el dormitorio...

¡Qué horror, amigo mío, qué angustia espantosa, que desolación, qué trágico hundimiento...! Lunia me engañaba.

Sí, sí. No cabía ninguna duda. En fin... Le diré. Lunia estaba tendida en su cama, tan desordenada como la mía, con un joven moreno, recio y tosco. Ambos desnudos y ambos dormidos. Y muchas de mis láminas también esparcidas por esta habitación.

El golpe moral que recibí fue tan contundente como un mazazo físico. Me tambaleé, me apoyé contra el marco de la puerta...

«Bienvenido, amigo mío humano —me dijo XZ con la mayor frescura, con un frío y estremecedor desenfado—. Como me dijiste cuándo regresarías exactamente, te he preparado esta sorpresa, para que veas que he aprovechado el tiempo. Tengo que contarte muchas cosas. Ha sido una semana de grandes y variadas sensaciones. Una semana de intensa experimentación».

—¡Canalla...! —susurré sin moverme—. ¿Pero cómo puedes hablar así, sucio canalla vil...?

«¿Por qué no? Si todo ha ido perfectamente... Creo que este femenino es muy adecuado para mi permanencia experimental en tu planeta. No encuentra dificultades. Lo aceptan inmediatamente, y puede permitirse la ventaja de elegir entre los masculinos más apropiados. Todo empezó el día siguiente de tu marcha. Vino un masculino que quiso vender algo. Tuve una idea luminosa. Le retuvimos toda la tarde. Por la noche estábamos en la terraza y vimos un paseante masculino solitario. Subió, y le retuvimos hasta la mañana. Luego, en los días siguientes, hemos experimentado con otros tres. Este masculino que ves ahora es un habitante de la casa».

Yo gemía de dolor. Me cogí la cara con las manos. XZ continuó, inexorable:

«No entiendo qué te pasa. Supuse que te alegraría saber lo bien que hemos aprovechado el tiempo. Además te ilustraré con el conocimiento de que estos masculinos son más aptos que tú para la experimentación sensorial».

—¡Calla! —gemí—. ¡Te lo suplico! ¡Calla!

«¿Por qué? ¿No quieres perfeccionar tu erudición respecto al tema? Por cierto, lo que no he podido experimentar es el aspecto de las sensaciones entre femeninos, que conocí por tus láminas. Ya me dijo mi sabio compañero que hay dificultades para ello. Espero que, con tu consejo...».

—¡¡Calla!! ¡Os voy a matar a los tres!

Reacción lógica, ¿no? Ansia, locura, furia de matar era lo que yo sentía. Jadeante, busqué a mi alrededor algo que sirviera de arma. Vi un taburete y no pensé más. Lo cogí por una pata, lo alcé y golpeé.

Ignoro qué sexto sentido despertó al hombre cuando yo descargaba el taburete

contra su cabeza. El caso es que se retorció y esquivó. Aún así el impacto contra su hombro me deleitó con chasquidos en huesos rotos. Pero nada más pude añadir a mi venganza. Todo fue confusión a partir de aquel momento.

Chillaba Lunia histéricamente, sin descanso, con una extraordinaria potencia. Por la ventana entraba un alarmado vocerío de vecinos. Lanzaba el hombre alaridos de dolor... Quise golpearle de nuevo, pero recibí un feroz puñetazo que me hundió en una profunda negrura.

Cuando recuperé el conocimiento, había personajes desconocidos para mí. Uno de ellos daba órdenes. Otros dos eran policías. Otros eran aturdidos testigos. No estaba el herido, pero sí Lunia, ya vestida. Lunia me miraba con pupilas chispeantes de indignación.

—Esperaba que recuperases el conocimiento, antes de irme —dijo, entre dientes—. Esperaba, para decirte que sólo eres un sucio canalla. Y un cobarde. ¿Por qué has hecho esto, miserable? ¿Qué derechos tenías sobre mí? ¿Qué te debía yo? ¡Si acaso, tú? ¡Tú eras quien tema que estar agradecido! Debí de volverme ciega o loca para fijarme en un repugnante y pobre tipo como el tuyo.

Me insultaba. Injusto, incomprensible, ilógico, ¿no? Pues ella insultaba. No yo. Pero, claro está, desgraciada e inocente víctima, ella no era culpable. No la pobrecita Lunia, sino XZ, el desvergonzado cínico.

—Adiós. No quiero volver a verte —añadió Lunia, saliendo.

Y, mientras ella caminaba hacia la puerta, yo escuché los últimos ecos del maligno:

«No comprendo lo que ha pasado ni lo que has hecho. Pero sé que tu cerebro es anormal. El mío, científico, no puede seguir colaborando contigo. La demencia y la ciencia son incompatibles».

Me quedé anonadado. Lunia y XZ se habían ido. Los policías y testigos me miraban serios y acusadores. En aquel momento me di cuenta de todo el peligro, y empecé a gritar:

—¡Pronto! ¡Detengan a esa mujer! ¡Lleva en su cerebro un ser maligno, una especie de diablo lúbrico! ¡Tenemos que salvarla! ¡Tenemos que arrojar de su mente a ese demonio!

No recuerdo cuánto rato estuve gritando y forcejeando con aquellos necios. Y no voy a contarle todo lo que me ha sucedido desde entonces hasta que me trajeron aquí. Usted puede imaginarlo.

Y usted puede también contribuir a la salvación de la Humanidad. Ahora ya sabe que hay una legión de monstruos obscenos en la Tierra, dentro de quizá millones de cerebros humanos. Y la invasión continúa. Créame, se lo ruego. Soy un hombre formal y de buenas costumbres. Jamás pretendí molestar a nadie. Ya me ve. Tengo aspecto de normal. Sólo un poco retraído, pero esto, ¿a quién perjudica?

Es posible que no me crea. Sin embargo, mi conciencia estará tranquila. He cumplido con mi deber. Haga lo que quiera. Le dejo para que pueda meditar o reírse.

Buenos días.

Los chupópteros

Francisco Lezcano Lezcano

I

Nadie sabe de dónde ni cómo vinieron. La historia dice que brotaron de súbito en pleno siglo del «Nada de Nada», cuando en el mundo todo era tristeza; los árboles y los hombres crecían de idéntica manera, amarillentos y retorcidos como el vómito de la bomba. Igual que vegetales hambrientos, la Humanidad escarbaba la tierra...

Había montañas, colinas de escombros con nombres de ciudades. Y bajo cada cartel el ojo negro de una rústica entrada a sórdidos refugios improvisados...

Los Chupópteros aparecieron sobre el mundo como por milagro. Llegaron bien lavados y con sus vestidos muy planchados; en sus rostros la pátina cálida de un sol aún no mortecino por nubes con siglas tenebrosas. La gente observaba desde la distancia, sin saber si eran dioses o demonios lo que tenían delante. A veces los seguían en silencio, con la familia colgada de los pellejos o trincada al puño cerrado de sus estómagos. Sentían temor y esperaban. Verlos limpios y con trajes sin arrugas significaba que disponían de electricidad y de agua. ¿Pero qué habían hecho aquellos seres de gran estatura para resucitar la energía...?

Y los Chupópteros no se hablaban con nadie... los días transcurrían goteando hastío y sequedad... Los hombres, secos como tiras de pescado salado al sol, comenzaron a germinar una idea, un asalto. Sus vientres aullaban. Pero alcanzar las despensas de los Chupópteros no sería fácil porque se habían construido enormes viviendas y rodeado sus grandes jardines con ciclópeos muros, con altos paredones que los aislaban y protegían. La gente suponía y exageraba edenes al otro lado al percibir los aromas prófugos de la barrera, los ruidos y las verdes hojas sobresalientes al cerco de piedra. ¡Hojas verdes! ¡Hacía tiempo que el mundo estaba hecho un otoño!

Los Chupópteros permanecían casi siempre en sus recintos, apenas salían a la calle, y si lo hacían, nunca era a pie; jamás aparecían fuera de sus bruñidos automóviles sin ruedas.

Desde el interior de los autos los niños gordos, limpios y sonrosados, hacían burlas y muecas a los niños del «Nada de Nada»; o comían apaciblemente, mientras sus padres tomaban sin cesar fotos y más fotos de lo que iban viendo, y exclamaban:

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! —sorprendidos por todo, siempre sorprendidos...

De vez en cuando los niños Chupópteros arrojaban a la calle el papel brillante de

sus chokolatinas. Bajaban un poquito el cristal de las ventanillas de sus autos y lo metían por la rendija.

Afuera, la chiquillería enclenque y desarrapada caía sobre el resto de la chokolatina cómo una plaga de moscas de verano.

II

En las mañanas, a la puerta de las grandes mansiones blindadas e inexpugnables, manos invisibles depositaban enormes cubos de basura. Al principio, cuando por vez primera los del exterior descubrieron los cubos, enloquecieron y casi se mataron unos a otros disputándose los desperdicios. Pero de las mansiones salieron miles de Chupópteros armados con porras y golpeando sin medida dispersaron a los tumultuosos. El orden fue impuesto. A partir de entonces los apaleados se dedicaron a recoger los detritus con prudencia y organización. Y grandes estercoleros se convirtieron en Centros de Suministros. Y sobre el estiércol el panorama social mejoró una miera. Llegaron a convencerse de que en realidad los Chupópteros sólo eran unos tipos raros, pero que pretendían ayudar...

III

Tardaron poco tiempo los Chupópteros en cubrir casi toda la Tierra, invariables, sin salir de sus autos, de sus hogares, de sus cercados, de sus extraños templos.

Los hombres de las costillas al aire comenzaron a adularles y a llamar a sus grandes puertas de oro. Osaron poner el pie en los portales de mármol para pedir trabajo. Y los Chupópteros, sin perder su porte y su seriedad, sin una sonrisa, indiferentes a las palabras de gratitud, dieron máquinas para cultivar las tierras a cambio del noventa y nueve por ciento de las cosechas. Y los hombres del «Nada de Nada» aceptaron porque así tendrían el estiércol y algo más. Trabajaban de sol a sol. Y junto con las máquinas vinieron picos y palas. Así cierto día, casi sin darse cuenta, se vieron construyendo mejores casas... para los Chupópteros. Y las semanas se fueron haciendo un todo en incesante trabajo a cambio de un poco de pan sin vino y poca agua. Los Chupópteros aumentaban su demanda de trabajadores... más, más, más... Crecían las granjas como manteles de esperanza, tendidos sobre el suelo resquebrajado por años de sequía. Pero de los manteles sólo caían duras migajas. Todo iba al intestino de los grandes, robustos, coloradotes dueños de las mansiones. Si alguien protestaba, ellos siempre contestaban lo mismo con su rara voz inexpresiva y atiplada:

—Es nuestro acuerdo tácito.

Entonces, los escuálidos hombres del «Nada de Nada» se consolaban tristemente pensando que antes poseían menos.

IV

De día en día el número de Chupópteros crecía. Nadie sabía de dónde llegaban. Cada vez estaban mayores. Cada mes sus muros cercantes subían de altura. Y, de pronto, la gente trabajadora se puso como tonta. Comenzaron incluso a morir muchos en el camastro... era como una plaga.

Hasta que un día un hombre soltó su pala y gritó que estaba harto. Otro, al oírle, puso ojos maliciosos y se retiró. Deslizándose como una rata entró en una de las casas grandes. En seguida un gran auto negro salió rugiendo de las grandes murallas hacia el trabajador que había tirado su pala al suelo. Varios le habían imitado y atendían a sus palabras llenas de calor. El auto aceleró e irrumpió entre los reunidos. El grupo se dispersó como pudo. Dos enormes Chupópteros de negro uniforme y casco de titanio, saltaron del auto y veloces corrieron contra el hombre que había hablado demasiado. Le golpearon con brutalidad y se lo llevaron a rastras. A empujones fue metido en el interior del vehículo que de inmediato partió ululando, mientras los Chupópteros golpeaban y golpeaban el flacucho cuerpo del prisionero...

V

Cuando el detenido abrió los ojos se vio tumbado sobre el suelo, frente a una pequeña puerta y junto a los enormes pies embotados de dos Chupópteros. Alzó la mirada. Los guardas observaban con el ceño fruncido la ira que se traslucía en sus pupilas.

—Eres un alterador —dijo uno en tono amenazador—. Los tipos como tú hacen perder a los demás su organización y sus medios de existencia.

El otro guarda asintió con la cabeza y esbozando un maligno gesto cogió al prisionero por los pelos, lo puso en pie, y con un enérgico empujón le hizo rodar por unas escaleras a cuyo pie se abría la oscura boca de una trampa. Al sentirse engullido por la imprevista garganta gritó asustado. Pero el fondo no se bailaba muy abajo y además una gruesa capa de hierbas secas lo tapizaba.

La mazmorra tenía aproximadamente cuatro metros cuadrados. Sus paredes rezumaban humedad. El techo era muy bajo. Una mortecina bombilla iluminaba el interior.

Parecía posible alcanzar de un salto el borde del hueco por donde había caído. Sin embargo, después de intentarlo varias veces se convenció de lo contrario. Subiéndose sobre otro sí que habría llegado con facilidad, pero era seguro que los Chupópteros conocían perfectamente tal posibilidad y no se les ocurriría encerrar a dos en el mismo lugar. Desalentado, sentóse en el suelo y apoyado en la pared se dispuso a esperar los acontecimientos...

Ya había perdido la noción del tiempo transcurrido y el sopor del hastío lo tenía

adormilado cuando algo le golpeó en el pecho sacándole de la modorra. Abrió los ojos y sacudió la cabeza. Le habían arrojado una bolsa de plástico llena con algunos desperdicios de carne y de fruta.

—¡Marranos! —gritó.

La verdad es que sentía apetito. Por esto engulló en seguida el contenido.

Nada más acabar, en su mente volvió a florecer una idea para escapar. La argolla que sobresalía muy cerca del borde de la entrada por la cual se había precipitado le daba posibilidad de escapatoria.

Usaba una especie de chaquetón tejido con hilos de pitera. Se lo quitó y lo comenzó a deshacer por la parte inferior hasta conseguir unos cuatro metros de hebra. Buscando entre la paja encontró una piedra con el pequeño tamaño que necesitaba. La envolvió en el plástico y haciéndole un moño lo ató con el filamento. Después se puso a la ardua labor de conseguir hacer pasar la piedra empaquetada a través de la argolla. Al fin, después de muchos intentos, lo consiguió, y de esta manera la fibra de pitera quedó enhebrada a la argolla como un hilo por el ojo de una aguja. A continuación hizo tiras muy finas con una pernera de su raído pantalón y las anudó unas con otras. Unió estas tiras al hilo pasado por la argolla y tirando con suavidad pudo sustituir aquéllas por el hilo. Luego repitió la misma operación con la sogá que a modo de faja le daba varias vueltas a la cintura. De esta manera pudo hacerla llegar arriba. Y gracias al nudo que le había hecho en un extremo quedó atorada y bien sujeta como para permitirle ascender por la misma.

Cuando alcanzó la salida asomó la cabeza con cautela. Ante él estaba la escalera por la cual había rodado. Una luz también tenue la iluminaba. Salió y ascendió muy despacio por ella. Al llegar arriba, atisbo precavidamente para averiguar qué había al otro lado de la puerta. Afuera, un enorme Chupóptero montaba guardia. Retiró la sogá de la argolla y saltó.

—¡Ya me parecía a mí que había tenido demasiada suerte! —se lamentó—. Para escapar de aquí he de idear en seguida una buena argucia.

Volvió atrás, procurando no hacer ruido. Abajo comprobó que el agujero tenía una tapa giratoria sobre goznes y que durante todo el tiempo había permanecido abatida. Miró alrededor y sus ojos se detuvieron sobre un pedazo de madera tirado. La primera idea fue utilizar el palo como arma para derribar al guardián, pero comprendió que sería una temeridad y pensó algo mejor. Puso el palo vertical en el borde del pozo y bajó la tapa, dejándola apoyada en equilibrio inestable. De nuevo hizo tiras con la otra pernera del pantalón y las empalmó. Ató un extremo al centro del palo de modo que al halar pudiese caer la tapa. Se ocultó bajo la escalera y tiró de la cuerda improvisada. El palo salió de su sitio y la tapa golpeó con fuerza. Tal como había supuesto, el guardián abandonó su puesto y descendió a toda prisa. Alzó la tapa para mirar abajo.

—¡Oiga! ¡Conteste! ¿Está usted ahí? —gritó mientras alumbraba los rincones de la mazmorra con una linterna. El hombre aprovechó la oportunidad y saliendo de su

escondrijo dio un fortísimo empujón al Chupóptero, el cual se precipitó aullando al interior. En seguida bajó la tapa y le puso la tranca.

VI

La verdad es que no había imaginado el camino para escapar tan llano. No tropezó con ningún guardián más. Ningún Chupóptero le salió al paso a lo largo del interminable pasillo que hubo de recorrer antes de llegar a la gran nave principal donde una maquinaria compleja runruneaba con un tono felino y extraño. Nadie cuidaba de ella. Debía ser autónoma. El hombre experimentó un miedo instintivo y procuró escapar de su presencia lo más rápido posible. Por un momento le pareció que las luces parpadeantes de los paneles le miraban directamente. Echó a correr.

En el exterior apenas había luz, pues todas las urbanas estaban apagadas y una espesa colcha de nubes oscuras ocultaban a la luna llena. Un silencio que producía escalofríos invadía la noche. El hombre puso oído atento, pero sólo el runruneo amenazador de la máquina llegaba a sus tímpanos a pesar de que la había dejado muy atrás, muy abajo. Las vibraciones le producían un desconcertante efecto nervioso y una envolvente sensación de apatía y de sueño.

Materialmente pegado a las paredes y aprovechando las sombras más oscuras se alejó hacia el centro de la población reconstruida en forma improvisada y mísera. Le esperaba una gran sorpresa...

VII

Nunca salían los Chupópteros de sus casas y menos aún a pie. Sin embargo, las calles estaban llenas de ellos. Los había a centenares pululando entre los escombros y las chabolas. Se movían con sigilo. Entraban a hurtadillas aquí y allá.

Al parecer, aprovechaban las noches para salir como cucarachas. Tiempo atrás habían prohibido terminantemente que los trabajadores abandonaran sus hogares después del toque de queda.

Habían amenazado, insistido y sancionado tanto, que la gente ya se había hecho a ello. ¿Pero qué buscaban los Chupópteros por las noches? El hombre continuó espiando, procurando no dejarse dominar por la ataraxia que le iba anillando. De pronto, un grito aterrador desgarró el silencio y un joven salió huyendo de una ruinosa casa.

—¡No! ¡No! —suplicaba despavorido y sin dejar de correr.

Tras él, un enorme Chupóptero surgió bajo el dintel de la puerta. Sacó un arma similar a un revólver con tambor de ametralladora antigua y apretó el gatillo. Sólo se escuchó una leve tos inofensiva, pero el joven se detuvo en seco y rodó por el suelo como preso en un ataque de epilepsia. El Chupóptero le alcanzó. Se colocó a gatas

sobre él y sacando una aguja hipodérmica la introdujo en una vena del brazo de su víctima, luego conectó la aguja a un delgado tubo de caucho y a éste un pequeño aparato con la apariencia de un transistor de bolsillo. La sangre comenzó a surgir tumultuosa. El Chupóptero colocó el extremo en su boca y se estremeció de placer. El hombre al acecho huyó sin saber adonde. Corrió hasta que sus pulmones y su corazón le exigieron un descanso.

—¡Dios mío! —gimió apoyándose en la desvencijada puerta de una chabola.

Asustado, miró a su alrededor, pero no había ningún chupador. Entonces llamó golpeando con el puño la puerta.

—¡Oigan! ¡Oigan! —pero nadie contestaba.

Al insistir con más energía, la puerta se abrió un poco. Temeroso se introdujo en la mísera vivienda con el deseo de prevenir a sus ocupantes. Sobre jergones, un matrimonio y sus dos hijos de corta edad dormían. Se aproximó a ellos e intentó despertarlos utilizando incluso el método expeditivo de arrojarles un vaso de agua al rostro, pero estaban como muertos... Ruido de pasos y algunas risas ahogadas en el exterior le impulsaron a buscar refugio. En una esquina de la estancia había un barril al que inmediatamente dio vuelta para cubrirle con él. Apenas lo había hecho, cuando dos Chupópteros masculinos entraron.

—¿Estás seguro de que nos corresponde ésta? —le preguntó uno al otro con un susurro de voz.

—¡Y tan seguro! —respondió el otro.

—¿Lo has mirado en la lista? —insistió el primero.

—Claro que lo comprobé. Además, la traigo conmigo.

Desde el interior del barril y a través de las rendijas, el hombre distinguía perfectamente los sigilosos movimientos de ambos y escuchaba sus palabras. La modorra que continuamente intentaba apoderarse de su voluntad era el único obstáculo que le impedía concentrar la atención. Vio a uno de ellos sacar un papel, cómo lo desdoblaba y se ponía a leer en voz alta.

—Escucha: Chabola 475... ¿Es ésta o no la chabola 475?

—Desde luego que lo es.

—Bien... Sigo... Distrito Azul, Cuadrícula Cinco.

—Bueno, de acuerdo —dijo el otro en tono satisfecho y tranquilo. Pero hizo una pausa pensativa y volvió a preguntar—: ¿Cuándo estuvimos aquí la última vez?

—Hace tres meses —respondió el de la lista, fastidiado—. Ya sabes que las tomas están muy bien organizadas para que no se sobrecarguen los distritos.

—Ya, ya —asintió— por eso te lo pregunto. No me gustaría meter la pata.

Se arrodilló junto a uno de los niños dormidos y por medio de otro tubo de caucho y la bomba se puso a sorber su dosis.

El hombre oculto sintió un estremecimiento de pavor.

—Me gustaría que la Gran Máquina no hiciera efecto en sus cerebros y que despertasen, como a veces ocurre —dijo el que aún permanecía en pie.

—¿Para qué? —respondió el otro dejando de sorber unos instantes.

—¡Pareces tonto! Pues porque entonces la ley nos autoriza a suministrarnos íntegramente. Es más, nos lo exige. Ordena que los dejemos sin una gota en las venas, pues no deben quedar testigos.

—¡Bah! Yo prefiero esta forma placentera y dosificada.

—Bueno, date prisa.

En su escondrijo, el hombre medio amartelado se acordó de las historias de vampiros y un estremecimiento de espanto le recorrió la espalda. Cerró los ojos para no ver por segunda vez el mismo espectáculo repulsivo... Sentía sueño... mucho sueño... El lejano runruneo de la Gran Máquina le sonaba en el cerebro...

—No voy a dormirme —se dijo—. Mañana se lo diré a todos. Mañana gritaré a los cuatro vientos por qué se muere tanta gente... No es de leucemia atómica... No es secuela del Gran Hongo.

Cuando los Chupópteros se marcharon, el hombre abandonó rápidamente su escondrijo y dando tumbos salió a la calle.

A menudo, sin saber por qué, en medio de una honda preocupación, cuando la desesperación y la angustia interior alcanzan su límite y ya nos creemos incapaces de soportarla por más tiempo, nos viene a la mente el chispazo imprevisto de una revelación; una repentina intuición que da la clave. Y el hombre la tuvo. Fue sólo durante una fracción de segundo, pero le bastó para adquirir la certeza interior de cómo podría vencer a aquella pesadilla. De pronto, se había acordado de la Gran Máquina y le pareció completamente cierto que su gran mole actuaba ligada al sueño de todos. Sí, ésta había sido su intuición. Destruirla era el camino. Decidido a ello se puso en marcha, siempre luchando contra el invencible sopor que le embargaba... y que por algún motivo inexplicable no le había afectado tan íntegramente como a los demás.

VIII

Sin ser descubierto, consiguió alcanzar la gran vivienda donde había estado prisionero. Los Chupópteros, afanados en su sigiloso libar y seguros de que la máquina había adormecido a todos los habitantes del poblado, difícilmente podrían reparar en la presencia de un extraño.

Todas las puertas las halló igual que las había dejado. Esto significaba que a pesar del tiempo transcurrido la alarma no había cundido; con toda seguridad porque el guardián había perdido el conocimiento al caer en la celda.

El hombre se dirigió hacia la Gran Máquina autónoma cuyo runruneo le taladraba las sienas. Su aspecto le pareció aún más imponente y sus lucecillas parpadeantes más inquisidoras y malignas.

Por desgracia, había un guardián que antes no estaba. Sentado de espaldas a él leía un libro. Comprendió que debería eliminarlo en seguida; entonces miró alrededor

buscando algún objeto contundente y sus ojos se detuvieron sobre una voluminosa llave inglesa colocada sobre un taburete a dos pasos de su escondrijo. La cogió con fuerza y acercándose con suma cautela al centinela le asestó un tremendo golpe sobre la nuca, derribándole a tierra. El Chupóptero cayó primero de rodillas y el hombre tuvo que golpearle varias veces en la dura cabeza para dejarle definitivamente desvanecido. De inmediato se puso a la tarea de ir desconectando cuantos interruptores y palancas veía a su alcance. Arrancó cables. La Gran Máquina empezó a humear y a gemir como un monstruo herido. El aullido hiriente de una sirena de alarma hendió los aires. Sobre el infernal ruido de los chisporroteos, otro clamor más dantesco llegaba desde fuera. Gritos de pavor y de ira. Los hombres de la época del «Nada de Nada» se estaban despertando, en todo el sentido literal y metafórico de la palabra. Cientos y cientos de hombres habían comprendido súbitamente y ahora luchaban.

De pronto, varias docenas de Chupópteros penetraron en la gran sala; venían huyendo, aterrados, heridos... Cuando distinguieron al hombre entre el humo, buscando entre la destrucción como un esquelético demonio repartiendo más destrucción, se dirigieron hacia él para lincharle. El hombre saltaba y reía. Los Chupópteros empezaron a golpearle. El hombre reía y reía. En las calles el fragor continuaba. La Gran Máquina estaba prácticamente destruida. El hombre reía y reía... en la calle se luchaba...

No es normal

Francisco Lezcano Lezcano

I

Manuel Alberramán dio un tremendo puñetazo sobre la mesa haciendo rodar los dos vasos de leche y saltar todos los utensilios que, para comer, habían sido colocados con mucha estética por su esposa quien, desde el otro lado de la mesa, le miraba con un oscuro fondo de reproche en las pupilas. Manuel se sintió avergonzado por haberse dejado arrastrar de la ira.

—Disculpa, querida... yo... es que no puedo soportar el solo pensamiento de...

Angelina con su silencio dijo más que si hubiese pronunciado cualquier frase hiriente. Apartó la silla con suavidad y se puso en pie. La leche ya había alcanzado el borde del tablero.

—Yo lo... —dijo Manuel, comenzando a levantarse.

—¡No te muevas! —casi le ordenó Angelina.

Pero su imperativo ruego fue tardío, pues el líquido comenzaba a gotear sobre el amarillo plástico del piso. Ella tomó con elegancia una servilleta y extendiéndola sobre la mancha consiguió detener la caída total.

—Sí... siempre haces lo mismo; primero das la coz y luego pides disculpas.

El tono de voz no era insultante, sonaba suave, pero tan pleno de amargura que Manuel descendió la mirada y se mordió los labios.

—Te he confesado que no lo resisto —manifestó humildemente.

La amaba de verdad y cualquier daño que pudiera causarle le parecía injusto. Y más aún habiéndola transportado años atrás a aquel rincón *casi a la fuerza*.

Angelina terminó de recoger toda la leche y de ordenar la mesa. Puso los vasos en su lugar y volvió a sentarse.

—No, Manuel; es tanto ultraje a tu propia vanidad lo que te martiriza. Deseabas en el niño una prolongación de ti mismo que no ves alcanzada.

—En efecto... soy... un poco vanidoso —reconoció confuso.

—La sinceridad es tu cara buena. Y compensa de muchas cosas. Pero debes superarte más a ti mismo; ya sabes que la criatura sufre mucho ante tus gritos. Tal vez no es normal, como a veces piensas; sin embargo, aunque esto fuera verdad, ¿quedarías justificado?

—Pues... no...

—¡Claro que no...! Al contrario, sería suficiente razón para tratarlo con mayor

tacto.

—Es que me rebelo contra la idea de que nos haya resultado un retrasado mental... Otros, a su edad...

—Dejemos la cuestión, ¿quieres?

II

En la habitación superior, justamente por encima del diámetro horizontal de la casa submarina, Joselito se encaramó ágilmente por la escalerilla que le permitía alcanzar la litera de encima, donde le gustaba tenderse de costado sobre la mullida colchoneta y ver. Miró por el ojo de buey de cristal tronco cónico. Afuera, una bandada de grandes peces azules jugaban y comían en una extensión de filamentosas algas verduzcoamarillentas. Aquel espectáculo le alegró el espíritu. Los reproches que su padre le había dirigido en el comedor le tenían bastante compungido. Las últimas palabras aún le resonaban repetidamente en el cerebro:

«Te van a tomar por un retrasado mental. Si no avanzas más en el colegio, no te dejaré salir».

Allá, al otro lado de la praderilla, a unos cincuenta metros de distancia, estaba la casa de su amiguita Eleniv. Era una vivienda más bonita que la suya. El padre de Eleniv ganaba mucho; había podido comprarse una en forma de peonza muy esbelta. Además, sus ventanas, en lugar de ser redondas como los fríos ojos de un pulpo, tenían un bonito aspecto alargado, igual a las luces costales de los peces que pululan en los abismos.

Enfrente, sobre la cúpula de la peonza se encendió un intermitente piloto amarillo, y el característico zonzuneo de la sirena individual sonó tres veces. Con un ruido de gigantesca exhalación submarina, el minisub de Eleniv conducido por ella misma salió al exterior por un tubo lateral. Describió una graciosa curva de delfín jugueteo y luego, muy despacio, dirigióse hacia la ventana circular del camarote de Joselito. Trazó a continuación una elipse y se puso junto al cristal.

Eleniv saludó con la mano. Joselito vio que su amiguita le invitaba a salir. Las imágenes mentales de la petición le alcanzaron instantáneamente atravesando el agua y las paredes como cualquier rayo de luz frente a un vidrio. Antes de que hubiese negado con la cabeza para indicarle que era imposible, Eleniv le captó el mensaje.

—Tu padre debe ser tonto —envió indignada al mismo tiempo que giraba el timón y se alejaba de allí.

El minisub pareció fundirse con la neblinosa bruma de la distancia seguido por los centenares de peces azules.

Un rato después, Joselito había dejado de atisbar, decidido a repasar los libros que su padre le indicara como *necesarios* para llegar a *ser algo* en el submarino mundo del *Proyecto Supervivencia*, en el que *habíanle hecho nacer. Sin abrirlo vio todo lo que encerraban sus páginas* y sintió profunda repugnancia hacia los garabatos que

guardaba; signos cabalísticos que una y otra vez había intentado comprender, pero sus facultades mentales parecían negadas para conseguirlo. Algo le fallaba por dentro. Los demás niños sabían hasta la forma de usarlos. ¿Él, por qué no...?

—¡Bah! ¿Y qué? *Eleniv y yo sabemos hacer cosas que ni nuestros papas pueden sospechar. Y guardaremos nuestro secreto. O haremos algo para sorprenderles...*

III

Manuel masticó su última ración de algas y suspiró satisfecho por la cena.

—Bien, cariño; muy bien... Esta comida es propia de millonarios.

Se bebió un vaso de agua y abandonó el sitio, trasladándose a un cercano sillón en el cual se arrellanó.

Angelina se puso a recoger la mesa.

—No creo que te vayas a colocar ahora el casco de onirógrafo.

—Mujer, ¿por qué no? Tengo verdadero interés por conocer cuáles son las últimas emisiones locales de sueños.

—Pero arriba Joselito estará esperando a que le digas algo, ¿no?

—No espera nada.

—¿De verdad?

—Bueno... subiré. Le trataré con dulzura y todo lo demás.

IV

Encontró a su hijo sentado en el centro de la litera alta. Tenía las piernas cruzadas y un voluminoso libro de matemáticas superiores sobre los muslos. El volumen abultaba casi tanto como él, que apenas había cumplido los seis años. En el rostro se le reflejaba un gran hastío.

—¿Qué? —le preguntó afable—. ¿Te entrarán esos integrales?

—¡Jamás, papá! Son una auténtica basura.

Manuel sintió como un mazazo, pero se repuso e intentó ser cordial y convincente.

—Joselito, es necesario que te aprendas los integrales. Resulta inadmisibile y ridículo que un niño de seis años ande aún sin saberlos. Te van a llamar imbécil. Van a creer que eres tonto... Tu amiguita de enfrente ya los conoce de punta a punta.

—Eso es mentira. *Yo sé que no.* No me importa desconocerlos. Lo poco que he aprendido en este aspecto lo he hecho a trancas y a barrancas. ¡Y no voy a estudiar más! *Sé todo lo que debo saber.*

—¡Pero, niño! —exclamó Manuel, aturrido ante tanta insolencia—. ¡Abre ese libro por la página que le corresponda y dime la lección de hoy!

Joselito le miró con ira. Con unos ojos extraños e inquietantes.

—¡No quiero! —gritó. Y arrojó furioso el libro contra el suelo; luego, descendiendo por la escalerilla, se puso a patearlo.

Su padre intentó detenerle sujetándole por un brazo, pero sorprendentemente recibió una inexplicable descarga eléctrica que le obligó a soltar la presa.

—¡Dios...! A ver, déjame que te registre. ¿Qué demonios tienes oculto bajo la camisa? ¿Un gimnoto? ¿Un tipo de tremielga?

—¡No tengo nada! ¡*Lo he hecho yo!*

—¿Lo has hecho tú? —preguntó, sin comprender el exacto significado de las palabras de su hijo...

—Sí. Y mira... No leeré más estas porquerías de números que de nada me han de servir. ¡Observa lo que hago con los cochinos libros...! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera...!

A sus gritos, los libros iban saliendo de los cajones, abandonando las estanterías, impulsados por fuerzas invisibles; escapando en todas direcciones, estrellándose contra la pared y deshojándose. Los papeles volaban agitados en torbellino y se rasgaban en centenares de pedazos.

Manuel, atónito, nada podía decir. Aterrado se arrimó a la pared, perplejo. Joselito continuaba dando voces entre la vorágine de papeles, rotando sobre sí como un demente con los brazos extendidos. Y cuando ya no quedó ni una página entera, ni un libro encuadernado, señaló a la *máquina electrónica de enseñar*, que runruneaba acoplada donde en tiempos pasados se usaba una mesilla de noche. La máquina se puso misteriosamente en funcionamiento y, a los pocos segundos, quedó destruida entre un chisporroteo de cortocircuitos. Joselito se asomó muy satisfecho en el borde de la litera inferior y prorrumpió en alegres carcajadas cristalinas, en felices risas...

Manuel le miró espantado. Tembloroso, salió de la habitación y escapó por la escalera de caracol hacia el garaje para salir en el submarino a toda prisa, en busca de un psiquiatra, de un médico..., en realidad no sabía de quién. Como un torpedo abandonó la casa. Durante los primeros minutos fue acelerando la marcha. Pero la risa de Joselito le continuaba sonando tan feliz y su carilla, a pesar de todo, se le aparecía tan risueña que poco a poco se detuvo y, sin saber por qué, dio la vuelta.

—Tengo que ir allí —se dijo— y averiguar cómo lo ha hecho. Sí, es un truco que se ha inventado para no estudiar. Le ha tenido que ayudar ese demonio de Eleniv.

Pero antes de llegar a la casa volvió a cambiar de opinión al ver que en dirección opuesta nadaba su hijo surcando como un bólido las aguas, sin escafandra, desnudo, tranquilo, feliz y sonriente.

—¡Adiós, papá!

—¿Qué pesadilla es ésta? No estamos en el planeta Tierra, pero ni siquiera aquí esto puede ser considerado normal.

—¡Adiós, papá!

—A... a... dios —gargueó Manuel, doblando subconscientemente el volante hacia el hospital...

La nave de las semillas

Juan José Plans

¿Cuántos rincones del Universo están aguardando aún la llegada de su Magnon?

La constelación de árboles entrelazaba las ramas con las vírgenes —rosahimen, rosadovirgo— del amanecer. El aliento de la tierra olía a hierba niña y el viento inhalaba cúmulos de abrigado calor que abrazaban las gotas del rocío, desintegrándolas en invisibles simétricos cristales de plata. Las estrellas eran granos de polen que se volatizaban suspendidas en el velo azul del día.

La ciudad se desperezó y, de cada una de sus células, volaron los sueños con sus misterios para esconderse en los estigmas de las flores hasta que la noche regresara lamiendo lentamente los valles, pintando de negro el calidoscopio de la naturaleza. La luz se erguía absorbiendo las grises oscuridades que intentaban refugiarse solapadamente por los rincones.

Magnon ordenó a los párpados que dejaran de besarse, y los ojos se detuvieron en la lámpara que pendía del techo de la estancia. Resultaba un inútil y grotesco invento de vientre hinchado ante la claridad que penetraba espumeante por la ventana circular. Apoyó la cabeza en las manos y las pupilas retrataron al gorrión que se había posado encima de la mesa. El pájaro dio unos pequeños saltos de tentempié, cambió de posición y observó detenidamente los pedazos de pan. Hasta que, aprisionando uno de ellos con su pico cónico, extendió las alas pardas.

Los pies de Magnon tomaron contacto con las losas de piedra, y los poros se bañaron en una tenue frialdad. Trazó un cuadrado en la frente con el Polvo de la Humildad y se asomó a la ventana.

Por entre los eucaliptos, con sus copas balanceándose juguetonas, vio la campana del templo. Y esperó a que de ella manara el sonido intermitente. Las frondas pecioladas de los helechos cubrían aquellos edificios que estaban abandonados y en ruinas.

Una nube, como un enano tostado y de gigantescos brazos, cruzó el círculo de la ventana. El pájaro retornó por otros pedazos de pan y Magnon, al escuchar los primeros tañidos, vistió su cuerpo con una túnica blanca y salió a un ancho y paralelepípedo pasillo.

Mientras caminaba iba pensando en que, algún día, le pediría al pájaro que le enseñara a volar. Así podría hacer piruetas en el aire, sobre los bosques y los mares. Así podría convertirse en un gozoso saltimbanqui, peregrino de los aires y de las aguas, de las tierras y de las arenas. Movié los brazos como el pájaro las alas y corrió un breve trecho ya que, repentinamente, se sonrojó al pensar que cualquiera de sus

compañeros podría aparecer por el pasillo. Y entró en la última de las estancias.

En ella se hallaba el anciano, tendido sobre el lecho, totalmente rígido. Apenas se notaba en su pecho desnudo el sube y baja del mecanismo de la respiración. Sus ojos, cerrados, habían sido dibujados con bondad. Magnon se sentó en el suelo y aguardó a que el anciano volviera del más allá. Magnon se preguntó cómo podía encontrarse tan pacífico de espíritu si aquel sería su gran día. Tal vez, la razón de su tranquilidad era la sensación de paz que siempre le donaba su maestro.

Las manos del anciano comenzaron a moverse y sus dedos crujieron, como si hubieran estado fosilizados, como si volvieran de un pasado perdido en el tiempo o de un futuro interrogante, lleno de preguntas que únicamente pueden ser respondidas con exactitud en ese devenir y nunca en un presente que ata las mentes a su instante. Sus músculos se tensaron y de la piel desaparecieron las arrugas (arrugas-llanuras-quemadas, arrugas calcinadas y paralelas hasta el horizonte, arrugas que desafiaban todas las leyes de la bioquímica).

«He ido a las lunas —dijo— y en cada una de ellas había una Rosa Verde. ¿Sabes lo que significan las Rosas Verdes? Felicidad. Felicidad... ¿Qué es? ¡Ah, ese éxtasis de los sentidos, ese oasis capulino, ese soplar de los jugos y ese deslizarse de la espuma de la savia del ser! Felicidad, hoy es que triunfes en tu misión. Discípulo, no envidies a la nube que lleva en sus entrañas a un espíritu. La madre, aunque en el aire, está condenada a girar alrededor del planeta. En cambio, tú, podrás viajar por los espacios, atravesar las luces y las tinieblas del Universo, poseer el goce perfecto del estar y del no estar».

Ante la triste y pura mirada de Magnon, el anciano sonrió:

«Sé lo que en estos momentos circula por tu cerebro. No es necesario que me digas nada porque te leo telepáticamente. ¡Eres joven aún, Magnon! Te gustaría atravesar los espacios como el pájaro va de árbol en árbol. ¿Y qué es ir de árbol en árbol? Fatiga. Porque a cada rama sigue otra rama, a cada árbol otro árbol, a cada bosque otro bosque. Es una rueda sin principio ni fin. Porque el fin está en el principio, porque el principio está en el fin. Eso son pequeñas distracciones infantiles. Trata de desalojar de ti tales deseos porque estás por encima de ellos. Esta es la hora de las meditaciones».

Y Magnon ayudó al anciano a colocarse la túnica.

En el templo, con aquellas primeras claridades, Magnon sentía en su nuca el peso de todos los ojos de sus compañeros. Aquel amanecer, teñido de diamante y que penetraba horizontal por entre las columnas graníticas, le embriagaba los sentidos. Era como un vino suave, como una cascada de aromas, como un torrente de esencias. Por sus mejillas comenzaron a resbalar cálidas lágrimas que trazaban caminos de esperanza. Retrocedió en el tiempo y, en su cerebro, las imágenes de los primeros días de su aprendizaje se proyectaron diáfananamente. Habían pasado varios años desde que le fue revelado el lugar al cual debía dirigirse. Allí le sería enseñado todo lo necesario para llevar a cabo la misión que le había asignado la Hermandad. Magnon

contempló su cuerpo adolescente, cubierto tan sólo por una débil túnica, correr por las montañas y los campos que rodeaban a la ciudad. Centenares de horas estudiando y profundizando en las más primitivas enseñanzas le habían destacado entre sus discípulos. La voz del anciano resonó en su interior como si hubiera penetrado con fuerza por los oídos:

«Tu destino está más allá de los planetas de nuestro sistema solar. Es una hermosa misión la que ha recaído sobre ti».

Magnon se recreó en el recuerdo de aquel anciano que parecía poseer una sonrisa eterna. Unos pasos interrumpieron la meditación: «Hermano, el Maestro te reclama».

Magnon recorrió un pasillo del color de las magnolias hasta llegar a una puerta dorada. Dio un golpe de gong y las hojas se abrieron dejando ver, al final de la estancia, al Maestro envuelto en incienso. Magnon se arrodilló ante él.

«No es de extrañar que haya en ti ciertos temores en estos momentos. El temor no es signo de debilidad sino demostración de que la persona desea llevar a cabo con perfección lo que le ha sido encomendado, que es responsable de sí misma. Magnon, antes de emprender el largo camino, aún puedes decidir. Nadie te obliga, eres libre». «Estoy dispuesto», contestó de inmediato. «No esperaba menos de ti. Toma el aliento del amanecer en mi compañía. Después, iremos a la Sala. Allí todo está preparado».

Magnon bebió la copa de savia de árboles jóvenes mientras el Maestro le observaba detenidamente. «Discípulo, sólo me queda desearte que retournes con el mismo entusiasmo que ahora posee tu corazón. Esas lágrimas que han surcado tu rostro son fiel símbolo de que nuestros esfuerzos no han caído en tierra estéril».

Magnon inclinó la cabeza y el Maestro pasó por ella el dedo pulgar, trazando un cuadrado con el Polvo de la Humildad. Los dos se levantaron en silencio.

En la Sala, una gigantesca nave temblaba. Magnon se acercó al anciano, que le tomó de un brazo haciendo presión en él con las yemas de los dedos. «Anciano, ¿seguirás poniendo pedazos de pan en mi mesa?». «Lo haré. De seguro que el gorrión, de saber la empresa que vas a acometer, se sentiría orgulloso de ti».

Magnon abrazó a sus compañeros y penetró en el interior de aquel ingenio, que era toda una maraña de aparatos. Se sentó delante de ellos y pulsó el botón. Las luces se encendieron formando un arco iris y, a los pocos instantes, el amanecer se hizo mañana, la mañana se hizo tarde y la tarde se cubrió de tinieblas y llegó la noche del Universo mientras un pájaro revoloteaba y el capullo construido por los motores se esfumaba.

Magnon llegó hasta una cámara blanca y sus ojos admiraron el contenido. Por medio de una potente lente, un conglomerado de prótidos se reflejaba en sus pupilas. Pasó con cuidado las manos por la lente como si aquel leve contacto pudiera dañar el motivo de su misión.

«Llevarás la vida. Y el lugar asignado, ahora muerto, será fecundado. Es la población del Universo. Esa es la misión, gran riqueza, que nos corresponde a todas las civilizaciones cuando alcanzamos el grado suficiente para tal menester. Pero la

empresa no ha de ser motivo de orgullo. Siempre hemos de tener presente que, así como nosotros lo hacemos ahora, otros lo hicieron por nosotros. El Universo es lo que ha de unirnos porque formamos parte de él. Magnon, tú eres uno de los predestinados para, como las abejas recogen el polen de las flores en los pelos de sus extremidades, germinar lo no germinado, lo que espera. Magnon, ten la sencillez de quien nos ha creado y creó este todo que es el Cosmos, con su infinita y maravillosa sabiduría».

Consultó los instrumentos y percibió en las pantallas que la segunda fase había dado comienzo. Una vez salidos de los límites de su sistema solar, la nave y todo lo que había en su interior, con la perfección de un láser, se convirtió en luz para poder así recorrer el espacio a incomprensibles velocidades, siempre secreto para las inteligencias. Cuando Magnon notó que su cuerpo volvía a tener tres dimensiones, suspiró aliviado. ¿Qué haría su amigo el pájaro de haberse hallado en idéntica situación?

La nave, suavemente, se deslizaba por la superficie de un planeta.

«Alrededor de un sol hay nueve astros. Será en el tercero de ellos en el que depositarás el conglomerado de prótidos. Comprueba, ante todo, que el lugar esté completamente endurecido». Así lo hizo Magnon palpando el suelo, tomando unas piedras. Y sacó de la nave la pequeña cámara blanca.

Una superficie verde y azul rompía con la tonalidad rojiza en la que había descendido. Magnon penetró a través de aquel elemento, notando las caricias de las olas en sus pies. Abrió la cámara y el conglomerado de prótidos se hundió en el agua.

«La misión no es tan fácil como parece en un principio. Hemos de someteros a los predestinados a infinidad de pruebas para estar seguros de que responderéis. Hay que adiestraros en una moral estricta que os impida robar el principio de la vida».

Magnon mojó sus sienes con gotas mientras sobre él parecía como si un gigantesco órgano tocara sus piezas interpretando un canto abrumador. También en aquel planeta había amanecido. Un cielo que deseaba rasgar las últimas negruras brillaba parpadeante por encima de aquella interminable raya horizontal. «¿Cuando volarán aquí los pájaros?». Y Magnon regresó a la nave. Y la nave tembló. Miles de kilómetros más allá, volvería a ser luz. Magnon retornaría a su planeta, a su ciudad, a su célula, a su celda. Y el gorrión le saludaría con el color rosado.

Los prótidos dejaron paso a las multimoléculas y a las bacterias. Después, las amebas, los volcanes, las algas azules, los radiolarios, los flagelados, los ovas y los espongiarios recorrerían el mar. Aparecerían los arácnidos, los ammonites, las salamandras... Hasta que un día la vida emprendió senderos por la superficie endurecida y por los aires.

Y así, una vez concluido el ciclo primario, un ser se maravilló de cuanto le rodeaba: el Hombre.

El retorno

Juan José Plans

Regresar a la Tierra tras diez años de ausencia puede tener tanto de dulce como de amargo.

La Tierra aún no había aparecido en el espacio. El astronauta consultaba nervioso los controles. Ningún fallo. Diez años viajando a la velocidad de la luz no eran suficientes como para disipar la esperanza de retornar al mundo, que era como regresar a un pasado que parecía perdido para siempre. Había olvidado la noción del tiempo. Únicamente los relojes terrestres le mantenían en una realidad que era vaga en sus pensamientos. Pero la Tierra se dejó ver. Era un ínfimo punto entre millones de puntos. Era un diminuto grano de arena entre los millones de una playa. Diez años son muchos años. ¿Me esperarán? Todo fue calculado con rigurosa precisión. Y no existe ni error de segundos. Pero es posible que se hayan olvidado de mí. Son muchos años diez años. Si la radio hubiera funcionado no me habría sentido tan solo. El contacto con los demás finalizó casi con el principio del viaje; cuando escuchaba a mi hijo, el penúltimo: «¿Son tan grandes las estrellas como dicen los libros o son tan pequeñas como se ven desde la *terraza* de casa?». No le pude contestar. Y el otro, mi último hijo, que ya tendrá nueve años, ¿cómo será? ¿Niño o niña? ¿Y cómo se llamará? ¡Oh, esto debería ir más de prisa! Qué cosas digo, ¿más de prisa? ¡Si voy a la velocidad de la luz, a esa velocidad que antes se creía que no se llegaría alcanzar! (Aquel ínfimo punto tomó el tamaño de la cabeza de un alfiler). ¿Y Helen?

Le dije que cuidara las flores del jardín, que las regara todos los días. ¿Lo habrá hecho? ¡Las rosas! ¿Por qué no estará el Universo lleno de rosas? Este frío espacio, estas extrañas y a veces monstruosas tinieblas... Ahora me parece imposible que hayan transcurrido diez años en esta cápsula, que haya dejado la Tierra hace tanto tiempo. Se me hacía interminable, desesperante. Era como huir de la Tierra. Esa es la sensación que nos da a los astronautas: que huimos de todo, que deseamos emprender una nueva vida más allá de las estrellas (Aquella cabeza de alfiler tomó el tamaño de una pelota de tenis). ¡Son deliciosos los pasteles de manzana de Helen! Y el quedar amodorrado con el periódico en la mano después del almuerzo. Estar rodeado de rostros, de gentes que ríen, de gentes que hablan, de flores, de montañas que sobrepasan en el horizonte la altura de los edificios. Hasta me parecen hermosos los camiones de la basura. No apreciamos en la Tierra todo el valor que la vida encierra. Una procesión de caracoles, los piecitos de un recién nacido... No, no lo apreciamos con toda su intensidad. Tengo miedo. Tengo miedo de regresar y no saber volver a ser un simple hombre. Tengo miedo. Miedo... ¿Huirán de mí? Esta

escafandra es ahora como mi piel. Los alimentos encerrados en bolsas, las más sencillas de las necesidades humanas disueltas por medios químicos... En esta cápsula he hecho mi vida, he construido un hogar. Pero un hogar muerto... ¿Se acostumbraría a desenvolverse de nuevo en la sociedad un naufrago que regresara de una isla desierta después de muchos años? Esta cápsula es esa isla desierta. ¿Qué sociedad me aguarda? ¿Seguirá Helen con sus pasteles de manzana? Tal vez ya no se planten flores... ¡Diez años rodeado de mecanismos, de fórmulas, moviéndome en un espacio reducido! Y todo para que, tal vez, me den una palmada en el hombro y me digan: «Este trasto en que viajó se ha quedado viejo. Ya sabemos todo lo que nos pueda comunicar». (Aquella pelota de tenis tomó el tamaño de un globo). ¿Y qué les diré? ¡Hay tanto que decir! Pero todo se puede reducir a unas palabras, a unas simples palabras. Besaré a Helen como si no hubieran pasado diez años. Ella tendrá la belleza de siempre. Esa belleza serena. Quizá la esté idealizando demasiado... Es horrible, ¿y si Helen no fuera como la he recordado durante todo este tiempo? No, la siento a mi lado, la he sentido siempre. ¡Cuántas veces me faltó su aliento junto al mío! El aliento real, no el que producen los recuerdos. Otra vez los pasteles de manzana, el oír llorar a los niños... ¡Si ya no lloran! El mayor debe tener veinte años. Tal vez me encuentre con que soy abuelo. No, no vayas tan lejos. ¡Es como salir de un profundo letargo, es como volver a nacer, es como volver a vivir! Llevaré al más pequeño de mis hijos al parque de atracciones. Subiremos juntos a los columpios, a los toboganes, a los tiovivos... ¿Y si ya no existen los columpios o los toboganes o los tiovivos? (Aquel globo tomó el tamaño de la Tierra). Aterrizaré en el lugar marcado. ¿Me esperarán? Fotógrafos, preguntas de los periodistas, abrazos. Pero yo quiero ver a Helen y a mis hijos. Sólo deseo verlos a ellos, así sabré que realmente soy yo, que sigo siendo el mismo. Antes de emprender el viaje pensaba en el regreso. Un automóvil rodeado de guirnaldas por el centro de las avenidas principales de la ciudad. Gritos, aplausos, confetis que cubrirán mi cuerpo y un mar infinito de manos que intentarán tocarme. ¿Será así? Ya no me importa. Tal vez lllore. Alguien se extrañará de que lllore un astronauta. Y he llorado tantas veces en estos diez años... Cada vez que la cápsula avanzaba más en el espacio se me antojaba que cada vez más me alejaba de mí mismo. Y hasta pensé que era un instrumento adosado a los instrumentos. ¡La Tierra! Ese color verde y azul de los mares, ese color indescriptible de los continentes...

Al abandonar la cápsula, contempló un paisaje desértico.

Nada.

Un viento helado le sobrecogió. Sintió cómo se enredaba por entre sus cabellos después de haberse despojado de la escafandra. Consultó una y mil veces los mandos. Todo estaba sin error. Había descendido en el lugar indicado. Aquello era la Tierra.

Pero no había nadie.

Nadie.

Nada.

¿Y Helen, y los niños, y el presidente, y los científicos, y los periodistas, y los

amigos, y las naciones, y las fronteras, y los árboles, y los toboganes? Parecía que la Tierra había sido afeitada por completo. El astronauta comenzó a caminar. La brújula señalaba el Norte. Y *al* Norte estaba, o había estado o estaría, su hogar. Allí tenían que hallarse Helen y los niños. Unas rayas horizontales que formaban horizontes a los cuatro vientos le acompañaban. Y llegó al lugar. Sabía que era aquél por la montaña que se levantaba sobre un cielo azul insultante. La ladera, en otros tiempos henchida de bosques y ahora de polvo calcinado. El astronauta se sentó en el mismo sitio en donde todas las noches contemplaba las estrellas. En aquel lugar en donde Helen se le acercaba y, a su lado, le hablaba de aquella vida que comenzaba a latir en sus entrañas. En aquel lugar en donde soñó tantas veces viajar por el Universo. El astronauta lloró. Pero sin Helen y sus hijos, sin el Presidente, sin los fotógrafos, sin una multitud que se hubiera extrañado de sus lágrimas.

Otra vez el viento helado le sobrecogió. ¿Y si el tiempo le hubiera adelantado a todos? ¿Y si el tiempo le hubiera dejado demasiado tarde? Sólo le quedaba una esperanza: que la Tierra se abriera, que aflorara de su seno las semillas y que éstas cubrieran los campos. Nuevamente o por primera vez. De todas formas sería un principio.

Y el astronauta aguardó a que el polvo le cubriera, a que su cuerpo fuera semilla.

La despedida

Juan José Plans

Las enormes bocas de fuego del gigantesco pájaro lanzarían vientos engendrados por el dios mecánico que mora en las entrañas de los cohetes de propulsión.

Los vientos harían danzar enloquecidas a las milenarias arenas de la solitaria playa cercana a la base, encresparían sorprendiendo a los peces costeros las salvajes olas de un mar que se sentiría impotente para enfrentarse a aquella furiosa excitación que lo confundiría; quemarían las hierbas, calcinarían las flores y doblegarían los árboles, desnudos repentinamente, como si en un instante se reuniesen los otoños de todos los siglos.

Cuando las móviles agujas del tablero de la cuenta previa al lanzamiento llegasen a cero, se desprenderían del gran pájaro estructuras y puentes metálicos, tubos de abastecimiento y torres de servicio. El titánico pájaro, de alas rutilantes, quedaría libre, dispuesto a emprender el vuelo.

Haciendo un esfuerzo supremo, brutal, emitiría un agudo sonido, siendo verano en sus motores, primavera en sus arterias, invierno en las frías y sudorosas manos responsables de los controles y mandos. Tonelada tras tonelada de propelente sería consumida vorazmente por el gigantesco pájaro mientras temblaría la tierra bajo sus mecánicas garras, más allá.

Se elevaría pesadamente, hasta que se desentumecieran por completo sus músculos, compuestos de las más complicadas aleaciones. Después, tras hender la atmósfera, burlándose de la gravedad, desaparecería en el siempre enigmático más allá.

La nave, símbolo de una mitología tecnológica, antes solamente conocida por las civilizaciones desaparecidas en tiempos pretéritos, cuando aún los dinosaurios no se arrastraban por las ciénagas, surcaría los infinitos y etéreos mares del universo hacia los absurdos imposibles del espacio, hacia los misterios de los relojes de un tiempo sin tiempo.

Rasgaría con su pico de animal cósmico órbitas invisibles, mecanismos secretos, esferas inateriales y desconocidas, engranajes celestiales, sinfonías silenciosas, explosiones apagadas de la materia, uniones de átomos en busca de nuevas dimensiones, claustros de galaxias que tardarían millones de años en nacer. La nave cruzaría senderos sin fin, escenarios sobrecogedores, perspectivas hasta entonces completamente inéditas.

Allí, en el centro del cerebro del gran pájaro, observando a través de los descomunales ojos el universo, rodeado de computadoras y mandos automáticos,

dentro de una escafandra de catorce trajes superpuestos, unido a los hijos de la tecnología por infinidad de cordones umbilicales, iría él. Se le podría confundir con las máquinas, con los objetos. Daría la sensación de ser una *cosa* más, algo que se movía mecánicamente, sin conciencia de lo que hacía, sirviendo sin saberlo a quienes se habían quedado a miles y miles de kilómetros atrás, en un pequeño planeta que gira alrededor de un pequeño sol en un lugar apartado de una galaxia. Pero, en cambio, era un hombre. Un ser compuesto de cuerpo y alma, dispuesto a enfrentarse con su destino, de un modo absolutamente consciente.

El hombre sonrió ante estos pensamientos. Sus pasos eran lentos, como si deseara caminar para siempre. Estaba seguro de que, de saber sus superiores que se encaminaban hacia las ruinas de la antigua ciudad, dudarían en seguir confiando en él para la misión que se le había encomendado. En cambio, él estaba dispuesto a cumplirla, con el mismo interés que había demostrado en anteriores ocasiones. Lo más probable era que, si le descubrían por aquella avenida, le internasen en un centro médico para someterle a un riguroso examen psicológico. Seguramente, dejarían aplazada la misión, aunque ello significaba una casi irreparable pérdida económica. Pero no podían correr el riesgo de enviar al espacio a un hombre que, a última hora, daba pruebas de no haber superado por completo los tests mentales que durante cinco años había tenido que resolver con la única finalidad de llevar a cabo aquel viaje que tenía un significado y una importancia no solamente científica.

Tendrían que retrasar el programa cinco años, los necesarios para que otro hombre pudiera reemplazarle. Además, mantener la nave en el estado actual durante ese tiempo sería prácticamente imposible y los gastos alcanzarían cifras asombrosas, ante las que no pocos de los organizadores se volverían atrás. Comprendía que su conducta era motivo de alarmantes sospechas, pero confiaba en no ser descubierto.

Pero para él era vital aquel deambular por la eran urbe, aquel ir hacia las ruinas de la antigua ciudad. Necesitaba, antes de emprender el vuelo, volver a los restos de un pasado y retornar, acompañado de sus recuerdos, a un tiempo ya perdido para siempre.

La avenida que conducía a las ruinas de la antigua ciudad, que eran el simbólico monumento a un pasado que el hombre había logrado superar gracias a sus conocimientos científicos y tecnológicos, estaba solitaria. Tan sólo algún vehículo la cruzaba a vertiginosa velocidad para después desviarse hacia la zona de recreo. También eran pocas las personas que, subidas a las aceras transportadoras, sentadas en cómodas sillas plásticas o simplemente de pie, la transitaban sin ninguna curiosidad, deseando únicamente llegar a sus habitáculos. Él era el único hombre que caminaba utilizando el más primitivo de los métodos: los pies. Hubo un joven que, al pasar a su lado en una de las aceras transportadoras, le observó atentamente, dibujando en su rostro una compasiva sonrisa. Debió juzgarlo como un hombre que había perdido la razón, pues no había cosa más inútil que gastar las energías caminando con los pies.

En los centros de las avenidas había unas amplias aberturas por las que salía el aire climatizado, que mantenía a la ciudad a una temperatura agradable, siempre constante. La urbe, totalmente cubierta por una gigantesca cúpula transparente que la aislaba de toda posible contaminación, estaba iluminada por millones de focos suspendidos de la bóveda. Fuera de la ciudad, a varios kilómetros, se hallaban las zonas industriales, de las que se encargaban por turnos un número reducido de personas, pues el trabajo estaba a cargo, en general, de computadoras y robots.

El hombre cruzó una plaza totalmente ajardinada. Las zonas verdes eran obligatorias para las ciudades, debiendo contar con una cada dos kilómetros de avenida. El hombre, rodeado de flores exóticas, sonrió nostálgico. Lo único que allí faltaba, a aquellas horas de la noche, eran unos amantes amparados por la complicidad de las frondas. Pero, eso no significaba que hubieran desaparecido los sentimientos y que la sociedad se volviera fría y calculadora, como la tecnología que había creado, sino que la forma de vivir era distinta. La humanidad había comenzado a vivir en aquel devenir vaticinado unas décadas antes. Había entrado en el futuro. En aquel ya presente en el que se pusieran tantas esperanzas. Todavía se hallaban en el principio, pero ya era mucho lo logrado en poco tiempo. El láser había revolucionado los sistemas de comunicaciones, los observatorios astronómicos instalados en la luna permitían un más exacto conocimiento del Universo, los aviones de despegue vertical resolvían el problema de los espacios dedicados a los aeropuertos, diversos medios electrónicos suprimían el dolor físico y los avances médicos permitían la modificación del sexo del nacimiento y la implantación de órganos artificiales, la instalación de bases espaciales alrededor de la Tierra servía para un mejor conocimiento del planeta. Todos esos adelantos, más otros como el no verse obligado a utilizar dinero ni cheques, o la pantalla de televisión de tres dimensiones, iban logrando que la humanidad viviera más confortablemente y de forma distinta a siglos pasados. Estaban en el umbral de un futuro en el que, aparte de los viajes a otros planetas y la posibilidad de colonización de los mismos, se abrían unas perspectivas apenas intuidas en épocas anteriores que transformarían por completo la vida del hombre, como el control químico del envejecimiento. No obstante, la humanidad seguía, en el fondo, con las mismas o idénticas virtudes y defectos.

En diversas partes del planeta se celebraban contiendas bélicas, guerras casi todas debidas a intereses económicos. Aunque no resultaba necesario emplear tanto contingente humano como en épocas anteriores, debido a la preferente utilización en los combates de armas totalmente automáticas y dirigidas por computadoras, al final había que contar también con un importante holocausto humano. Como en tiempos pasados, eran muchas las voces que clamaban por la paz. Pero resultaban inútiles aquellas quejas, pues las guerras correspondían, como siempre, a unos fríos cálculos de ambiciones. Pese a todo, la humanidad había evolucionado lo suficiente como para que el hombre que se acercaba a las antiguas ruinas de la ciudad pensara que todos aquellos odios no tardarían en desaparecer. Se le antojaba absurdo que la humanidad

empleara gran parte de sus energías en destrozarse a sí misma. Pero, esta era la más trágica de las herencias recibidas del pasado y todavía pesaba sobre los hombres como una tradición maldita.

Varias naves cruzaban a gran velocidad por encima de los habitáculos. Eran los transportes públicos de la urbe, que transportaban a la gente de un lado a otro de la ciudad en pocos minutos. Seguramente, en alguna de ellas, más de una persona se preguntaría por qué un hombre se valía de sus pies para caminar por una de las más largas avenidas. Y más se extrañarían al verlo llegar a la puerta que conducía a las ruinas de la antigua ciudad. Allí, con los encargados de la misma, no tuvo ningún problema. Ninguno de ellos le conocía. Se limitaron a pedirle su tarjeta de identificación ciudadana y le entregaron un receptor para que, en caso de perderse por la abandonada ciudad, pudiera comunicar con ellos para ser inmediatamente localizado. Al abrirse la puerta electrónica, el hombre supo que llovía.

Era una lluvia menuda, acompañada de un ligero viento. Fuera de la urbe, cubierta por la gigantesca cúpula, la naturaleza se mostraba como en todos los siglos pasados. Era una noche de lluvia, con el cielo encapotado en una tonalidad rojiza. Detrás de aquellas nubes estaría la luna, los demás planetas del sistema solar al que pertenecía y las lejanas estrellas. También, girando alrededor de la Tierra, las ciudades espaciales y los satélites de comunicación, observación y meteorológicos, que algunas veces brillaban como las propias estrellas.

Un ligero estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Hacía tiempo, años quizá, que no sentía frío. Tampoco aquellas gotas de lluvia resbalar por su rostro o aquel viento removerle sus cabellos. Era como volver al pasado. Delante de él, las ruinas de la antigua ciudad, como el espíritu sosegado de algo que descansa en paz para siempre, esperando ser consumido por el tiempo. Parte de la antigua ciudad se había dejado tal como quedase en el momento de abandonarla. Precisamente, aquel distrito, aquel barrio en el que él había vivido. Sus pisadas resonaron en el viejo asfalto, cuarteado por doquier, dejando crecer hierbas y flores. Las casas vacías hacían eco de sus pasos, profiriendo unos extraños sonidos, como sorprendidos en su eterno sueño. El viento movía las puertas y ventanas y la lluvia formaba pequeños arroyos que se unían para crear charcos, espejos en los cuales se reflejaba la silueta de aquel hombre que caminaba lentamente, como deseando que el tiempo no transcurriera, que se detuviera; como queriendo ver, oler, oír, sentir todo el pasado que estaba simbolizado en aquellas ruinas.

El hombre se detuvo ante una desencajada puerta. Desde que se fuera, nunca se había cerrado, permanecía abierta a los absurdos del tiempo, a los espacios imposibles. Aguardaba su regreso. Entró y subió por unas chirriantes escaleras. Y llegó a un salón de paredes desconchadas, mohosas. Allí estaban los libros hechos de papel impreso, periódicos y revistas en primitivo plástico, sus pipas de madera, fotos amarillentas y sin relieve, bebidas desaparecidas. Era su pasado.

Figuras de barro, de bronce, de porcelana; ceniceros, bolígrafos, lámparas,

cuadros. Durante varias horas, rememoró el pasado. Era como si todos los objetos le hablaran, como si las paredes se metamorfosearan en pantallas y dieran vida a otros tiempos, como si hubiera dejado el presente. Hasta creyó oír el ladrido de su fiel perro, muerto de vejez hacía muchos años. Aprovechaba su última oportunidad de estar en aquel lugar, que le hacía regresar a parte de su vida. Sabía que, en la nave, cuando llegara el momento de que su cuerpo fuera hibernado, cuando entrara en una cápsula de acero inoxidable en cuyo interior se alcanzaría la temperatura de menos 196 grados centígrados, el tiempo ya no tendría sentido. Ya no habría pasado, ni presente, ni futuro. Habría otro tiempo, imposible de medir por los humanos.

Si alguna vez podía volver, posibilidad imposible, ya no encontraría su viejo hogar, tampoco ningún resto de las ruinas de la antigua ciudad. Ni tan siquiera la gran urbe actual. El mundo que el había conocido habría desaparecido por completo. Miles de años habrían transcurrido para su planeta. Tan sólo unos cuantos para él. Pero la humanidad que encontraría sería distinta, muy distinta. Otra, era la palabra que lo definía mejor. Pero él quería llevarse el recuerdo de su tiempo, rememorar su siglo en pocas horas. Era la más humana de las despedidas que se le podía ofrecer. Durante horas, en aquel salón, volvió a corretear por los valles verdes y húmedos, nadó hasta agotarse por mares sin fin, se tumbó al sol en playas infinitas, amó a cuantas mujeres le habían amado, desde aquella niña de ojos verdes que se escondía tras los árboles a la serena mujer que aguardaba su retorno de los cercanos planetas, leyó cuantas obras había leído y que le habían abierto inéditos senderos. Hasta que sus horas nostálgicas fueron interrumpidas por una voz que le hizo abandonar sus íntimas vivencias.

—¿Debo dar cuenta de su comportamiento? —preguntó una voz tras de sí. La reconocía. Era la de su fiel guardián, la del hombre encargado de velar por su seguridad. La voz tenía cierto deje de comprensión.

—No, no es necesario. Me encuentro perfectamente y con ánimos de emprender la misión que se me ha confiado. Usted sospechará, al verme aquí, que soy presa de los sentimientos. Usted pensará que es posible que no sirva para la misión, que me dejo llevar por la nostalgia. Que no podré estar solo en el espacio, que no sabré vencer pruebas tan impresionantes como la de no tener contacto con nadie. En cambio, después de venir aquí, estoy más capacitado que nunca. Llevo conmigo, vivos, el pasado y el presente. Son dos buenos acompañantes para un hombre que emprende viaje al futuro.

—Mi deber...

—Confíe en mí, como siempre lo ha hecho. Nunca perderé mi serenidad, jamás me dejaré llevar por la soledad ni las horas vacías. Cuando deje de estar cryogenizado, cuando haya recorrido miles de millones de kilómetros, seguiré como ahora, en dominio de mis sentimientos. Usted no existirá, nadie de ahora vivirá. Es posible que nadie habite en la Tierra. Pero usted, todos... estarán conmigo. Como mis recuerdos del pasado, del presente.

El vigilante acompañó al hombre en su regreso a la gran urbe. Antes de volver,

había posado su vista, lentamente, en cada uno de los objetos de la antigua casa. Después, lo trasladó a la base. No diría nada. Comprendía al hombre que iba a emprender la más grande de las aventuras humanas, al hombre cuyo destino estaba en las estrellas. Aquel hombre no iría solo. Iría con sus recuerdos. Aquellos recuerdos que le acompañarían para siempre, que tendrían vida en sus pensamientos.

Cuando el gran pájaro elevara su vuelo, cuando desapareciera convertido en el firmamento en menos que un átomo, él seguiría saludándole con la mano en alto. Seguiría despidiendo al hombre del espacio, al vagabundo perdido en las constelaciones, mientras de sus labios saldría un susurro: «Adiós, Ulises».

S.O.S en Procyón

Félix M. Quintanilla

Monje, S.J., en primer plano.

Las crueles preguntas que yo me he estado haciendo durante toda mi vida; las sustanciales cuestiones que constantemente me ha planteado el examen de la naturaleza; todo cuanto ha supuesto en mí duda y angustia, ha quedado contestado, por fin. Pero, ¡a qué precio, Dios mío!

Me tranquiliza el hecho de que los observatorios de nuestra categoría, en todo el mundo, pudieran captar las mismas señales, previa advertencia por nuestra parte. ¡Qué alivio al sentirnos acompañados en tan señalada hora! Gracias a la perseverancia del hermano Gil y a la insustituible e imprescindible colaboración de un ordenador IBM-090-401, nuestro observatorio logró lo que ni siquiera la más terrible y febril imaginación podía jamás haber esperado: contacto con la civilización de otro sistema.

El hermano Gil había mantenido siempre la idea de que entre los infinitos planetas que podían muy bien poseer vida inteligente debía existir una respetable cantidad de ellos que, probablemente, enviasen con cierta constancia y regularidad mensajes al espacio. Captar estos mensajes, sentada esta posición, era, únicamente, cuestión de potencialidad en los aparatos receptores y de una longitud de onda adecuada en los dispositivos; lo que en un sentido práctico podríamos definir como una verdadera, casi imposible y tremenda casualidad. Atendiendo a ciertos antecedentes, nuestro radiotelescopio ha estado, desde el mismo día de su inauguración, rastreando sin descanso el firmamento en busca de señales procedentes de concentraciones cósmicas que normalmente irradian energía. Debido a una unánime *opinión* de los átomos del hidrógeno, fue escogida la banda de veintiún centímetros, banda que corresponde a los mil cuatrocientos veinte megahertz.

Fui avisado con urgencia, cerca de las seis de la madrugada, una hora en la que se debe suponer ya ha sucedido todo, o casi todo, cuanto pueda producirse durante la noche en la fascinante bóveda estelar. Cuando yo llegué a la sala de control y rastreamiento, se había movilizad ya todo el equipo del observatorio. El hermano Miguel, encargado del registro de sonidos, se hallaba en un estado de excitación tal, que me vi obligado a pedirle con toda seriedad que se reportase.

Y así fue como empezó todo. Como un anuncio de sobrecogedora afirmación de lo que ya teníamos sospechas y que a duras penas podíamos creer. Desde aquel instante yo sabría a qué atenerme, con la seguridad que ofrece una divina revelación. Hasta aquel mismo instante yo había sido, en cierto modo, un tanto egocentrista,

reservado e inmerso en un mar de dudas.

¡Dios mío, Dios mío...! ¿No hubiera sido preferible haber ignorado cosa tal? O, ¿acaso necesitabas Tú revelarnos esta cruda realidad de una vez por todas? Bendito seas, por siempre, Señor...

—Escuche, padre —me dijo el hermano Gil, nada más verme aparecer en la sala—. No es la estática normal del espacio. Y, tal como yo lo entiendo, tampoco es el silencio cósmico.

Yo, pobre de mí, tan poco crédulo respecto a ciertas cosas del misterioso Universo, pedí calma y templanza en las operaciones, considerando un muy posible error en la apreciación de aquellas señales espaciales. Podía ser muy bien la reflexión de nuestras ondas de radio sobre la luna, la reflexión, también, de la misma energía de las grandes ciudades sobre capas densas en la alta atmósfera, el rechazo sónico de cualquier satélite artificial o, incluso, la concentración de ondas de radiación cósmica en la misma eclíptica de la Tierra alrededor del sol. Y, la más verosímil interpretación que se me ocurrió entonces, la refracción de nuestras acumuladas ondas de radio sobre un planeta vecino, recordando, en aquellos instantes de nerviosismo y de emoción, cómo se había obtenido casualmente, hacía muchos años, un eco de esta misma índole sospechada por mí sobre el fantasmal planeta Ceres, que ocupa una misteriosa órbita intermedia entre Marte y Júpiter. El hermano Gil, con su serenidad habitual, me entregó un par de auriculares, invitándome a ser testigo y parte de un drama que dejó en mí huella imperecedera y triste por añadidura.

—No son señales que se refieran a códigos conocidos. Podría ser comparado a una variante del Morse; pero me temo que, aún agrupando selectivamente el sonido, no existe aproximación alguna a nada que se haya catalogado hasta ahora.

Yo entendía perfectamente lo que quería decir el hermano Gil. No eran puntos y rayas, desde luego. Aunque las señales eran muy débiles, una vez amplificadas, pudieron ser observadas unas constantes en cadenas de puntos con dos únicos y distintos tonos. El hermano Miguel estaba registrando el sonido desde hacía casi tres horas. De manera que...

—¿No han variado las coordenadas espaciales?

—No, padre. Lo que me hace creer que la distancia a que se encuentra el centro emisor es muy considerable. El rastreador automático ha variado su posición tan sólo en relación a nuestro propio movimiento siguiendo la alineación inicial de las ondas.

De todo ello se infería un punto aparente fijo. Di instrucciones para que no se tocara instrumento alguno durante el día, que solamente nos limitásemos al estudio de la banda sonora obtenida. Una vez tuvimos sobre nosotros el mismo mapa estelar, reanudamos la captación de aquellas señales. Pocos días después obteníamos la confrontación de nuestras observaciones con los equipos de varios radiotelescopios. Así, pues, *aquello* era un mensaje. Cuando llegamos a la conclusión de que la banda sonora volvía al principio, tras la repetición de un grupo de señales, desistimos de seguir grabando. La parábola, empero, seguía enfocando a cierto punto de la galaxia.

Descubierta la banda y los períodos, fue relativamente fácil considerar el punto desde donde se radiaba el mensaje. Dicho punto era la estrella Procyón, haciéndonos considerar la posibilidad de que se tratase de un planeta del sistema desde donde se emitía.

¡Dios mío! ¿No estaríamos equivocados? Las ondas, hasta llegar a nosotros, habían recorrido una larga distancia. El mensaje había salido de Procyón hacía once años. A la velocidad de la luz... ¡Cuánto mejor hubiera sido ignorar este mensaje! No sé...

* * *

Se necesitaron ocho meses; ocho largos y angustiosos meses para descifrar aquel mensaje binario, ya que no era otra cosa, en definitiva, que un mensaje en forma binaria. El hermano Gil expuso una teoría muy atrevida, pero favorablemente acogida. He aquí la teoría: el lenguaje universal es binario en todas sus expresiones. Cero y uno, sí y no, bien y mal, verdad y mentira, vida y muerte, todo y nada, luz y tinieblas, frío y calor, amor y odio, arriba y abajo... Los matices intermedios, las tonalidades y cromatismos de los trayectos no eran sino sutilezas de una filosofía humana para la mejor comprensión de la gama general en la fenomenología universal. La morfología, en cada lugar y en cada instante, es dada por las conveniencias y los ambientes... Y la fuente del mensaje seguía radiando.

El ordenador realizó todas las agrupaciones posibles; rechazó las repeticiones; analizó, naturalmente, las cadencias; pasó después a la conversión idónea, para lo cual necesitó millones y millones de variaciones de grado N; compuso en varios idiomas la asombrosa cantidad de todas las frases posibles inteligibles, consumiendo, cual monstruo voraz, millones de kilovatios de fuerza y necesitando hasta llegar al horrible final tal cantidad de cinta perforada, que no pudo medirse en longitud sino en volumen.

¡Dios misericordioso! El mensaje procedía de una civilización que lo tenía todo. Toda la perfección material y todo el bienestar espiritual. Sí: también el espiritual, la paz espiritual, la serenidad espiritual. Todo... Pero, ¡ay!, también tenía el hastío, y el aburrimiento, y la desesperación, y la turbación, y la angustia, y la desolación. Desde hacía tiempo y tiempo, aquellos seres no sabían qué hacer con sus vidas, con sus mentes, con su espíritu. No tenían conciencia de la gran aventura del mal y, sin esperanza de una proyección, sólo esperaban el fin. Necesitaban algo, y lo pedían a través de la distancia en los océanos estelares, a través del vacío de años luz, a través de la única esperanza que les quedaba, de otras vidas en otros mundos.

¡Dios misericordioso! El mensaje procedía de una civilización, de una humanidad que lo tenía todo; todo menos a Ti. ¡Te desconocían, Dios! Te desconocieron durante toda su existencia. No tuvieron jamás conciencia de Ti. Les dejaste en el Paraíso, y los milenios idílicos les llevaron al pánico y a la desilusión a ultranza.

Y esto es lo que pedían en su mensaje al Universo, a quienes pudieran oírles, escucharles, interpretarles: *¡Salvación!*

¡Qué angustia la mía! Y, sin embargo, pusimos todo nuestro entusiasmo en ofrecer la tabla de salvación a aquellos seres. La única tabla: el conocimiento de Dios. Tu conocimiento. Y el nuestro también. Nuestros sufrimientos, nuestras dudas, nuestros sinsabores, nuestro doloroso nacimiento, nuestra aciaga vida, nuestra siempre esperada muerte, nuestras luchas, nuestras esperanzas, nuestras alegrías, nuestros fugaces instantes de felicidad, nuestra gozosa aventura de ser humanos, nuestros errores en compañía del mal y la posibilidad de una auténtica salvación.

¡Cuántas cosas podíamos dar a aquella humanidad perdida, señor! ¡Cuántas cosas que el hombre siempre ha necesitado con toda el alma para el logro final de sus esencias, para el auténtico y verdadero fin en sí! Todo se lo daríamos a ellos, tan necesitados. Les daríamos amor. Les daríamos los símbolos de la Eucaristía, aunque con ello fuese implícito el símbolo de la duda, que es lo que nos hace tan humanos en la Tierra. Les daríamos el conocimiento de tu Hijo que dio su cuerpo y su sangre para sacarnos de las ciénagas de un pecado original. ¡Tantas cosas, Señor!

¡Qué claro veía yo! Gracias, Señor, por habernos expulsado del paraíso. Gracias por hacernos acreedores al sufrimiento y a la redención de una lejana culpa, llenando nuestro cuerpo de daños y nuestro espíritu de inquietudes. ¡Gracias por siempre te sean dadas, Dios mío!

Mas al entusiasmo siguió el momento más triste de mi vida. Investigaciones, verificaciones, la reflexión y... ¡Oh, Dios! Habíamos tenido un error. Se llegó a la conclusión de que el mensaje era correcto, que había sido bien recibido y mejor interpretado; pero el mensaje procedía no de Procyón, que estaba relativamente cercano, sino de M-82, a diez millones de años luz. Y no solamente eso, sino que, con ser casi una eternidad aquellos diez millones de años, no eran nada, porque, ¡ay!, ¿podían haberse salvado aquellos desgraciados seres, aun encontrándose en un extremo de su galaxia, de la horrenda y grandiosa explosión que se había producido en ella?

M-82 es una galaxia cuyo núcleo vomita chorros de hidrógeno hasta de mil años luz de longitud. Pocas cosas pueden salvarse en esta desgraciada espiral. Una cámara fotográfica en exposición de tres horas nos muestra claramente la horrible explosión de millones de estrellas. Cuando el mensaje estaba comenzando a llegar a nosotros ya no había allí nadie para emitirlo.

Habían desaparecido de la existencia. ¡Dios mío! ¿No pudiste darles nuestro mismo destino para que no se viesan en la necesidad de pedir limosna al Universo? Precisamente fuimos la Tierra quienes recibimos su mensaje. Nosotros que nos lamentamos de nuestra situación y de nuestra ignorancia. Nosotros que lo tenemos todo, sin admitir apenas nada. Gracias, Dios, por dejarnos con nuestras dudas. Gracias por nuestras taras. Gracias por saber a quién pedir auxilio. Gracias una y un millón de veces hasta el fin de nuestros días...

Jurgens

Félix M. Quintanilla

La historia, en aquellos días, era un murmullo, apenas captado por algunas personas privilegiadas. Todas las demás que formaban el pueblo, ya no recordaban nada. El tiempo había matado la memoria de un pasado ciego. La religión recobraba, a fuerza de fatigas y decepciones, un lugar que siempre había ocupado entre los hombres. En algunos lugares, órdenes que iban reapareciendo, paulatinamente y como con reticencia, ocupaban un corro de tierra o unas ruinas, poniendo en marcha antiguos ritos y antiguas formas de vivir en comunidad.

Es así, tras grandes penalidades, y no menos gloria ignorada, en medio de toda suerte de necesidades y miserias del cuerpo, ya que no del alma, que aquella comunidad de dominicos vio, al fin, concluida la obra de su iglesia. Este edificio, ni pequeño ni grande, era el último jalón de la Orden en el Este de Europa, una Europa sumergida nuevamente en el oscurantismo de un medievo del tercer milenario.

Sí: una nueva era oscura. Aunque algo había en ella suficientemente claro: las perspectivas hacia un progreso estaban perfectamente canalizadas. Sencilla y llanamente, no habría perspectivas y de ello se encargarían los *señores*, celosos del bienestar de sus propios y respectivos feudos; lo que significaba que se había llegado a la definitiva conclusión de que tal forma de vida debería perdurar por siempre. No habría perspectivas y no habría, por tanto, progreso. El mundo no podía correr el riesgo de un nuevo siglo XXI; de ninguna manera se toleraría el suicidio colectivo.

Así, pues, con esta forma rígida, se permitiría a la naturaleza enfocar sus innumerables amenazas de pestes, enfermedades, catástrofes y demás cataclismos que fueran manteniendo a la humanidad en su justa medida de las cosas y en su verdadera dimensión demográfica.

Los señores feudales, que en sí no eran sino los hombres más fuertes en las distintas comarcas y regiones, se preocupaban de mantener el orden y la disciplina de una sociedad libre y, a su vez, controlada, pero siempre basada en el respeto de unos a otros y en el acatamiento a la autoridad como medio de conseguir el único fin, la felicidad de una sociedad con derecho a la vida y la obligación de sobrevivir. Se reconocía un designio no específico a criterio de cada individuo. Cada cual podía tomar los derroteros que deseara y hacer con su vida lo que le viniera en gana; pero nunca en perjuicio de los demás. Existía un control del que cada señor feudal era el responsable; un control sobre cultura, entendiendo que el progreso tenía sus límites, las ciencias las más reducidas y precavidas periferias, la tecnología sus fronteras bien específicas, y así en todos los campos del saber humano. No se volvería a pasar jamás

el semáforo rojo que marcaba peligro para la especie humana. El progreso estaba tan sólo en la mente autónoma y tan sólo como una eficaz protección a ésta, los hombres podían practicar únicamente las bellas artes. La música tenía sus limitaciones por razones que se escapaban a la comprensión general. Gran campo para la imaginación de los hombres era practicar en toda su posible e ilimitada extensión la belleza como actividad. La tecnología se limitaba a crear solamente los útiles de trabajo que fueran sustancialmente imprescindibles para aliviar un tanto la fatiga del cuerpo; pero había prohibición absoluta, bajo severísimas penas, de rozar los límites tecnológicos que pudieran poner en peligro aunque tan sólo fueran las normas. Y las normas databan entonces de varios siglos atrás. Y la era oscura, o demasiado clara, de los señores feudales, gozaba de una paz poco menos que absoluta. Y la mente no era tan perezosa; se había convertido en la primera potencia, a pesar de todos los inconvenientes inherentes a un sentido estricto e incluso draconiano de conservación. Y los valores espirituales estaban recuperándose del golpe recibido a principios del viejo año dos mil.

Y, hablando de religiones, sólo podemos decir que la única perdurable varios siglos después de la explosión de las voluntades humanas con visos de individualismos, era la religión cristiana. Y sus continuadores, dentro de las mismas órdenes de los viejos tiempos de la prosperidad y del progreso, iban recuperando terreno e incluso conquistando zonas jamás holladas por los pies descalzos de los monjes peregrinos y misioneros. Unos solitarios y otros en comunidad, los nuevos discípulos y apóstoles de Aquél que un día murió en la cruz, iban ganando terreno por el mundo entero, lo cual era obvio nunca habían conseguido. Salvo algunas precauciones, ahora ya escasas, habían cesado los días del martirio colectivo, de aquellas verdaderas carnicerías; pues se les había hecho acreedores de verdadera culpabilidad, debido, principalmente, a que llegaron a cultivar, en ocasiones y según qué órdenes, más el comercio y la industria que la piedad; más las ciencias y la investigación que la auténtica apología del amor; más la ostentación de rango, autoridad y legalismo que una genuina y evangelista humildad. Y aquel viejo fenómeno de la religión, los señores feudales no iban a permitir se repitiese. Se había llegado a un rango especial y exclusivo en el uso y respeto de las libertades humanas.

Tan sólo podía un monje aceptar limosnas en materia o sustancia para atender a sus necesidades mínimas e inmediatas. Nunca dinero o riquezas, bajo apercibimiento de un porcentaje muy fuerte de penas, tanto para el donante como para el receptor. Cada comunidad religiosa debía atender a sus necesidades y preocupaciones materiales como mejor pudiera hacerlo cualquier otro ser humano. Para ello contaba con la libre elección del lugar, si así lo quería. Una vez aposentada la Comunidad en un espacio de terreno, libre de requerimientos particulares, el señor feudal hacía donación legal y oficial del terreno en cuestión o del edificio en ruinas de que se tratase, pudiendo, entonces, los monjes labrar su porvenir y su presente, lo que quería decir equilibrar y solidificar su estancia. Incluso solían contar, posteriormente, con la

asistencia de señores y caballeros, así como de muchos ciudadanos, todos los cuales, con la mente abierta a toda especulación espiritual, decidían rellenar el hueco en la Iglesia y, de este modo, la Comunidad, la Orden y la Iglesia se sentían de nuevo confortablemente, tal vez más confortables que nunca en su historia lo habían estado. No tenían privilegios, pero tenían más sagrados derechos que en toda su larga vida. Lo cual era bueno, muy bueno. *Veré Dignum*.

Habiendo realizado un poco de historia, ahora ya sabemos por qué aquella Comunidad de dominicos había invertido casi toda, su vida en erigir una hermosa iglesia, templo de regulares dimensiones. Además, podía considerarse aquella geografía como tierra de adelantados, ya que en los antiguos tiempos tan sólo habían sido ocupadas y no por muchos años, por una regular fuerza de cismáticos que habían sido neutralizados fácilmente por las fuerzas ateístas de las aberraciones que imperaban en el siglo XX. Una de las aberraciones era el ateísmo materialista, lo cual había supuesto el terrorífico antagonismo de toda religión, máxime de la religión de Cristo.

Pero había transcurrido el tiempo, mucho tiempo, y ahora se respiraba felicidad, gracias a la nueva era oscura que había llegado al mundo. La máxima piedra angular de lo espiritual acababa de ser situada con el respeto de todos para cada uno y de uno para con todos. Y, además, para regular el orden de las cosas, estaba el miedo a la máxima autoridad del feudo. Pero, en realidad, era la fuerza al servicio del bien. Todo era bueno, si al fin se evitaba caer en antiguos errores.

Otros monjes, con tantas ansias de Dios como aquellos dominicos, habían recorrido los mismos caminos. Pero el padre Sixto y los hermanos Pablo, Jesús, Key, Cayetano, David y Jacinto, habían logrado una gran victoria, erigiendo una casa abierta al culto, no muy lejos del Ararat. Y, por añadidura, era un buen lugar, paso para muchos peregrinos y misioneros camino de Oriente, tierra de promisión para los religiosos de las distintas órdenes. ¡Oriente! Rara contradicción con las esencias del Cristianismo, religión que, habiendo nacido en su amplia geografía nunca había podido consolidar sus posiciones. Este era el hecho: un hito más para el camino de la gloriosa cruzada que suponía el regresar con la cruz al lugar de donde se había salido hacía tanto y tanto tiempo. Solamente con entusiasmo y fe. Sin armas, sin demasiados sermones... Solamente con entusiasmo, con fe y con cinco dedos en cada mano. Habían tenido muchos, infinitos instantes de desfallecimiento; pero la duda nunca había surgido en medio del trabajo agotador de la jornada, sino poco antes de la primera hora del día cuando, con las primeras luces del alba, el mundo anunciaba su propio imperio en medio de las estridencias del canto del gallo, cuya osadía llegaba a tanto como hasta repetirlo por tres veces.

—Recordad, hermanos —decía entonces el padre Sixto—, que si nuestro Señor fue negado hasta tres veces por la misma piedra de la Iglesia, nuestra iglesia no va a ser negada ahora en menos ocasiones.

Y los hermanos de la Comunidad reanudaban sus deberes y tareas con más amor

y más ánimos, si cabe, que el día anterior.

Y, así, de este modo, entre sudor, dudas y hasta alguna lágrima que otra, surgida en la soledad del intento, fue rematándose la labor en la construcción de la nueva casa de Dios. Vióse esta obra de fábrica coronada con una gran torre, como siempre había sido de rigor; en la torre, al final de ella, una esfera a medio camino de las alturas; una cruz, final del largo trayecto ascendente, poco antes de rozar las nubes. Elevación, mundo y sacrificio, signo de una realidad que constantemente ha acompañado a las criaturas que crecen, viven y mueren en el temor del Señor de todas las cosas.

Pero, ¡ay de los hombres! La imagen de Cristo no aparecía en parte alguna de aquel templo, a pesar de estar bien presente en todos y en cada uno de los rincones. Mas para completar un rosario hace falta hasta la última cuenta. Y alguna más. Faltaban imágenes y, sobre todo, la talla de la Virgen María. ¡Siempre faltan tantas cosas!

De modo que cuando el anciano obispo de Nueva Anatolia recibió al padre Sixto, ya sabía aquél cuál iba a ser la petición de éste. Le reconocía un buen dominico; batallador, voluntarioso, lleno de piedad... Tan sólo necesitaba una inyección de santa paciencia, aunque bien mirado, hasta el Señor había estado impaciente por recibir la cruz. Sí, bien mirado, la impaciencia no era un pecado; no, no lo era...

—Ya tenéis vuestra iglesia construida, ¿no es así? —dijo el anciano ministro de Dios en aquella región del Mundo.

—Así es, Ilustrísima —repuso el padre Sixto, sin atreverse a mirar de frente al anciano.

—Alzad la vista; alzad la cara bien alta, padre. Quiero leer en vuestros ojos cuál es vuestro estado de ánimo —pidió el obispo, todo bondad, como correspondía a su dignidad.

—¿Mi estado de ánimo, Ilustrísima? —acertó a decir, a su vez, el padre Sixto que, en realidad, no sabía hacia dónde dirigir la mirada.

—Bien está, padre. Pedidme lo que necesitáis. Y líbrenos el cielo de que necesitéis dinero, ya que de esto apenas hay nada en nuestros bolsillos.

Ante estas palabras, casi acariciantes, el padre Sixto pasó a explicar el motivo de su visita.

—Ilustrísima —dijo—, sabéis que la iglesia, tal como está ahora, se encuentra vacía. Quiero decir que faltan imágenes, tallas y demás... Aparte de que esperamos vehementemente, Ilustrísima, la talla de la Virgen María que, con mil perdones, nunca acaba de llegar. Necesitaríamos también...

—Lo sé, lo sé, padre Sixto. Pero tened en cuenta que todo se andará por sus propios pasos. ¿No pensaréis, por ventura de Dios, desvestir un santo para vestir otro? Padre: paciencia, mucha paciencia...

Como viera el anciano obispo que su interlocutor no replicaba, ni había visos de que tal cosa ocurriera de inmediato, prosiguió:

—Pensad, padre, que para una obra de nueva estampa, como lo es vuestra iglesia, nada mejor ni más a propósito puede haber que ornamentos nuevos e imágenes también nuevas.

—Sí, Ilustrísima... Para un nuevo santo una nueva aureola —dijo escapar, cariacontecido, el padre Sixto—. Perdón, Ilustrísima: es mi impaciencia la que me hace expresarme así.

—Se comprende, padre, se comprende. Mas algo puede hacerse, empero, por vos y por vuestra impaciente Comunidad. Sabed que quien tiene el encargo de hacer la talla de Santa María del Valle es un gran artífice, a la par que un gran genio. Hace las cosas de un modo excepcional.

El padre Sixto denotó cierta extrañeza, por lo que el anciano obispo se apresuró a aclarar lo concerniente al artífice.

—Naturalmente que este hombre cobrará en dinero y no en oraciones, precisamente. Para ser exacto, os diré que es un hombre imposible, lo que se dice imposible. Siempre necesita dinero... Como quiera que tiene ciertos vicios... En fin padre, que es un pecador en toda la extensión de la palabra. Verdaderamente, un hombre imposible, os lo aseguro.

—¿Imposible, Ilustrísima? —preguntó el padre Sixto.

—Imposible, sí; así como suena —repuso el obispo—. Imposible por cuanto tiene tanto de artista genial como de abandonado y manirroto; así como tanto de virtuoso con sus manos como defectuoso con su alma. Lo encontraréis, a poco que es lo propongáis, en cualquier antro de mala muerte. Os recomiendo precaución y paciencia en el trato con este hombre. Se llama Jurgens. Es posible proceda del Norte de Europa. Habla tres o cuatro idiomas, aparte de algunas lenguas ya en desuso. Es muy inteligente y muy difícil.

—Entiendo...

—No podéis entender, todavía. No, hasta haberle conocido. Una vez que le conozcáis tal vez entenderéis verdaderamente lo que quiero deciros. Y cuando os entregue la talla de Santa María del Valle, será una gran victoria la vuestra si lográis retenerle en la iglesia, porque os la revestirá con todo primor y belleza. Pero quiero advertiros que tendréis que librar una gran batalla con Jurgens.

—Con licencia de vuestra Ilustrísima, iré al instante en busca de este Jurgens.

—Id con Dios, padre. Os recomiendo, otra vez, paciencia —insistió nuevamente el anciano obispo—. No os exagero si digo que este Jurgens es tan metafísicamente difícil que tendréis que librar con él batallas tales que el mundo os parecerá una lluvia de rosas en comparación con tamaña espina.

—Iré de todos modos —afirmó el padre Sixto.

—Gustáis de las dificultades, ya lo veo.

—Son el aliento del Señor —dijo por toda respuesta y comentario el dominico.

—Id con Dios —concluyó el anciano obispo.

El padre Sixto halló al artista Jurgens en su taller, trabajando precisamente en la

talla de la Virgen de Santa María del Valle. De modo que, pudiendo apreciar el trabajo realizado, poco pudo decirle respecto a la premura del tiempo.

—Así, hermano, que ya la quisieras ver concluida. Pues estas cosas se han de hacer despacio. El tiempo no tiene valor para nadie y menos para vosotros los hombres de iglesias y rezos. Además, ¡qué diablos!, fue hace cuatro días, como quien dice, que me la encargaron.

—No... No puedes imaginar cuánta falta nos hace esta imagen. La iglesia...

—La iglesia, hermano, esperará. Ha esperado siempre. Y el que no podrá esperar seré yo. ¡Maldita sea mi estampa! Tengo necesidades. Y si me dedico exclusivamente a vuestra dichosa talla, no logro explicarme cómo podré mantenerme en pie. Habrás venido sin malditas las ganas de soltar un centavo más a cuenta, ¿no es cierto? El obispo debe creer sinceramente en los milagros.

—Dios proveerá. Todo depende ahora de ti. Termina el trabajo y tendrás el resto de tus honorarios —dijo humildemente el padre Sixto.

—Dios proveerá... ¿Por qué no vas a otro con ese cuento? No habrá talla, ya lo sabes, si no hay dinero. Vuelve dentro de otra semana y, si me he sentido con ganas y no he muerto de inanición, la tendrás terminada y a tu disposición. El mundo, hermano, es de los artistas. Ya era hora. Gracias a nosotros, ahora la Tierra empieza a tener belleza. Esculturas, jardines, obras pictóricas, maravillosas cerámicas... una verdadera expresión de cordura. Gracias a los artistas, este mundo se salvará. Dios no proveerá. No lo ha hecho nunca. Hizo el Universo, eso puede ser cierto; construyó nuestro mundo y eso también puede ser muy cierto; pero somos nosotros, los artistas, los que han de salvarlo de tanta estulticia y dejadez. Dios duerme; su séptimo día durará otra eternidad. Mientras tanto nadie ensalzará su obra como el genio de los artistas: ésa es nuestra obligación. Nada de sueños vanos ni quimeras estúpidas. Ahora el arte se valora como realmente se lo merece. Nosotros, los artistas, somos el alma de la belleza; nosotros somos la materia que trabaja la misma materia hasta hacerla victoriosa. No lo olvides, hermano. Bien merece que se nos pague nuestro trabajo como es debido.

—Yo no dudo...

—Ya te puedes marchar, hermano. Y cuando vuelvas por la talla de tu Virgen, trae el dinero, si no es pedir demasiado. Díselo a tu obispo, que me parece está en la creencia de que yo os iba a regalar mi trabajo. Yo no me mantengo de promesas, ni del aire tampoco. Ahora, déjame tranquilo de una vez. No puedo trabajar con tanta gente a mi alrededor. ¡Déjame ya!

Aquel hombre inaccesible, resultó para el padre Sixto más imposible de lo que el anciano obispo había dicho. Jurgens volvió a su trabajo, y el pobre dominico, con un gran susto sobre sí y absolutamente perplejo, salió del taller. Salió del taller y también de aquella ciudad. Había mucho que hacer en la iglesia. Realizó unas adquisiciones y reemprendió el regreso.

Verdaderamente, quedaba mucho por hacer en el templo y en la Comunidad, tanto

fuera como dentro. Revoques, rejas, losas en las entradas, baldosas de tierra cocida en el atrio... La recogida de los frutos del campo y de la huerta, su transporte a la ciudad para su venta... Y mil detalles más, tan necesarios para la buena y continua marcha de la obra comenzada.

Transcurría el tiempo de forma inexorable. Y la semana que Jurgens pidió había transcurrido con creces, hasta el punto de que había sido multiplicada por cuatro. La iglesia, para abrir sus puertas al culto, no necesitaba más que la imagen de la Virgen, una vez que oportunamente hubiera sido entronizada. Pero todo parecía indicar que Jurgens se había dormido pensando en otras cuestiones. Hasta que un buen día, aquel decidido dominico que era el padre Sixto determinó atacar en firme la plaza fuerte del hombre imposible al que le había sido encomendado tan señalado trabajo.

Es por esto que, mientras la Comunidad en pleno se dedicaba a sacar el máximo provecho de las tierras que le habían sido concedidas por el señor feudal, el padre Sixto recorría con su burro el largo camino desde la pequeña aldea hasta la ciudad.

—¿Sabes, hermano Cayetano, que el padre Sixto ha salido por segunda vez en busca del artista? —dijo el hermano Jacinto, bajo los primeros rayos de sol de aquella mañana.

—Lo sé, hermano, lo sé. La imaginación de estos artistas se pierde, a veces, entre los más extraños mundos. Por eso algunos se retrasan en la entrega de los encargos. Por lo demás, la impaciencia ya no dejaba vivir al padre.

—Naturalmente: no es para menos. Ha pasado hartos tiempo y no hay indicios de que ese hombre acabe su obra. Parece, realmente, como si estuviese bromeando. Estos artistas...

—No hay que desesperar, ya que todo llega —tranquilizó el hermano Key.

—Sigo pensando que tanto aparato y tanta demora por parte de un simple artista, no es para darle tanta importancia —siguió protestando el hermano Jacinto.

—¡Ay, hermano, cuánto te pareces al padre Sixto! Has de saber que todo aquello hecho por el hombre, tendrá más valor cuanto más demora sufra en su realización —sentenció el hermano Key.

—¡Válgame el cielo! —casi gritó el hermano Jacinto—. ¿De modo que crees, hermano, que ese buen hombre que tanto se retrasa en su obra tiene razón para estar mano sobre mano la mayor parte de su tiempo, sin sufrir más preocupación que la que le cause su remordimiento? Dudo que esto del remordimiento vaya con él.

—Piensa, hermano impaciente, que en este mundo no sabemos de la misa la mitad. Aquel a quien nosotros juzgamos ahora puede mañana taparnos la boca con buenas razones. Sus razones nunca serán las nuestras. Y al contrario.

—Pues roguemos para que este hombre no se retrase medio siglo en acabar la talla de la Virgen. Y roguemos también para que nosotros lo veamos.

Mientras que con tales lamentos y protestas estaban los monjes de la Comunidad, el padre Sixto, que a la sazón se hallaba sólo a unas dos millas de la ciudad, se había encontrado en el camino con un soldado del señor feudal, que se hallaba ya de

regreso de una de las misiones que le había llevado a hacer un largo recorrido por el territorio.

—De modo, hermano, que vas a ver a Jurgens...

—¿Le conoces, acaso? —preguntó el padre Sixto, tratando de caminar con su asno junto a la cabalgadura del soldado.

—¿Que si le conozco? —y el soldado soltó una larga carcajada que asustó a un par de tímidos gorriones que andaban saltando por las ramas de un árbol, al lado del camino—. Ya lo creo que le conozco.

—¡Menos mal que al fin le conoce alguien! —exclamó el atribulado dominico—. Menos mal...

—Le conozco muy bien. Por desgracia me encontré con él y adivina, hermano, quién salió perdiendo. Yo perdí todo mi dinero; otros sufrieron también las mismas consecuencias —el soldado parecía lamentarse de su encuentro con Jurgens—. Más que un artífice o artista es un empedernido jugador, un tramposo y un pendenciero, además de un borracho y un mujeriego. Se cuentan cosas de él...

—¿Por ejemplo? —inquirió, lleno de curiosidad, el padre Sixto.

—Tiene una inteligencia poco común. Es... ¿Cómo diría yo? ¿Muy sensitivo? Bueno, yo no lo he visto: pero hay quien cuenta de Jurgens y no acaba. Dicen que puede... que puede elevarse y avanzar en el aire. También se dice que domina la materia, de una forma extraña. Es como un brujo o algo por el estilo, si es que entiendes lo que quiero decir. Ya sabes... Tras mucho tiempo trabajando el pensamiento, formando la mente de cierta manera, existen personas que han logrado estas propiedades, estos poderes.

—Yo no sé que exista nadie con una mente tan poderosa como tú dices, a pesar de que alguna vez he oído comentarios. Más bien son viejas supersticiones.

—Pues, existen. Jurgens es uno de esos individuos. Sólo falta comprobarlo. Entonces veremos qué se hace con él. A mi señor no le gustan los hombres con poderes mentales, pues los considera concedores de antiguas sabidurías que llevaron a la humanidad a una de sus viejas catástrofes. Dice mi señor que, de permitirse estas prácticas, seguramente se llegaría a correr el mismo riesgo de principios de milenio. Ya sabes, culto a la belleza, a la verdad, a la sencillez... Y todo en servicio del bien común.

—En fin...

—¿Tienes algún negocio con Jurgens? —preguntó intrigado el soldado.

—Sí, en efecto. El recibió el encargo para realizar la talla de una imagen. Debió haberla terminado hace algún tiempo. Todavía esperamos. Es desesperante...

—Que tengas suerte, hermano; las armas que tienes a tu servicio, a pesar de obrar milagros sobre el mismísimo diablo, dudo que puedan servir para vencer a Jurgens, quien se ríe del mismo Satanás. Yo no me tengo por hombre de prejuicios y temores; pero te sugiero te guardes muy bien de ese pájaro. Un día, la justicia le meterá definitivamente en cintura; pero hasta entonces me temo que hará más de una

fechoría.

Siguieron charlando hasta la entrada de la ciudad. El soldado, ante unas esculturas de bella estampa, señaló con su mano la atención del dominico.

—¿Jurgens? —preguntó el padre Sixto.

—Sí, Jurgens. En escultura, lo mismo le da labrar en madera, como en piedra, como en metal. Verdaderamente, es un gran artista. Personalmente es un ser que más bien parece haber nacido en el mismo averno. Te lo aseguro... Ten mucho cuidado.

Y allí, en medio de aquel parque, entre las obras de arte salidas de las manos de Jurgens, monje y soldado se despidieron deseándose mutua suerte.

En aquella nueva ocasión, en aquel viaje, el padre Sixto prefirió, ciertamente, no pedir audiencia al anciano obispo, tanto por no molestarle, como por no inquietarle con el objeto de su visita a la ciudad. Se dirigió directamente al taller de Jurgens. Estuvo a punto de hacer la señal de la cruz; pero no lo hizo por parecerle un tanto exagerado. Sin embargo, no sin dejar de encomendarse a todos los Santos de la Corte Celestial, allá que se entró el buen dominico, con más obligación en su alma que agilidad en su espíritu. Pero, ¿cuál no fue su desencanto al hallar vacío el taller? Se apresuró a salir a la calle, y en ella se estuvo, reflexionando, dudando entre preguntar por el artista o esperarle hasta que regresara.

En estas estaba cuando una mujer, con un gran cesto sobre la cabeza, se paró ante él.

—¿Esperas a Jurgens? —preguntó amablemente.

—Sí, buena mujer. ¿Puedes decirme por dónde anda? ¿Está en la ciudad? —inquirió a su vez el padre Sixto.

—Estará, con seguridad, en una casa que hay al final de esta misma calle. Es una casa... muy particular. La conocerás en seguida. Está pintada de azul y blanco y tiene un nombre en la verja: *La Tapadita*. Sí; casi con toda seguridad que Jurgens seguirá allí —y la mujer del cesto en la cabeza siguió adelante sin esperar más comentarios.

La calle ascendía entre un verdadero aquelarre de piedras. Piedras en las aceras, piedras salientes en la fachada de cada casa, piedras en el pavimento de la calzada... Un verdadero calvario... Las construcciones, con verdadero sentido arquitectónico de lo que sería una auténtica anarquía, surgían del suelo como un rosario de blasfemias. Cada individuo era amo y señor de su vida y hacienda en el más amplio sentido; podía hacer lo que le viniera en gana con su dinero, legalmente ganado y atendiendo a su personal sentido de la estética. Invertirlo en moradas discrecionales y siguiendo el prurito de cada uno, era algo tan racional como la misma libertad de que se gozaba en los tiempos de la nueva era oscura, inconscientemente provocada por el tecnicismo loco de los siglos anteriores, pero mantenida bajo una dirección más discreta y serena por parte de los señores feudales, los cuales no permitirían, de modo alguno, ser superados por los acontecimientos ni dominados por las circunstancias. Estos, los señores feudales, para no permitir que la libertad del individuo se viera en apuros, habían determinado hacía ya mucho tiempo impedir, por todos los medios y

procedimientos a su alcance, la constitución de gobiernos centrales; pues la historia había demostrado que un solo sabio —si por sabio se tenía al gobernante— no era suficiente para mantener el equilibrio de la paz, la tranquilidad y la serenidad sociales. De la nueva forma se extraían las mejores ventajas, y casi sin control, sin aquel control abigarrado, entre una administración complicada y un sentido de organización del momento, se llevaba a cabo un preciso y exacto orden en las vidas, las propiedades y el mundo todo de una sociedad que todavía mantenía en su interior un horrible sentido de culpabilidad debido a un *cuasi fin* del linaje humano.

Por esto es que la calle que conducía a la casa en donde debía encontrarse Jurgens era una verdadera anarquía. Pero bien entendido que esta anarquía producía en el ciudadano un dulce sopor de felicidad. La calle suponía una paradoja más, surgida en los nuevos tiempos. Además, si bien no existía tanta comodidad de utensilios y aparatos de consumo hogareño, las cocinas estaban bien surtidas. Hemos de considerar que un gran porcentaje de la humanidad se dedicaba por entero a las faenas agrícolas, con lo que se aseguraba el suministro de viandas.

El padre Sixto, haciéndose sus propias reflexiones, se apercibió de que su olfato había captado un incierto pero agradable tufillo que surgía de las casas en aquella hora próxima a la del almuerzo. El almuerzo... Esto le hizo recordar que se encontraba en ayunas. Pero lo primero, era lo primero.

Y llegó a la casa por cuyas referencias parecía ser la que albergaba a Jurgens. Tras atravesar un sombrío patio, todo muy bien empedrado y limpio, abrió una cancela bajo un dintel repleto de bugambillas. Nuestro dominico llegó ante el umbral de una puerta de madera, muy bien trabajada y con apliques de hierro forjado. Tiró de una cadenita; al otro lado dejóse sentir el tintineo de una campanilla. Abrióse la puerta de par en par y cuál no sería la sorpresa de la moza ojinegra que salió a recibir al visitante que, como disparada, desapareció de la vista del padre Sixto. Luego se llegó hasta él otra mujer, entrada en años y también en carnes, muy bien vestida y alhajada, ya que esto de bien vestirse y bien alhajarse ha sido muy propio en todo tiempo de doncellas y aún de dueñas que, por su modo de vivir, ni las primeras han sido tales ni las segundas cuales.

La mencionada dueña, sin franquear la puerta, requirió de muy mal talante al padre Sixto para que dijese qué le había llevado a aquella casa a la cual no se le había llamado. A lo que contestó el dominico en razón del propósito que tenía de ver a Jurgens, el artista al cual se le tenía hecho un encargo de su Comunidad. La dueña, ya con el gesto menos agrio, se volvió para el interior de la casa en busca de Jurgens que, en tales momentos, estaba en su gloria dando buena cuenta de un palomo bien regado con un vino «ad hoc». Cuando el artista supo quién preguntaba por él se indignó y estalló en una sarta de denuestos que hasta la misma dueña escapó, si no escandalizada, sí bastante asustada, de la estancia.

—¿Qué vienes a hacer aquí, rompiendo la calma de esta casa? —gritó medio bestial, medio festivo el artista.

—Yo no quiero romper la calma de esta casa. Y, ante todo, buenos días tengas, Jurgens.

—Bien. ¿Qué deseas? Supongo que si has vuelto por la talla habrás traído contigo el resto de mis honorarios, ¿no?

—¿La tienes terminada? —preguntó el padre Sixto, esperanzado en sobremanera y con la mirada brillante.

—¡Pues claro que sí, hermano! ¿Quién crees que es Jurgens? Jurgens es un caballero, hermano, que cumple siempre lo que promete, aunque si bien es cierto que no gusta de hacer excesivo número de promesas. Di a Su Ilustrísima, como tú debes llamarle, que quedará altamente complacido... Sí... Ha quedado divina...

—¡Ay, alabado sea Dios! —el padre Sixto ya casi ni escuchaba las palabras del pecador Jurgens, tanta era su emoción.

—Alabado sea Dios... —remedó el tal Jurgens—. Así sea, hermano, así sea. Ahora déjame en paz y vuelve por el taller después de la hora de la siesta. Y no dejes de ir preparado con el dinero.

—¡Ahora mismo! ¡Ahora mismo, Jurgens! —dijo muy grave el padre Sixto—. ¡Ahora mismo!

Jurgens se quedó mirando, boquiabierto, al monje, a aquel insignificante dominico que le instaba con tanta urgencia y seriedad para que le entregase el trabajo. Algo debió de ver el artista en aquella expresión que, sin más, le siguió calle abajo hasta el taller. El era un artista y además un genio. Lo que quedó archidemostrado ante su obra bien acabada.

Lo había dicho el obispo. Y ahora el padre Sixto tenía ante sí la demostración más exacta de quién era el genial Jurgens. Nuestra Señora del Valle... El pobre pero feliz dominico permaneció minutos y minutos extasiado ante la imagen. Y en verdad que merecía la pena haber esperado tanto tiempo. Ahora, en aquellos instantes, comprendía que una obra de esta magnitud no era cosa de un día, ni de un mes tampoco. Era...

—Es un milagro —acertó, por fin, a decir el padre Sixto, rompiendo el silencio.

—Como quieras, hermano. No quiero discutir contigo, ni con nadie. Es una obra salida de estas manos. Y podría hacer más.

El padre Sixto sacó una bolsa con el dinero que llevaba preparado y extrajo la mitad de lo que en ella llevaba.

—Esto es lo que se te debía por el trabajo una vez concluido. Toma. También aleo más —y entregó dos monedas de oro— a modo de agradecimiento por haber hecho el trabajo tan maravillosamente bien. Aquí queda otro tanto que te daré en cuanto vengas a nuestra iglesia y te pongas a trabajar en los murales. Todo lo que pidas por tu trabajo se te dará con creces. Todo lo que pidas, a cambio de tu arte para nuestra iglesia.

—No tengo muchos deseos de trabajar esta temporada, ¿sabes? Estoy pasando una crisis, hermano. Pero lo tendré muy en cuenta. Es una oferta muy digna de ser

tenida en cuenta.

—Te vendrá bien una temporada con nosotros, viviendo en comunidad y con absoluta tranquilidad. Muchos artistas han encontrado en una situación análoga a la que te ofrezco una renovación de sus bríos y una confortable estabilidad espiritual que bien se necesita a veces.

—Bueno, si acepto ya me verás por allí. Mis respetos al viejo, digo al obispo, a Su Ilustrísima... —y desapareció del taller, dejando solo al padre Sixto que se apresuró a hacer los preparativos para el transporte de la imagen.

Pasaron días. Muchos días. La Virgen María había sido entronizada y el culto se realizaba va tal y como habían soñado el padre Sixto y sus acólitos. Mientras tanto, Jurgens... Bueno, de él sólo se sabía que se pasaba el tiempo en terribles francachelas, entre tahúres y mujeres de mala reputación, amén de cometiendo más de un desaguizado, por lo que había tenido ocasión de probar en varias ocasiones la cárcel. Se decía que un día se fugó de ella y que últimamente estaba en el castillo o mansión del señor feudal, el cual había dispuesto una magnífica mazmorra a prueba de fugas y en la que se hallaba en reposo el muy poco ortodoxo Jurgens.

Y la pequeña comunidad de dominicos de Nuestra Señora del Valle seguía, mientras esas cosas ocurrían, su piadosa existencia. La iglesia seguía allí, esperando al artífice que la había de terminar. Pero el tal artífice, peregrino de cárceles y tabernas, no llegaba. Hasta que un atardecer, después que la Comunidad había realizado todos sus deberes, un hombre apareció por debajo de la enramada que había entre el templo y el huerto. Caminaba de un modo perezoso y cansado; una prenda sobre uno de sus hombros, cabellera y barbas rojas y rebeldes; una estampa fuera de lo corriente. Macilento y de mirar penetrante, traje o vestimenta malparada por alguna extraña y poco aceptable singladura, calzado con unas botas altas y sucias. Y nada que contar, pues debe hacérsenos ya suficiente para un solo hombre.

Cuando los dominicos vieron aparecer tan singular individuo se quedaron perplejos, esperando algún acontecimiento fuera de lo corriente, como tan fuera de lo corriente era, en sí, la aparición. Como quiera que el hombre de la barba roja y desastrada pinta permaneciera allí, fija la mirada en a fachada de la iglesia, el padre Sixto avanzó hasta llegar a él, reconociendo en aquella aparición al artista Jurgens, el esperado Jurgens.

—Aquí me tienes, hermano —dijo el padre Sixto—. Esperándote...

—Aquí me tienes también a mí, hermano... —vaciló Jurgens en proseguir—. Hecho una ruina; pero bien dispuesto para tus deseos.

—Al fin... Gracias a Dios...

—De modo que ésta es tu iglesia. ¿Sabes que casi tenía ganas de saber cómo era? —comentó Jurgens, comenzando a avanzar al lado del padre Sixto.

Pasaron entre los asombrados dominicos y se dirigieron todos al refectorio en donde les esperaba la humilde vajilla para el no menos humilde refrigerio. Tomaron asiento. Mandó el padre Sixto poner un plato más en la mesa. Rezaron un breve

padrenuestro, dando gracias, después, por el alimento que iban a recibir acto seguido. Presenciaron todos en silencio el reparto de la colación en los respectivos recipientes. Un hermano lego, el hermano Cristóbal, agregado a la Comunidad en aquellos últimos días, fue pasando el cazo de uno en uno y vertiendo el alimento único y siempre providencial, del anochecer. Fue un cuarto de hora silencioso, tras el cual se concluyó aquella sencilla cena. Jurgens, que había guardado silencio profundo, paseó la vista por todos aquellos rostros de frailes ya satisfechos y agradecidos y estalló en un ruidoso estrépito de risas irreverentes.

—¡Gran Dios! Si no lo veo no lo creo. Y aún así, dudo que sea verdad. ¿Será cierto eso de que vivís del aire, hermanos?

—Dejaré que pienses aquello que mejor te parezca, rogándote dejes los comentarios para la soledad de tu espíritu —protestó muy seriamente el padre de aquella Comunidad—. Vivimos, con sencillez, como es propio de todas las comunidades de nuestra orden y de muchas otras. No soy yo quien va a reprocharte tu regla de conducta y menos ahora que has llegado a esta casa. Te esperábamos y, por tanto, deseamos seas bien venido.

—Así se habla, hermano; pero no pretenderás que yo subsista a mi obra llenando mi vientre con agua de borrajas. Algo más sólido requiere mi soledad de espíritu, hermano. Y, de este modo, ten por bien seguro que mi obra será acabada para felicidad de todos y cada uno de nosotros.

—El hermano Cristóbal te ayudará a subsistir, Jurgens —asintió con una sonrisa el padre Sixto—. Ahora, dime: ¿cuándo piensas iniciar los trabajos?

—No soy ningún holgazán ni un desagradecido. Comenzaré inmediatamente. Tú me dirás el tema y el lugar y el orden. Yo realizaré lo que será objeto de orgullo por vuestra parte y admiración por el orbe entero.

—La humildad no es tu flaco, precisamente...

—Humildad... No estoy sujeto a esa regla del juego que, si bien en vosotros puede ser pura convicción, en los demás es hipocresía.

—Está bien. No discutamos sobre matices de las debilidades humanas. Empezarás por el altar —y al padre Sixto le brillaban los ojillos al imaginarse el interior de su iglesia totalmente terminado—. Serán la Anunciación, el Nacimiento y la Crucifixión, por este orden. Después, en otro panel, la Ascensión, la Anunciación de María y... Bueno, ya determinaremos exactamente... En la primera serie, y como fondo, la imagen del Señor.

—¿La imagen del Señor? ¿Dios? Yo creí que ya estaba desterrada esta vieja fantasía de configurar al Ignoto, al jamás conocido, el de la faz resplandeciente sin faz... En fin... Amén a todo, hermano.

Jurgens parecía estar sumamente divertido. Se levantó de su taburete y dio unos pasos.

—De todos modos os entiendo, hermanos. No creáis que soy un monstruo. Os comprendo perfectamente. Me dan ganas de empezar ahora mismo, esta misma

noche, sin más dilación. Lo malo es que necesitaré el material y algunos útiles que yo diré. Mientras todo esto llega, yo me repondré de los avalares que el destino me ha deparado por esos caminos del Señor.

—Cada uno tiene lo que se merece...

—Esa es la doctrina de los budistas, hermano —reprochó con desgarro Jurgens.

—Mal has tenido que pasarlo, Jurgens —dijo dulcemente el padre Sixto.

—Mal, muy mal —dijo Jurgens—. Eso es muy cierto, hermano. Muy cierto.

—Otra cosa quisiera decirte... Es acerca del modo de conducirte aquí, mientras te encuentres entre nosotros, en comunidad. Yo soy... Yo soy el padre de la Comunidad, pues alguien ha de serlo, a fin de mantener un orden, una jerarquía y una disciplina. Tú serás el hermano... ¿Qué nombre quisieras tener entre nosotros, Jurgens? No te molestará esto. Al contrario, te encontrarás más confortablemente. Incluso vestirás hábito como los demás...

Hubo un gran silencio. Jurgens miraba a todos aquellos componentes de la Comunidad de dominicos y miraba al padre Sixto para después volver su vista a todos los demás. Levantó, finalmente, los ojos al techo y así estuvo un rato, contemplando el blanco del enlucido, como esperando inspiración para lo que tenía que decir o hacer en el instante siguiente.

—No estaría mal el nombre de Gustaf —dijo—. Es el mío, después de todo.

—Serás, desde ahora, el hermano Gustaf. Los demás hermanos de la Comunidad son estos —fue señalando el padre Sixto a medida que pronunciaba sus nombres—. Key, Cayetano, Jacinto, Pablo, David, Jesús... Y ahora Cristóbal, nuestro hermano menor. Repito, hermano Gustaf: sé bien venido a esta casa de Dios que también es desde ahora la tuya.

Se levantó el padre Sixto de su silla y también le siguieron los demás. Salieron todos ellos, precedidos del padre, camino de su retiro y Jurgens, el hermano Gustaf, se quedó solo en el refectorio, en espera de algún bocado más sólido que le sirviera el hermano Cristóbal. Como así ocurrió. Terminado el suplemento de aquella cena, Jurgens pidió al hermano Cristóbal le acompañase hasta su retiro, una pequeña cámara muy limpia con un camastro al fondo. Sobre este lecho había un hábito. Y cuando el hermano Gustaf se quedó a solas consigo mismo, se desprendió de sus raídas vestiduras, enfundándose la ropa del monje. Se miró y admiró de arriba abajo, y así, tal como se hallaba nuevamente enfundado, arrojóse en la cama, quedándose inmediatamente dormido, tales eran su cansancio y agotamiento.

Una campana, como el gorjeo de un pajarillo, sacó al hermano Gustaf de las profundidades de su sueño. Procedió inmediatamente a su aseo y se apresuró a bajar al refectorio. Mas allí no había nadie todavía y se tomó la libertad de engullir un buen pedazo de pan acompañado de una respetable ración de queso blando que acertó a encontrar sobre una de las alacenas. Salió al huerto y paseó por allí un rato, hasta que descubrió a los frailes que salían en fila de la iglesia.

Con ellos, departiendo y recibiendo instrucciones del padre Sixto, pasó Jurgens el

día apaciblemente, sosegadamente, uno de los más quietos días de su azarosa vida. Y, al anochecer, con los primeros toques vespertinos, regresó el hermano Cayetano con el material que iba él a precisar para su obra.

A la mañana siguiente, después de maitines, con la nave libre de curiosos, Jurgens, es decir, el hermano Gustaf, comenzó a prepararse para su trabajo. Puso una serie de sábanas sobre la imagen de la Virgen del Valle y cubrió con diversos paños el altar. Una mesita le serviría para colocar el material. Y cuando ya estaba dispuesto, entró el hermano Cristóbal llevando una escalera.

—Hermano Gustaf —dijo el lego—. Esto es lo único que he encontrado. ¿Te servirá?

—No —repuso lacónicamente Jurgens—. Pero es igual. Déjala por ahí. Ya veremos qué se hace...

Y el artista tomó asiento en uno de los bancos de la última fila, fijando la mirada en el paramento sobre el que había de fijar los colores. El hermano Cristóbal le abandonó, dejándole a solas con la idea que sobre la pintura a realizar íbase forjando. Al poco tiempo entró el padre Sixto en la nave, con cuya llegada el hermano Gustaf alzó los brazos airadamente, en son de verdadera y tempestuosa protesta.

—Necesito soledad. Más soledad que vosotros, a lo que parece. Vamos a ver, her... padre: ¿puedo trabajar aislado de este mundanal ruido, si se me permite la expresión, durante todo el día? Quiero decir sin que nadie me moleste con sus entradas y salidas. ¿Puedo expresarme así? ¡Hasta los mismos santos deben verse perturbados!

—Tienes razón, hermano Gustaf. Daré orden para que nadie te moleste. Tú mandas en tu trabajo y yo en el mío. De manera que ahora es cuando te concedo la razón. Se hará como tú dices. Te cerraré las puertas y nadie entrará a interrumpir tu tarea. Cuando necesites o quieras salir no tendrás más que tirar de esta cuerda, allí, al lado de la puerta que da acceso al pulpito. Con un solo toque de campana vendré a abrirte. ¿Estas satisfecho ahora, hermano Gustaf?

—Satisfecho —murmuró, más que respondió, el llamado hermano Gustaf.

—Lo que no entiendo de ninguna manera es cómo podrás alcanzar a pintar allá arriba. Tendríamos que haber dispuesto de un andamiaje a propósito.

—No necesito andamios, ni nada más, gracias, padre. Yo me basto solo para mi trabajo. Ahora, adiós...

Gustaf Jurgens volvió a tomar asiento mientras el padre Sixto salía y cerraba con llave una de las puertas laterales. El artista continuaba sentado en el mismo lugar cuando el ruido de una llave se escuchó en la puerta principal. Más tarde oyó el mismo ruido sobre la pequeña puerta que daba a la sacristía y a las demás dependencias de la Comunidad. Un raudal de luz entraba por los ventanales, iluminando profusamente la nave. Los rayos del sol adquirían una belleza sin par al entrecruzarse y converger en el interior de la iglesia tras haber pasado por las vidrieras de múltiples colores. Y Jurgens se extasiaba en este maravilloso

espectáculo.

—Realmente, esta iglesia está muy desnuda —se dijo en voz alta, poniéndose a pasear por entre los bancos y sin dejar de admirar la belleza que se producía con los juegos de luz.

De pronto, con un ágil gesto de la mano derecha, capturó un rayo de luz, lo proyectó hacia la escalera que estaba apoyada sobre un lateral y la elevó a las alturas. El hermano Gustaf sonrió satisfecho. Tomó a continuación otro rayo y lo dispuso al extremo contrario que el anterior. De este modo, la escalera se sostenía por la tracción de los rayos tensores contrarios. Y como era un auténtico artista, el hermano Gustaf capturó un par de rayos solares con tonalidades rojas y amarillas formando con ellos una especie de tirabuzón. Puso esta forma luminosa en la vertical de la escalera y a continuación fue a por los utensilios y material para su trabajo. Pero a medio camino se arrepintió. Con un chasquido de sus dedos todo aquel material se puso en orden en el círculo que formaba el arranque de aquel tirabuzón de luz, e inmediatamente fue ascendiendo lentamente todo aquello que había de servirle para consumir lo que había de ser una obra de arte; las espátulas en una bandeja, los botes y tubos de pintura, unas pequeñas gavetas y unos saquitos de cemento con un par de cubos de agua fueron izados seguidamente, hasta posarse en la escalera que hacía de puente.

—Ya está —dijo, lanzando su mirada hacia el lugar donde había situado los materiales—. La luz es una gran cosa que el Gran Arquitecto hizo.

Y el hermano Gustaf fue elevándose lentamente en el eje de la columna luminosa que concluía en la escalera mantenida en el espacio por los tensores horizontales que iban de ventanal a ventanal. Y comenzó a manipular en las gavetas, mezclando algunos colores con el cemento. Iba y venía por la escalera y por el tensor de la izquierda plasmando en el muro las figuras que habían de ser la Anunciación. Trabajaba con parsimonia, con la seguridad que da la experiencia y la fe en sí mismo. Y de esta manera el trabajo iba avanzando y las figuras fueron señalándose en la pared con una belleza de colorido y una exactitud en el dibujo que para sí hubieran querido muchos de los clásicos. El hermano Gustaf...

La mañana fue avanzando y he aquí que fue llegada la hora del refrigerio del mediodía. Por lo cual el hermano Cristóbal, tomando algunos alimentos, atravesó los pasillos y topó con la puerta de la sacristía que daba paso a la nave, cerrada con llave. Pero la llave no estaba, pues es sabido que el padre Sixto la había llevado consigo.

—¡Hermano Gustaf, la comida! ¡Hermano Gustaf! —se volvió sobre una mesa y dejó allí la bandeja con las viandas. Miró por el ojo de la cerradura y vio... Bueno, vio al hermano Gustaf allá arriba, que se paseaba sobre un sendero de luz y extendía sus manos hacia la pared con sendas espátulas. Y vio al fondo a la Virgen iluminada por un rayo de luz blanca, brillante, que servía al hermano Gustaf para sensibilizar mejor el colorido y la forma. Y la belleza de aquella imagen sobrepasaba a todo cuanto el Hermano Cristóbal había tenido ocasión de contemplar a lo largo de su vida.

La barba roja del hermano Gustaf adquiría tonalidades fantásticas al atravesar distintos haces de sol en su recorrido por el tensor. El hermano Cristóbal, angustiado, acabó por caer allí mismo, al pie del agujero de la cerradura, sin sentido. Y así fue hallado por el hermano Cayetano que iba en su busca y en averiguación de la causa de la demora. Pero el hermano Cayetano no sintió curiosidad y evitó la tentación del ojo de la cerradura. Limitóse a llevar al refectorio el cuerpo del hermano lego. La Comunidad inquirió la causa de aquel insólito desmayo de un hermano tan fuerte de constitución y tan lleno de salud como era el hermano Cristóbal; y nadie pudo dar contestación a aquel hecho evidente hasta que él mismo volvió en sí.

—¡Padre, padre! —sollozó—. El hermano Gustaf está allá arriba...

—¿Qué quieres decir con esto de que el hermano Gustaf está allá arriba? —preguntó sin demasiado entusiasmo el padre Sixto.

—Pues eso... Que está allá arriba él solo, sin nada debajo —aclaró el hermano lego.

—El hermano Gustaf está pintando, de modo que es lógico que esté allá arriba. ¿Qué quieres decir con eso de sin nada debajo?

—Simplemente eso: no se apoya en nada. Camina sobre rayos de luz de muchos colores y tiene a la virgen delante.

—¡Hermano Cristóbal! Será mejor que descanses un rato en tu celda —amonestó severamente el padre Sixto—. Hermano Cayetano, acompaña al hermano Cristóbal, no vaya a ser que vuelva a desmayarse.

Pero el padre Sixto no las tenía todas consigo, precisamente por tratarse de algo relacionado con Jurgens. Y se fue hacia la nave de la iglesia seguido de todos los demás. Llegaron a la sacristía y abrieron la puerta. Vieron al hermano Gustaf sentado en uno de los bancos, contemplando el trabajo realizado durante aquella primera mañana. Miraron arriba y allí estaba la imagen de la Virgen, de rostro resplandeciente y manto azul celeste, destacando sobre el fondo blanco de la pared. Un rayo de desvaída luz la iluminaba. Y quedaron maravillados. Y el padre Sixto fue a sentarse al lado del hermano Gustaf, mirándole a la cara, pero sin atreverse a hacer preguntas.

Los hermanos se retiraron a un gesto del superior y éste llevaba su mirada de la figura hecha por Jurgens a la escalera que estaba apoyada sobre una columna.

—Hermano Gustaf, me imagino que estarás muy fatigado, ¿no? —preguntó solícito.

—¡Oh, no! No estoy fatigado. Tan sólo tengo un poco de apetito. El trabajo tiene eso —adujo el hermano Gustaf con una sonrisa enigmática.

—Allí, en la sacristía, tienes tu comida. Ve antes de que se enfríe.

El padre Sixto salió de la iglesia y se fue hacia el huerto en el que se hallaban los hermanos trabajando. Una vez se reunió con ellos deseó hacerles una advertencia.

—No puedo deciros ahora la razón y menos el motivo; pero prohíbo a todos, absolutamente a todos, que entréis en la iglesia o curioseéis en ella mientras el hermano Gustaf se encuentre en ella trabajando. Es una orden rigurosa y su

cumplimiento también ha de ser igualmente riguroso, bajo apercibimiento de severas penitencias.

La Comunidad cumplió la orden, prohibiendo al padre Sixto al hermano Cristóbal volviera a decir nada más sobre lo que se imaginaba haber visto. Y con esto, el padre Sixto vio transcurrir el tiempo. Todas las mañanas, con la primera misa, observaba cómo la obra del hermano Gustaf avanzaba.

También iba apercibiéndose de cómo los laterales estaban siendo ocupados por algunas escenas de la Pasión de Jesucristo. Pero el padre Sixto era demasiado prudente como para hacer preguntas. Y, por otra parte, casi no coincidía con Jurgens, ya que éste hacía una vida muy privada. Trabajaba y paseaba solitario, como un monje más, habiéndosele visto en más de una ocasión sentado en el centro de su celda, abstraído, reflexionando o haciendo ejercicios que sólo a él concernían. Tan sólo el hermano Cristóbal tenía contactos con él; pero había quedado suficientemente consternado como para hablar más de lo únicamente necesario con aquel hombre al que miraba con tanto respeto como temor.

Mas una mañana que la puerta principal estaba abierta, el hermano Key, acompañado del hermano Pablo, acercóse a la iglesia y allí fue todo: admiración, espanto, alegría, tristeza, terror, duda y enorme consternación. El hermano Gustaf, casi al final de la bóveda, allá arriba, sentado como en un tronco de luz e iluminado por dos o tres rayos de sol de distintas tonalidades que entraban a raudales por los ventanales, era la viva estampa de los patriarcas bíblicos.

Los dos dominicos, con más susto que ánimo, arrodilláronse tocando con la frente el suelo. Cuando miraban hacia el altar veían una gran cruz casi transparente formada por una columna de luz y unos rayos horizontales. Y volvían a poner la frente en el suelo. Hasta que llegó el padre Sixto con el resto de la Comunidad.

—*Spiritus domini replevit orbem terrarum*—estaban diciendo los dos en voz baja.

Y cuando todos los demás acertaron a ver lo mismo que los hermanos Key y Pablo, iniciaron el *Salus, honor, virtus quoque* a coro. Todos menos el padre Sixto, que había quedado sin habla.

El hermano Gustaf oyó el coro. De la impresión estuvo en un tris de dejar sin efecto sus poderes y caer en la vertical de su trono de luz. Se sobrepuso, no obstante, en breves momentos, volviendo las cosas a su ser normal y haciendo que la nave recuperase su grado corriente de claridad. Entonces descendió lentamente, sin abandonar su sonrisa. Avanzó por el pavimento, entre dos hileras de bancos, hacia la puerta taponada por la Comunidad de dominicos arrodillados y en oración.

—Pasad, pasad, hermanos. La obra ya está terminada. Padre Sixto, ¿qué ocurre? Has perdido tu saludable color en la cara y hasta el brillo en las pupilas de tus ojos... ¡Vamos, vamos! No es nada. Ahora ya lo sabéis todo. Y la obra está acabada. *Qui vitam sine termino. Amén.*

Y sus risotadas resonaron en la iglesia como la irreverencia del mismo diablo.

—¡*Retro, Satanás!*—exclamó con el rostro lívido de espanto, a la vez que de

cólera, el padre Sixto.

—Pero si ha sido un milagro...

—¡*Retro, Satanás!* —repitió el padre Sixto, abarcando con sus brazos a los dominicos que, como pajarillos asustados, se replegaban hacia un rincón.

—Ha sido un milagro, pero a mi estilo. Pero, ¿qué creéis que es un milagro? Es el uso de los poderes por parte de quien los posee. Todos vuestros santos tenían estos poderes. Bueno, casi todos. Y los utilizaron en hacer el bien. ¡Grandes poderes benefactores! Yo también los he empleado en hacer el bien. Y mi trabajo me ha costado...

—*Retro, Satanás* —insistió el superior de la Comunidad con un hilillo de voz.

Jurgens se quedó mirando el grupo con una sonrisa tan dulce como pudo y luego se volvió hacia las figuras plasmadas en los muros y en la bóveda de la nave. Hizo un gesto con la mano derecha abierta y envió el reflejo de un rayo de sol al maravilloso cuadro que ofrecía Cristo en la Cruz. Y Cristo tenía la faz sonriente; pues era, al fin y al cabo, su victoria. Jurgens se volvió de nuevo hacia los dominicos y tenía lágrimas en los ojos.

—¡*Qui vitam sine termino!* —dijo, otra vez, alejándose de allí, hasta desaparecer en el exterior, entre las sombras de la enramada del camino. Y vieron todos como aquel camino no tenía fin.

Ahora te toca a ti, Erídano

Félix M. Quintanilla

82 Eridano. Una estrella de clase espectral G5. A medida que se acercaban, aquel sol adquiría una geometría un tanto difícil. Un cubo resplandeciente, de luz amarillenta, solitario en un inmenso lago de vacío cósmico, tratando de traspasar la oscuridad con sus rayos. Un cubo colgado en el espacio...

La raza había aprendido hacía mucho tiempo a no sorprenderse de nada. Así que un cubo resplandeciente, flotando en la nada... ¿En la nada? Harto sabido era que la nada no existe, que en el vacío, la energía adquiriendo diversos aspectos lo llena todo y que todo, de algún modo, es materia a punto de manifestarse. Y según todas las mediciones, era un sol con probabilidades de poseer vida a su alrededor. ¿En qué grado de evolución se encontrarían los planetas?

Un cubo que tan pronto parecía un diamante como un zafiro fue cambiando de forma. Pronto vieron que el sol era vulgarmente circular, con un halo entre violeta y amarillento y rojizo. Los efectos estelares son muy graciosos y cambian constantemente con las distancias en virtud de la energía que ocupa y llena el vacío entre el cuerpo y el observador. 82 Eridano podría tener del orden de cinco planetas, considerados como tales, más una veintena de cuerpos de ciertas dimensiones y características dignas de tenerse muy en cuenta. Buscaron el planeta que, según la ley de Titius-Bode, reuniera las condiciones estipuladas a priori con probabilidades de vida, sino en potencia, habitable al menos. Y allí estaba... Todo, en aquel cuerpo del espacio próximo a la estrella, reunía lo imprescindible para haber acaparado y retenido los organismos propios del transporte de vida. Razón de masa, excentricidad, distancia de perihelio... Todas las mediciones indicaban unas óptimas circunstancias.

Se aproximaron a la línea orbital y realizaron las observaciones imprescindibles respecto al sol. 82 Eridano se aproximaba tanto, en requisitos comparables, al sol que daba vida al planeta denominado Tierra, que realmente resultaba increíble que hubieran tenido que recorrer del orden de veinte años luz para encontrarlo, ahí, esperándoles. Pusieron la astronave en órbita concreta y *sobrevolaron el planeta* que debían reconocer. Esto se hacía en cualesquiera circunstancias y en todas las ocasiones, antes de aproximarse a una distancia crítica al planeta en cuestión. De esta manera podían efectuar cuantas comprobaciones estimaran conveniente sin exponerse a la influencia directa del planeta.

El equipo, procedente del planeta Tierra, se hallaba diezmado de ánimos. El viaje había durado cinco meses y, aunque todo había funcionado a la perfección, los cuerpos humanos estaban verdaderamente agotados. Se había presentado el mal

comúnmente conocido como «de estancamiento», análogo al lumbago pero que afectaba directamente a la médula espinal, muy propio, ya de antiguo, de profesionales sujetos a una postura incómoda por la inmovilidad obligada. Se la trataba, a la mencionada enfermedad, mediante el vibrador celular y durante algunos períodos regulares, a fin de situar «los huesos en su lugar». Por ello es que estaban deseando que todo resultara bien y poder descender en aquel planeta cuanto antes mejor para su salud. Y cuando lo hicieron, se vieron precisados a usar de una gran paciencia, dado que si algo se apreciaba en cantidad era agua. No obstante, pronto descubrieron algunas zonas, relativamente amplias, sólidas y fértiles, donde posar el vehículo. Cuando la astronave fijó su brillante y panzuda masa sobre *tierra* y vieron la extraña y exuberante vegetación, supieron que se encontraban en el lugar que se les había programado. Todos los tripulantes, navegantes y científicos, se sintieron muy felices, procediendo, casi de inmediato, a preparar la base atendiendo al proyecto general de exploración espacial que se llevaba a cabo desde tiempos inmemoriales sin cambios aparentes.

Mucho tiempo había transcurrido desde los primeros viajes espaciales. Mucho. Pero había memoria relativa al *mecanismo* de navegación de hacía unos pocos cientos de años. Al principio, la navegación espacial era muy penosa. La nave recorría los océanos interestelares caminando a saltos, debido a que el foco tractor de energía quedaba paralizado a cierta distancia, acumulándose al final del tramo focal toda la energía y frenando, casi totalmente, la velocidad del vehículo. Más adelante, el foco pudo lograrse se hiciese continuo, conservándose la proyección de la energía en relación a la velocidad de la nave; de modo tal que siempre había en el tramo suficiente potencial como para seguir absorbiendo la nave hacia el extremo hipotético. El método o *principio de Coster* para este procedimiento de transporte espacial, ahora que estaba totalmente perfeccionado, era tan simple que parecía sencillamente increíble. Estaba basado en la transformación de la energía eléctrica procedente de la misma nave en un superfoco laser de gran potencial y que lanzaba esa misma energía en una dirección deseada a enormes distancias, formando lo que se podría denominar un puente lumínico, cuya carga continua hasta la constante y recién formada terminal era aprovechada por el bloque-nave a modo de tractor energético, en otras palabras: la continua emisión de electrones altamente excitados en el vacío restituía la energía, ya aumentada, y la misma coherencia del haz formaba lo que en el argot se había dado en llamar *pasillo de las distancias*. El efecto, visto desde lejos, era fantástico e indescriptible, pues cada uno de aquellos que lo habían visto hacían mención del fenómeno según su criterio y concepto de lo misterioso...

Así que ya sabemos cuan fácil les era a los hombres alcanzar las estrellas. El nivel tecnológico y científico, en general era asombroso, únicamente comparable con la idea que se podía tener de la magia. Todos los avances y descubrimientos habían tenido, a partir de cierta fase, un paralelismo tan grande que podía decirse, contundentemente, que todo era un raudal de conocimientos producidos a manera de

reacción en cadena. ¿Para qué enumerar, pues, la gran cantidad de ventajas que aquel equipo de exploración espacial tenía a su disposición?

El primer signo de vida, de actividad orgánica, aparte, naturalmente, de la evidente vegetación, que pudieron experimentar fue aquel océano de insectos que cubría la mayor parte del planeta. El equipo procuró ubicar una base inicial en un alto de la poco amena orografía de aquel mundo super habitado. ¿Qué formas de vida hallarían? Pronto lo supieron y quedaron satisfechos; pues *aquéllo* era lo que formaba la premisa primordial de su expedición.

Siglos atrás, en medio de especulaciones científicas, biológicas exactamente, acerca del origen del ser humano, su potencial de energías intelectuales, funcionalismo físico, valores espirituales y demás carga de esencias extraordinarias de la especial raza, se llegó a la conclusión de que la computación de esas esencias estaba en relación directa de una adecuación del formato estructural del ser denominado hombre. Finalmente, prevaleció una idea que solamente podía caber en los mecanismos de un cerebro humano. La idea, pues, era la siguiente: «Por alguna *razón*, en el Universo entero existía inteligencia de tipo ordenado, no solamente intuitivo o, en demasiados casos, instintivo o condicionado. La inteligencia estaba ubicada en una mente específicamente idónea, estructurada con arreglo a unas exigencias de equilibrio celular electroquímico. Y solamente un formato humano podía cumplir con semejantes requisitos, lo que a su vez resultaba axiomático. Luego, el expandir los formatos del hombre, tal y como se le conocía, era premisa imprescindible para expandir la inteligencia humana en el Universo. No podía ubicarse un cerebro en un delfín o en un antropoide o en un animal cualquiera, por muy semejante que de algún modo fuera al hombre, por la sencilla razón de que no era morfológicamente igual. Pero habría en el espacio infinito, forzosamente, formas de vida idóneas para recibir toda la información humana. El eslabón perdido no estaba en la Tierra, estaba en el espacio sideral, esperando. De modo que, por lo tanto, se debía proceder como la misma naturaleza estimase conveniente hacerlo y en el medio correspondiente. Tan sólo había que sembrar la información... El resto lo haría el tiempo y el azar. Y entre las infinitas posibilidades del mismo azar, con algún sufrimiento de la especie, estaría aquella gran posibilidad humana que cabe en la misma categoría de la evolución creadora de la Naturaleza».

Y es que el hombre no ha sufrido jamás suponer que él estuviera sólo en el Cosmos. Cierto es que se sabía que algunas razas dotadas de un alto índice intelectual habían morado en algunos planetas ya investigados; pero eso era todo, no siendo suficiente. Se ignora, por completo, lo que es capaz de hacer una inteligencia desarrollada. Pero lo que sí se sabía ya es que la inteligencia humana, surgida de las formas terráqueas, está proyectada para lo más inverosímil e increíble. El cerebro humano pensó sembrar de información humana la misma fertilidad de aquellos campos en los que era posible la vida superior.

Y esto, exactamente, es lo que hacían diversos equipos procedentes del planeta

Tierra. Y tal vez eso mismo es lo que estarían haciendo, desde lo más profundo del tiempo, otros representantes de otros mundos posibles, ya en pleno lanzamiento intelectual, en pleno avance universal, en todo el Cosmos inmenso. Repartir y preñar el Universo de vida no era suficiente; la vida había de tener y contener mente, y la mente una proyección espiritual... Se vislumbraba, en este diseño abstracto, un proyecto a largo plazo y desde unos comienzos desdibujados en la misma imprecisa creación: la glorificación del Ser. Y ante este vislumbre, tal vez exagerado, aparatoso, fantástico, ningún moralista tenía nada que oponer; pues en las reglas que señalan el azar en la Gran Evolución Creadora, un moralista era, *per se*, un diseño universal con grandes y esperanzadoras perspectivas. Ahí era nada... ¡Era dar vida! No quitarla, que es lo que siempre se había tendido a hacer. Y ya era distinto. Se siembra vida en una granja, se siembra vida en una plantación... ¿Por qué no sembrar vida en el espacio?

Los primeros tanteos dieron, como resultado, la observación de analogías anatómicas en otros mundos. La vida estaba distribuida de forma tal que siempre podía hallarse un a modo de común denominador y no solamente en las estructuras moleculares, sino en el macroorganismo plural y masivo. Se estaba profundizando demasiado en el enigma que velaba el mismo misterio total del Cosmos; pero se imponía seguir adelante. Los animistas, de algún modo siempre afiliados a la idea de la ley kármica, recibieron una satisfacción con la misma idea de creación de formatos perfectos que aproximasen el ser a más elevadas posibilidades espirituales. Por lo demás, la vida, la síntesis de la vida, podía muy bien partir de microorganismos, de virus a medio camino, de bacterias en suspensión, de células más o menos complejas conservadas en el vacío, de esporas viajeras con destino de ignorados azares; pero, en esencia, había un punto indeterminado de certidumbre existencial en la actividad múltiple y total de las formas en el espacio, al igual que la había, en la escala de vitalidad, en el fondo de los mares, en el magma fangoso, en las más altas cumbres del planeta Tierra... ¿Qué elemento primordial, prodigioso, es el que suponía el comienzo de la actividad? En este aspecto, la distancia o diferencia entre algunas unidades *pertenecientes al* reino vegetal y algunas pertenecientes al reino animal, era ínfima y confusa. Seguía dudándose acerca de la teoría de la generación espontánea, precisamente porque la misma observación de ciertas materias inorgánicas había arrojado saldos dudosos. Eran los cristales de la vida que estaban desparramados por doquier... Tal vez sí —decían unos—; pero sigue faltando algo. El catalizador es el hidrógeno —decían otros—. ¿El hidrógeno? ¿Por el hecho de que se encuentre, aunque en distintos estados o presencias, en el espacio todo?

Bien. Eso no importaba demasiado, a fin de cuentas. Era importante, sin embargo, que la vida estuviese presente por doquier y que las formas múltiples rellenasen el requisito imprescindible de la expresión INFINITO. Nunca se terminaba de catalogar las formas de vida halladas. Nunca... Y tampoco esto importaba al equipo que había de prodigar la inteligencia a imagen y semejanza suya, de los hombres que siendo de

la Tierra procedían, asimismo, de lo ignoto.

Se habían *producido* ácidos nucleicos a partir de la célula bien definida como apropiada al problema. Un largo recorrido, en efecto; de moléculas extremadamente simples, como el metano y el amoníaco, hasta las grandes formaciones moleculares organizadas en espiral de ácidos ADN y RNA. Del aminoácido al ácido nucleico, un paso; del cristal a la molécula viviente, un paso; de la inactividad a la vida, un paso... Luego, el código genético fue puesto al descubierto. Se tomó la información. Se organizaron bancos de material genético de ambos signos, con mayor riqueza astrógena, empero. Había, no obstante, un imponderable, el de la reacción hormonal de las formas que se trataba de fecundar. No se podía saber, *a priori*, el índice de secreción hormonal, aparte de que tanto en el instante de la fecundación como en el proceso de gestación pueden producirse cambios en la estructura química de las formas en cuestión a partir de las mutaciones de las hormonas. Pero se podría apreciar, como así estaba ocurriendo ya en otros planetas, durante el progreso generacional, a partir de las primeras apariciones de los nuevos especímenes.

El equipo explorador de 82 Eridano procedió a examinar las probabilidades de inseminación *por siembra* en las colonias de formas más definidas. El grado de salinidad era sumamente importante. Y la estabilidad del medio también. Se rechazaron los grandes mares y las grandes extensiones de agua por ser más difícil la observación. Se hallaron lagos que reunían las condiciones imprescindibles para la *siembra*. El material genético, dentro de unas bolsas térmicas que conservaban el medio ambiente en condiciones genuinamente inmutables, y que se disolvían al contacto con el líquido elemento, fue cayendo y expandiéndose en el agua, fuente de vida.

Y ahí estaban los enjambres de insectos... Parecían surgir de la superficie de la masa acuática que, a su vez, despedía irisaciones extrañas. A la vista de aquel fenómeno se comentaba entre los hombres de la expedición si no se había descartado prematuramente la idea de la posibilidad común de desarrollo en todas las especies de todo el Universo.

Se observó alguna forma de grata memoria para los terrestres. Alguien insinuó que lo más parecido a una nutria estaba en aquellos instantes dando saltos sobre un banco de arena y lodo. Otro sostuvo que había descubierto una especie de marsupiales muy simpáticos aunque diminutos. Se descubrieron algunas formas relativamente gigantes; pero, en general, 82 Eridano era un planeta idílico por excelencia. Eran formas de vida muy fecundas. Al cabo de unos meses, los hombres comenzaron a separar seres con ligeras diferencias respecto a sus progenitores y congéneres y había unas esperanzadoras discrepancias de comportamiento respecto a los más viejos seres de la misma especie... Se separaron madres e hijos del resto de la colonia, pasándolos a unas reservas acondicionadas al efecto. No se podía saber cuál de todos aquellos nuevos seres podría ser el más apto para la continuación del ensayo. Se continuó el trabajo de siembra en las antiguas colonias y en las reservas.

No había otra posibilidad para llegar al encuentro con el ser idóneo y tenían que arriesgarse a producir desviaciones en los formatos. Excitar la evolución tenía sus riesgos. Pero era el juego de la vida.

Transcurrió el tiempo. Y de las nuevas formas, de algunas de ellas, de las más revolucionadas en el sentido apetecible, surgieron otras tan antiguas como las primeras observadas. La naturaleza efectuaba el fenómeno de regreso. Había lógica también en los procesos evolutivos, por muy provocados que fueran; pero no se podía desmayar. Estaba *la certidumbre* de que solamente en una estructura igual a la humana, humana por tanto, era capaz de progresar el mecanismo del intelecto. Había que seguir adelante. La inoculación de la información humana había empezado y no podía paralizarse nada más comenzar. Muchas formas se quedaban atrás, otras progresaban, señalando el triunfo del hombre dentro del engranaje de la creación.

Y cuando el coeficiente de formas ya en curso de autoselección, de apareamiento en virtud de la norma de afinidad electiva, estuvo en marcha, los hombres decidieron regresar a su planeta, dejando al proceso de la naturaleza el trabajo inmediato.

Y transcurrieron muchos años en la Tierra y mucho tiempo en 82 Eridano. El programa de información intelectual en el espacio seguía adelante. Aquel primer equipo trabajó en otros planetas y otros equipos fueron sucediendo a los primeros en el trabajo. Hasta que un día, los hombres volvieron al planeta paradisíaco de 82 Eridiano con el fin de observar la evolución de los seres y acelerar los mismos resultados obtenidos a consecuencia de los trabajos realizados por el primer equipo.

En la Tierra, tras penosos ensayos, se había logrado no la inmortalidad, pero sí una larga vida. Los hombres eran casi inmortales. Del orden de trescientos años era la existencia del ser humano. Gran cosa, con objeto de obtener resultados. Anteriormente, con una vida tan corta como el promedio de sesenta años, el hombre no llegaba a alcanzar resultados en sus proyectos e ideas.

Nada había cambiado en el sol. El mismo cubo resplandeciente, colgado en el espacio, a modo de faro, guió a los hombres hasta el mundo objeto de su viaje. Llevaban los informes del primer equipo y se sorprendieron del desarrollo, en líneas generales, de algunas formas. No pudieron encontrar las reservas. Cambios geológicos habían alterado la topografía del planeta. No reconocieron en la realidad las descripciones trazadas en los mapas. Pero decidieron colocar el gran campamento base sobre una extensa planicie en lo alto de una loma desde la que se divisaba un gran lago sin límites aparentes. Volvieron a sembrar información genética y se dedicaron a efectuar exploraciones. Lograron capturar algunos seres sumamente avanzados y les situaron en una reserva próxima a la base. La curiosidad era la característica de estos seres, los cuales seguían, al cabo de un tiempo, dócilmente al lado de los hombres. Algunos ejemplares podían ser adiestrados e incluso se familiarizaron con los objetos y utensilios de sus instructores.

Mas 82 Eridano no era un planeta tan estable como en principio les pareció a ellos, los exploradores. Se produjeron algunos movimientos de acoplamiento

geológico que pusieron en peligro la vida de los hombres. La vida de los hombres... La nave nodriza que les había llevado cómodamente hasta el planeta desapareció en las entrañas de aquel maravilloso mundo. salvaron tres campamentos, de los siete que habían montado, y con ellos algunas pequeñas naves de observación. Ellos y ellas tuvieron que trabajar como demonios para sobrevivir con lo que les había quedado. Algunas máquinas construyeron y algunas construcciones de piedra hicieron. Y los hombres se dispusieron a esperar que una nave llegara desde la Tierra a rescatarlos.

No se aburrían, no. Fueron componiendo verdaderas colonias de animales que se adaptaron perfectamente a su presencia y que podría afirmarse no podían pasar sin su ayuda. Muchos animales avanzaron rápidamente, significándose el grado de evolución positivo en las sucesivas y frecuentes generaciones. Algunas especies fueron quedándose obstensiblemente retrasadas y se comportaban de un modo hostil respecto a los hombres y también respecto a los más avanzados individuos de algunas especies. Tras un período de unos doscientos años, lo que suponía del orden de unas cuarenta generaciones de aquellas tres o cuatro variedades de seres más avanzados, los hombres se vieron satisfechos en su obra, en parte positivamente acelerada y encaminada hacia el propósito inicial. Observaron la selección y la elección entre los individuos, los cuales, aunque tendían al apareamiento heterogéneo, difícilmente hacían progenie estéril, inclinándose las especies hacia un género específicamente diferenciado de los otros. Observaron también el comportamiento de antiguas colonias de animales relativamente desarrollados, donde el grado de convivencia señalaba la significativa inconsciencia de los seres primitivos...

Pasaron largos años. Y los hombres, a pesar de su longevidad y de que eran ayudados por los más avanzados individuos de la reserva, fueron dejando de existir. Ninguna nave había dado fe de vida y ningún indicio de rescate se había producido. Fueron muriendo uno a uno, todos... Y Evos de tiempo transcurrieron. El planeta de 82 Eridano cubrió ciclos y más ciclos orbitales. El sol estaba ahí, perenne, para que el tiempo no fuese más que un simple concepto ideado por los hombres.

Un día, un día de 82 Eridano, una gran nube gris, metálica, se posó en un prado desde el cual se divisaba un lago. Salieron hombres de la nave, idénticos a los anteriores. Descendieron por una suave colina y...

Allí estaban, correteando de un lado para otro, mirándoles fijamente, acercándose a ellos, unos seres que caminaban casi erectos sobre sus dos extremidades inferiores, manoteando y ofreciéndoles frutos. Los hombres no fueron esquivos. Habían llegado al planeta lejano para algo. Los pequeños aborígenes les tomaron de la mano y les condujeron colina abajo, hacia un llano. Y allí mismo, como saliendo de la misma tierra, aparecieron cuarenta y nueve estatuas de piedra. Eran los cuarenta y nueve dioses de 82 Eridano, aquellos cuarenta y nueve dioses de larga vida que un día anduvieron por la tierra sirviendo de instructores divinos de aquellos seres que ahora ofrecían su ofrenda a otros dioses recién llegados.

—¡Son ellos! —exclamó uno de los que iban en cabeza del equipo exploratorio

de la Tierra.

—Sí: son ellos... Continuemos su tarea.

Y continuaron; porque el trabajo no había concluido. ¡Faltaba tanto por hacer!

—Un día serán igual que nosotros —comentó el que parecía ir al mando de la expedición.

—Efectivamente, un día serán igual que nosotros...

Los pequeños aborígenes se postraron ante las cuarenta y nueve estatuas, y un inefable y potente sonido gutural ascendió por las colinas hasta perderse en los cielos con ecos de humanos dioses que llegaban desde los confines del insignificante universo que habitaban. Y desde universos, impregnando el Cosmos entero, otros ecos comenzaban seguramente a proyectarse hacia la gran lejanía.

¿Quién sabe?

Sí, ¿quién sabe?

Cosas de Milton

Félix M. Quintanilla

I

Aquella edificación, de forma circular, estaba cubierta con una plancha de material transparente que dejaba entrar el sol a raudales. Allí estaban reunidos centenares de nativos de todas las edades y sexos; y cuando se dice sexos, en plural, es porque en Milton, en el planeta Milton, no se limitaba el género de las criaturas a ambos sexos.

Se agrupaban y cambiaban impresiones en pequeños y grandes corros. Sus conversaciones eran como un grandioso juego de acertijos. Cambell se maravillaba. Cambell se volvía loco. Pues una vez hubo aprendido, no sin un gran esfuerzo por su parte, el idioma, todo aquello no parecía tener ni pies ni cabeza. Pero hemos dicho parecía, puesto que las apariencias engañaban una vez más. ¡Y claro que engañaban! Cambell no comprendió jamás.

Cambell escuchaba atentamente y, entendiendo las palabras e incluso las frases completas, no podía, en absoluto, comprender el significado.

De las primeras visitas de Cambell a los nativos no quedó constancia de ninguna clase; pero las siguientes, que fueron debidamente registradas, suponen algo tan sumamente valioso que...

En uno de los grupos más nutridos la conversación —si se puede llamar conversación— era más animada que en los otros. Dominaba el número de ancianos. Por lo cual Cambell supuso habría más cordura allí que en ninguna otra parte del barracón. E incluso esta cordura quizá fuera mayor que en todo el planeta Milton. Desde luego, le permitieron tomar asiento y hasta tomar parte en la cuestión... si es que existía alguna cuestión.

—La pequeña linterna, cuando ha llovido demasiado, se estropea definitivamente —dócilmente, el que había hablado bajó las manos hasta su regazo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. Nunca debes aceptar nada por la autoridad. Piénsalo por ti mismo —el más anciano alzó la mirada hacia la luz que entraba por la cubierta transparente y volvió a guardar silencio.

Cambell prestaba mucha atención a los mandos del aparato grabador a fin de poder registrar aquel pandemónium de opiniones. ¿O no eran opiniones?

—Son pequeñas masas puntuales con momento angular de una variable infinita —Cambell tuvo un sobresalto al escuchar aquella voz casi infantil, salida de una

criatura de tez color arcilla, arcilla de Milton, claro—. Su masa es modelo de nada.

—¿Hablar sobre los problemas fundamentales? —dijo un anciano cuya cara estaba surcada por más arrugas que las que Cambell pudiese contar en toda su vida—. Moby By y también Cowy Ty devoraron juntos un ejemplar y no llegaron a nada concreto.

—Si yo tuviera una luz no me importaría este problema —esta vez hablaba un niño, a juzgar por sus facciones y su tamaño—. Con luz no me importa la arena en los ojos.

—Son diferentes por completo y siempre llegan a la superficie al mismo tiempo. Claro está que ambos tienen masa nula —dijo aquella mujer, ¿o no era una mujer?—. Y volvió a su silencio anterior, siendo observada con todo respeto por el anciano de las infinitas arrugas en la cara.

Cambell quería intervenir. Dudaba entre lanzar una frase disparatada al azar o colocar algún concepto con cierto sentido respecto a la última frase lanzada por alguna de aquellas criaturas. Era desesperante. Era para volverse loco.

—La primera vez está abajo y luego aprende a quedarse allá arriba. Primeramente cortos espacios y después a lo mejor para siempre. No es necesario aniquilarlo: el ooz no requiere luz —esto último, dicho por otra criatura que parecía pertenecer a un sexo femenino, parecía tener cierto sentido.

Cambell pensó que alguien podía necesitar luz y que otro alguien podía pensar que el ooz, fuese lo que fuese, se la podía hurtar. Además, otro alguien pensaba que el ooz, fuese lo que fuese, no necesitaba la luz, y, por tanto, no la hurtaba a nadie. ¡Magnífico! Cambell intervino espontáneamente:

—El ooz se queda durante la noche y aprovecha toda la energía que no existe para poderse apoyar en nada allá arriba.

¡Diablos, qué bien le había salido!

Todas las miradas convergieron en él. Las anodinas expresiones de otros grupos también se volvían hacia Cambell. ¿Habría dado en el clavo? Vana ilusión la de Cambell. Tras unos momentos de silencio en casi todo el barracón, los murmullos de las vesánicas conversaciones volvieron a imperar en aquella enrarecida atmósfera. Leves sonrisas de conmiseración iluminaron los estúpidos rostros de aquellas huidizas criaturas. ¿Sería posible que Cambell no hubiera dicho nada lo suficiente insensato como para convencer a los aborrecibles tipos de Milton? Cambell estaba seguro de haber tirado una primera piedra a aquella difícil charca y haber producida en ella algunas pocas ondas. Otra ocasión, tal vez, y otra piedra produciría nuevas y más amplias ondas en el agua. ¿Y si la superficie de la charca era demasiado sólida? ¡Qué aberración, Dios! Algo tendría que haber, sin embargo; algo como una especie de brecha.

Cuando Cambell se encontraba con dos nativos que iban por la calle, procuraba saludarles con objeto de entablar conversación; pero los nativos eran tan endiabladamente escurridizos que se le iban como anguilas sonrientes de entre las

manos.

¿Era la conversación entre dos individuos en iguales tonos que entre varios de ellos, como ocurría en el barracón? Sí: efectivamente. Nada cambiaba en la pauta, en la forma, en el tono, en el ritmo, en todo...

Cambell recordaba que en cierta ocasión tuvo en su oficina a dos criaturas de aquellas. Fueron «capturadas» y, tratando de asustarles, los agentes armados, haciendo alarde de violencias sin cuento, introdujeron a ambos personajes en aquel cuartucho espeluznante que recordaba antiguas mazmorras surrealistas en unos viejos tiempos idílicos de la Tierra. Pero las dos criaturas no cesaron de sonreír en ningún instante. Cuando pasaron a presencia de Cambell, éste les preguntó algo respecto a una ciudad abandonada de la que salían sonidos extraños al anochecer.

—Después de mucho tiempo ya no hemos vuelto a la ciudad —repuso con cierta coherencia uno de ellos.

—Cuando vamos más allá ya no estamos y el que pierde paga, y entonces todos se van más allá y ya no están nunca.

Aquello era otra cosa; había cuando menos, más amplitud de ideas.

II

Una nueva idea es como un búfalo asustado por un estampido en la calma de la pradera. Una nueva idea es como un tiro de rifle en un planeta sin atmósfera. Lo que quiere decirse es que nunca se sabrá hasta dónde puede llegar el búfalo en su alocada carrera, ni cuál será el destino del proyectil.

En vista de este principio tan solemne, el profesor Cambell también tuvo una idea nueva respecto a los habitantes del planeta Milton.

Un planeta antiguo es, ante todo, un planeta antiguo. No debemos olvidarlo. De modo que cuando nos encontramos con una ciudad cuya mayoría de edificaciones e instalaciones ya no son necesarias, ya no tienen ninguna utilidad, ni siquiera para los propios nativos, quiere esto significar que tales instalaciones y edificaciones ya no cumplen su cometido para el que fueron realizados o que los nativos se han olvidado de cómo emplear todo el complejo disponible. Un legado perdido.

El dictamen, al cual habían llegado varios investigadores que fueron llamados a Milton, un delicioso planeta situado en una de las numerosas órbitas de un sol bautizado con el nombre de Dilmun, fue que los habitantes del tal planeta habían llegado a un estado avanzado de endurecimiento de sus células cerebrales. Pero que, a pesar de este endurecimiento celular, los nativos eran unos seres felices. No se les había hallado signo alguno de que se considerasen una cuadrilla de desgraciados. Su planeta era un paraíso. El sistema entero era un paraíso. De ahí los nombres de Dilmun para el sol y Milton para el planeta.

En las primeras visitas a las familias que constituían las diferentes sociedades de Milton, Cambell creyó que aquellos individuos bromeaban a costa de él. Más adelante llegó a la conclusión de que aquellos seres tan amables se expresaban de aquella forma para evitar ser comprendidos por los extraños hombres de la Tierra. Y al final consideró que ésta era la manera de ser de los nativos.

¡Qué misterios no encerrará el Universo! Y una cosa se podía decir del misterioso planeta Milton: sus moradores eran unas criaturas honradas y sinceras. Y, también, muy inteligentes.

La idea de Cambell, el profesor Cambell, para ser correctos, era introducir en una reunión de nativos una serie de computadoras, equipadas con sus traductores automáticos, partiendo de lo que ya se sabía del idioma, y los dispositivos de fichas para poder alimentar a las computadoras. Estas digerirían perfectamente toda una sesión de nativos en pleno cambio de impresiones.

Y como los nativos eran tan amables, no tendrían inconveniente alguno en permitir verse rodeados de todos aquellos aparatos. Después, con los grupos en plena actividad, solamente estaría presente Cambell, a fin de no estropear la posible intimidad del hogar...

Así, pues, fueron instalados los cerebros electrónicos en el barracón o edificio que

servía de diaria reunión a los nativos. Todo fue preparado con una gran minuciosidad. Cada equipo contaba con la computadora, traductor y complejo coordinador. Después de la sesión se quedarían solos los técnicos estudiando los resultados. Una gran tarea le esperaba al profesor Cambell.

Un día, vísperas del experimento, se acercó Cambell a una ciudad abandonada, de las muchísimas que había en Milton. Nunca había creído en los rumores respecto a los sonidos extraños que salían de algunas de estas ciudades. Generalmente, estas ciudades estaban constituidas por grandes bloques de edificios de granito, un granito blanco pulimentado. No tenían huecos en sus superficies verticales. Tan sólo algunos relieves de formas decorativas, aunque de una fría geometría. Estaban estos bloques unidos por unas pasarelas de un material pétreo cuya característica principal había sido conseguir con ello un estilo de gran esbeltez. Cualquier ingeniero de la Tierra se hubiera estrellado ante un análisis de estas estructuras. A pesar del mucho tiempo que al parecer había transcurrido desde que fueron abandonadas las ciudades, éstas se mantenían muy limpias. Tan sólo se apreciaban finas capas, ya sedimentadas, del polvo de Milton.

Las avenidas, muy amplias, daban una sensación de grandeza perdurable, producto de una raza exquisita y de una concepción arquitectónica encantadora. Habían practicado la jardinería y sus esculturas parecían surgir de la superficie del polvillo como manos de hombre gigante señalando al cielo tratando de captar «algo» de allí.

Cambell iba paseando, maravillándose de todo aquello. A Cambell le gustaba recrearse con la belleza arquitectónica de Milton. Caminaba como en éxtasis. Y, tal vez por esto, no advirtió en los primeros momentos aquellos sonidos que surgían de todas partes, como algo vivo.

¡Algo vivo! Ya se sabe lo que pasa cuando uno se encuentra de visita en un pueblo abandonado, en una aldea sin habitantes, en una ciudad de vacío completo a través de los siglos. Nadie ignora lo que hay en una ciudad muerta.

Cuando Cambell se apercibió de que algo desconocido hasta aquel momento le estaba rodeando, apresuró el paso en busca de espacios más libres, camino de la nueva civilización, la civilización de los invasores terrestres que estaban constituyendo sus propias colonias-base. El sonido entrañaba una cierta solidez, algo agobiante que le oprimía los sentidos y hasta las arterias. Su sangre parecía retenerse allí donde se encontraba en el momento de iniciarse aquella vibración que producía los más extraños sonidos que hubiera escuchado jamás.

Aquellos bloques estaban ocupados por algo. De ello estaba seguro, aunque las fuerzas de acompañamiento en las expediciones y ahora en las colonias no habían descubierto nada. Descubrió una rampa de acceso a una de aquellas esbeltas pasarelas y comenzó a caminar por ella. Su propósito ahora era avanzar todo lo posible hasta el interior de uno de aquellos bloques. La extraña opresión no cesaba ni un solo instante. Y, a medida que ascendía, el sonido parecía debilitarse más. Llegó a la

pasarela y lanzó una mirada a ambos edificios opuestos. Uno de ellos le llamó la atención por su mayor abertura en el hueco de lo que cualquiera hubiera denominado fachada. Cuando se introdujo por aquel hueco se dio cuenta de su imprudencia. El sonido cesó súbitamente. Un murmullo se extendió por todo el ámbito: parecía partir de una especie de esfera situada en la parte superior del edificio.

La sorpresa es lo único que necesita el investigador para aumentar todavía más su curiosidad. Cambell esperó pacientemente, en plena tensión, a que «aquello» se apaciguara. La gran esfera pareció vibrar y su tono de luz que recibía del exterior fue perdiendo visor, hasta ser enteramente transparente. Algo o alguien había desalojado la esfera y Cambell no había podido saber qué era. Ahora estaba igual que antes de apercibirse del extraño sonido que lo llenaba todo y que le oprimía como algo denso y material. La esfera estaba vacía; eso era un hecho. Y los que continuamente patrullaban por las ciudades no habían descubierto nada...

Cambell salió corriendo del edificio y se fue disparado hacia el otro hueco al lado opuesto de donde se encontraba en aquel momento. Sus zapatos levantaban leves montoncitos de polvillo que parecía sostenerse breves instante en el aire antes de volver a ocupar el lugar que le correspondía. Cambell traspasó el hueco del otro edificio y dirigió su mirada hacia lo alto. Y allí estaba la gran esfera. Pero también había sido vaciada por sus seres, a juzgar por sus transparencias. Y cuando Cambell, ya más sosegado aunque no menos intrigado, acabó de salir de la ciudad, analizó la cuestión, reconociendo que el problema no había sido ni siquiera planteado por los exploradores de Milton. Es decir, que en las memorias y análisis no se decía nada. Tan sólo algún tiempo después de haber dado comienzo la colonización se hablaba de sonidos extraños salidos de las viejas ciudades abandonadas. ¿O no estaban tan abandonadas como se había creído? Pero rumores eran rumores y éstos se disipaban inmediatamente de haber sido difundidos, como la brisa, como el aire en las montañas, como el canto de los pájaros en las vertientes peladas de las grandes dunas de Milton, como el canto de añoranza de un hijo de la Tierra cuando se siente triste en una tarde cualquiera. Todo se disipa, sí; hasta los rumores.

Cambell respiró con ansiedad el magnífico oxígeno de Milton y permaneció con la boca abierta masticando el espíritu inquietante de aquel disciplinado planeta.

III

El sol iluminaba el ya conocido espectáculo de los grupos nativos reunidos bajo aquella cubierta transparente. El profesor Cambell caminaba de un lado para otro, poniendo a punto las computadoras a fin de que fueran engullendo y asimilando, si era posible, todo cuanto se dijera en los grupos.

—¡Hallkamm! —gritó bruscamente alguien—. ¡Hallkamm, Sah!

La asamblea había dado comienzo.

—¡Hallkamm, Sah! —corearon todos los demás nativos.

Siguió un buen rato de silencio colectivo, hasta que los grupos rompieron el fuego de su palabrería ininteligible. El profesor Cambell se acercó a un grupo y permaneció allí, de pie, sin dejar de contemplar a todos y cada uno de los que iban tomando la palabra. Los demás técnicos de Cambell habían desalojado el barracón.

—Para encontrar el curso debemos encontrar también lo imperceptible.

—El aliento es ooz. Cuando un ooz cruza y se alza ya no se le ve. Y cuando vuelve es otro. No nos sirve el ooz.

—Un sutil enrarecimiento basta para obstruir la salida. La salida existe. El sutil enrarecimiento permanece. Será difícil la salida.

El profesor Cambell blasfemó en silencio contra aquellos endiablados seres que hablaban y hablaban y no decían nada. Y se fue a parar a otro grupo. Allí estaba el anciano de las infinitas arrugas. Parecía haber un orden en algo: en la combinación de los individuos dentro de los grupos. Nunca los componentes eran los mismos. Esto, seguramente, quería decir algo.

Con las manos cruzadas por detrás, Cambell se detuvo ante el grupo y se dispuso a escuchar.

—Un cambio de posición efectivo está, seguramente, en la luz de las estrellas.

—Si hay estrellas girando en cualquiera de ellas, estará abierta la raza.

—Cuando se llevaron al valioso Ghim ellos lloraban de tristeza. Creo que la risa era por marcharse. Ghim no tuvo tiempo de hablar.

—El ooz no se marcha. El extraño siempre vuelve, inmutable, y se queda. Alguien debe encontrar la salida. La salida está cada noche. En todas las noches. ¿Cuántos quedamos?

—Los hijos alcanzan las estrellas. Los padres vuelven a por ellos. Y cuando todos están juntos lloran. Las estrellas son la noche y la noche también llora.

—No hay fricción. Sólo la vida cuando están casi muertos en su ciudad. Por esto siempre existirán los ooz.

—Uno se va y vuelve. Otros se alejan y se alejan y, cuando ya no hay memoria en ellos, él grita feliz. El planeta tiembla antes de escupir. Por esto la noche debe estar próxima; es necesario que esté próxima. El planeta tiembla.

—La luz debe de ser para todos. Una luz aislada se apaga en seguida con la

llegada de los padres. Y aunque lloran y lloran nada pueden hacer.

—¿Por qué vienen los hombres? El ooz no se marcha; únicamente se aleja. Debemos estar todos con la luz.

—La partida hará llorar a todos —dijo el anciano, levantándose y comenzando a caminar—. El ooz también.

Cambell le preguntó:

—¿Qué es el ooz?

—Existe un ruido de la vida en Milton —respondió el anciano, y salió iniciando el desfile de todas aquellas criaturas inverosímiles.

El profesor Cambell permaneció allí absorto en sus pensamientos, en espera de que los técnicos ayudantes entrasen para recoger todo el material y trasladarlo en las motonaves a la base.

Y cuando todo estuvo en orden, dentro de los móviles, Cambell, retirando el sudor de su rostro con su pañuelo, se recostó sobre el respaldo del asiento.

—¿Algo nuevo, profesor? —preguntó alguien a su espalda.

—Nada, Elias, todo es un endiablado embrollo.

—Parecían muy fatigados los nativos. Yo les vi más tristes que otras veces.

—A veces me parece que en ellos la tristeza es la verdadera felicidad. De modo que, ¡vaya usted a saber!

—Son misteriosos en verdad estos elementos...

IV

El profesor Cambell andaba excitadísimo de un lado para otro. Los técnicos en computadoras habían concluido su tarea de selección y la colocación de fichas estaba lista para ser analizada. Si su idea tenía éxito habría descubierto el secreto que se encerraba en el idioma de Milton y también el enigma de las ciudades. En total, el misterio de Milton sería puesto al descubierto.

Como quiera que la primera sesión registrada también había sido estructurada en fichas, ésta era la primera que deseaba tener analizada. Cuando le trajeron la cinta estaba departiendo amistosamente con un ingeniero especialista en arqueología astral llamado Neilson.

—De ser como usted dice —advirtió Neilson—, estas esferas han sido colocadas no hace mucho tiempo. Con lo cual obtenemos el siguiente resultado: no pertenecen a la arquitectura ya estudiada de Milton.

—Mire, Neilson —dijo Cambell visiblemente enojado—, yo no soy ingeniero, ni arquitecto, ni técnico en nada. Me limito a mi profesión de especialista en sociología espacial. Y, por lo que yo he venido observando, estas ciudades de Milton estaban estructuradas para sociedades enormemente gregarias. Puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que cada bloque o edificio venía a ser algo así como una colmena. Un arquitecto corriente de la Tierra, piensa los habitáculos para una familia de entre dos y ocho componentes: pero no mucho más. Aquí, en Milton, las edificaciones carecen de estas unidades familiares. La vivienda unifamiliar, tal como nosotros la consideramos para muchos de los planetas conocidos, no existe en Milton.

—¿Quiere decir que estos bloques servían para alojar verdaderos enjambres de criaturas? —objetó Neilson—. En este caso habríamos de admitir una terrible promiscuidad.

—¿Por qué no? La Tierra en sus tiempos de tribus también usaba el método gregario y, por tanto, promiscuo. Milton es un planeta, en este aspecto, demasiado promiscuo. No olvide su pluralidad de sexos en los grupos y, seguramente, en algún mismo individuo. De todos modos, estas esferas, como usted dice bien, no estaban en los bloques cuando nuestros exploradores llegaron aquí. Aún después de mucho tiempo, las patrullas no las han descubierto. Ahora sí. Posiblemente estos seres que yo capté no pudieron advertir a un hombre solo, paseando distraídamente, como yo lo hacía. Tal vez una patrulla haga demasiado ruido o sea más fácil su captación para «ellos».

—De todos modos, tal vez la computadora nos diga algo...

—Eso espero. Casi no me atrevo a saber nada más de este pandemónium miltoniano —dijo Cambell, procediendo a introducir ordenadamente aquella cinta en el visorlector automático que tenía ya conectado desde hacía un rato.

Un chasquido de la máquina anunció el paso del comienzo de la cinta por la

primera célula. Un rum rum característico siguió durante unos segundos y, acto seguido, apareció en la pantalla lo que Cambell también recordaba de aquella primera sesión a la que asistió con un magnetófono portátil. Al mismo tiempo, el parlante, con el mismo tono de voz registrado en la sesión, iba sonorizando la lectura.

«La pequeña linterna, cuando ha llovido demasiado, se estropea definitivamente. Me alegro de que lo hayas hecho. Nunca debes aceptar nada por autoridad. Piénsalo por ti mismo».

Análisis: La pequeña linterna se rebela contra la autoridad de alguien. Habla de forma impersonal y es felicitado por apagarse cuando ha sido sometida a la lluvia. Stop.

«Son pequeñas masas puntuales con momento angular de una variable infinita. Su masa es modelo de nada».

Análisis: Se refiere a la lluvia que, como principio de autoridad, impulsa a la linterna a realizar algo opuesto a sus deseos. Entiéndase por masa puntual el electrón, ya que posee momento angular reconocido. Su masa, modelo de nada, niega al electrón, luego sólo nos resta considerar como nada con masa puntual al fotón. Luz es lluvia, por silogía comparada. Stop.

«¿Hablar sobre los problemas fundamentales? Moby Ny y también Cowy Ty devoraron juntos un ejemplar y no llegaron a nada concreto».

Análisis: La anterior pregunta rechaza una posible sugerencia de aprovechamiento de la lluvia-luz. Si dos unidades tipo devoraron un ejemplar, sin llegar a nada concreto, quiere decir que hubo disección y frustración. Stop.

«Si yo tuviera una luz no me importaría este problema. Con luz no me importa la arena en los ojos».

Análisis: El que habla espera otra clase de luz. Con ello cesaría toda molestia de agente extraño en sus ojos. Stop.

«Son diferentes por completo y siempre llegan a la superficie al mismo tiempo. Claro está que ambos tienen masa nula».

Análisis: Se advierte diferencia entre ellos. Indudablemente, los fotones cumplen esta condición, incluso en el vacío. También los electrones cumplen la misma condición, naturalmente. Stop.

«La primera vez está abajo y luego aprende a quedarse allá arriba. Primeramente cortos espacios y después a lo mejor para siempre. No es necesario aniquilarlo: el ooz no requiere luz».

Análisis: De esto se infiere que el denominado ooz primero está abajo y luego está arriba. También se advierte la posibilidad de movilidad autónoma, puesto que puede quedar o estabilizar a discreción. Si el ooz no requiere luz, puede aceptarse el hecho de que él mismo sea luz, lo que es dudoso puesto que el que habla no ve la necesidad de aniquilarlo. El ooz no es un fotón, aunque reúne muchas condiciones y cualidades de estas partículas. Stop.

«El ooz se queda durante la noche y aprovecha toda la energía que no existe para

poderse apoyar en nada allá arriba».

Análisis: Si no existe energía no hay nada que aprovechar y, por tanto no puede apoyarse y quedarse arriba. El ooz puede o no quedarse durante la noche, pero no existe motivo concreto para ello. Si el ooz no requiere luz, porque él mismo puede serlo, no existe tampoco motivo para querer aprovechar energía que por otra parte no existe. Absurdo por sí mismo. Stop.

Cambell cerró el conmutador del aparato. Se sentía visiblemente avergonzado.

—¡Absurdo por mí mismo! —dijo irónicamente—. Ese que ha hablado últimamente soy yo. ¿Qué le parece?

—¿Usted?

—Sí: quise probar en aquella endiablada reunión la reacción de los componentes del grupo. Ya entonces me di cuenta de que no había hecho otra cosa que el ridículo.

—No debe preocuparse. La ciencia tiene que probar todo lo que encuentre a su alcance. Pero creo que podemos llegar a resultados positivos, si seguimos así.

—Puede ser, puede ser, Neilson —murmuró el profesor Cambell—. Espero que esto se aclare.

—Se está aclarando, Cambell —dijo entusiasmado el ingeniero Neilson—. ¿No aprecia en esto que dos fuerzas parecen luchar por algo? Al menos, por lo que yo veo, una de estas fuerzas quiere vencer o aprovecharse de la otra. Una fuerza es el nativo. Otra fuerza es el ooz, una incógnita.

—Más bien un factor desconocido, Neilson. La incógnita es esa luz que necesitan para no sé qué diabólicos fines.

—Sí, ¡claro que sí! —exclamó Neilson entusiasmado.

—Unas criaturas que se comportan de un modo rarísimo, un factor desconocido denominado ooz, y una luz que no está más allá de ser una incógnita. ¡Vaya una ecuación!

Cambell, desfallecido, se dejó caer en una butaca. Neilson le dio la espalda, enfocando su mirada a una lejana ciudad que se divisaba a través de la irisación del sol. Y también debía pensar en los misterios que encerraba cada ciudad, cada rincón del Universo.

Un joven de unos veinticinco años, ayudante técnico de computadoras, llamado Ratsbonne, entró precipitadamente en el despacho llevando entre sus manos la caja de una nueva cinta, ya preparada por el analizador múltiple.

—¿Averiguó algo, profesor? —dijo, cordial, mientras dejaba la caja sobre la mesa de Cambell.

—No mucho, hijo; no mucho, por cierto —repuso con acento de fatiga Neilson, en vista de que Cambell parecía adormecido.

—Se preocupan demasiado, entiendo —dijo el joven Ratsbonne irreflexivamente—. Yo creo que estos nativos están locos porque se les ha perdido algo y, además, hay otros seres que también están locos porque suben y bajan y bajan y suben y nunca se sabe si se quedan a dormir abajo o tienden una hamaca allá arriba.

El profesor Cambell alzó la cabeza sonriente: siempre le había agradado aquel joven. Un poco alocado, si se puede usar este término, pero muy eficiente en su labor. Y además nunca tenía ideas raras, dedicándose con mucha atención a su trabajo.

—De modo, Ratsbonne, que aquí todos estamos locos...

—¡Oh, no! Yo no he dicho eso, señor. Tan sólo quise exteriorizar mi opinión respecto a todo este barullo —aclaró el joven.

—De modo, Ratsbonne, que también es esa la opinión de todos ustedes: que existen dos clases de gentes, criaturas, seres o como queramos llamarlos, ¿no?

—En efecto, señor Neilson. Esto es lo que dicen todos. Ya lo sospechábamos antes, cuando se escuchaban rumores de que en las ciudades abandonadas existía algo raro, a veces.

—Ya... —Cambell se levantó de su butaca y fue hacia la mesa—. Pero ¿qué opinas tú? Digo de una manera estrictamente personal.

—A mí no me haga caso. Yo tengo ideas propias, señor. Mi padre decía que acabaría en Marte. Si llega a saber que me destinarían a Milton se hubiera muerto de risa. Ahora es él el que está en Marte. ¡Qué cosas!

El profesor Cambell colocó la cinta en el aparato visorlector y dio al conmutador. Al cabo de unos segundos el conocido chasquido anunció la nueva emisión.

«Hallkamm. Hallkamm, Sah... Hallkamm, Sah».

Análisis: Se desconoce el significado. Parece ser invocación. Stop.

«Para encontrar el curso debemos encontrar también lo imperceptible».

Análisis: Algo que buscan está sin percibir todavía. Stop.

«El aliento es ooz. Cuando un ooz cruza y se alza ya no se le ve. Y cuando vuelve es otro. No nos sirve el ooz».

Análisis: Desean basarse en algún principio del ooz. Este es reconocido por ellos cuando cruza y se eleva, desapareciendo. Cuando vuelve es otro. Se ha producido cambio, mutación o variación. No sirve su principio puesto que vuelve. Stop.

«Un sutil enrarecimiento basta para obstruir la salida. La salida existe. El sutil enrarecimiento permanece. Será difícil la salida».

Análisis: Algo se opone a la salida. Esta salida es deseada. En los términos que se expresan, salida quiere decir escape. Existe persuasión de la salida. El obstáculo persiste, por lo que implica dificultades para la escapada. Stop.

Un run run continuo dio a entender que no había más cinta. Cambell pulsó el conmutador.

—Neilson, estos endiablados seres quieren huir. Me consta.

—Y piensan que se pueden apoyar en principios de dinámica que emplea el ooz. Reconocen que este ooz no les sirve. ¿No podría ocurrir que este ooz, sea lo que sea, impidiese la salida o escapada de los nativos? —dijo Neilson.

—Me temo que este fantasmal ooz no entre ni salga en la cuestión —dijo a su vez el profesor Cambell.

—No me extrañaría, entonces, que esa obstrucción fuéramos nosotros. Somos

nocivos. Yo recuerdo que en Crámides Dos, los nativos se lamentaban de que nosotros les trajésemos influencias nocivas. Algo así como enfermedades desconocidas en ellos hasta aquel entonces.

—¡Ratsbonne!

—Perdón, señor...

—¡Diablos de chico! ¿Sabe, Neilson, que Ratsbonne puede muy bien tener razón? —dijo entonces el profesor Cambell.

—Claro que la tengo, señor...

—Será mejor que te expliques, Ratsbonne —dijo muy serio Neilson.

—Verán... Mi padre decía que el hombre está dotado de influencias muy raras. Estas influencias operan sobre los animales inteligentes y se hacen inútiles e inoperantes sobre animales inferiores. En Crámides Dos los nativos acabaron enfureciéndose tan sólo ante nuestra presencia y se volvían locos ante nuestras miradas. Si persistíamos terminaban en plena postración. Creo que esto está siendo observado también en Edén, el próximo planeta exterior, de Delmus, claro —y Ratsbonne se quedó mirando a los otros dos con una sonrisa en los labios y un brillo de victoria en los ojos.

—¿Y por esto quieren escapar de nosotros? —preguntó incisivo el profesor Cambell.

—¡Oh, no, señor! —repuso con prontitud el joven—. No quieren escapar de nosotros solamente. Les bastaría para esto emigrar a otras ciudades que no conocemos todavía o a algún continente inexplorado. Quieren huir de Milton. Y han probado en seguir pautas y principios del ooz.

—Y supongo que también sabrás quiénes o cuáles cosas son esos ooz dichosos, ¿no? —dijo malhumorado Neilson.

—Sí, señor. Casi no se les puede ver, pero sé que son una especie rarísima de aves de cuerpo casi imperceptible. Se les adivina, más bien. Por la noche brillan como el papel celofán. Yo los llamo espíritus planos. Dan la sensación de hojas de libros que caminan por el espacio desprendidas de algo. Hojas transparentes, claro.

—¡Claro! —desdeñó Neilson—. Se dice muy pronto.

—No nos debe extrañar, Neilson —dijo Cambell en apoyo del joven—. En la Tierra, así como en innumerables planetas, existen las especies de las medusas. Incluso le ruego que recuerde que en Venus hallamos medusas aladas. Pero estimo que aquellos animales eran más corpóreos que los que ha descubierto Ratsbonne.

Los tres guardaron silencio y, sigilosamente, Ratsbonne abandonó el despacho del profesor.

—¡Endemoniado Ratsbonne! Nos está dando una lección, me parece.

—Sí, una lección de curiosidad —dijo Neilson—. Los chicos son muy curiosos y acaban descubriendo cosas.

—Y luego nos duele a los viejos que nos alcancen tan pronto. Esto ocurre —dijo de buen humor el profesor Cambell.

—No. A mí no me duele. Lo que sí me molesta es el grado de despreocupación que pone este chico por las cosas. Luego resulta que ya lo tiene todo sabido, como cosa natural.

—Así es la juventud, Neilson, Así ha sido siempre. Y así hemos sido nosotros también. Me repugna la idea de que nos empujen; pero me domino y, en el fondo de mi ser, deseo ayudarles. Este Ratsbonne es algo único. También a mí me desespera que dé a sus opiniones este aspecto tan, digamos tan natural. Pero yo lo tomo por el lado humorístico, porque entiendo, Neilson, que hasta la Ciencia debe tener su buen sentido del humor. Un sentido bueno, humano, decente del humor, es algo que quizás impulse al género nuestro, a nuestra especie, hacia enormes distancias donde nos hallemos con nosotros mismos. Y este sentido del humor lo tienen estos mocosos. Por esto, por inercia, arrastran a unos y empujan a otros hacia el mañana. Siempre ha sido así.

—Pero a esa edad no se puede discernir correctamente...

—La mejor edad si se les ayuda y la peor si se les ponen obstáculos. Neilson, si a nosotros no nos hubieran ayudado de cierta manera, no estaríamos ahora aquí, orgullosos del puesto que ocupamos en la humanidad. Y si no nos hubieran puesto algunos obstáculos tal vez hubiéramos ascendido un escalón más en la rampa de la sociedad a la que pertenecemos. Hemos de proteger a estos chicos. Hay muchos Ratsbonne por ahí.

V

El profesor Cambell se había quedado hasta muy tarde en su despacho, estudiando los resultados de los análisis. Repasaba constantemente aquellas cartulinas escritas a máquina y no quedaba nunca satisfecho.

«Un cambio de posición efectivo está, seguramente, en la luz de las estrellas. Si hay estrellas girando, en cualquiera de ellas estará abierta la raza».

Análisis: Esperan que cambie su situación con la percepción de alguna estrella concreta o de varias. Pero si están girando, si tienen vida, allí está abierta la raza, allí está su raza, esperándoles. Luego no pertenecen al lugar donde ahora se encuentran. De ahí un cierto descontento, añoranza, nostalgia y tristeza. Stop.

«Cuando se llevaron al valiente Ghim ellos lloraban de tristeza. Creo que la risa era por marcharse. Ghim no tuvo tiempo de hablar».

Análisis: Alguien o algunos se llevaron a un ser llamado Ghim. Ellos, no especificados claramente, lloraban de tristeza. Esta tristeza podría ser por parte de los que se quedaron o de los que se llevaron a Ghim. Ellos no son los nativos, luego los nativos no lloraron. Puede ser que la risa era por marcharse. Se refiere a Ghim. Si Ghim no lloraba, ¿podían llorar los que se lo llevaron? Stop.

«El ooz no se marcha. El extraño siempre vuelve inmutable y se queda. Alguien debe encontrar la salida. La salida está en la noche. En todas las noches. ¿Cuántos quedamos?».

Análisis: Son dos seres distintos ooz y extraño. Son dos seres distintos que están presentes en el mismo tiempo y, ahora, frecuentemente, en el mismo espacio. El extraño puede ser el hombre, luego el ooz no es un extraño. Alguien debe encontrar la salida. La salida está en la noche, en las noches. ¿Cuántos quedamos? Quiere decir, únicamente, que cuando se han producido las salidas o huidas siempre ha sido de noche. Ratifica el resultado el cuántos quedamos. Stop.

«Los hijos alcanzan las estrellas. Los padres vuelven a por ellos. Y cuando todos están juntos lloran. Las estrellas son la noche y la noche también llora».

Análisis: Los que salen deberán volver a por los hijos que han quedado. Como los que hablan son ancianos, los padres pueden ser inteligencias rectoras ocupadas en rescatar a sus hijos errantes. Lloran cuando están juntos. Universal y natural en estados poseedores de conciencia. Si la noche llora se debe a una figura retórica que hace de la noche un conjunto de estrellas en el vacío cósmico. El vacío es también noche. Stop.

«No hay fricción. Sólo la vida cuando están casi muertos en su ciudad. Por esto siempre existirán los ooz».

Análisis: No hay movimiento mecánico reconocido. Se refiere a los ooz. Esta estadística de una muerte ficticia es la vida en las ciudades. Stop.

«Uno se va y vuelve...».

—Esto no lo entiendo ni aunque me maten —se dijo Cambell.

Análisis: Uno se va y vuelve se refiere al ooz. Otros se alejan y alejan y cuando ya no hay memoria de ellos él grita feliz. El ooz se encuentra mejor sin la presencia del otro. El otro, en este caso, es el hombre. El planeta tiembla antes de escupir. Por esto la noche debe estar próxima. Es necesario que esté próxima. El planeta tiembla. Los sentidos de los nativos que desean huir detectan antes de alguna salida, individual o colectiva, la noche propicia. Escupir es analogía de expulsar. Temblar el planeta puede ser tomado por emoción o psique total de una comunidad. Stop.

«La luz debe ser para todos. Una luz aislada se apaga en seguida con la llegada de los padres...».

Análisis: Deben reunirse todos. Un individuo solo no tiene poder para mantener contacto con la inteligencia rectora que intenta rescatarles. Los padres o la inteligencia, acusan estos fallos. Stop.

«¿Por qué vienen los hombres? El ooz no se marcha; únicamente se alela. Debemos estar todos con la luz».

Análisis: Simple principio de amor universal de desear el bien para todos. Se puede deducir de la palabra luz, completando la última frase que existe cierta conexión entre luz, inteligencia, padre y bien total. Stop.

«La partida...».

Análisis: Partiendo de la premisa anterior, la ausencia del bien hace llorar a los que quedan. El ooz también corrobora esta idea acerca de los efectos de la ausencia.

Ha sido necesario un alarde de la técnica superior para interpretar estos acertijos. ¿Son tan superiores que no necesitan expresar la idea completa? ¿Han necesitado reunirse y charlar y charlar para tratar de encontrar respuestas y soluciones? O, sencillamente, ¿es una forma social de comportarse? Y no son los nativos. ¿Serán los nativos estos malditos ooz?

VI

Había muchas preguntas que hacerse todavía respecto a Milton. Después de todo, tan sólo conocían una pequeña fracción de la superficie del planeta. La ciudad y los alrededores de la zona cercana a donde había sido establecida la colonia base que servía de cuartel general a los mandos de las patrullas de exploración era algo bastante conocido y, sin embargo, misterioso. ¿Qué no pasaría en las zonas del resto de Milton, por las que cientos de colonos se habían aventurado?

Neilson había vuelto con una patrulla a la ciudad abandonada con objeto de estudiar las esferas descubiertas por Cambell. Pero no habían visto nada, excepto una especie de tejido viscoso gris, blanco y rosado, semitransparente, que estaba abajo, entre dos plantas estructurales de algunos bloques. En total nueve «cosas» de aquellas. Tomaron fragmentos de las nueve y las depositaron en unos estuches para llevarlas a la base. Por lo demás, todo seguía lo mismo. Algo después del mediodía de Milton ya estaban en la base. Después de asearse, Neilson se cercioró de que sus instrucciones habían sido cumplidas por parte de sus ayudantes y tras presentarse al comandante de la base se fue a visitar a Cambell.

El apartamento de Cambell era como una especie de bungalow dentro del complejo de naves y más naves que formaban la fortaleza. Cuando llegó al apartamento, Neilson apreció había sido abandonado precipitadamente por el profesor Cambell.

Se alejó de allí, dirigiéndose directamente al despacho, sospechando encontraría novedades.

Y allí estaba Cambell, en plena discusión con los especialistas jefes de computadoras. Habían decidido meter en la computadora Vmm^3 , que era la cosa más perfecta que había podido fabricar la tecnología humana, la serie completa de datos disponibles y las contestaciones de las demás computadoras. Podía esperarse algún resumen espectacular. Y este resumen se había producido.

Análisis Vmm^3 : Tres especímenes en pleno antagonismo. Primero uno llamado ooz, de enorme capacidad de movimiento en el espacio atmosférico. Actúa como unidades eléctricas autónomas, aislado y en masa. Segundo, los que buscan la salida definitiva. Son invasores no agresivos. Desean encontrar velocidad de escape y tratan de apoyarse en el ooz cuando en masa esté a plena carga para depositarse a cierta distancia de la superficie y allí ser captada por los poderes matrices de su raza. Existen varias unidades estrellas ocupadas por esta civilización. Han empleado el lenguaje hablado para evitar se anulase cualquier posibilidad latente en los individuos de primera edad nacidos en Millón y, por consiguiente, con memoria no exteriorizada. Grado intelectual sobre base uno, igual a cinco, siete, con error admisible hasta un cinco por ciento a falta de datos específicos. Tercero, los que llegan del exterior y son temidos por el ooz y rechazados por los que se van o quieren

irse, de civilización tipo uno coma uno, están en período de colonización: hombres.

Últimos datos introducidos en análisis defectuosos. Falta valor energía. Stop.

—¡¡Ratsbonne!! —gritó encolerizado el profesor Cambell, siendo observado con sorpresa por algunos de los matemáticos allí concentrados.

—¿Ocurre algo, profesor? —preguntó uno de los jefes de equipo encargado de la Vmm³.

—¿Que si ocurre? Este Ratsbonne lo sabía antes que su estúpida Vmm³ —contestó más irritado, si cabe, el profesor Cambell.

—No puede ser, profesor —opuso el jefe de equipo.

—¿Por qué no puede ser? —preguntó mordiente el profesor Cambell.

—Este cerebro dispone de un núcleo que se mantiene en un vacío cuya temperatura se mantiene en el más severo cero absoluto. La memoria está situada en este mismo núcleo circundada por miles y miles de dispositivos continuos de helio líquido. ¿Quiere más explicaciones? Este cerebro no puede fallar. Mantiene en pleno funcionamiento cinco mil quinientos millones de circuitos de doble salida, equivalentes a células cerebrales, mucho más perfectos que muchos cerebros humanos de tipo medio, puesto que en éstos una gran superficie activa en potencia permanece anquilosada en el concéntrico basal. ¿Quiere más explicaciones? Se las podría dar —El jefe de equipo era doctor en Exactas, de modo que parecía tener alguna razón, motivo más bien, para haberse indignado con el profesor Cambell.

—Escúcheme —dijo Cambell—. Todo esto me parece muy bien; pero esta magnífica Vmm³ carece de imaginación, que es, en definitiva, lo que excita las células cerebrales y las pone en actividad; y cuanto más imaginación tenga una persona, más actividad existirá en sus malditas células cerebrales. ¿Entendido? Su cerebro electrónico duerme. Y el de este... bueno, el de este Ratsbonne no descansa jamás. De ahí la notable diferencia en número de células activas.

Y el tal Ratsbonne, con la cabeza inclinada, asistía a aquella bronca como preparándose para expiar una falta.

La entrada de Neilson puso un poco de paz en el ambiente y calma en los ánimos. Y entonces fue cuando Cambell descubrió a Ratsbonne.

—Hola, Neilson. ¿Qué le dije yo sobre este chico? ¡Ratsbonne! Usted sabía todo esto de alguna manera —y se le quedó mirando de una manera más bien cariñosa.

—En cierto modo, señor —contestó el muchacho—. He pensado que los llamados nativos estaban evacuando Milton. Pocas colonias de ellos se veían ya. También sé que emiten con un potencial de un billón de kilovatios. Su energía es portentosa. No nos han destruido porque no han querido, señor.

—¿Es esto una broma? Le cuesta la libertad para toda la vida —estalló Cambell—. Le encierro en una casa de salud y de allí no sale.

—No será preciso, señor —dijo sumiso Ratsbonne—. El Vmm³ tiene razón. El grado intelectual de estos individuos es muy alto: pertenecen a un tipo de civilización seis coma siete. Estoy por afirmar que son los que han emitido desde CTA-21 o CTA-

102 en diferentes ocasiones que se captaron en Tierra con una radioenergía de 900 megaciclos.

—¿Qué le parece, Mendel? —se dirigió Cambell al jefe de equipo—. Esto es lo que necesita la humanidad. Elementos preocupados.

—Esto nos afirmaría en la creencia de que una civilización superior como ésta mantendría una energía del orden de millones de billones, al extenderse en una galaxia con todo su potencial. Puede ocurrir que los elementos de esta colonia hayan olvidado la energía de salida y estén esperando la captación de una energía matriz.

—Exacto, señor Neilson —aclaró Ratsbonne—. Por esto necesitan situarse fuera de la influencia atmosférica y de masa de Milton. Entonces serían captados. Si han podido convencer de alguna manera a los ooz, éstos les pondrían allá arriba y ya estarían a salvo.

—A salvo de nosotros —dijo Cambell—. Tiene gracia...

—En efecto, señor. Nosotros no tenemos canalizado nuestro poder. A veces podemos causar malestar o daño inconscientemente.

—Vamos a mi despacho, señores —invitó a Neilson y Mendel y también a Ratsbonne—. Pasa, hijo. Vamos a aclarar algunos conceptos. Puede ser que hayamos encontrado en Milton algo más interesante que una civilización perdida.

—Gracias, señor.

Tomaron asiento y los cuatro hombres se dispusieron a mantener un cambio de impresiones. Cambell tenía entre sus manos el resultado del análisis de la Vmm^3 .

—Según sus opiniones, Ratsbonne, no podemos permanecer próximos a ciertas civilizaciones que, por otra parte, son enormemente potentes. Y esto no lo ha dicho usted. La Vmm^3 nos dice que su potencial energético es de tipo seis coma siete, lo que quiere decir que se trata de una supercivilización.

—Así es, señor —dijo Ratsbonne—. Pero esto me da la idea de que su potencial está supeditado a una regla de conducta muy correcta. No puedo olvidar que, si hubieran querido, los que hay aquí podrían habernos aniquilado.

—Empiezo a creerlo —dijo Cambell—. ¿Qué piensan ustedes, señores?

—Yo admito todo cuanto dice Ratsbonne. Pero tengo una duda. Si este chico me la aclara, lo tendremos todo.

—Me alegro de que respire de esta forma, Neilson —dijo Cambell—. Esto nos permitiría emprender un programa de investigaciones que no se lo esperan en la Tierra. ¿Usted, Mendel?

—Estoy a sus órdenes. Mi campo no es la investigación, de modo que me limitaré a hacer funcionar mi máquina que, al parecer, va a necesitar pronto una docena de millones de células. No habrá, a este paso, suficiente óxido de germanio para reponer.

—Ratsbonne —dijo Neilson—. ¿Puede decirme algo respecto a las esferas que descubrió el profesor Cambell en los bloques de la ciudad? Le he visto entrar en el laboratorio de biología... ¿Puede?

—Bueno, señor Neilson, yo no he dicho nada a nadie; pero por lo que vi, estos

tejidos pertenecen a una bolsa embrionaria. Es decir, creo que estas esferas son placentas de cientos o tal vez miles de ooz. Es una placenta de motivación múltiple. Como una incubadora capacitada para una maternidad múltiple y, por tanto, para una creación, a partir de su fecundación, de una multitud de seres.

—¡Fabuloso, Cambell! —manifestó Neilson—. Tengo que darle toda la razón. Esto es lo que yo había pensado; pero jamás suponiendo pudiera explicarse una teoría tan clara y aún evidente. Le felicito, Ratsbonne, de veras.

—¿Qué estudios tiene realizados, Ratsbonne?

—Soy licenciado en Ciencias Físicas y Químicas por la Universidad de Caracas. Mi padre quería que me especializara en Biosíntesis. Pero me suspendieron en dos selecciones seguidas. Me conformé con especializarme en electrónica y física de temperaturas. Por eso estoy aquí con el señor Mendel. Y me alegro, señor.

—Gracias, muchacho —dijo el profesor Cambell—. No dejes de estudiar lo que quieras. No lo dejes aunque te maten.

VII

—Hay algo que quiero preguntarle a Ratsbonne, aunque creo que esta vez el muchacho no nos podrá contestar —dijo Neilson a Cambell—. Me refiero a una parte de los análisis parciales.

—Pregúntele, Neilson, pregúntele, espero que le sabrá contestar. Este muchacho tiene contestación para todo. No me explico por qué ha de guardar silencio de todo cuanto ha descubierto en Milton.

—Posiblemente tema hacer el ridículo. Usted sabe que muchos piensan todavía que no debemos hacer un montón de ciencia de lo que no es más que una pequeña cosa natural. Estos que así piensan desacreditan a cualquiera.

—No debe ser éste el motivo que pueda tener Ratsbonne. Ha de haber algo más. Quizá tiene una teoría y no quiere ir explanando pequeñas porciones de ella hasta que no lo consiga todo por completo.

Ambos siguieron paseando por el gran parque que los terrestres habían construido en el interior de la coloniabase. Y de pronto vieron surgir a Ratsbonne, acompañado del doctor Mendel, que salían de la cámara de computadoras. Pero ambos grupos se vieron a la vez.

—Buenas tardes —saludó Cambell—. ¿Hay alguna novedad?

—La hay, profesor —repuso Mendel—. Nuestros detectores acusan mayor energía emitida por los que hasta ahora creíamos eran los nativos.

—Así, pues, tal vez se pongan en movimiento pronto. ¿No les parece?

—Sí, señor —dijo Ratsbonne—. Hace unos minutos han regresado unos patrulleros de la ciudad de los nativos; bueno, de los que creíamos nativos. La han encontrado vacía. No han hallado a nadie.

—¿No se habrán reunido en alguna parte? —preguntó como hablando consigo mismo Neilson.

—Sí, señor. Eso parece. El mayor aumento de la energía emitida abona esta idea.

—El comandante de la colonia ha ordenado a todas las patrullas que traten de localizar a los nativos. Esto es lo que yo quería decir a ustedes...

El doctor Mendel se quedó mirando al profesor Cambell.

—¿Quiere decir que podrían irritarse, si se les pusiese trabas a sus actividades? Tiene razón. Hay que advertir al comandante de todo esto. De paso me llevaré el informe que estaba preparando.

—Una cosa, Ratsbonne —dijo Neilson—. ¿Puede usted contestarme a esto? ¿Cómo pueden los ooz quedarse allá arriba de un modo estático?

—Está claro, señor Neilson. Los martinetes, en la Tierra, también lo hacen. Salen al anochecer y suben y suben. Se pasan las noches a gran altura y luego, al amanecer, a primeras horas descienden como rayos —contestó Ratsbonne—. Mi padre y yo los sorprendimos más de una vez surgiendo de arriba, como de la nada. Parece increíble;

pero en una ocasión provocaron un grave accidente en un jet de pasajeros, volando a quince mil metros.

—¿Pueden respirar? —preguntó de una forma extraña Neilson—. Esto es lo difícil, parece.

—Puede que la atmósfera enrarecida les agrade. De todos modos, si pasan la noche a esa altura y duermen sin ser molestados, de una forma profunda, cataléptica, no creo que necesiten usar demasiado oxígeno. Además, no sabemos qué fibras neutras de las alturas existen. Pueden haber cinturones que mantengan corriente de aire normal y a temperaturas normales. Todo es posible. Pero el martinete se queda arriba. Igual que el ooz. Es curioso, ¿eh?

—Sí, muy curioso —y se reunió con el profesor Cambell que ya caminaba hacia el cuartel general del comandante.

—Ya tiene usted su contestación, Neilson. Y yo también tengo la mía. Si estos que creíamos nativos tienen la suficiente energía como para convencer de algún modo a los ooz de mantenerles una especie de zona de seguridad o cinturón de espera, serán captados por el gran potencial matriz y desaparecerán de Milton y de nuestra vista. Esto es lo que pienso exponer al comandante. De manera que será mejor que no molestemos a esta clase de criaturas que quieren dejarnos.

—A enemigo que huye, puente de plata —adujo Neilson, sonriendo—. No es mala idea.

—Oiga, Neilson: ¿qué edad calcula usted para estas ciudades de Milton?

—Del orden de nueve mil años, Cambell. ¿Por qué?

—¿Hay una posibilidad, Ratsbonne, de que el ooz pueda ser descendiente directo del constructor de estas ciudades? —preguntó el profesor, que parecía estar construyendo una teoría a toda marcha.

—No lo creo, señor. Aunque son hábilmente aprovechadas sus estructuras por estos fantasmas volátiles.

—Neilson: ¿cuál es su teoría personal sobre los constructores de estas ciudades? ¿Tiene alguna teoría?

—Sí, Cambell; pero temo que no nos sirva de mucho.

—Dígamela en dos palabras, por favor —pidió apremiante Cambell—. Hemos estado dormidos miles de años mientras había por ahí gente con estructuras superiores en miles de veces.

—Fueron abandonadas, finalmente, por sus moradores. Al parecer, las necrópolis las tenían en otros lugares, eso si no hacían desaparecer los muertos de algún modo físico, en crematorios o algo por el estilo. Pero, en este caso deberíamos encontrar los últimos de todas las ciudades. Puede ocurrir que un cataclismo, una enfermedad o alguna tragedia así les arrastrase a todos los últimos hacia algunas reservas o hacia otro planeta. Con el transcurso de los milenios, el mismo ooz ha podido evolucionar y adueñarse de las ciudades. El ooz nunca ha debido necesitar estas formas estructurales de las ciudades para desenvolverse.

—Lo que quiere decir que, salvo estos ooz del diablo, una vez los que creíamos nativos nos dejen, seremos dueños absolutos de Milton. Podremos dejar nuestras reservas a un lado. Seremos los nuevos ocupantes de Milton y tal vez de todo el sistema de Dilmun. ¿Saben qué quiere decir esto?

—Que habremos ganado un grado en civilización y en potencial de especie, señor —contestó Ratsbonne, que caminaba un paso retrasado de ellos.

VIII

Desde el principio, Cambell había estado luchando con aquella paradoja de los nativos, casi salvajes y correctos, en un planeta de una tecnología constructiva muy avanzada de la cual no se servían y con un lenguaje con visos de primitivismo y características muy avanzadas de métodos deductivos en preguntas y respuestas.

Y ahora que todo estaba bastante claro, seguía lo más terrible, que era tener que agradecer aquella retirada. Se apreciaba en aquella especie de escapada algo así como la docilidad ante la presencia de fuerzas superiores. Sin embargo, las fuerzas superiores estaban a su disposición. Luego, dejaban lugar a otros seres para que ocuparan su puesto de responsabilidad en el Universo. Y esto parecía lo más lógico, considerando siempre un grado tan avanzado de civilización de los mal llamados nativos. Cambell los había denominado los hijos de las estrellas con la completa aprobación de sus compañeros de investigaciones, incluido el joven Ratsbonne. — Comandante —dijo nada más entrar en la sala despacho del jefe de la colonia—, deseamos exponer unas teorías acerca de este planeta. Creemos esto urgente por suponer que los hijos de las estrellas, perdón, los que hasta ahora habíamos creído nativos, pueden desear salir del planeta de un momento a otro. Tal vez esta noche. En tal caso, le ruego los dejemos reunirse allá donde ellos lo hayan convenido, sin mayores inconvenientes ni trabas por nuestra parte. Le ruego lea el Resumen del Análisis General. Usted verá claramente cual es la situación.

Tomó el comandante las cartulinas y se dispuso a leer.

—¿Pueden esperar en la antesala de servicio? Allí estarán cómodos.

Salieron los cuatro hombres y se dispusieron a esperar la determinación que estimase conveniente adoptar el comandante.

—Yo diría que es esta noche, señor —dijo Ratsbonne—. Me lo dice el hecho de que los ooz hayan abandonado las placentas.

—Puede ser. Además, está el aumento de energía. Puede ser que se esté reuniendo todo el pueblo errante en algún lugar, disponiéndose a ascender hacia las estrellas.

Mendel parecía preocupado. Y Cambell también. Interrumpió sus reflexiones el paso de una patrulla por el lado mismo del ventanal. Poco después se oyó el ruido de pasos en el despacho del comandante y rumor de motores en la plataforma de móviles volantes.

Se abrió la puerta de la antesala y apareció el comandante. Parecía excitado y resuelto a tomar cartas en el asunto. —De acuerdo, señores. Pero hago una salvedad. Dado que han sido localizados estos... hijos de las estrellas y que cada vez va aumentando el número de los convocados, he tomado la determinación de observarles lo más cerca posible. Cuando quieran, señores...

Y salió seguido de los demás. Un capitán patrullero se unió a ellos y todos juntos fueron hacia la plataforma de los móviles que ya estaban preparando sus motores.

Ocuparon sus plazas y también dos grupos de patrulleros con sus jefes al frente en los móviles que esperaban al efecto.

Algo más de una hora después descendieron y pararon los motores. A unos dos o tres kilómetros de distancia se distinguían perfectamente los detalles de una gran ciudad. La luna alargada de Milton reflejaba alguna claridad sobre una gran explanada de arena que se extendía a la derecha de la ciudad. A medida que los hombres se acercaban a la explanada, más intenso era el rumor que habían captado desde el principio de posarse en el suelo. De la gran ciudad también llegaban sonidos intensos.

—Señor —dijo Ratsbonne—. Hay peligro de que los ooz acusen nuestra presencia y escapen sin ayudar a los hijos de las estrellas. Debemos esperar aquí los acontecimientos.

Y en aquel momento el comandante extendió la mano y las patrullas se tendieron en la arena. Los cascos mates todavía brillaban a la tenue luz del satélite.

Contemplaron los hombres un magnífico espectáculo de miles y miles de cuerpos que brillaban al sortilegio de aquella reunión. De pronto un grito general y las masas de hijos de la noche se pusieron en movimiento con las manos en alto. El ritual de una gran ceremonia daba comienzo. Los cuerpos completamente desnudos irradiaban una extraña fosforescencia. Los ecos de un canto llegaron hasta los hombres de la Tierra que asistían conmovidos hasta lo más profundo de su ser al espectáculo cósmico que se les ofrecía.

Un enorme oleaje de brazos se movía en forma de círculos continuos. El canto tenía su ritual en las tonalidades, y la danza de los brazos marcaba el éxtasis de los misteriosos hijos de las estrellas.

De pronto, un brillo cegador apareció sobre la ciudad y fue desplazándose hacia el lugar de la ceremonia de los cuerpos. La llanura comenzaba a ser un incendio maravilloso de fantásticas proporciones. Se confundió el brillo cegador con la llanura y, tras un ensordecedor alarido, una masa en movimiento de espiral lento pero decidido fue ascendiendo y ascendiendo. El brillo cegador se fue perdiendo en la noche de los espacios. La llanura quedó solitaria y triste, tal como se había predicho. En la memoria de los hombres quedaba la nostalgia de una ceremonia más importante que la misma vida de cada uno de ellos.

Y cuando regresaron a las naves voladoras, apreciaron una difícil desolación por doquier. Milton ya no era el paraíso de los hijos de las estrellas desde el momento que los hombres de la Tierra se quedasen en el planeta.

Arriba brillaba Andrómeda y más arriba todavía las constelaciones y más arriba las nebulosas y más arriba el sinfín de las estrellas. Millones y millones de años luz y millones y millones de años tiempo concreto de la Tierra contemplaban a Milton, avanzada de una nueva civilización insospechada.

¿Hay vida en la Tierra?

Manuel T. Raz

Alguien entre la multitud levantó el dedo hacia las nubes para señalar al objeto luminoso que se agrandaba por momentos.

Abajo, sobre el asfalto del centro de Manhattan, entre los agresivos rascacielos, el torrente circulatorio era intenso en las calzadas y francamente denso en las aceras. Pronto diez, cien, mil cabezas se alzaron para contemplar, en el plomizo atardecer, el extraño objeto luminoso que se agrandaba por momentos.

Pronto el objeto se agrandó frenéticamente, hasta convertirse en una amenazante bola de fuego que arrancó gritos de alarma entre la multitud. Segundos más tarde, el firme de la avenida se abrió estrepitosamente en un radio de casi diez metros para dar paso a aquella especie de meteoro.

Pocas horas más tarde, las últimas ediciones vespertinas de los periódicos plantearon la incógnita de la identidad de aquel objeto volador llovido de los cielos. Pero ya en las primeras ediciones de la mañana la prensa había reproducido las «declaraciones de los expertos», declaraciones de urgencia que confirmaban la teoría del meteorito.

«Restos del calcinado meteoro, aún incandescentes, han sido encontrados a más de sesenta y cinco metros de profundidad bajo la superficie», detallaban algunos artículos, que completaban después la información con un balance de víctimas y daños materiales producidos por el «cuerpo celeste».

Sólo los periódicos menos conservadores de la metrópoli aventuraban algunas suspicacias respecto al reticente y frío comunicado oficial. Y ponían la palabra «meteorito» entre comillas.

Hasta cuarenta y cinco segundos antes de entrar en ignición y hundirse en una calzada de Manhattan, el «Terra III» había estado retransmitiendo fotografías de la Tierra a la base marciana de seguimiento número 2.

Un fallo en los cohetes retropropulsores tuvo la culpa de que el «Terra III» se precipitase a última hora en la baja atmósfera terrestre, incendiándose en su brusco choque con el aire y estrellándose en la superficie del planeta.

Pese a todo, el equipo responsable del Proyecto Terra estaba satisfecho con los resultados obtenidos tras el lanzamiento. «Terra I» y «Terra II» ni siquiera habían logrado, meses atrás, entrar en colisión con la Tierra: el primero había pasado a más de cinco mil kilómetros del planeta y el segundo se había aproximado hasta casi quinientos, perdiéndose después, como su antecesor, camino del sol.

Más de doscientas fotografías eran el producto de «Terra III». Doscientos

documentos gráficos que permitían a los científicos marcianos un más perfecto conocimiento del «planeta gemelo», de la Tierra, del cuerpo solar con mayores posibilidades de albergar «vida animal».

La gran rueda de prensa iba a celebrarse en el salón de actos del Centro de Investigaciones Espaciales. La presidiría el doctor M.D.S., secretario general del Proyecto Terra.

La importancia, o posible importancia, de las declaraciones sobre el «aterrizaje» de «Terra III» había congregado en el Centro a informadores llegados de todas las latitudes.

Tras las primeras preguntas de rigor acerca de los fallos técnicos que precipitaron la caída del ingenio, los periodistas se interesaron por las fotografías recibidas en la Estación número 2 de seguimiento.

—Dr. D.: ¿Arroja la información de «Terra III» alguna nueva luz sobre las condiciones de vida que imperan en el planeta Tierra?

Los ojos del interrogado adquirieron un brillo especial al responder:

—No sólo arrojan nueva luz, sino que aportan al mundo científico pruebas concluyentes sobre lo que hasta ahora sólo habían sido teorías.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, en realidad, puede decirse la mayoría de esas pruebas concluyentes sólo revisten verdadero interés para los científicos.

—Entonces, ¿las fotografías del «Terra III» no nos dicen nada sobre si en el «planeta gemelo» existe algún tipo de vida animal?

—Sí, sí, nos dicen muchas cosas. Pero hemos de reconocer que son verdaderamente negativas sobre las posibilidades de esa vida animal de que habla. Aunque... es ya realmente segura la existencia de vegetales superiores.

—¿Se harán públicas las fotografías recibidas de la Tierra?

—Se harán públicas de inmediato todas las que revisten algún interés general, ya que la inmensa mayoría de ellas sólo dicen algo a los especialistas. Por el momento, la Comisión Asesora de nuestro Proyecto ha considerado de interés mostrar algunos de estos documentos a los representantes de la prensa aquí reunidos.

Un leve murmullo se extendió por la abarrotada sala mientras algunas luces eran suprimidas. A continuación, sobre la gran pantalla que ocupaba parte de un muro, fueron proyectadas las dos primeras fotos, cuyos números de orden eran respectivamente el 125 y el 140.

—Estas son las fotografías más remotas respecto a la Tierra entre las que vamos a contemplar. Esta primera está tomada ya en plena atmósfera terrestre, aunque todavía a unos seiscientos kilómetros del suelo. Y esta otra, tomada a cuatrocientos, refleja ya con claridad las formaciones nubosas que a trechos envuelven la Tierra.

Dos nuevas fotos sustituyeron a las primeras en la gran pantalla.

—Los bordes continentales se perfilan ya aquí con claridad. En el ángulo superior

derecho de la segunda fotografía pueden observar la denominada Área B, señalada por los científicos como una de las diez más probables para el posible desarrollo de formas superiores de vida.

La tercera pareja de documentos expuesta en la pantalla a la vista de los informadores hizo adoptar a la voz del doctor D. un nuevo tono, más afable y optimista.

—Tienen ahora ante sus ojos imágenes de la Tierra tomadas a menos de ciento cincuenta kilómetros de la superficie. Observen, allí donde las nubes no impiden la visión, la precisión de los bordes continentales y esa serie de manchas discontinuas de sumo interés para nosotros y que aparecen ya con precisión en las siguientes fotografías.

Las dos nuevas imágenes de la Tierra transformaron aún más la ya excitada voz del científico.

—Vean aquí con más detalles las manchas anteriores. Se trata de abrupciones y concavidades del terreno sobre las que se reparten constituciones geológicas distintas y, con toda seguridad, grandes poblaciones de vegetales superiores, verdaderos bosques.

El examen de los dos siguientes documentos gráficos fue más prolijo y los informadores formularon numerosas preguntas. El doctor D. tuvo respuesta para todas las interrogantes, tras haber anunciado triunfalmente que aquellas fotografías habían sido tomadas por «Terra III» a menos de veinticinco kilómetros sobre la superficie terrestre. Pero fue al examinar las dos últimas imágenes cuando el clima de interés alcanzó su cénit.

—Estas dos fotografías —anunció triunfalmente el doctor D.— han sido tomadas poco antes de que las cámaras del «Terra» dejaran de funcionar tras el fallo de los retropropulsores. La primera fue tomada a menos de dos kilómetros de la corteza terrestre, muy cerca del lugar previsto para el aterrizaje suave de nuestro cohete. La segunda, aunque más imperfecta debido a que el ingenio estaba ya prácticamente fuera de control, es más reveladora, ya que fue tomada a un kilómetro escaso del suelo terrestre.

Tras una somera explicación de ambas fotografías por el doctor D., los informadores comenzaron a bombardear preguntas y a garabatear respuestas acerca de aquellos dos últimos documentos gráficos.

—¿Puede decirnos, doctor, qué significan esas granulaciones casi geométricas de la primera foto?

—Esas «granulaciones», como usted las llama, han dado mucho que hablar a nuestros científicos. Son, en efecto, casi geométricas y puede usted examinarlas al detalle en la segunda fotografía. Se trata de formaciones de roca sólida, cuya naturaleza nos es por el momento extraña y sobre cuya superficie es imposible cualquier tipo de vida conocida.

—¿Y esa especie de canalillos que discurren entre las superficies rectangulares?

—La naturaleza de esos canalillos es similar a la de los cuerpos geométricos que acabamos de ver. Y, dato curioso, puedo decirles que los científicos han «detectado en ellos una especie de partículas móviles de naturaleza metálica».

—¿Qué es lo que han averiguado acerca de esas partículas? ¿A qué velocidad se mueven?

—Por el momento, lo único que se ha podido averiguar es que se mueven a velocidades bastantes regulares y que son de metal.

—¿Y esas manchas oscuras distribuidas irregularmente entre los canalillos y las superficies rectangulares?

Sonrió el doctor D. antes de responder con un cierto aire de complacencia:

—Son, sin duda, minúsculas poblaciones de vegetales superiores que aprovechan para su desarrollo las exiguas parcelas de suelo propio.

—Doctor: ¿ha averiguado algo el «Terra III» acerca de la baja atmósfera terrestre?

—En efecto. Y los resultados pueden ser más negativos para las posibilidades de vida animal conocida sobre esa parte de la superficie terrestre. ¿Ven ustedes esa bruma, esa especie de neblina que empaña la nitidez de las imágenes hasta borrarla casi por completo en algunos sectores?

Con la pregunta en el aire, el doctor D. se ajustó ambos resortes correctores de la visión. A continuación se respondió a sí mismo:

—Pues bien: no se trata de nubes bajas, sino de fuertes concentraciones de monóxido de carbono y partículas extrañas combinadas con el oxígeno, el nitrógeno y con los demás componentes menores de la atmósfera terrícola.

—Entonces, doctor D., todos esos datos obtenidos por el «Terra III», ¿hacen mostrarse a los científicos pesimistas sobre las posibilidades de vida animal en la Tierra?

—Esos datos, necesariamente, hacen reconsiderar a los científicos numerosas hipótesis anteriores sobre las condiciones de vida animal en ese planeta y, al mismo tiempo, nos obligan a todos a ser más pesimistas en ese sentido. Todos deseamos no estar solos en el sistema solar. Todos acariciamos incluso la idea de que existan seres inteligentes y próximos fuera de Marte. Pero hay que ser realistas.

Tras una leve pausa y haciendo surgir una nueva sonrisa en su rostro, el doctor D. concluyó antes de dar por terminada la conferencia:

—Sin embargo, no hay que perder las esperanzas. La imposibilidad de vida animal sobre la Tierra no ha sido aún plenamente demostrada. Y... ¿quién sabe si las próximas investigaciones no nos revelarán indicios incluso de vida inteligente en algún otro rincón del «planeta gemelo»?

Dimisión

Manuel T. Raz

M. Z. W. tenía razones muy personales para pedir el relevo.

De M. Z. W.

Jefe de Explotación de la Colonia 44 A R. T. V.

Gerente General del Planeta (Correo Interior Oficial) Asunto: renuncia a la confirmación en el cargo.

Estimado y respetado R. T. V.:

Transcurrido mi plazo normal de prueba como jefe de explotación de esta colonia, me permito dirigirme a usted suplicándole dé su visto bueno a la presente solicitud de renuncia.

Los motivos de esta petición se basan en causas puramente personales:

En primer lugar, he sido informado por el técnico sanitario de mi circunspección que las adversas condiciones climáticas de este mundo afectan de manera particular a mi fisiología, hecho que sólo el tiempo ha podido evidenciar.

En segundo lugar, la experiencia me ha demostrado ciertas incompatibilidades entre mi trabajo y mis convicciones en materia de racionalidad.

Por estimar que ambos hechos, a pesar de su índole, pueden afectar en cierto modo a la marcha de la explotación hasta ahora a mi cargo, me atrevo a sugerirle mi relevo al término de mi período de pruebas que finaliza dentro de cuatro fechas a partir de hoy.

Asimismo me permito exponerle mi solicitud de ulterior destino con arreglo al siguiente orden de prelación sobre la lista de plazas disponibles:

- Controlador de robots en las bases polares del planeta.
- Operador de calculadores en las colonias acondicionadas.
- Jefe de explotación de la base satélite número tres.
- Id. de id. en la número siete. Respetuosamente.

M. Z. W. arrancó el escrito de la tipógrafa automática y releyó el texto antes de estampar al pie su firma. Después introdujo el papel en un sobre de sustancia plástica cuyos bordes abiertos cerró a presión. Acto seguido hizo que la tipógrafa reiniciase su tecleo al dictarle una segunda carta:

De M. Z. W.

Colonia 44. Planeta 3

(Sistema 25) A E. M. P.

Albergues Unidos 222. Ciudad Los Angeles, 11
c.c.c.
(Correo Exterior Ordinario)

Querida esposa e hijos:

Ahora mismo acabo de firmar mi renuncia. Lo he hecho, os lo aseguro, sin la menor vacilación. A pesar de las excelentes relaciones mantenidas con todos los compañeros directivos, con mis superiores e incluso con mis robots auxiliares, si tuviera que dejar ya para siempre estas latitudes lo haría sin un ápice de nostalgia.

Por el momento he solicitado algunas vacantes de carácter burocrático donde apenas se hacen sentir los rigores del clima y donde además no habría de contemplar a estas pobres bestias indígenas, los *intus*, que hasta nuestra llegada eran la especie prepotente de este mundo.

También he solicitado los cargos sin cubrir en las zonas más «frías» (imagínate nuestros polos, pero con una temperatura como la de nuestro ecuador), donde, además, los trabajos de explotación se realizan ya solamente con máquinas. Claro que... allí la clase de trabajo que podría realizar está tres veces peor remunerado que éste. Pero todo lo sacrificaría con gusto por aliviar un poco las molestias que el clima produce en mi sensible organismo y, sobre todo, por no soportar más la presencia de esos desgraciados *intus* condenados a un trabajo sólo de robots, de irracionales o de esclavos.

Por último, he puesto también en mi lista de preferencias las vacantes de jefe de explotación en bases satélites, donde no habitan esas criaturas del planeta, pero cuyas condiciones de trabajo no sé si expondrán demasiado a los rigores del clima.

De cualquier modo, espero que mi relevo llegue a tiempo (dentro de catorce días) para permitirme tomar plaza en la próxima aeronave que salga hacia casa. Calculo que al menos podré disfrutar de algunos días junto a vosotros, antes de volver al período de prueba de mi nuevo trabajo.

Tal vez, a pesar de todo, este planeta o sus inmediaciones sean pronto nuestro hogar. Por si acaso, para que vayáis conociéndolo, guardo una gran colección de películas tomadas en los más bellos lugares y algunos objetos que espero resultarán para vosotros una gran sorpresa. Hasta entonces, recibid todo el amor de vuestro esposo y padre.

La bella foto familiar colocada sobre la mesa de trabajo no dejó de ser contemplada por M. Z. W. mientras dictaba la carta. Después, la carta fue introducida en un sobre de distinto color que el utilizado para la anterior. Y, en aquel preciso momento, una luz verde comenzó a hacer guiños en un ángulo de la mesa mientras de la rejilla del megáfono brotaban unos compases de xilofón.

Era la hora. La hora de supervisar la reclusión de los animales indígenas de la colonia.

M. Z. W. abandonó la estancia y el edificio. Introdujo las cartas en un pequeño buzón adosado a la fachada exterior y caminó después hacia la factoría donde los *intus* arrancaban aún al suelo materiales ricos en magnetita.

A lo largo de una de las enormes alambradas que cercaban el campo de trabajo, varios robots, empuñando sus lasers de grueso calibre, vigilaban los movimientos de las bestias.

¡Las bestias! M.Z.W. contemplaba a veces con pena los ojos húmedos de aquellos voluminosos seres y leía en ellos algo así como ráfagas de inteligencia, como destellos de raciocinio. Claro que... también le había ocurrido cosa parecida mientras acariciaba allá en el jardín de su hogar ahora lejano a sus animales domésticos preferidos. Sin embargo, en los ojos de los *intus* creía adivinar algo más. Algo que tal vez los fríos cerebros medidores de la racionalidad habían pasado por alto.

Pulsó M.Z.W. el botón del ascensor que había de conducirlo a la caseta de control, situada sobre una especie de gigantesco podium. Ya ante el tablero de mandos, se reclinó ligeramente en su asiento y contempló durante algunos segundos a los *intus* y a sus guardianes.

Las bestias se movían entre la cantera y las enormes molturadoras, combinando su esfuerzo con el de máquinas y herramientas. Los guardianes permanecían impávidos, rígidos como postes, sin modificar la posición de sus armas pero atentas sus complejas células fotoeléctricas a las posibles desviaciones o rebeliones de los sometidos.

Pulsó una tecla y todos los robots de la colonia dieron la orden de detener el trabajo. Las luces verdes del tablero indicaban que todo seguía en orden. Oprimió después otra tecla y las escuadrillas de *intus* comenzaron a confluír hacia la gran explanada central de la gigantesca factoría. Cada escuadrilla, compuesta por unas dos mil criaturas, iba bajo el directo control de un par de robots. Así, pues, doscientos robots se bastaban para manejar la colonia.

De nuevo las luces indicaron que nada anormal estaba ocurriendo. M.Z.W. contempló por unos instantes la llanura en la que se alineaban marcialmente las cincuenta escuadrillas del turno, los cien mil *intus* vigilados por sus cien capataces electrónicos.

Nada turbaba el silencio de aquella atardecida. Todo estaba en aquellos momentos como al finalizar la jornada anterior, como al finalizar los doscientas jornadas anteriores. El jefe de explotación de la colonia hizo girar el último mando y los robots, con precisión casi irritante, comenzaron a encarrillar toda aquella marea animal hacia sus toscos alojamientos.

M.Z.W. permaneció aún largo rato sentado ante el tablero de control, comprobando cómo las luces verdes iban encendiéndose de nuevo acompasadamente, tranquilizadamente. Un extraño y acentuado eco de silencio pareció invadir, como cada tarde, la gran explanada que acababa de quedar vacía. En el horizonte, tras la densa bruma, al otro lado de la pesada atmósfera, la ya vieja estrella a la que

pertenecía el mundo de los *intus* se reclinaba en su lecho habitual de mil colores.

Empujó la puerta de la caseta climatizada y penetró en el ascensor para bajar hasta el nivel del suelo plastificado. Una vez fuera, el calor le hizo sentir su abrazo nauseabundo incluso a través del acondicionado traje. Respirando con fatiga, M.Z.W. se sentó sobre uno de los automóviles eléctricos, deslizándose seguidamente en dirección a los alojamientos.

Los robots guardianes se inclinaban a su paso mientras penetraba en uno de los edificios. Vestíbulos de varios cientos de metros cuadrados precedían a cada una de las gigantescas navesdormitorio. Y cada nave albergaba cuatro mil vidas.

Los *intus* estaban ya sentados en sus respectivas literas, esperando con ansiedad que llegase la cena. La ración alimenticia de la noche era invariablemente la misma: un complejo vitamínico-proteínico con el que se mezclaban un poderoso regenerador de tejidos y una considerable dosis de lisergina. Este último producto, de cualidades altamente alucinógenas, sumía a las bestias en un beatífico reposo. En realidad, todas aquellas desgraciadas criaturas tenían en la lisergina su única evasión posible, una evasión que no era más que un capítulo de su esclavitud.

Al despuntar el alba, tras frugal desayuno estimulante, los indígenas serían conducidos de nuevo a las canteras, al pie de sus máquinas y herramientas de trabajo, controlados siempre a distancia por sus guardianes electrónicos.

M.Z.W. abandonó la zona de los alojamientos para hacerse conducir por el auto hasta su residencia. Y durante el corto trayecto le acompañó la mirada suplicante de los *intus*.

Todos los especialistas, todas las máquinas, habían dictaminado la rigurosa irracionalidad de aquellas criaturas. ¿Por qué él, o, mejor dicho, su subconsciente, se resistía a tal dictamen? ¿Qué extraña superstición le hacía entrever en aquellos repugnantes y estúpidos indígenas un signo de racionalidad? Al fin y al cabo, casi toda la «inteligencia» y casi toda la vitalidad de aquellos seres estaba únicamente amparada por las modificaciones introducidas en su organismo. En «estado natural», en estado salvaje, ¿en qué se diferenciaban los *intus* de los animales de otros mundos?

M.Z.W. recibió al nuevo jefe de explotación el día previsto. Y, tras invertir varias horas en mostrarle la colonia, se dispuso a ordenar sus enseres personales para la partida. Al siguiente día pensaba abordar en la cercana capital la astronave que lo retornaría temporalmente a su hogar.

Incluso durante el viaje, la mirada turbia de los *intus* pareció acompañarle. Pero no la mirada de una sola de aquellas bestias, sino la de cien, la de mil, la de doscientas mil censadas en su vieja colonia, ahora ya bajo el mando de otro jefe de explotación.

Ya en el jardín de su hogar, M.Z.W. fue mostrando a su familia los presentes traídos de aquel lejano mundo del sistema veinticinco. Diversos seres vivos contemplaron desde el interior de sus jaulas a sus nuevos amos. Solícitamente, el

antiguo jefe de explotación de la Colonia 44 fue explicando a sus retoños las características de aquellos especímenes que, a corto plazo, irían a parar al Zoo local de la ciudad de Los Angeles.

—Y éste —concluyó M.Z.W.— es un magnífico ejemplar de hembra *intus*, la especie prepotente en aquel planeta hasta la llegada de nuestros antepasados. Las hembras *intus* son desechadas por nosotros para el trabajo debido a sus especiales características. Parte de ellas son dedicadas exclusivamente a la reproducción, por lo que se las mantiene en estado salvaje, sin introducir modificaciones ni mejoras en su organismo. Y otra parte son ofrecidas al personal de nuestras colonias y distribuidas después en miles de zoos. En esta película podréis aprender el trato que debe recibir la *intus* mientras esté con nosotros. Y en este recipiente está el líquido que ha de mezclarse cada tres días con su alimento. Si este líquido le falta, el animal, puede enloquecer, puede morir.

Los cuarenta miembros de la familia contemplaron con curiosidad a la extraña criatura. Pero solo M.Z.W. sintió, una vez más, la inquietante mirada del *intus*, aquella mirada que parecía transmitir como un lejano reproche, como un raro destello de racionalidad. Los demás, sin embargo, sólo vieron en tan voluminosa criatura a un animal tan curioso como repugnante, con sus movimientos rápidos e inesperados, su blancuzca y seca piel y su ridículo corpachón sostenido en posición vertical por sólo dos de sus cuatro extremidades.

Diez afroditas

Manuel T. Raz

Los habitantes de Afrodita sabían que su planetoide no era más que el mayor fragmento de un antiguo mundo eclosionado. Pero ignoraban el por qué de la eclosión y abrigaban la esperanza de resolver la incógnita en la Tierra.

El sol, rojizo ya, permitía que dos de las siete lunas dibujasen sus siluetas desiguales en el firmamento.

El cohete permanecía inmóvil en medio de la explanada, con miles de miradas puestas en su cuerpo metálico y grisáceo.

En torno al campo de despegue, la abigarrada muchedumbre formaba una gruesa y ondulante corona circular.

—Padre: ¿qué encontrarán los astronautas en la Tierra?

La mirada del niño se cruzó con la del hombre o, al menos, la mirada del hijo se cruzó con la del padre.

—Encontrarán un gran planeta, casi tan grande como lo fue el nuestro hace miles, millones de años.

—Y, ¿allí puede haber seres como nosotros?

—Es casi seguro. Y aunque su cuerpo no sea igual que el nuestro, sí lo es probablemente su inteligencia. Incluso puede que ellos hayan averiguado que nuestro pequeño mundo formó parte en otro tiempo de un gran astro situado entre Júpiter y Marte. Por eso nuestro Gobierno ha preparado este viaje desde hace ya muchos años.

—Y, ¿qué pueden encontrar allí los astronautas?

—Además de seres racionales, tal vez encuentren otros seres tan irracionales como los animales que pueblan nuestro mundo, pero grandes, visibles sin microscopio, como los animales que poblaron nuestro mundo antiguo.

—¿Tan grandes como si tuvieran inteligencia?

—Tan grandes como si tuvieran inteligencia. E incluso mayores.

Los ojos del niño contemplaron muy abiertos el cohete, apenas ya real contra la luz violácea del sol. Y poco después se perdieron en un cielo aún sin estrellas. Los grandes planetas del sol se distinguían ya en el firmamento. Pero sólo cuando la noche cayera del todo sobre el campo se dejarían ver aquella partícula rojiza que era Marte y aquella mota azul que era la Tierra.

El tiempo transcurrió en aquel compás de espera, calmoso y expectante. Los últimos preparativos del viaje tocaban ya su fin.

Eran ya visibles seis de las siete lunas cuando las luces electrónicas inundaron la pista de despegue. Para entonces no quedaba ya del sol más que un resplandor

imperceptible.

Cuatro astronautas cruzaron la enorme explanada a bordo de un vehículo. La prieta muchedumbre siguió con la vista al auto eléctrico, en silencio, hasta que los viajeros del espacio penetraron en el ascensor externo del proyectilcohetete.

Tardaría ya poco en comenzar la cuenta atrás.

—Padre: los libros no dicen por qué nuestro antiguo mundo estalló en pedazos.

—No. Pero sí cuentan cómo la vida resurgió en uno de aquellos pedazos, en nuestro pequeño mundo actual; y, cuentan también cómo Afrodita y esas siete lunas que ahora se ven en el cielo estuvieron unidas hace tiempo formando un gran planeta.

Los ojos infantiles recorrieron la siembra de fragmentos, contemplando uno a uno los siete cercanos planetoides. Junto a uno de ellos, allá, enorme y diminuta, apenas un destello blanqui azul, la Tierra.

—Pero, ¿qué pudo ocurrir? ¿Por qué estalló nuestro antiguo mundo cuando era hermoso y grande?

—Nadie lo sabe. Tal vez... los científicos lleguen a explicárselo todo cuando ese cohete deposite a nuestros viajeros en la Tierra. Mientras tanto, la destrucción de nuestro antiguo mundo es un misterio que los libros no pueden explicar.

Diez unidades de tiempo se sucedieron contadas a la inversa. Y los megáfonos del campo de despegue comenzaron a dejar oír las diez cuentas finales: nueve, ocho, siete...

Cien mil ojos contemplaron en directo el inmóvil artefacto. Y millones de otros ojos se fijaron en los murales de televisión repartidos entre las veinte ciudades de Afrodita... Tres, dos, uno, ¡cero!

Una nube de vapor y humo creció bajo el cohete hasta envolverlo. Y después, la alargada silueta de metal brilló en el cielo hasta perderse.

El vehículo llegó puntualmente a la Tierra, a su destino.

Había sido la Antártida el lugar escogido para el aterrizaje, y el grisáceo cohete de Afrodita se posó casi en el límite del círculo polar.

Lástima que unos laboratorios internacionales de la Tierra tuviesen preparada para aquella misma fecha su primera experiencia antimateria. Y lástima sobre todo que la experiencia tuviese pleno éxito, ya que justamente entonces la Tierra se convirtió en lo que hoy es: diez nuevas Afroditas girando en torno al sol.

Ezequiel y Ramsés

Manuel T. Raz

«El hombre es una. insensata larva de si mismo, ángel en potencia y bestia en esencia».

Viajaba solo, en una diminuta nave de diez metros de envergadura y setenta y cinco metros cúbicos de cabida útil. Aunque..., bien mirado, Ezequiel Brullón no viajaba solo en su pequeña nave. Ramsés lo acompañaba.

Ramsés era algo más que un robot. Era un auténtico compañero de viaje. Un compañero formado por casi novecientas mil unidades electrónicas que hacían de él un sujeto dotado de extraordinaria memoria, de envidiables reflejos y de una extensísima gama de iniciativas.

Así, pues, Ezequiel Brullón y Ramsés viajaban juntos. «Juntos y solos, aislados y mutuamente acompañados, la máquina-hombre y el hombre-máquina». Ezequiel repetía esta frase con frecuencia y, a veces, se la dirigía con insistencia a su compañero:

—Yo sólo soy un pobre hombre-máquina enclaustrado en esta especie de ataúd volante cuyo punto de destino debe ser sobradamente conocido por el diablo, y tú no eres más que una insignificante máquina humanoide cuyo comportamiento es una simple derivación de su funcionamiento.

Ezequiel Brullón sólo pronunciaba estas frases en sus momentos de mayor depresión y era entonces cuando Ramsés, que además de ser ingeniero de sí mismo era el médico de la expedición, recomendaba invariablemente:

—Creo que es el momento de tomar el eufornol, señor, «Señor». Todas las frases del humanoide, tanto las parrafadas como los monosílabos, terminaban en un respetuoso e irritante «señor».

—¿Quieres suprimir de una vez en tus estúpidos circuitos de memoria esa palabra?

—¿Qué palabra, señor?

—La palabra «señor».

—Puedo intentarlo. Pero creo que no resultaría más que por algún tiempo. En mis circuitos de sonoridad salta siempre al principio de cada pausa la palabra «señor», señor.

Era inútil. Pero tras cada dosis de eufornol, Ezequiel Brullón soportaba sin gruñir el reiterativo tratamiento del robot. Pero no dejaba de pensar si en realidad los programadores del humanoide habían acertado al recordar constantemente al usuario de aquella complicada máquina pensante quién era el verdadero amo. Pero, ¿quién

era en realidad el verdadero amo?

En los cinco meses de viaje transcurridos cada uno había cumplido con su cometido a la perfección. Ramsés (número 38 de su serie, perteneciente a la cuarta generación de «robots» viajeros) se estaba comportando por lo menos con tanta eficiencia como cabía esperar de él. Sus informaciones eran tan precisas, rápidas y completas, como ultrasensibles sus células a las variaciones de los instrumentos medidores. Detectaba con coeficientes de error ridículamente pequeños las órbitas sateloides y las trayectorias meteóricas, dirigía cuando era necesario las maniobras rápidas del piloto automático y hallaba siempre el punto idóneo de penetración a través de las más gigantescas tormentas magnéticas.

Desde que salieron de la base lunar, el hombre sólo había tenido que intervenir una vez, para separar una falla exterior, sin importancia: un atasco en los impulsores de residuos. Y aun así fue Ramsés quien suministró la información sobre el lugar exacto de la avería.

Era prodigioso el conocimiento de la nave por parte del robot. En realidad, Ramsés era un cerebro especializado en naves de propulsión atómica para vuelos «largos» y, sobre todo, en aquel tipo de naves. Pero las habilidades del compañero de Ezequiel, de aquel compañero de novecientas mil unidades electrónicas, iba mucho más lejos: tenía capacidad, como todos los cerebros de su tipo y generación y, por supuesto, como todos los de su serie, a operaciones aún más complejas, a naves de mayor envergadura, a viajes de mayor alcance aún que los proyectados por el hombre para aquel mismo año y los dos siguientes.

El viaje de Ezequiel y Ramsés era, en realidad, un viaje «corto» dentro del proyecto Salto 3. Se trataba de un recorrido de sólo cinco días-luz, es decir, de un «vuelo» de once meses escasos. De un «vuelo» que había comenzado en la luna el 30 de agosto del año noventa y nueve (2099 de la era anterior) y que debía terminar en julio del año cien en Infra 8.

Ezequiel no envidiaba a los astronautas a quienes habían sido asignados los más largos viajes del proyecto. Algunos de ellos habían de recorrer, en grupos de tres a doce, distancias que rozaban los cuarenta días-luz, o sea, ocho años de viaje hasta el punto de destino. Otros, en parejas hombre-mujer, debían resignarse a trayectos de casi dos años. Pero ni estos últimos eran envidiados por Ezequiel Brullón. Cuando uno se arriesga fuera del sistema solar, en zonas inexploradas del espacio, es cien veces preferible la compañía de un amigo electrónico como Ramsés que la apretada compañía de un amasijo de músculos y tejidos, aunque éstos conformaran a una verdadera diosa y albergasen el cerebro de un experto.

La nave pasó a mil kilómetros escasos del último astro del sistema, un lejanísimo y diminuto planeta solar cuya zona más «cálida» registraba temperaturas con sólo milésimas de grado sobre -270° C. Ramsés emitió un mensaje a la estación automática del planeta y registró los datos útiles que la estación pudo suministrarle. Ahora, ante Ezequiel y Ramsés se abría un oscuro mar de dos días-luz

hasta Infra 5, lo que equivalía a cuatro meses y medio de viaje por un espacio a medias explorado.

Durante ese tiempo, la compenetración hombre-robot debía alcanzar la cota más alta posible y tanto Ezequiel como Ramsés pusieron buen cuidado en conseguirlo. En realidad, antes de la partida la máquina tenía ya registrados en sus complejos circuitos de memoria hasta los datos más inverosímiles sobre el cuerpo y la mente del que había de ser su compañero, datos constantemente enriquecidos y actualizados durante los largos meses de viaje. Ahora debía confrontar toda esa información con el comportamiento de Ezequiel en cada momento, con el fin de programar de la manera más eficaz la relación hombre-robot cuando quedase atrás el último reducto hollado por pie humano.

La estrella-planeta Infra 5 denunció su presencia por la débil cortina que rodeaba el astro. Y Ezequiel entregó a Ramsés el completo dominio del piloto automático, para sentarse él junto al visor situado en la cabeza de la nave. Apenas si Infra 5 resultaba visible; a sólo trescientos mil kilómetros de distancia y con la ayuda de un poderoso microtelescopio de gran apertura, solo se dejaba ver como un manchón rojizo envuelto a intervalos por un fantasmagórico sudario de gases inertes y metano.

Esta vez fue Ezequiel en persona quien comunicó con la estación automática, situada en un satélite artificial de órbita estacionaria sobre Infra 5. Ramsés tomó nota de los datos que, como un adiós, suministraba aquel ingenio, el último reducto humano en aquella parte del espacio.

Durante varios días navegaron aún teniendo en cuenta los datos suministrados por el satélite artificial de la estrella-planeta. Después, Ezequiel y Ramsés se hundieron con su nave en el «espacio virgen», en un océano de oscuridad apenas intuido por los poderosos observatorios lunares, en un día-luz que significaba más de dos meses y medio de viaje hacia lo desconocido.

Era Infra 8 el objetivo del viaje. Se trataba, como Infra 5, de una estrella fría sobre la que apenas si se barruntaba otra cosa que su mera existencia. Podía tratarse de una estrella-planeta cuya temperatura superficial estuviese por debajo de los 200°, en cuyo caso el aterrizaje sería posible. Pero quizá se tratase de una sub-enana que, a pesar de ser también «fría» y oscura, podía llegar a temperaturas superficiales de 1.500°.

Sin que mediase otro incidente que un súbito recalentamiento de la nave al atravesar la concentración de polvo cósmico, Ezequiel y Ramsés confirmaron la proximidad de su objetivo al detectar un planetoides gaseoso de escasos kilómetros de diámetro. Después, Ramsés describió la existencia de un verdadero planeta en torno al cual giraba un gran satélite de órbita elíptica.

Ezequiel «ordenó» la aproximación al satélite tras analizar la información primaria recogida y sintetizada por Ramsés. La nave orbitó tres veces, las necesarias para que el robot memorizase sistemáticamente los datos pormenorizados por los instrumentos de a bordo. No merecía realmente la pena descender hasta la superficie

de aquel conglomerado rocoso.

El planeta, en torno al que la nave describió a continuación seis órbitas, presentaba unas características muy similares a las de su vasto satélite. Sin embargo, al describir la quinta órbita, Ramsés creyó detectar «algo especial» tras analizar los datos que iba registrando.

—¿Algo especial? ¿A qué diablos te refieres?

En el pequeño visor de Ramsés apareció una telefotografía.

—Pertenece a una zona próxima al ecuador del planeta. Observe esa mancha oscura del ángulo superior derecho, señor.

Ezequiel observó con atención.

—Veo por lo menos diez manchas oscuras. A decir verdad, todo me parece oscuro en esa parte de la foto. De todas formas, lo que me interesa es lo que has visto tú.

Desapareció la borrosa imagen del visor para dar paso a una policromada placa del espectrógrafo.

Un prolongado silbido escapó de entre los labios de Ezequiel.

—¡Ya lo creo que eso es «algo especial»! ¿Nos falta mucho para volver a pasar sobre el mismo punto?

—Pasaremos dentro de dos minutos y medio, señor.

—Bien. Corrige la trayectoria e inicia una órbita de aproximación. Quiero ver eso más de cerca.

El espectrógrafo no dejaba lugar a dudas. Allí, casi sobre la misma línea ecuatorial del planeta, existían trazas inequívocas de unas aleaciones metálicas que sólo eran posibles mediante la intervención de una inteligencia. Algo allá abajo pregonaba la presencia, pasada o actual, de seres portadores al menos de una dosis considerable de ingenio, de seres «racionales» según la más o menos convencional estimativa humana.

Separaban apenas cien kilómetros a la nave del punto objeto de investigación cuando Ezequiel se dejó absorber por el poderoso microtelescopio como si a través de él pudiese llegar a sus ojos el más sublime de los espectáculos. Pero sólo mediante los instrumentos automáticos de a bordo pudo obtener informaciones realmente objetivas y sólo a través de Ramsés pudo valorizar debidamente esas informaciones.

—Según el plan de vuelo, se dan todas las circunstancias adecuadas para que la nave descienda a la superficie del planeta, señor.

Ezequiel se revolvió inquieto en su asiento. ¿En qué se diferenciaba aquello de una orden? La nave no aterrizaría hasta que él no lo «decidiese», pero ¿qué otra cosa podía «decidir»? ¿Acaso tenía otra opción que obedecer el plan de vuelo? Y, según el plan de vuelo, se daban «todas las circunstancias para una exploración directa de aquella zona del planeta». Ramsés lo había dicho.

Ramsés permaneció mudo largo rato, como aguardando únicamente una orden que debía producirse de un momento a otro. Ezequiel mantuvo clavada la vista unos instantes sobre el visor del robot, en aquellos ojos de luz verde situados por encima

de la pantalla que sugerían una remota apariencia humana.

—Está bien, exquisitez electrónica. Aterricemos. Hay que obedecer el «plan de vuelo». Pero algo dentro de mi cabeza me empuja a pensar que no todo van a ser rosas ahí abajo.

Tras un corto intervalo de tiempo, el monorrítmico parloteo de Ramsés volvió a captar la atención de Ezequiel.

—Nos dirigimos en órbita de descenso hacia el punto elegido. Orbitaremos aún dos veces. Todos los sistemas de la nave se hallan en funcionamiento óptimo.

Sin solución de continuidad con las frases anteriores, la voz recomendó al jefe de la expedición:

—Creo que estaría muy indicada en estos momentos una dosis de neurocón, señor.

El humano soltó un taco de grueso calibre, capaz incluso de herir las más sensibles células fotoeléctricas del humanoide.

—Era una simple sugerencia, señor.

Ezequiel se tragó una píldora de neurocón. Neurocón para los estados de ansiedad, neurocón para las sobrecargas nerviosas. Y eufornol. Eufornol para las depresiones, eufornol para las apatías. Y equisolina. Equisolina para la neutralización simultánea de todo tipo de desviaciones neuro-vegetativas. Y toda una teoría de hipnóticos, analgésicos e incluso narcoalucinógenos, combinables sin contraindicación bajo la prescripción de Ramsés.

Cerró el botiquín. En realidad, la farmacia astronáutica se había simplificado enormemente durante los últimos años con el salto prodigioso en materia de antibióticos y otras grandes familias de específicos.

—Pasaremos de nuevo sobre el punto de aterrizaje dentro de un minuto, señor.

Ezequiel se encaró otra vez con el microtelescopio, mientras Ramsés ordenaba la recepción automática de datos.

Sobre una inmensa explanada rodeada de excrecencias al parecer rocoso-cristalinas, formas perfectamente cónicas y piramidales emergían de la oscuridad con policromados destellos.

—Reduce la velocidad. Si algo nos retiene ahí abajo «por algún tiempo», disfrutaremos al menos ahora del espectáculo.

La nave humana llegó a ser un punto casi estático y débilmente luminoso en el firmamento. Después aceleró bruscamente sobre su trayectoria para desaparecer en un horizonte salpicado de estrellas.

La última órbita sirvió a Ramsés para evaluar de nuevo los datos recogidos y determinar las condiciones del descenso. Ezequiel se recostó sobre el traje-vehículo con el que habría de abandonar la nave tras el aterrizaje y puso en marcha el mecanismo de acoplado. Una a una, las piezas del vestuario fueron envolviendo el cuerpo del astronauta, ensartándose luego automáticamente con los elementos de locomoción que facilitarían los movimientos sobre la piel extraña del planeta.

Aterrizó la nave muy cerca de la gran explanada donde emergían las destellantes figuras geométricas. Y durante largo rato el instrumental de a bordo trabajó en la recepción de nuevos datos que, cotejados con los antiguos y debidamente evaluados en conjunto, fueron ofrecidos a Ezequiel a través del cerebro de Ramsés.

Parsimoniosamente, como obedeciendo a una serie de complicados ritos, el astronauta puso pie sobre la superficie del planeta. Una exploración de los alrededores precedió a la incursión propiamente dicha en la gran explanada luminosa.

Sin apartar la vista del panel de instrumentos medidores que emergía de su pecho, Ezequiel llegó hasta la primera figura geométrica, una pirámide extrañamente azul que alzaba su medio centenar de metros sobre una gran base cuadrangular.

Estereofotografió la azulada pirámide desde todos sus ángulos, antes de deslizarse sobre la metálica superficie del suelo hasta otra de las extrañas figuras. Esta vez se trataba de un cono rojo-anaranjado, que excitó rápidamente al medidor de radioactividad y puso casi a tope la aguja indicadora de infrarrojos.

Conos y pirámides, separados entre sí unos cincuenta metros, formaban parejas cada cien metros aproximadamente. La inmensa explanada, que se perdía en un horizonte escarlata, recordaba vagamente el centro de una moderna ciudad terrestre y esto confería al extraño lugar un aspecto aún más alucinante.

Ezequiel, en su largo paseo, remitía sin cesar datos a la nave. Ramsés, desde el interior del vehículo espacial, orientaba al jefe de la expedición en su recorrido ofreciéndole el dato preciso en el momento oportuno.

A medida que el astronauta iba internándose en aquel bosque insólito de radiaciones, formas y colores, encontraba nuevos alicientes para proseguir la marcha. Había algo de irresistible en la atracción ejercida por tan extraño paraje. En algún sitio debía existir el epicentro de todo lo que estaban viendo sus ojos atónitos y tal vez allí encontrase la solución de un enigma fascinante.

La aguja del magnetómetro ascendía lenta e ininterrumpidamente en el panel de observación adosado al traje de Ezequiel. Pero el astronauta seguía deslizándose por aquel suelo inmaculadamente terso, flotando casi sobre un lago de luces policromadas, buscando plácidamente una discordancia en la hermosa monotonía de conos y pirámides.

—El magnetismo ha dejado de aumentar en progresión aritmética. Aumenta ahora en progresión geométrica. Creo que debiera renunciar a su actual trayectoria para explorar en círculo, señor.

Era la voz de Ramsés, sonando en el casco como un coro del antiguo teatro griego, pero con palabras que eran números y sílabas homologadas en un simple registro electrónico.

Ezequiel continuó su lenta incursión sin variar ni un grado su trayectoria y sin dar a Ramsés una satisfactoria explicación.

Hacia el centro de la explanada se adivinaba un gigantesco calvero libre de figuras. Quizás allí encontrase algo nuevo, algo diferente a la grata sucesión de

formas y colores, algo donde se dejase descifrar aquel hermoso jeroglífico.

—¿Ocurre algo? ¿Recibe mi mensaje? Repito que en su trayectoria el magnetismo crece en progresión geométrica. También las radiaciones ultravioleta ascienden en proporción muy alarmante. ¿Quiere la lectura de mis registros, señor?

Ninguna respuesta brotó del receptor-emisor incorporado al casco del astronauta. Había algo de excitante en desoír al omnipotente, omnipresente e infalible Ramsés.

—¡Alarma! ¡Alarma! ¿Puede oírme, señor?

Silencio. Ezequiel hizo variar casi cuarenta y cinco grados su trayectoria. La maniobra le permitiría aproximarse al borde del calvero, sin que la aguja de su magnetómetro enloqueciese y evitando también unas radiaciones del espectro ultravioleta que se estaban manifestando ya como peligrosas.

—Aprecio la corrección de trayectoria. Sin embargo, aún no es suficiente, el aumento del magnetismo desciende en proporción tres a uno. Las radiaciones ultravioletas permanecen estacionarias...

El calvero era como un gigantesco espejo circular de unos doscientos cincuenta metros de radio. Ezequiel se aproximó hasta el mismo borde mientras resonaba en sus oídos la voz impertérrita aunque desesperadamente insistente de Ramsés.

—Si recibe mi mensaje y no puede responder, le ruego detenga su marcha unos instantes. Tal vez pueda corregir desde aquí la avería del radioemisor, señor.

Hubiera podido mandar al infierno al robot y escuchar después su reacción. Pero mantuvo el silencio sin detenerse en su excitante paseo. Bordeaba ahora a la máxima velocidad el calvero, enfrentándose casi a la frenética sucesión de luces y sombras acumuladas sobre la increíble superficie del metal-espejo. Después, fijando su vista en el panel de instrumentos que emergía de su pecho, hizo una rápida incursión sobre la mágica superficie reflectante.

Los instrumentos medidores que el astronauta llevaba consigo no reflejaron nada especial en el panel de observación. Así, pues, Ezequiel penetró resueltamente en aquel enorme círculo que parecía ser espejo de las estrellas cenitales.

Al principio no pudo notar nada alarmante. Después sintió que los «patines» de su deslizador eléctrico se adherían con fuerza al pavimento, dificultando extraordinariamente sus movimientos. Un «clic» en el panel de observación le hizo comprobar que la aguja del magnetómetro acababa de estrellarse contra el límite de máxima lectura. Quiso y no pudo retroceder hasta el borde del abismal espejo. Algo lo retuvo con fuerza sobre la fulgurante superficie del calvero.

Permaneció inmóvil varios minutos, casi absorto en medio de aquella especie de desierto iridiscente, contemplando sin comprender apenas cuanto rodeaba su insignificante humanidad. Después se sintió inquieto, comprobó instintivamente la posición de las agujas en sus instrumentos medidores y quiso finalmente desasirse de aquella fuerza que intentaba retenerlo para convertirlo en una especie de estatua grotesca en medio de un aséptico jardín.

Sus labios se movieron, rompiendo el silencio que lo unía a su nave como un

falso cordón umbilical.

—Ramsés, ¿me oyes?

Se dio cuenta de que pronunciaba por primera vez el nombre de su compañero, de que llamaba cálidamente al robot por su nombre.

Hubo un dramático silencio, durante el cual Ezequiel temió algo así como una especie de «castigo» por parte de la máquina. Tal vez en los delicados circuitos de Ramsés estaba programada una acción «de represalia» para casos semejantes, para recordar al astronauta que todavía no estaban permitidas bromas como ignorar a Ramsés a varios días-luz de casa.

—Le oigo, señor —sonó al fin la voz impersonal, aunque deliciosamente humana, del robot—. Repasaba las causas posibles de avería en nuestra comunicación, pero no encuentro ninguna. ¿Se encuentra usted bien, señor?

Antes de responder, Ezequiel hizo un nuevo intento para desasirse de aquella fuerza que lo sujetaba al suelo, que le impedía mover los pies y que parecía haber triplicado el peso de su traje.

—Me encuentro... ¡Maldita sea!

La palabra utilizada por el astronauta para definir su posición no pareció al robot demasiado ortodoxa, ya que se excusó con un característico «era sólo una pregunta, señor», frase perteneciente a una familia de frases con las que Ramsés se defendía de ciertos vocablos prodigados en ciertas ocasiones por su compañero.

—¿Puede describirme más exactamente su situación y leerme el panel de instrumentos, señor?

Hizo el astronauta lo que su «auxiliar» le pedía y volvió a sonar la familiar voz de Ramsés:

—Su lectura coincide con mis registros. El magnetómetro del traje ha quedado fuera de control por una elevación súbita del campo. Ahora debe intentar desasirse de los deslizadores, del electroimpulsor y de la parte desmontable del panel de instrumentos. Después, traté de caminar hasta fuera del círculo. Yo lo guiaré hasta la nave por el mismo camino que utilizó para llegar ahí, señor.

Cada vez más agobiado por el formidable tirón que pretendía al parecer inmovilizarlo por completo, Ezequiel pudo desasirse a duras penas de los deslizadores y del pequeño motor eléctrico que los accionaba mediante un control manual. Hubo de descansar largo rato antes de proseguir con la tarea de desmontar una parte del panel de instrumentos. Sin embargo, tanto esfuerzo pareció ser contraproducente. Estaba cansado, su traje espacial había quedado reducido casi a lo imprescindible y sus movimientos eran tan penosos que le hubiera dado lo mismo seguir con los pies clavados en el suelo.

—¿Puede moverse con más facilidad, señor?

—Puedo moverme peor que antes, ¡maldita sea! Ahora noto como si una manaza apoyada en mi casco presionase hacia abajo para hacerme besar el suelo. Logro mover los pies un milímetro, pero eso me cuesta caer después rendido. No podré salir

de esta especie de ciénaga si no dejas tus consejos, tus informes y tus malditas observaciones y vienes a echarme una mano.

Un corto silencio que a Ezequiel le pareció irritantemente largo fue roto por la voz de Ramsés:

—Acabo de evaluar esa posibilidad y he llegado fácilmente a la conclusión de que mi presencia ahí sólo complicaría el problema, señor.

El astronauta dejó de oponer todo tipo de resistencia a la fuerza que lo atenazaba y quedó tendido en el suelo, boca arriba y con los brazos extendidos. Sin mucha convicción, replicó al robot:

—Pero, ¡debes intentarlo! Tus endiablados reflejos te servirán para no caer en una trampa como ésta. Podrías acercarte hasta el borde mismo del círculo poniendo a mi alcance la parte trasera de tu automóvil y acelerando después.

—Si reflexiona, tratando de sobreponerse a la situación en que se encuentra, comprenderá que ese plan es totalmente descabellado. Mi naturaleza física me impide en estas circunstancias ese tipo de maniobras. Sólo la intensidad magnética del campo disminuiría extraordinariamente mis facultades, anulando varios de mis sistemas. Creo que la nave es el mejor sitio desde donde puedo ayudarle, señor.

Con voz extrañamente tranquila y acento de profunda resignación, Ezequiel condescendió:

—Está bien, haz lo que te dé la gana. De todos modos vas a tener razón. Pero trabaja rápido, porque empiezo ya a sentirme como un insecto torpe en un pastel a medio derretir.

Parsimoniosamente, Ramsés expuso el plan que a su juicio ofrecía más probabilidades de éxito para vencer a la extraña fuerza que inmovilizaba al jefe de la expedición. Y, pacientemente, el astronauta siguió una a una las indicaciones del robot.

—Te equivocaste, amasijo electrónico. Es la primera vez, pero has fallado estrepitosamente. ¿Saldrás ahora de tu cascarón aunque se echen a perder algunas de tus exquisitas facultades?

La voz de Ramsés sonó casi sin dar tiempo a que Ezequiel callase.

—No había garantía alguna de éxito total o parcial. Era sólo la posibilidad más probable de vencer la fuerza hostil. Podemos realizar nuevos intentos, aunque ahora el éxito es aún más improbable. Pero dada la carencia de datos básicos sobre la naturaleza de ese campo, no hemos de desaprovechar ninguna posibilidad. ¿Quiere volver a calzarse los deslizadores, señor?

Cuatro nuevos intentos desembocaron en otros tantos fracasos. La mente del astronauta trabajaba con intensidad en medio de su impotente desesperación. Debía convencer al robot de que era necesario operar con procedimientos audaces, fuera del campo de los datos valorables. Tenía que sacar a Ramsés de su sitio y ponerlo a trabajar a campo abierto.

—Y ahora, ¿saldrás de una vez para poner en práctica mi plan?

Transcurrieron varios segundos, tiempo desusadamente largo como prólogo a una respuesta de Ramsés.

—Aun contando con la carencia de muchos datos básicos, puedo asegurar que las probabilidades de éxito de esa operación, dada mi naturaleza física, sería del 0%, señor.

—¿Y si aproximas la nave hasta aquí para que yo intente *alcanzar la* escotilla inferior? En caso de apuro, podrías usar los cuatro propulsores simultáneamente.

Por toda respuesta, Ramsés sugirió al astronauta la ingestión de una cápsula de cosmobiión, el poderoso activador mental que desde hacía ya varios años era incluido en el microdepósito del casco espacial.

—Pero, ¿qué diablos estás diciendo? ¿Acaso me encuentro perdido en el espacio con mi nave fuera de control para tener que hacer uso de esa pócima?

—Cosmobiión es un hiperideador de gran alcance y sus efectos pueden sernos de utilidad en estos momentos, señor.

Ezequiel presionó con su dedo índice uno de los botones emergentes de su dedo pulgar y una especie de minúscula lenteja le quedó al alcance de la lengua. La diminuta píldora, portadora de varios microgramos de específico, había brotado con un débil clic del pequeño bastidor desplazable situado normalmente por debajo de la barbilla.

—Bien, ya tengo la hiperideación en el estómago. Esperemos que me llegue a la cabeza en unos minutos. Mientras tanto, ponme un poco de música: concierto ocho, *Opus* nueve, de Albinoni. Y mira a ver qué diablos pasa con mi sistema de refrigeración, me estoy asando.

Sobre fondo musical, la voz de Ramsés recomendó al astronauta permanecer tumbado, a ser posible sobre el lado derecho.

—El circuito eléctrico número dos del traje espacial sólo funciona al ochenta por ciento y la perturbación que viene del suelo firme será menor en esa posición, señor.

Ezequiel permaneció como estaba.

—Después de todo, prefiero caldearme un poco que agotarme intentando dar media vuelta. Ahora siento un fuerte cosquilleo en la lengua; ¿qué puede ser?

—Efecto del cosmobiión. Notará también un ligero cosquilleo en las articulaciones. Son pequeñas perturbaciones secundarias que nuestros laboratorios no han eliminado aún en drogas tan poderosas y, al mismo tiempo, tan inofensivas como ésta. Trate de mantener los músculos relajados y de concentrarse en nuestro problema, señor.

«Nuestro problema». Ezequiel sonrió. Resultaba curiosa la «diplomacia» desplegada por el robot en momentos tan críticos. Aquella máquina pensante no tenía, en realidad, más problemas de los que era capaz de resolver. Cualquier cuestión que escapase a un riguroso planteamiento y a una evaluación exhaustiva de todos los datos esenciales previamente suministrados era para Ramsés una cuestión baladí, «no valorable», parcialmente planteable y, por tanto, sólo parcialmente resoluble.

El astronauta intentó ladear un poco la cabeza para conseguir un mayor relajamiento en los músculos del cuello, pero su casco parecía formar parte ya del suelo. Su situación empeoraba por momentos, aunque entrase en el capítulo de los problemas sólo «parcialmente resolubles» para Ramsés. Hasta tal punto el robot se había inhibido del problema, que trataba de solucionarlo a través del cosmobiión. Pero la droga no era más que un momentáneo activador de la imaginación humana. Y, ¿qué podía la imaginación humana contra el hecho brutal y consumado de aquella inmovilidad del cuerpo, de aquella violencia física contra un precioso conglomerado de tejidos que sustentaban un cerebro tal vez muy evolucionado?

—¿Qué «haces» ahora?

—Vigilo todos los sistemas y me mantengo alerta para valorar exhaustivamente hasta los más insignificantes síntomas de cambio.

Poco a poco, el pensamiento de Ezequiel se afirmó en la idea de que su único camino de liberación estaba en «convencer» a Ramsés de que debía poner la nave y todo lo que la nave contenía al servicio de su rescate. Aunque las probabilidades de éxito estuviesen por debajo del uno por cien y el peligro de malograr la expedición ascendiese al noventa y nueve por ciento, debían correr el riesgo.

—Debes adaptar a la exploración del entorno los sistemas de emisión subsónica y supersónica, el láser, el espectrógrafo y los emisores de rayos X, infrarrojos y ultravioletas.

—Pero la lectura de los instrumentos medidores evidencia que tal exploración es ociosa, señor.

—Está bien. Realiza, pues, una exploración ociosa, coordinando absolutamente todos los recursos de la nave. Y recuerda que esto es una grave emergencia. Después repetirás la operación en distintos puntos del planeta, desplazando la nave alrededor de esta especie de ciénaga electrónica.

Sumisamente, Ramsés cumplió con el programa del jefe de la expedición, rastreando minuciosamente un área de casi un millón de kilómetros cuadrados en torno a la abierta prisión de Ezequiel.

—La conexión magnética entre varios puntos de este planeta y su estrella Infra 8 es sumamente acusada. Existe un fuerte, foco de radioactividad a unos dos mil kilómetros del lugar donde nos encontramos y se aprecia una violenta recepción ultravioleta en un mismo punto. Ningún rastro de vida orgánica, ningún indicio de «respuesta» a la «llamada» de los sistemas de la nave, señor.

Hizo el robot una pausa tras su cáustico resumen y añadió:

—Creo que estamos en un centro automático de recepción de aeronaves, señor.

—De aeronaves movidas por alguna forma de «energía magnética».

—Y reguladas quizá por simples robots, señor.

—Robots que tienen su base maestra en Infra 25.

—Estamos moviéndonos en el terreno de las hipótesis razonables, pero creo que hemos de guiarnos por ellas mientras no dispongamos de nuevos elementos de juicio,

señor.

—Obrando en consecuencia, hemos de dar con la «cabeza» aquí de todo este tinglado. Así, pues, comienza a hurgar desde fuera del campo sobre alguno de esos conos y pirámides con todos los medios de excitación, exploración y comunicación que tengas a tu alcance. Y mantenme informado de cada operación.

El astronauta acusó un nuevo foco de inquietud. Ramsés demoraba la ejecución de la orden. Algo dentro del robot parecía mantener una pugna paralizadora. Transcurrieron veinte largos segundos antes de que Ramsés anunciase que comenzaba a operar.

—Ningún nuevo dato valorable, aunque estimo que la operación realizada nos ha hecho correr un riesgo innecesario... señor.

Al fracaso del nuevo intento, Ezequiel sumó la hipotética jactancia del robot.

—Yo estimaré cuándo el riesgo es innecesario. Pon de nuevo la nave en situación de despegue.

La orden fue cumplida esta vez sin dilación.

—Ahora remóntate sobre el campo hasta situarte justo en vertical por encima de mí. Después desciende hasta que acuses alguna variación altamente peligrosa en los sistemas de la nave. Repito: descenderás lentamente sobre mí hasta que detectes en los sistemas alguna perturbación altamente peligrosa. Si afortunadamente no ocurre nada grave, intenta mi rescate a través de la escotilla inferior.

Transcurrieron veinte segundos de silencio.

—Pero, ¿qué te detiene?

—La operación es altamente peligrosa, señor.

—Ninguna operación es ya altamente peligrosa. Vamos, ponte a trabajar. ¡Ahora!

La nave ascendió con lentitud medio centenar de metros; después, se convirtió bruscamente en un diminuto punto luminoso que desapareció en el firmamento.

Ezequiel hizo descender sobre sus ojos el sistema lenticular de su casco y atisbo la nave como una chispa rojiza, que, lentamente, fije agrandándose en la recta cenital. La luz creció hasta convertirse en una especie de bola anaranjada y después se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Si continúo el descenso, quedarán fuera de control varios sistemas imprescindibles, señor.

—Bien. Valora estas dos posibilidades y escoge una de ellas: descender desde donde te encuentras hasta donde puedas, aunque la nave quede fuera de control, o descender sobre el «bosque» de conos y pirámides y utilizar el láser para averiguar qué ocultan en sus entrañas esas figuras.

Un nuevo silencio, esta vez corto, precedió a la respuesta de Ramsés:

—No existe motivo de valoración de esas dos posibilidades, ya que la elección de una u otra resulta una opción falsa, señor.

—Está bien. Exista o no motivo, haz lo que te ordeno. ¡Ahora!

La respuesta del robot fue inmediata, aunque de nuevo hizo intuir al astronauta como una especie de extraña pugna en el interior de Ramsés.

—No... puedo, señor.

—Pero debes poder, tienes que poder. Es mi vida lo que está en juego. Mi vida y el éxito del viaje.

—Su vida tiene más posibilidades de salvación si yo no realizo el descenso ni intento desequilibrar algo absolutamente desconocido por nosotros. Y el éxito... relativo del viaje puede ser aún una realidad mientras mantengamos el control de la nave, señor.

—¿Qué piensas hacer, entonces?

—Proseguir hasta nuestro punto de destino, Infra 8, e incluir en el plan de vuelo todas las tentativas posibles para establecer algún tipo de comunicación con las fuerzas que desde allí gobiernan estas instalaciones, señor.

—¿Y si no resulta?

—Regresaré aquí con toda la información que haya podido recoger en Infra 8 y comprobaré si el tiempo ha introducido alguna novedad en *nuestra* situación, señor.

Ezequiel sonrió.

—Creo que el tiempo no introducirá ninguna novedad en mi situación. Eso sería más difícil que establecer comunicación con las fuerzas de Infra 8. Sin embargo, me siento extrañamente calmado.

La bola rojiza que materializaba la nave ante los ojos del astronauta comenzó lentamente a hacerse más pequeña.

—Nada tiene que preocuparle, señor. *Estamos* obrando según el plan idóneo. El cosmobiión mantendrá su inteligencia durante largo rato en su máxima lucidez. Después, la droga le ayudará a combatir la soledad. Si a mi regreso todo sigue igual, una segunda dosis prolongará indefinidamente sus efectos, señor.

Incluso vista a través de las poderosas lentes, la nave no era ya más que una débil chispa casi en el cénit de la bóveda celeste.

—La humanidad podrá beneficiarse de los posibles sacrificios de nuestra expedición. El sacrificio de un hombre es un hecho insignificante e incruento, teniendo en cuenta que ahora cada hombre está *casi* seguro de su supervivencia y tiene medios a su alcance para realizar con la máxima lucidez y la mayor placidez el tránsito. Nada debe angustiar ya al hombre individual. Nada...

La última frase sonó varias veces repetida y, como una llave, la palabra «señor» cerró la retahíla del robot.

Los ojos de Ezequiel se llenaron de estrellas. Ni siquiera el calor acumulado por avería en el traje espacial se dejaba sentir ya sobre el cuerpo inmóvil del astronauta.

Sintió como si una fuerza sutil lo elevase con enorme lentitud sobre su abierta prisión y le permitiese danzar como horas atrás entre las policromías de conos y pirámides.

Transcurrió mucho o tal vez poco tiempo antes de que una voz impersonal le

informase de que debía ingerir su segunda dosis de cosmobiión. Y pronto la fuerza que lo había liberado de su desesperante gravidez pasada se hizo de nuevo poderosa.

El tiempo era borroso, insensible casi, y el espacio era una cita de luces y colores, donde flotaban alcanzables infinitas sensaciones. Y transcurrió mucho o tal vez poco tiempo antes de que Ezequiel se contemplase allá abajo a sí mismo, tendido sobre la gran superficie reflectante que servía de espejo a miríadas de estrellas.

La caverna del sueño

Carlos Saiz Cidoncha

Han pasado exactamente siete años desde el día que el célebre arqueólogo español Gil Gámez Montalbán, el mejor amigo que yo haya tenido nunca, dejó para siempre este mundo.

Cualquiera pudo leer en la Prensa de la época la noticia de su muerte. Durante unas excavaciones en la región mesopotámica, mi amigo, poco aficionado al trabajo en grupo, abandonó un día el campamento llevándose consigo una buena cantidad de dinamita y algún material espeológico. Algunos naturales de la región oyeron la noche siguiente el estruendo de una gran explosión y Gil no volvió nunca más al campamento. Fue al día siguiente cuando se descubrió lo que había sido la boca de una caverna completamente obstruida por miles y miles de toneladas de piedra, fruto de un apocalíptico derrumbamiento. No había posibilidad alguna de desescombro, pese a intentarse una y otra vez, siempre sin el menor resultado.

Una lápida existe hoy en día en el lugar del accidente, de cuyo origen no cabe la más mínima duda. Gil, amigo de los procedimientos rápidos, debió provocar el alud al intentar abrirse paso con dinamita por el interior de la caverna, en busca de algo que nunca se sabrá. Su cuerpo debió quedar enterrado por el aluvión de rocas, o quizá emparedado vivo en el interior de la caverna.

Esta es la explicación oficial de la desaparición de mi amigo. Existe otra, tan fantástica que el único hombre capaz de exponerla prefiere callar, temeroso de ser tomado por loco o, lo que es peor, incluso acusado del asesinato de Gil. Ya que hubo un testigo de los últimos momentos del arqueólogo, un testigo que puede relatar segundo a segundo los extraños sucesos que se desarrollaron en el interior de la caverna.

Ese testigo soy yo, el mismo que escribe ahora estas líneas, siete años después de aquellos inexplicables acontecimientos. Unas líneas increíbles que me guardaré mucho de divulgar en el tiempo que me quede de vida, pero que quizá después de mi muerte sean leídas por alguna persona que las podrá tomar por ciertas o no. A beneficio de ese posible lector, nada puedo hacer sino asegurar con toda mi buena fe que en nada me he apartado de la verdad, por fantástica e inconcebible que dicha verdad pueda ser.

He aquí, pues, la historia:

Aquel año Gil y yo formábamos parte del equipo español destacado en Nubia, efectuando las últimas y apresuradas excavaciones antes de que todo aquel territorio de tan inmenso valor arqueológico desapareciera para siempre bajo las aguas de la

gran presa de Assuan. Gil y yo éramos viejos conocidos, y nuestra amistad databa de nuestros tiempos de estudiantes, no habiendo hecho sino afianzarse en los numerosos trabajos y expediciones en los que ambos habíamos actuado juntos desde entonces. Cada cual era el mejor confidente para el otro y así habíamos llegado a conocernos a la perfección.

Además de todo aquello, Gil me había salvado la vida hacía dos años, cuando la caverna marroquí en la que ambos buscábamos indicios de la presencia de hombres primitivos se vio inundada súbitamente por las aguas. Nunca pude olvidarlo y aquello creó un nuevo lazo de unión entre nosotros.

En los tiempos de aquella expedición a Nubia, Gil era un muchachote grande, fuerte, y extrañamente soñador. Muchas veces me había confiado el enojo que le causaba vivir en nuestra civilizada y prosaica época actual.

—Míralo —me había dicho en cierta ocasión señalando al azul Mediterráneo, durante nuestro viaje a Egipto—. Hoy lo podemos cruzar en unas horas y conocemos a la perfección todas sus orillas e islas. ¿No sientes un poco de envidia al pensar en los primeros navegantes fenicios? Para ellos todo era desconocido, arriesgado: cada isla ignota podía encerrar una trampa, cada nueva tierra una promesa... ¿No te gustaría haber vivido en aquella época, con todas sus posibilidades de aventura?

Su admiración hacia las primitivas civilizaciones llegaba a veces a convertirse en una obsesión. Aunque en ocasiones me burlaba de sus estrambóticos sueños, en mi fuero interno no podía tampoco dejar de comprenderle. Con un magnífico físico, mi amigo podía ser incluido en la extinguida raza de los héroes homéricos, vencedores de monstruos y conquistadores de ciudadelas. Sólo que ya no quedaban monstruos que vencer ni ciudadelas que conquistar. Sin duda, Gil Gámez Montalbán había equivocado la época de su nacimiento, y ciertamente que lo sentía por él.

Una vez me decidí a cortar por lo sano sus fantásticas ensoñaciones:

—No puedo comprenderte, Gil —le dije—. Comprendería que un profano tuviera esas ideas sobre la antigüedad, ¿pero un arqueólogo como tú? Demasiado bien sabes que las antiguas leyendas no son ciertas y que en esos imperios arcaicos con los que sueñas, por cada arriesgado navegante vivían cien esclavos que nacían, crecían y morían sin pena ni gloria, en condiciones que hoy día nos parecen inconcebibles. Sabes perfectamente que un fuerte héroe homérico podía morir, y en ocasiones efectivamente moría, de una enfermedad que hoy nos parecería ridícula.

»No, querido amigo. No me vengas con lo de “cualquier tiempo pasado fue mejor”. Ningún tiempo pasado ha sido mejor que el presente, que esta civilización moderna que a ti parece aburrirte».

Por unos instantes el rostro de mi amigo se ensombreció, como si mis palabras hubieran dañado algo en su alma. Pero luego sonrió y volvió a ser el mismo Gil de los momentos buenos.

—¿Y el futuro? —preguntó.

No pude por menos de sonreír yo también.

—Eso ya es otra cosa —admití—. Si la ciencia no se engaña, dentro de un par de generaciones el hombre podrá repetir las exploraciones aventureras de antaño en unos lugares que dejarían asombrados a los antiguos navegantes cretenses y fenicios.

—¡El espacio! —exclamó Gil.

—Efectivamente —le repliqué—. Si tuviera elección y tantas ganas de aventuras fantásticas como parece tener tú, escogería más bien una época futura que una pasada. Una época en que las naves espaciales surcarán nuestro Universo entre las estrellas y las nebulosas, explorando miles y miles de planetas y encontrando en cada uno de ellos un mundo desconocido y sorprendente, quizá poblado por extrañas formas de vida, o dotado de fantásticas riquezas.

—Tienes razón —convino mi amigo—. ¡Ah, si el viejo sueño de la hibernación fuera posible...!

Ahora sí que me eché a reír francamente.

—¿Dormir mil años y despertar en otra época como si sólo hubieras estado una hora en la cama? ¿Te atreverías tú a ensayar un truco de esa especie?

—¿Y por qué no? —replicó Gil con la más alegre de sus sonrisas.

De momento, aquél fue el fin de la conversación. No podía yo imaginar que aquella idea absurda permaneciera latente en el extraño y un poco loco cerebro de mi amigo.

Continuamos con nuestro programa de trabajos hasta que llegó el día de la evacuación, el día en que las generosas aguas del padre Nilo irrumpieron en nuestros abandonados escenarios de excavación para formar el vasto mar interior que habría de llevar la prosperidad al moderno Egipto nasseriano, si bien a costa de ocultar para siempre muchos tesoros desconocidos de aquel otro Egipto milenario tan amado por nosotros los arqueólogos.

Un nuevo proyecto de investigación nos llevó inmediatamente a las fértiles tierras de Mesopotamia, cuna de una civilización tan antigua como la de los faraones, pero mucho peor conocida. Allí habían florecido ciudades cultas y refinadas como la mítica Ur y la poderosa Babilonia, de proverbial fastuosidad. Según algunos científicos, no en otro lugar había existido el legendario Paraíso Terrenal, el origen de una humanidad que luego se había extendido a través de los desiertos continentales. Allí se disponía de un alfabeto escrito y se estudiaban las estrellas en los tiempos en que en Europa los peludos hombres de las cavernas se gruñían unos a otros y afilaban sus instrumentos y armas de piedra para dar caza al mamut y al peligroso auroche, en las inacabables estepas y bosques que cubrían todo un continente.

Las primeras excavaciones dieron resultados animadores, y no tardó en trazarse un completo plan de investigaciones y de experimentos que abarcaban una vasta región de pedregoso valle.

Unas agrestes colinas se alzaban no muy lejos de nuestro campo de operaciones, y no dejó de sorprenderme el interés que desde un principio sintiera hacia ellas mi amigo Gil. En varias ocasiones partió solo en dirección a aquellas elevaciones de

terreno, regresando al cabo de unas horas con grandes muestras de excitación, que no obstante procuraba ocultar. Mostróse silencioso ante mis repetidas preguntas y al fin acabé por desentenderme del asunto, dedicándome por completo a mis propias obligaciones que no eran ciertamente pocas ni ligeras.

Finalmente fue Gil quien me buscó a mí. Sus ojos brillaban con un extraño fuego y al instante comprendí que mi amigo había hecho algún asombroso descubrimiento del que quería hacerme partícipe.

—Antonio —dijo—, escúchame con atención. Creo que he descubierto algo tan fantástico que nadie ha tenido jamás idea de que pudiera existir. Tengo que pedirte un favor...

—Tú dirás —le dije, sin poder evitar contagiarme del entusiasmo de mi amigo, que ardía en sus ojos y hacía temblar sus manos. Nunca antes le había visto de aquella manera.

—Quiero que me jures que no dirás nada de cuanto voy a mostrarte, sin mi permiso. Ni siquiera deberás informar a la comisión de estudios arqueológicos sin antes consultarme. Júralo.

Hice el juramento, un tanto extrañado de tanta ceremonia. Aquello que había descubierto Gil debía ser ciertamente algo poco corriente.

—Bien. Sígueme.

Como ya esperaba, el camino tomado por Gil conducía a las colinas, centro de la atención de mi amigo en los pasados días.

—Fue por pura casualidad que descubrí la caverna, de tal forma estaba escondida su boca entre los matorrales —me iba relatando Gil durante la ruta hacia nuestro objetivo—. Y no le hubiera tampoco concedido demasiado importancia a no ser por la tablilla.

—¿La tablilla?

—Ahora la verás. La dejé junto a la boca de la caverna, para que nadie hiciera preguntas sobre ella. Tú mismo podrás traducirla.

Efectivamente, la boca de la caverna era casi invisible, oculta entre los ásperos arbustos que se amontonaban en los flancos de una de las colinas. Gil se inclinó un momento entre los arbustos y luego me tendió una tablilla manchada de tierra.

—Estaba medio enterrada en el flanco de la colina —dijo—. Posiblemente las últimas lluvias la pusieron al descubierto. Creo que no tendrás muchas dificultades para traducir su contenido.

Los signos grabados en la tablilla pertenecían al caldeo arcaico, muy anterior al predominio de los reyes asirios, una lengua cuyos orígenes se perdían en la remota noche de los tiempos.

—«Te encuentras ante la Caverna del Sueño» —deletreé lentamente—. «Pero este sueño es muy diferente al de la Muerte, y de ello no deberá quedarte ninguna duda».

Miré interrogativamente a mi amigo.

—¿Has entrado ya en la caverna? —le pregunté.

—Desde luego. Acompáñame y verás lo que he encontrado.

Apartamos los arbustos y nos introducimos por la estrecha boca, apenas suficiente para permitir el paso de una persona robusta. Pero una vez en el interior, Gil encendió una linterna y me encontré en un túnel relativamente ancho y, lo que era más de extrañar, bastante limpio. Las paredes parecían de roca y el nivel del piso descendía poco a poco, haciéndome comprender que la caverna se hundía gradualmente en las profundidades de la tierra.

—No hay ningún peligro —me animó Gil—. Sígueme.

Iluminados por la luz de la linterna, avanzamos a lo largo del túnel. No se advertía ningún respiradero visible, pero el aire se mantenía respirable, si bien con un ligero olor indescriptible, algo que nunca había sentido en el curso de anteriores excavaciones.

—Estas cavernas son muy antiguas, inconmensurablemente anteriores al nacimiento de Cristo —me iba explicando mi amigo—. Casi al final de este túnel tropecé con un pequeño derrumbamiento, que debí desescombrar. Y no te quepa duda que el origen de ese derrumbamiento está a dos milenios de nuestra época actual, por lo menos. Así, pues, ningún fraude puede haber en lo que encontré al otro lado.

—¿Qué es lo que encontraste? —no pude menos de preguntar.

Pero mi amigo no quiso responderme, dándome a entender que muy pronto podría descubrirlo por mis propios ojos. El túnel se curvaba ahora hacia la derecha, y los rayos de la linterna tropezaron de pronto con una masa de escombros apresuradamente retirados para dejar paso. Para mi sorpresa, una leve luminosidad azul parecía brotar del otro lado.

—¿Qué es eso? —pregunté, un tanto inquieto, pero Gil me empujó suavemente hacia adelante, haciéndome cruzar la barrera.

—Prepárate a recibir una gran sorpresa, Antonio —me dijo.

¡Y por Dios que la recibí! Apenas si pude darme cuenta de que ahora nos encontrábamos en una gran sala subterránea cuyo fondo no era alcanzado por los rayos de la linterna. Fue lo que había en esta sala lo que me hizo dudar de mi razón.

La luz azulada formaba una aureola impalpable en torno a un objeto alargado de metal igualmente azul, cuya naturaleza no pude descubrir. Unos pasos más me hicieron descubrir que el objeto alargado era en realidad un ancho ataúd abierto, en cuyo interior reposaba una momia.

Me volví hacia Gil, sin poder dar crédito a lo que mis ojos habían visto.

—¡Pero... pero... esto no puede proceder de dos mil años en el pasado! —le grité—. Esa gran caja de metal... esa luz...

—No, no puede proceder de las antiguas civilizaciones caldeas, tal como las conocemos —convino Gil—. Ni tampoco puede proceder de nuestra propia civilización moderna. Esto es el fruto de una técnica mucho más avanzada que la nuestra, de una civilización perdida que floreció antes del nacimiento de nuestra historia. Ven, acércate.

Me llevó cerca del objeto incomprensible, y entonces pude advertir que la luz azul rodeaba el ataúd metálico como un velo transparente pero material. Gil llevó mi vacilante mano hacia ese velo, y pude notar la dureza de un obstáculo impenetrable.

—La luz forma una barrera completamente sólida —dijo Gil—. He intentado quebrantarla por todos los medios, pero me ha sido imposible. Quienes construyeron el dispositivo disponían de una sabiduría al lado de la cual nuestra ciencia apenas es otra cosa que una barbarie.

—¡Seres de otros planetas! —exclamé.

—Quizá.

Retrocedí un par de pasos, y de pronto pude darme cuenta de toda la importancia de aquel descubrimiento.

—¡Gil! —grité—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? Nuestros nombres serán famosos en los anales de la Ciencia. ¡Escucha! Por primera vez el hombre moderno entra en contacto con una técnica superior a la suya, llegada del espacio o de los abismos del pasado, no lo sé. ¿Te das cuenta...? —La enormidad del hecho acalló mi voz.

Pero mi amigo negaba con la cabeza.

—No, Antonio —dijo gravemente—. Recuerda tu juramento.

La sorpresa me hizo recobrar el habla inmediatamente.

—¿Mi... juramento? —tartamudeé—. Por amor del Cielo, ¿quieres decir que no vas a informar... acerca de este fantástico descubrimiento?

—Este descubrimiento puede ser importante para el mundo —dijo Gil—. Pero lo es mucho más para mí, amigo Antonio. Encontré otra tablilla, ésta de metal, en la que se descubren... Pero mejor es que la veas tú mismo.

Rodeó el inquietante objeto aureolado de luz azul y regresó un instante después con una placa de aquel extraño metal desconocido.

Me sorprendió la ligereza de la tablilla. Sus caracteres eran similares a los de la otra, por lo que fui capaz de traducirlos sin dificultad.

«Cuando la línea roja y el punto queden unidos, el fuego azul se extinguirá. Y todos aquellos que, vestidos con venda de lino, se tiendan en el lecho del Sueño, dormirán al abrigo de la vejez y de la muerte, navegando a través de las edades. Y despertarán en un tiempo extraño para ellos, maravillándose con lo que allí habrán de contemplar sus ojos.

Gil no me dio tiempo a meditar sobre aquella extraña inscripción. Me cogió de la mano y me llevó al otro lado del ataúd.

—¡Mira! El punto rojo y la línea roja de que habla la tablilla.

En un costado del extraño féretro podía verse una circunferencia de color blanco, destacándose del metal azul que la rodeaba. El diámetro de la circunferencia estaba trazado en forma de una fina línea rojiza, y sobre aquella, dibujado o grabado en el azulado material, destacaba un punto rojo y brillante.

—La circunferencia blanca gira lentamente —anunció Gil—. Lo he comprobado

con un visor milimétrico, y también he calculado su período de rotación. Dentro de veintitrés días, el extremo del diámetro rojo coincidirá con el punto rojo que hay encima...

—¿Y qué crees que sucederá entonces? —le pregunté.

Gil sonrió, y sus ojos brillaron con aquel fuego aventurero que yo tan bien conocía.

—¿No has entendido lo que la tablilla de metal dice, Antonio? —dijo—. «... dormirán al abrigo de la vejez y de la muerte, navegando a través de las edades...». ¿No lo comprendes? El ocupante del ataúd no está muerto, Antonio. ¡Está en estado de hibernación, conservado por la máquina hasta su despertar en un tiempo futuro!

Retrocedí un paso, espantado.

—¡Así que es eso lo que quieres! —exclamé.

La mano de Gil cayó sobre mi hombro.

—¡Eso es lo que quiero! Esta época no es la mía, Antonio. Pertenezco al pasado, o si no al remoto futuro, cuando los hombres naveguen entre las estrellas. No sé quién construyó la máquina, ni el propósito de la misma. Tal vez una astronave naufragó en nuestro planeta hace dos millares de años y su ocupante decidió hibernar hasta que la embrionaria humanidad hubiera sido capaz de construir astronaves propias... que le llevaran de regreso a su hogar en las estrellas. No lo sé ni me importa... tan sólo sé que aquí tengo la oportunidad de realizar mi sueño.

Tragué saliva mientras el horror invadía mi mente al darme cuenta de que mi amigo hablaba en serio, de que verdaderamente pretendía embarcarse en aquella loca aventura.

—¿Es que te has vuelto rematadamente loco? —estallé al fin—. ¿Qué sabes tú de la verdadera naturaleza de ese artefacto? Si tu teoría es cierta, ese hombre que yace ahí dentro es un ser extraterrestre, con distinto metabolismo al tuyo. Tal vez antes de introducirse en el ataúd debió tomar alguna droga, prepararse médicamente de alguna manera... ¡Si te tiendes a su lado eso puede significar la muerte inmediata para ti!

—¡No! —rechazó mi amigo—. Existe la invitación. Antes de poner en marcha el aparato, el constructor grabó una tablilla en el lenguaje que los humanos hablaban en la época, les invitó a unirse a su aventura, a viajar al más lejano futuro de su propio planeta. ¿No lo has leído? Ese mensaje va dirigido a los hombres de todas las épocas... va dirigido a mí. ¡Escucha! ¿Y si el ser del ataúd no fuera un extraterrestre, sino simplemente un aventurero de la antigüedad que sintió las mismas inquietudes que yo, y que se embarcó voluntariamente en esta travesía temporal? ¿Y si el constructor, humano o no, se limitó a dar a los hombres un camino, una puerta hacia el futuro, a donde su fantasía y su deseo de aventuras les llamaba?

»No, Antonio, no tengo derecho a rehusar. Y más aún, si tú quieres... puedes acompañarme en esta odisea. El recipiente, el ataúd, como quieras llamarlo, es muy ancho y en él podremos caber los tres...».

La monstruosa proposición logró ponerme los pelos de punta. Entrar en aquel

féretro diabólico que podía matarme o, peor aún, proyectarme hacia un mundo extraño, un futuro poblado por monstruos, por gentes inhumanas dueñas de una ciencia inimaginable, pero completamente ajenas a mi forma de pensar y de vivir...

—¡Nunca lo haré! —grité—. ¡Y te impediré cometer esa locura!

—Antonio —la voz de Gil era ahora seca—. No hubiera querido recordártelo, pero tienes una deuda conmigo. Recuerda aquella otra caverna, en Marruecos. De no ser por mí ahora estarías muerto, y en recuerdo de ello te pido, ¡te exijo!, que me ayudes. No te obligo a seguirme, pero necesito tu ayuda para emprender yo mismo el viaje. Estás obligado a prestármela.

Me eché hacia atrás un paso, luego dos. Y luego mi mente asumió todo el significado de las palabras de Gil. Sí, estaba en deuda con aquel hombre, y debía ayudarlo a cumplir su voluntad. Todo ser humano tiene el derecho de elegir su propia vida y también, si puede, su propia muerte. Si todos los sueños y esperanzas de mi camarada se hallaban en aquel viaje insensato, no era yo quién para destruirlos o frustrarlos.

—Está bien, Gil —dije firmemente—. Cuenta conmigo.

Sentí el férreo apretón de manos de mi amigo, y en el acto éste empezó a explicar su plan.

—No sé cuánto tiempo se mantendrá apagada la luz azul, pero sospecho que muy poco, quizá sólo unos segundos. Creo que el tiempo está abolido en el interior de la aureola luminosa, y eso es lo que protege al durmiente y al mismo tiempo nos impide el paso al interior. Cada tres meses la barrera se abre, el tiempo vuelve a correr y el durmiente envejece unos segundos. Esos son los segundos que yo debo aprovechar para tenderme a su lado.

»La tablilla habla de vendas de lino. Las conseguiré y, con tu ayuda, me vendaré todo el cuerpo a semejanza del que yace ahí dentro. Todo debe estar ejecutado al segundo, o tendremos que esperar otros tres meses antes de intentarlo otra vez. Una vez restablecida la barrera, volarás la boca de la cueva para que nadie pueda interrumpir nuestro sueño. Yo dejaré aquí dentro una buena cantidad de dinamita debidamente protegida, por si necesito abrirme camino hacia afuera cuando llegue la hora de mi definitivo despertar...

Así, en la oscura caverna donde lucía un objeto no construido por manos humanas, me fue revelando el plan del más demencial viaje que mente de hombres pudiera planear. Un viaje a través del tiempo en pos de un quimérico futuro de gloria y aventura...

Gil había traído la dinamita y un juego de pico y pala, para abrirse camino desde lo más profundo de la caverna, hacia el mundo exterior de los hombres del futuro. Yo le había aguardado intranquilo, en la boca de la caverna, preparado para desempeñar mi papel en el juego.

¡Había llegado el gran día! Según los cálculos de Gil, dentro de unas horas la

línea roja coincidiría con el punto del mismo color y la barrera de luz azul se abriría ante nosotros. Todo había sido preparado perfectamente y si algo fallaba, no seríamos nosotros los culpables.

Cuando llegamos a la sala subterránea, ya la línea rozaba el punto fatídico. Gil se despojó de sus vestiduras y yo le ayudé a envolverse en las vendas de lino, hasta asemejarse en todo al ser que yacía dentro del aparato, vagando a través de los tiempos.

—Adiós, Antonio, viejo amigo —me dijo Gil, abrazándome. Su voz sonaba extraña y apagada a través de los vendajes que cubrían su rostro—. Acabe como acabe esta aventura, mi agradecimiento por ti será eterno.

Sentí un nudo en la garganta mientras golpeaba su espalda cubierta también de tejido. Pero en el instante siguiente surgió una vibración indescriptible que llenó la sala entera. ¡La luz azul empezó a desvanecerse!

—¿Ha llegado el momento? —preguntó Gil, ciego tras las vendas que cubrían sus ojos.

—La luz se está apagando —asentí—. Vamos.

Cuando llegamos junto al artefacto ya no quedaba rastro de luz azul. La única iluminación de la caverna era proporcionada por la linterna de mi amigo, colocada en el suelo. Rápidamente, como habíamos ensayado una y otra vez, coloqué a Gil tumbado al borde del ataúd, paralelamente al ser del interior.

—¡Adiós, Antonio! —gritó de nuevo mi amigo.

—¡Adiós, Gil! —respondí. Y le empujé al interior, saltando luego hacia atrás.

Recuerdo claramente que en el último momento sentí un atisbo de extrañeza ante algo que advertí. El cuerpo del ser dormido era «exactamente de las mismas proporciones» que el de mi amigo. Pero no tuve tiempo de establecer ninguna conclusión, pues lo espantoso se produjo en aquel preciso instante.

Cayó el cuerpo de Gil hacia el del desconocido durmiente «y en el mismo momento el cuerpo del durmiente saltó a su encuentro». Ambas figuras vendadas chocaron de costado, se interpenetraron... ¡y las dos se desvanecieron como sendas volutas de humo!

Durante una décima de segundo quedé contemplando el maligno aparato, ahora completamente vacío, sin que mi mente aceptara lo que había visto. Y en la décima de segundo siguiente, cuando ya mi boca se abría para gritar, una terrible vibración estalló en el artefacto, lanzándome hacia atrás al mismo tiempo que la linterna se apagaba y todo quedaba envuelto en tinieblas.

Dios me sirva de testigo de que en aquella terrible oscuridad me pareció oír una demoníaca risotada y creí ver el fulgor de dos espantosos ojos amarillentos, situados a una gran altura sobre mi cabeza y con una separación monstruosa entre ellos. Rodé y rodé por el suelo, gritando sin parar, hasta quedar acurrucado en un rincón, con los brazos ocultándome puerilmente el rostro y la mente sumida en un océano de terror.

Nada se movía en la sala y fue así que finalmente conseguí tranquilizarme y abrir

los ojos en las tinieblas. Ningún maligno par de ojos lucía en la oscuridad, de manera que llegué a convencerme de que todo había sido efecto del terrible choque. Me arrastré lentamente hacia donde habíamos dejado nuestros equipos y logré empuñar la linterna de reserva, iluminando con ella la sala subterránea.

Nada había en ella. Ningún monstruo gigantesco me amenazaba, ni ser viviente alguno se advertía en toda la extensión de la gran caverna. También había desaparecido el artefacto, junto con Gil y el enigmático ser con el que su cuerpo se había fundido. Ningún rastro quedaba de su anterior existencia.

Llamé a mi amigo con todas mis fuerzas, haciendo resonar ecos burlones en las paredes de roca. Y luego perdí la cabeza y decidí vengarme en la caverna entera, en el túnel que nos había conducido hasta ella y en la misma colina que la contenía.

No hubiera sido buen arqueólogo si no hubiese tenido conocimientos de geología. Y así fue como coloqué las cargas de dinamita en los puntos que me parecieron más vulnerables de todo el complejo subterráneo. Empleé todo el explosivo, el destinado a cerrar la caverna y el que Gil se había reservado para su posible salida al exterior, en los tiempos futuros que nunca habría de alcanzar. Trabajé con la eficacia del maníaco y cuando, ya fuera de la caverna, produje la explosión a distancia, nada quedó de aquellas aborrecibles estancias subterráneas, barridas y sepultadas por toneladas y toneladas de roca y tierra desprendida. Antes de que nadie llegara al lugar de la explosión, yo ya emprendía el camino del campamento, dando un rodeo para evitar cualquier posible y enojoso encuentro.

La aventura había terminado, y nunca más volvería mi amigo Gil a conversar conmigo en los apacibles atardeceres ni a tomarme por confidente de sus inquietudes y soñadas aventuras.

Tales son los hechos que realmente sucedieron, y creo firmemente que nadie jamás encontrará la explicación exacta de los mismos. Pero yo, en el curso de estos siete años he creído forjar una teoría. Una teoría tan loca como la misma realidad que viví, pero que incluye hechos como la desaparición de los dos cuerpos al chocar entre sí, la extraña semejanza de los mismos y la impenetrabilidad de la barrera azul.

Y también la tablilla. Porque como único recuerdo de mi increíble aventura conservé la tablilla de metal azul que Gil encontró junto al artefacto de la cueva. Algunos científicos han examinado el metal de que está compuesta y no han sabido darme su nombre, quedando intrigados ante su incapacidad para analizarlo. Pero eso no me importa.

Tan sólo me interesa el mensaje que la tablilla encierra, la inscripción que he leído y releído cientos de veces, hasta vislumbrar todos sus posibles significados, «... dormirán al abrigo de la vejez y de la muerte, navegando a través de las edades...». Sí, navegando a través de las edades... ¿pero en qué dirección?

Gil había querido navegar hacia el futuro, pero no lo había logrado. ¿Y si el artefacto lo hubiera lanzado «hacia el pasado»? ¿Y si el enigmático durmiente no hubiera sido otro «que el propio Gil en su camino hacia el pasado»?

Había visto yo dos cuerpos lanzándose uno contra el otro hasta fundirse entre sí y desaparecer. O bien había visto otra cosa muy distinta, el cuerpo de mi amigo caer hasta mitad de camino del fondo del ataúd, con el tiempo corriendo hacia adelante y luego, pasada la línea media, el mismo cuerpo llegando al fondo del ataúd, «pero con el tiempo corriendo hacia atrás».

Las implicaciones de mi teoría eran ciertamente enloquecedoras, pero inevitables. Gil había penetrado en el artefacto y había comenzado el largo sueño de hibernación que deseaba, pero hacia el pasado, cada vez más atrás en el curso del tiempo. Habían coexistido dos Gil distintos, uno en el exterior de la barrera azul y otro en el interior, ambos coincidentes en el presente, pero uno de ellos avanzando en dirección pasado-presente-futuro y el otro retrocediendo en sentido futuro-presente-pasado. ¿Qué de extraño había en que la barrera de luz azul fuera impenetrable... en ambos sentidos?

Así, pues, el artefacto no había sido un regalo dejado a la humanidad para permitirle el viaje al futuro, sino un anzuelo lanzado precisamente desde el pasado para «pescar» un ser aventurero y decidido y traerlo a las épocas arcaicas. Quizá por aquel monstruoso ser que creí entrever en la caverna, al aparecerse para gozar de su triunfo. ¿Con qué designios? Quizá simplemente por curiosidad, puede que por simple juego.

¿Y cuál fue el destino de mi amigo? También para eso creo tener una respuesta. Mi camarada Gil, Gil Gámez Montalbán, «Gil Gámez» había deseado una vida de aventuras heroicas, de hazañas legendarias. Y precisamente las más arcaicas leyendas de la Humanidad narran la historia de un héroe maravilloso, del primer gran aventurero de la historia, cuyas aventuras se desarrollaron precisamente en la Mesopotamia primigenia, en los tiempos de las primeras civilizaciones protocaldeas. Un héroe dominador de dragones, conquistador de ciudades, buscador de la inmortalidad. «La leyenda de Gilgamesh».

¿Gilgamesh? ¿Gil Gámez? Tal vez una simple coincidencia fonética, pero en ocasiones pienso que quizá aquel gigantesco ser de la caverna no fuera tan maligno como al principio me pareció. Pienso que quizás mi amigo Gil Gámez Montalbán ha alcanzado el mundo al que en realidad pertenecía y en el que sus más locos sueños y anhelos se han convertido en realidad. Un mundo de gloria y aventura en los tiempos arcaicos de la Historia, cuando la humanidad era joven y violenta y las más increíbles hazañas eran posibles para los héroes de corazón ígneo que tuvieran la fuerza y el valor de intentarlas.

El mundo soñado por mi amigo, y que de todo corazón deseo que haya sido el que sus ojos vislumbraran al abrirse de nuevo en el mágico escenario de la Caverna del Sueño.

Los horribles terrestres

Carlos Saiz Cidoncha

Los dos seres se identificaron una vez más en el último control y al fin pudieron cruzar las puertas del «sancta sanctorum», la inmensa sala donde, en millares de jaulas y habitáculos vivían los especímenes vivos de un millar de mundos siderales.

—¡Te digo que nunca antes habíamos encontrado nada igual! —continuó su apasionado alegato el capitán explorador—. Cierto que nunca antes había llegado nuestra nave más allá de la Décima Nebulosa, hasta ese sector espacial casi en el borde de la Galaxia...

—¿Cómo dices que llaman sus habitantes al planeta? —interrumpió brevemente el periodista.

—Tierra. Al menos eso es lo que sacamos en claro de la investigación telepática del capturado... una de las pocas cosas que sacamos en claro. ¡Y por todos los soles que espero no volver a caer por sus cercanías en lo que me resta de vida!

El periodista lanzó sobre la marcha una distraída mirada a la colección de monstruosidades cautivas que flanqueaban por ambos lados su camino.

—¿Tan dura fue la captura del ejemplar? —inquirió.

El capitán hizo un gesto displicente.

—¡Oh, no! Por esa parte no hubo nada extraordinario. Ya sabes cuales son nuestros métodos, encaminados a ocultar en lo posible nuestra intervención a las razas dominantes de los planetas en que actuamos. Descendimos en plena zona nocturna y no nos costó mucho localizar a un ejemplar aislado que caminaba lejos de todo otro semejante suyo. Caímos sobre él y lo paralizamos con rayo «krhi» antes de que pudiera reaccionar. Paralizado estuvo durante todo el camino, colocado además en hibernación, pues hasta que se le hiciera el análisis telepático en el instituto Xenológico, ni siquiera podíamos saber —hizo un gesto de asco— lo que comía.

—¿Y luego...?

—Luego, cuando se le devolvió la libertad de movimientos... entonces fue cuando empezó todo. Imagínate, logró escaparse un par de veces y casi mata a uno de los investigadores. ¡Sí! —agregó al advertir el gesto de incredulidad de su interlocutor—. A pesar de que los habitáculos standard son prácticamente invulnerables, logró escaparse y sólo tras el análisis telepático descubrimos la forma de mantenerle encerrado. ¡Bicho del diablo!

El periodista observó cómo el astronauta se iba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Seguro que era un ser de la raza predominante? —preguntó—. ¿Un ser inteligente?

—¡Seguro! El análisis fue terminante al respecto. Una inteligencia sensiblemente igual a la de nuestra raza, quizá incluso algo superior. Los terrestres se visten, viven en ciudades y tripulan vehículos de superficie, acuáticos y aéreos. Pero...

—¿Pero...?

—¡Todo lo demás! ¡Un metabolismo tan distinto al nuestro que ha estado a punto de volver locos a nuestros mejores biólogos! ¡Su repugnante forma de alimentarse! ¡Y sobre todo... lo que el análisis telepático dio a entender!

—¿Qué fue ello?

—¡Odio! Un odio espantoso, inconcebible, no por haber sido capturado, sino general, total, atávico, inseparable de todos los miembros de su maldita raza, ya que está en las raíces de lo más profundo de su ser racial. ¡Deseos de destrucción! Hasta un punto que nosotros no podremos nunca comprender. Y en el fondo de todo ello...

El astronauta se agarró convulsivamente a uno de los brazos de su acompañante.

—¡Maldad! Una maldad primigenia, inmunda, insoportable —hizo una excitada pausa—. Mira, yo mismo he asimilado mentalmente los informes del análisis y casi he sido aniquilado por ellos. Durante todo el tiempo que permanecí dentro de la máquina telepática me pareció estar sumergido en un horrible cenagal resbaladizo de cuya suciedad nunca más podría limpiar mi espíritu. Son malvados en esencia, la raza terrestre es malvada en esencia, de una forma diabólica desconocida hasta ahora en nuestro universo...

Se estremeció violentamente al señalar un habitáculo próximo.

—Allí está. Esa es su jaula.

El periodista atisbo lleno de curiosidad el recinto mientras se iban acercando a él.

—Supongo que habréis reproducido en el habitáculo todas las características de su planeta natal.

—Todas —murmuró el astronauta mientras llegaban frente a la jaula—. Todas menos una...

—¿Y eso?

—Otra aberración en esa monstruosa raza terrestre —dijo el capitán explorador en tanto que ambos se detenían ante la jaula—. De todos los pueblos que habitan en el Universo, el terrestre es el único para el que son mortales los rayos de su propia estrella.

Desde detrás de los fuertes barrotes de plata, el apisionado vampiro les dirigió una mirada de odio infinito.

Los fantasmas defensores de la tierra

Carlos Saiz Cidoncha

La gigantesca nave en forma de cigarro puro apareció al amanecer sobre el Mediterráneo oriental, siendo detectada por los radares turcos. Inmediatamente se dio la alarma, transmitiéndose en el minuto siguiente a todas las bases de la O.T.A.N. en la región. El Pacto de Varsovia fue alertado algo más tarde, cuando las pantallas de radar del portahelicópteros «Moscba» denotaron la presencia de aquel monstruoso «OVNI» sobre las islas del Egeo. Aproximadamente una hora después, todas las emisoras de radio interrumpieron sus programas para dar la noticia.

Los primeros momentos fueron de recelo y mutuas acusaciones. Los Estados Unidos y la Unión Soviética fruncieron el ceño y se miraron mutuamente con desconfianza. Luego fruncieron aún más el ceño y miraron a la China Popular con más desconfianza todavía. Los chinos, por su parte, les devolvieron con creces la mirada y la desconfianza.

Cuando la verdad evidente se abrió al fin camino, la desconfianza cedió paso al pánico. Aquella enorme nave no podía proceder de ningún país terrestre. Llegaba «de allá afuera», de los abismos misteriosos del espacio cósmico, y su venida podía significar cualquier cosa. El teléfono rojo entró en funcionamiento, y el tráfico en las comunicaciones internacionales se triplicó en las horas próximas al mediodía.

Entretanto, la nave continuaba su camino hacia Occidente. No iba excesivamente rápida, como si realizara una exploración exhaustiva del terreno o como si vacilara en la elección de su punto de aterrizaje. Finalmente descendió hacia el Sur e hizo su aparición sobre la blanca ciudad de Argel, sembrando el pánico entre sus habitantes. Su negra sombra se cernió sobre la ciudad moderna, desde el puerto hasta las primeras callejas de la Casbah. Quedó inmóvil en el aire como un gran dirigible inflado de gas.

No tardaron en hacer su aparición los primeros reactores de las Fuerzas Aéreas Argelinas. Una escuadrilla de Mig-21 atronó el espacio, trazando un tirabuzón en torno a la nave extraterrestre. Los pilotos tenían orden de no disparar sus armas en ningún caso, de manera que se limitaron a dar varias vueltas en torno al objetivo.

Pasados los primeros momentos de pánico, calles y terrazas aparecieron repletas de público. Se hicieron miles de fotografías, al tiempo que innumerables prismáticos y telescopios apuntaban a la inmóvil masa celeste. El murmullo de los comentarios y las conversaciones resonaba en toda la ciudad. Todos esperaban que la nave extraterrestre hiciese algo.

Y desde luego no se vieron defraudadas. De repente, las conversaciones se

resolvieron en un unánime grito de terror exhalado por miles de gargantas. La nave no se había movido, ni nada parecía haber cambiado en ella. Pero los siete Mig-21 se desintegraron de pronto en el espacio, dispersándose sus restos en todas direcciones.

—¡Comandante Ran-Kulg! ¿Por qué ha hecho eso?

Ran-Kulg se volvió majestuosamente hacia el periodista. Desde el primer momento le había molestado su inclusión en aquella nave a su mando. Conocía y despreciaba aquella estúpida cadena de prensa, pacifista y llorona, opuesta siempre a los designios de grandeza de Klang y de la raza que lo habitaba. Bien, debía soportar a bordo aquel estorbo, pero no pensaba dejarse influenciar en absoluto por él. Y se lo haría saber a las claras.

—Esos aparatos eran evidentemente hostiles para la seguridad de la nave —dijo con toda la ironía de que fue capaz—. He actuado completamente de acuerdo con los Reglamentos Navales...

—¡Esos aparatos aéreos ni siquiera nos habían atacado!

—Según mi criterio, su intención era agresiva —se mofó Ran-Kulg—. Y en esta nave mi criterio es el que prevalece. Informe a sus lectores como lo tenga por conveniente.

—Puede estar seguro de que lo haré —exclamó el otro, con rabia—. Eso ha sido pura y simplemente un crimen.

Ran-Kulg hizo un movimiento claramente despectivo.

—Repita eso y le haré encerrar. En esta nave mando yo, y no tolero que se discutan mis decisiones.

Una luz apareció en el comunicador principal. El comandante lo conectó y al momento llegó un parte oral procedente del puente inferior.

—Se nos está atacando con proyectiles explosivos. Llevamos contadas quince explosiones contra nuestra barrera de protección. En este momento detecto tres más.

Ran-Kulg se volvió hacia el periodista, triunfante.

—Sus pacíficos nativos...

—¡Naturalmente! —estalló el otro—. Usted les ha atacado sin previo aviso ni provocación por su parte. Se limitan a defenderse. Ha echado usted a perder toda posibilidad de un contacto pacífico.

—¡Al diablo el contacto pacífico! —replicó el comandante—. Estos primitivos imbéciles no necesitan sino un buen garrotazo que les enseñe quién es el más fuerte.

Se aproximó al archivo y pasó la mano sobre las colecciones de placas metálicas micrografadas que contenían los Reglamentos Navales.

—Agresión no provocada por parte de los indígenas de un planeta en curso de exploración... La respuesta es evidente e incluye un escarmiento lo suficientemente energético como para que los nativos renuncien a cualquier futuro ataque a la nave o a sus tripulantes. Artículo ciento veinticuatro del Código de Exploraciones Interestelares. Dadas las circunstancias, estimo oportuno el uso del «nakla».

El periodista dio un respingo.

—Comandante Ran-Kulg, usted no puede desencadenar el «nakla» sobre una ciudad habitada —el horror no le permitía levantar la voz.

—¿No? —preguntó humorísticamente el comandante—. ¿Por qué no, si puede saberse?

—¡Porque eso sería espantoso! —gritó al fin el periodista—. Allí abajo hay miles de personas. Si el «nakla» cae sobre ellos... verán como sus cuerpos se desintegran lentamente en el aire, junto con todas sus pertenencias. ¡Sería horrible!

—Pues precisamente por eso voy a utilizarlo —rió el oficial—. Lo suficientemente horrible como para que los supervivientes de esa ciudad nos muestren el debido respeto cuando descendamos. Constituirá una saludable advertencia para aquellos que se han atrevido a dispararnos con sus cañones.

Sin hacer caso a las protestas del periodista, dio las oportunas órdenes por el comunicador. Al placer de aniquilar al enemigo se unía el del desprecio que hacía a aquel estúpido y a sus sensibles ideas. ¿Acaso el glorioso planeta Klang había conquistado su imperio cósmico a base de altruismo y «respeto a los indígenas»? Cuando los nativos se dieran cuenta de quien tenía la fuerza, sólo entonces valdría la pena hablar con ellos y exponer las condiciones de la anexión.

Aún intentó el molesto periodista un último recurso a favor de la ciudad extranjera.

—¡Espere! —dijo—. Déjeme descender a mí solo en esa ciudad. ¡Le prometo lograr un acuerdo respecto a nuestro aterrizaje!

—Usted no forma parte de la tripulación de la nave —se burló el otro—. No puedo permitir que se ponga en peligro. El método que voy a emplear es mucho más sencillo y seguro.

—¡Pero no puede usted cometer ese crimen!

—No, ¿eh? —preguntó el comandante. Y gritó ante el micrófono—. ¡Ejecución!

Un terrible halo pálido surgió de la proa, cayendo de lleno sobre la ciudad. Estaban demasiado lejos para ver el espanto de las gentes, pero al poco tiempo vieron derrumbarse varios edificios, hundirse algunas de las embarcaciones ancladas en el puerto.

—¡Esto les enseñará quiénes somos! —gritó Ran-Kulg, excitado—. Si ha quedado alguien con vida, lo pensará dos veces antes de volver a atacar una nave klanguiana.

—¡La opinión pública se enterará de esto, comandante! —amenazó el periodista.

—¡Me importa un bledo la opinión pública! —exclamó alegremente el comandante—. Sé que el Almirantazgo me respaldará. Voy a dar al Imperio un nuevo planeta, y sólo los traidores se opondrán a ello...

—¡Yo me opongo a ello, y no soy ningún traidor! —se indignó el otro—. Esos indígenas tienen una civilización relativamente elevada.

—Su opinión no me interesa. Según la mía, la única que debe ser tomada en cuenta mientras mande esta nave, la gentuza de ahí abajo no alcanza el nivel de inteligencia

suficiente como para poder ser llamada civilizada. ¡Opóngase, si gusta! Quizá su protesta llegue al Ministerio del Espacio dentro de un par de años, cuando aquí exista ya una floreciente colonia.

»¿Piensa que se cambiará de opinión entonces, y se repatriarán los nuestros, con los gastos que todo ello ocasiona... para dar gusto a esos estúpidos nativos?

—Su deber es dar un informe exacto y ecuánime sobre los nativos.

—¡Mi deber es contribuir a la gloriosa expansión del Imperio Klang... mi patria y también la suya, aunque eso le traiga sin cuidado! Y si para ello debo pasar sobre los cadáveres de cien millones de astrosos nativos... no tenga duda de que lo haré. ¡Ahora cállese un poco, para variar!

Pasando junto al indignado periodista, Ran-Kulg se dirigió de nuevo al comunicador.

—Teniente Rig-Kalash —llamó.

—¡A sus órdenes, mi comandante! —respondió en el acto el altavoz del comunicador.

—A usted le cabe el alto honor de colocar la enseña klanguiana sobre este nuevo planeta. Prepare para el aterrizaje su unidad blindada de desembarco. Nada más. ¡Piloto!

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—No quiero que se tome tierra en medio de esta ciudad de carroñas. Busque algún lugar apropiado algo más al Sur. Nada más.

Conectó la pantalla de visión inferior, siguiendo con interés el progresivo alejamiento de la ciudad irradiada. Bajo la nave desfilaron amplias extensiones de territorio punteadas por algunas pequeñas aglomeraciones habitadas. Poco a poco éstas se fueron haciendo más raras, y por fin la nave voló sobre una extensión casi llana, interrumpida por extrañas formaciones geológicas que el comandante no pudo identificar.

—Mi comandante —llamó el piloto—. Podemos enviar las patrullas de desembarco aquí mismo, si no ordena otra cosa.

—¡Bien! Detengan la nave —dijo Ran-Kulg—. ¡Teniente Rig-Kalash!

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—Inicie la rutina de desembarco. ¡Ejecución!

Dirigió una mirada al periodista, y de pronto se le ocurrió una idea.

—¡Teniente Rig-Kalash! —gritó ante el micrófono—. ¡Contraorden! Suspenda la rutina de desembarco.

—Rutina de desembarco suspendida, mi comandante —la voz del oficial denotaba una cierta perplejidad.

Ran-Kulg se acercó al periodista.

—Tengo una noticia para usted —dijo con suavidad—. Para proteger la seguridad de la unidad de desembarco, me propongo limpiar de toda vida nativa toda la zona en la que ésta tomará tierra.

El periodista dio un paso atrás.

—¡Lo hace a propósito! —acusó—. Está usted asesinando seres inteligentes tan sólo para contradecirme. Eso es...

Pareció no poder encontrar las palabras. Su indignación colmó de placer al comandante. ¡Que metieran periodistas en su nave! ¡Ya veían el caso que hacía de sus objeciones y sugerencias!

—Cumpló con mi deber, que es poner la vida de los klanguianos por encima de la de cualquier apestoso indígena —remachó.

Y dirigiéndose al comunicador, dio las órdenes oportunas, disfrutando de la furia y el espanto de su indeseado huésped.

Desde todas las torretas artilleras surgieron las radiaciones mortales. La zona fue recorrida en todas direcciones, hasta tener la seguridad de que todo indígena situado en ella había quedado definitivamente destruido.

—Una máxima seguridad en las operaciones es garantía de éxito —citó burlón el comandante, a beneficio del indignado periodista—. ¡Teniente Rig-Kalash! ¡Ejecución!

Los paracaídas de antigravedad se desplegaron allá abajo, y los grandes carros de combate iniciaron su descenso suavemente, listos para entrar en funcionamiento una vez llegados a tierra. De acuerdo con lo previsto en el Reglamento Naval, el gran navío de Ran-Kulg se elevó inmediatamente hasta colocarse fuera de la atmósfera, aunque en continua comunicación con la unidad de desembarco.

—Tomamos tierra —resonó en el puente la voz de Rig-Kalash—. Pongo en movimiento los carros de combate para adoptar una posición defensiva tipo seis.

«Nada había de qué defenderse», pensó Ran-Kulg, distraído. Pero las maniobras reglamentarias debían cumplirse, de todos modos. Deseó poder ver el acto de la toma de posesión, pero la pantalla visora era inútil a tal distancia. Debería conformarse con el relato del teniente.

—¡Atención! —exclamó de pronto éste—. He creído ver un movimiento justo bajo el carro número tres. ¡Doy la señal de alerta!

Ran-Kulg se inclinó hacia el micrófono, incrédulo. ¿Movimiento? En la zona de aterrizaje no podía quedar nada capaz de moverse. Esperó, mientras por el altavoz llegaban, confusas, las órdenes de Rig-Kalash a los tripulantes de los otros carros.

—Rectificación —informó al fin el teniente—. No ha habido movimiento alguno extraño. Se trata de una curiosa formación no orgánica, que el carro ha desplazado hacia un lado. Inicio la ceremonia de la toma de posesión.

Ahora el teniente debía salir del carro y avanzar unos pasos, con la enseña de Klang en las manos. El comandante se emocionó, recordando las ocasiones en que él había hecho otro tanto en planetas desiertos o habitados por indígenas primitivos.

—En nombre del planeta Klang y de la raza que lo habita —inició el teniente la fórmula oficial— tomo posesión de este mundo, de su superficie, de su atmósfera y de sus profundidades, de sus tierras y de sus mares, y también de todos los seres

vivos que moren en él ahora y en los tiempos futuros. ¡Qué así sea por siempre!

El comandante cerró los ojos, imaginando la gloriosa enseña klanguiana clavada en aquella nueva tierra... que desde ahora pertenecía al Imperio.

Pero la excitada voz de Rig-Kalash le sacó de su ensueño.

—¡Atención! ¡Advierto movimientos extraños ante mí! Vuelvo de nuevo al carro de combate y tiendo la barrera protectora.

Ran-Kulg se precipitó materialmente sobre el altavoz, incrédulo. Aquello era completamente imposible. ¡La zona había sido barrida concienzudamente! Y cualquier avión u otro aparato aéreo que llegara a ella de improviso hubiera sido detectado por los mismos carros. ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Teniente Rig-Kalash! —llamó—. Le habla su comandante. ¿Han detectado aparatos voladores en las proximidades?

—En absoluto, mi comandante —respondió el oficial—. ¡Los movimientos son cada vez más cercanos, aunque muy confusos! He tendido la barrera.

Ran-Kulg sintió un súbito alivio. La barrera energética detendría cualquier radiación hostil, así como toda bala, granada u obús disparado contra los carros. Si un ser humano pretendía atravesarla sería desintegrado inmediatamente. El teniente y su unidad estaban a salvo de todo ataque exterior. Pero, ¿quién podría atacarles?

—¡Teniente Rig-Kalash! —habló de nuevo—. Examine con atención esos fenómenos de que me habla. ¿No pueden ser remolinos de polvo causados por el viento, o algo semejante?

—¡No es eso, mi comandante! —la voz de Rig-Kalash denotaba un cierto espanto—. Los veo ahora claramente. Son unos seres... u objetos de formas confusas. ¡Mi comandante! ¡Es increíble!

—¿Qué ocurre? —preguntó Ran-Kulg.

Advirtió la presencia del periodista, inclinado como él mismo sobre el altavoz, pero estaba demasiado nervioso para prohibírsele.

—¡Unos instrumentos los captan y otros no! La pantalla cuarta da tan sólo unas siluetas cambiantes, y la sexta no da nada en absoluto. Yo mismo no puedo verles con facilidad... ¡No son seres orgánicos! Parecen estar hechos de niebla... o de arena... ¡Que el Gran Principio nos asista! ¡Se acercan!

—¡Utilice los paralizadores sobre ellos, teniente! —gritó Ran-Kulg.

Hubo una pausa, seguida de un grito de incredulidad.

—¡Los paralizadores no les hacen ningún efecto, mi comandante! Han encajado varias ráfagas, pero pasan a través de ellos como si no existieran.

—¡Desintégrelos! —ordenó Ran-Kulg.

Un nuevo grito le respondió, éste francamente aterrorizado.

—¡Los desintegradores no les afectan tampoco! —aulló el teniente—. Les he disparado con las armas pesadas de los carros, tras bajar un instante la barrera. ¡Ah, algunas de las formas se retiran! Pero una de ellas sigue avanzando, se acerca... ¡Aaaaah!

—¿Qué ocurre? ¡Conteste, teniente Rig-Kalash! —gritó el comandante con todas sus fuerzas.

—¡Es algo horripilante! —gritaba espantado el oficial—. Una cosa en forma de ser humano, pero no construida de materia orgánica, sino de algo indescriptible. ¡Pero tiene brazos, y cabeza, y piernas! ¡Es el fantasma de un ser humano, mi comandante! ¡El fantasma de un ser humano!

—¡Cállese, teniente Rig-Kalash, y no diga estupideces! —rugió el comandante—. ¡Concentre sobre ese ser todo el fuego de sus armas! Los desintegradores, los paralizadores... el lanzador de «nakla»... ¡todo!

—¡Lo estoy haciendo! —fue la desesperada respuesta—. Pero no obtengo el menor resultado... ¡Ah! ¡Ese... monstruo está haciendo algo extraño! Alza una de sus... de lo que deben ser sus manos y la hace girar... ¡Cómo si nos lanzara una maldición...! ¡Oh, no! ¡El carro número cinco ha lanzado una serie de chispas... y ha sido destruido! Veo brotar el fuego. El tripulante intenta abandonarlo...

—¡Cierre de nuevo la barrera, maldita sea! —gritó Ran-Kulg, como si pretendiera hacerse oír sin necesidad de comunicador.

—La barrera está activa, mi comandante. ¡La forma sigue agitando el brazo en movimientos circulares y...! —siguió un grito inarticulado.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

—¡Ha muerto el sargento Rotum-Nesh, mi comandante! —respondió el oficial, con la voz cada vez más alterada—. He visto su cabeza saltar en pedazos... ¡el carro de combate se incendia ahora! ¡Mi comandante, la barrera energética no es obstáculo para las fuerzas que nos atacan! ¡Sáquenos de aquí, por favor!

Ran-Kulg sintió como se posaba sobre su espalda la mano del periodista.

—Esos soldados van a morir —dijo éste—. Debemos descender para salvarlos.

—No puedo poner en peligro mi nave —respondió el comandante—. Los reglamentos me lo prohíben. ¿Pero qué es lo que está ocurriendo allá abajo?

—¡Mi comandante! —llegó la voz asustada de Rig-Kalash—. El carro número dos ha sido también destruido, por el Principio ¡sáquenos de aquí antes de que perezcamos todos! He puesto los carros en movimiento, pero esa forma es más rápida... ¡Ah! ¡He visto la enseña de Klang caer por tierra... completamente deformada!

—¡Procure retirarse, teniente! —ordenó Ran-Kulg—. ¡Disperse los carros!

—¡El monstruo avanza sobre nosotros! —respondió el teniente—. ¡Ha cruzado la barrera, sin sufrir ningún daño! ¡Oh, Gran Principio! ¡Está subiendo encima de mi propio carro! ¡Mi comandante, es... es horrible! No es un ser humano, ni está construido de materia viva... ¡Es horrible...! ¡No! Le disparo con mi arma portátil... ¡está ahora junto a mí! ¡Nooo...!

Siguió un chillido espantoso, y el comunicador calló definitivamente.

—¡Ha muerto! —exclamó el periodista—. ¿Qué clase de monstruos habitan este mundo? ¿Son acaso... fantasmas, como ha dicho el pobre Rig-Kalash?

—No —replicó el comandante—. ¡Los fantasmas no existen sino en la imaginación de las mentes supersticiosas! No sé lo que hay en este condenado planeta, pero voy a acabar con ello de una vez para siempre.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡El Teirón! —gritó triunfalmente Ran-Kulg.

El periodista se le quedó mirando, con horror.

—¡No puede usted matar todo un planeta! —exclamó—. Ese monstruo puede estar aislado... ¡Debemos intentar un contacto con otras gentes... quizá encontremos la explicación!

—¿Qué explicación? —rugió el comandante Ran-Kulg, colérico—. ¿Es que no ha oído usted el relato del desgraciado Rig-Kalash? Son diablos los que moran en ese mundo maldito. Seres monstruosos invulnerables a todas nuestras armas. ¡Imagine que esos monstruos se extienden por el espacio y nos hacen la guerra! No sé si ese supuesto fantasma es un ser aislado, si el resto del planeta está habitado por personas como usted y como yo, hechas de materia orgánica y dotadas de nobles sentimientos... ¡Pero tanto si hay un solo monstruo como si el planeta entero está infestado de ellos... los destruiré! ¡A todos!

Se dirigió de nuevo al comunicador interno de la nave.

—No sé de qué materia estarán hechos esos diablos, pero lo cierto es que viven. Y el Teirón destruye el fenómeno vida, la misma esencia de la vitalidad... en todo el planeta. ¡Armamento! ¡Atención, armamento!

—¡A sus órdenes, mi comandante!

—¡Dispongan el Teirón!

Hubo una pausa.

—Con el permiso de mi comandante —replicó la voz—. Necesito una orden escrita para proceder.

—¡La tendrá!

Rápidamente el comandante Ran-Kulg manipuló en el micrograbador e introdujo la placa en el buzón apropiado.

—¡Reflexione un instante, se lo ruego! —insistió el periodista—. Se trata de destruir un mundo entero, de acabar con toda la vida existente en su superficie...

—Esos monstruos o fantasmas son los seres más peligrosos que nuestra raza ha encontrado hasta el momento en el espacio. ¡Deben ser destruidos! ¡Inmediatamente!

—¿Y la unidad de desembarco?

—Todos deben estar muertos a estas horas. Y si no lo están, tanto peor para ellos. El Almirantazgo me respaldará.

—¡Armamento al habla! —habló el altavoz del comunicador interior—. Hemos recibido la orden por escrito. ¡El Teirón está dispuesto!

—¡Láncenlo sobre el planeta! ¡Ejecución!

Allá arriba, sobre la capa atmosférica, una temblorosa luz verde escapó de la nave klanguiana. Como una centella de extraño color, cayó sobre la superficie terrestre, y

allí se dispersó en un millón de corrientes chisporroteantes, que a los pocos metros se hicieron ya invisibles. Las radiaciones destructoras de la vida recorrieron en pocos minutos todo el planeta, no dejando inmune ni una sola pulgada de su superficie. Luego se consumieron por sí mismas, cumplida su misión asesina.

Allá arriba, en la nave, el comandante Ran-Kulg contaba los segundos en el cronómetro incorporado al cuadro de señales.

—Ya ha terminado todo —dijo con una cierta alegría feroz—. Enviaré una patrulla a explorar la superficie del planeta. ¡Teniente Ress-Kal!

—¡A sus órdenes, mi comandante! —respondió el comunicador.

—Tome el mando de la chalupa e inicie una exploración por la zona donde aterrizaron los nuestros. Pero visite primeramente la ciudad donde usamos por primera vez el «nakla». ¡Ejecución!

Se apartó del comunicador interno y ajustó el exterior a la frecuencia que le convenía. El periodista contemplaba todos sus manejos, con expresión hermética.

—¿Qué se siente después de haber asesinado un mundo entero? —le preguntó.

—La satisfacción del deber cumplido —contestó el otro, sin inmutarse—. Esas formas diabólicas constituían una amenaza para el Universo entero, y yo he destruido esa amenaza.

El periodista guardó silencio.

Pronto empezó a actuar el comunicador de larga distancia, recogiendo la voz del teniente Ress-Kal.

—Estamos sobrevolando la ciudad, mi comandante. Naturalmente, falta todo rastro de vida. Descenderemos en una gran plaza.

Hubo una pausa en tanto que el teniente atendía a la maniobra de la pequeña nave auxiliar.

—Aterrizaje efectuado sin novedad —siguió después la voz—. Gran cantidad de edificios se han derrumbado, pero no se ve ningún cadáver. Los nativos debieron encerrarse en sus casas antes de ser alcanzados por «nakla» o por el Teirón. Exploraremos algunas de esas curiosas viviendas...

Estalló un grito inarticulado.

—¡Mi comandante! —aulló Ress-Kal—. ¡Es imposible lo que está sucediendo! ¡Seres vivos, pese al Teirón! ¡Gran Principio, salen de las casas a miles, se acercan a nosotros! ¡Oh, no son seres humanos, son... algo inconcebible!

—¡Despegue! —ordenó el comandante—. ¡A toda máquina! ¡Pronto, si no quiere perecer!

—¡Son los fantasmas, comandante! —la voz del periodista era terrible—. ¿No lo comprende? ¡Son los fantasmas de los seres indefensos que usted ha asesinado, y que ahora se alzan en defensa de su planeta natal!

Por una vez, Ran-Kulg no fue capaz de contradecirle.

—¡Atención todos los tripulantes! —gritó en cambio por el comunicador inferior—. Preparados para zarpar en cuanto la chalupa sea recogida. ¡Abandonamos este

sistema!

La pequeña Fátima Butaleb había estado toda la mañana guardando el rebaño familiar, de forma que no pudo enterarse de lo que ocurría, ni puede que lo hubiese entendido aunque se hubiera enterado. A la suprema autoridad de sus trece años le había sido encomendada la guarda de otras tantas ovejas, y de ninguna manera podía abandonar tal responsabilidad.

Estaba buscando uno de los animales, extraviado tras de una pequeña colina, cuando vio los extraños objetos. En realidad fue el desesperado balido de terror de la oveja lo que le hizo rodear apresuradamente la elevación, seguida de todo el rebaño.

Había siete objetos muy grandes, dotados de patas que parecían de metal, y cubiertos completamente de luces y bombillas de diversos colores. Eran tan extraños que Fátima ni siquiera tuvo miedo de ellos. Había venido a por su oveja y desde luego no se retiraría sin ella.

Avanzó con precaución, sintiendo a los restantes animales tras ella. No estaba lejos del primer objeto, cuando le pareció ver unos levísimos resplandores que brotaban de él, dirigidos evidentemente a su persona. Curiosa, continuó avanzando.

Sucedieron simultáneamente dos cosas. En primer lugar Fátima descubrió a la oveja, muerta y aplastada por una de aquellas patatas de metal. En el mismo instante, unos nuevos resplandores, éstos de un vivo color rojizo, se desprendieron de las misteriosas máquinas y cayeron sobre ella, produciéndole un fuerte y desagradable picoteo. Sintió como las ovejas balaban de espanto y se retiraban a todo correr.

En ese momento Butaleb pudo haberse retirado, haber huido de lo desconocido. Pero en realidad no sintió ningún temor, sólo una furia terrible. Aquellas cosas, fueran lo que fueran, habían matado una de sus ovejas y espantado al resto. No podía permitir que las cosas quedaran así.

La muchacha requirió la honda que siempre llevaba consigo. Había visto en cierta ocasión cómo su hermano Ahmed abatía un chacal con un arma similar y ella misma había practicado con la suya en las largas y aburridas horas del pastoreo, hasta adquirir verdadera maestría. Escogió un guijarro duro y redondo y, tras hacerlo girar rápidamente, lo proyectó hacia el objeto más cercano.

La piedra alcanzó de lleno el lomo de aquella cosa, haciendo saltar en pedazos un buen número de bombillas. Brotó humo y saltaron chispas en todas direcciones, iniciándose en el instante siguiente un crepitante fuego que envolvió el objeto.

Por un instante Fátima tuvo miedo de haber hecho algo irreparable, de haber destruido una cosa de gran valor y ser merecedora por ello de un severo castigo. Pero ninguna figura vociferante apareció para protestar del estropicio. La única reacción fue un aumento de los relámpagos rojos, dirigidos contra ella y contra las aterrorizadas ovejas que se alejaban a toda prisa.

Aquello acabó de enfurecerla. Bien, aquellas cosas querían pelea y la iban a encontrar. ¡Vaya si la iban a encontrar! Seleccionó una serie de guijarros y contempló

con ojo crítico otra de las extrañas máquinas. En el centro de su parte superior brillaba un grupo de luces rojas, que le parecieron relacionadas con los molestos relámpagos. Las tomó como blanco y las bombillas rojas saltaron en pedazos bajo una certera pedrada. ¡Buena puntería!

Fátima Butaleb estaba ahora poseída de una terrible furia destructora. Una detrás de otra, las piedras se estrellaban contra aquellas lámparas luminosas, lanzadas con infalible puntería. Dos de ellas hicieron arder el segundo de los objetos, en tanto que la tercera hacía trizas la mitad de las bombillas que cubrían otro de ellos. La chica advirtió de pronto una delgada placa metálica cubierta de jeroglíficos que alguien había clavado en tierra y de una magistral pedrada la hizo saltar por los aires completamente abollada.

Los objetos todavía intactos habíanse puesto en movimiento, lo que la impulsó a salir en su persecución. Se movían torpemente, por lo que no tardó en alcanzar uno de ellos y trepar audazmente sobre su estructura, llevada por una temeraria curiosidad. Deseaba saber lo que eran exactamente aquellas cosas.

En el centro de aquel maremagnum de cables y lámparas había también un grupo de luces rojas, y fue al aproximarse a ellas cuando la muchacha recibió el susto más grande de su vida. Porque de repente las luces se alzaron y una figura plateada se enfrentó con ella, lanzando incesantes relámpagos escarlata por un tubo que sostenía en una de sus manos.

Chillando de miedo, Fátima Bataleb retrocedió, sintiendo en todo su cuerpo el escozor de las descargas. Pero al mismo tiempo, en un instintivo movimiento de defensa, disparó hacia adelante un fuerte puntapié que alcanzó a la figura en plena cara, haciendo saltar en pedazos todas las luces rojas.

La figura quedó inmóvil, caída sobre el lomo del gran objeto móvil. La chica se arriesgó a examinarlo, y pudo comprobar que no se trataba de ningún ser humano, sino de un simple muñeco de gran tamaño. ¡Y eso era lo que la había asustado! Enfurecida se ocupó de no dejar entera ni una sola lámpara de las que lucían sobre la máquina. Cuando saltó a tierra, las llamas se alzaban ya de todas partes.

Quedaban en funcionamiento tres de aquellos objetos, pero mientras ella se ocupaba del anterior, ya habían tenido tiempo de dispersarse y alejarse. Como uno de ellos se dirigiera al lugar donde debían estar las ovejas, Fátima corrió tras él, temiendo por los animales.

Tardó algún tiempo en aproximarse, y ya buscaba con la vista una piedra apropiada, cuando de pronto todas las luces se apagaron, y la cosa se detuvo con una sacudida. Como ninguna luz volvió a lucir, ni ninguna parte del objeto a moverse, Fátima dio varias vueltas a su alrededor y luego partió en busca de sus ovejas.

Reunidas éstas y recogidos los restos de la que había sido aplastada, la muchacha volvió al escenario de los hechos. Allá a lo lejos, los dos objetos restantes habíanse también detenido, y todas sus lámparas estaban oscuras. Fátima Butaleb pensó de pronto que aquellas máquinas debían haber sido muy valiosas, y que quizá hubiese

hecho mal en destruirlas para vengar la muerte de una simple oveja. Bueno, después de todo nadie la había visto. Rápidamente puso en marcha el rebaño y, llevando en brazos el animal muerto, abandonó el lugar de la lucha.

—¡Bien, estará usted contento! —acusó Ran-Kulg al periodista—. Esta vez sus queridos indígenas han ganado. ¡Han puesto en ridículo nuestras mejores armas de guerra y humillado toda nuestra potencia militar!

—Todo esto se podría haber evitado, comandante —respondió el otro—. Si hubiéramos intentado desde el primer momento un contacto pacífico...

—¡Al diablo usted y sus contactos pacíficos! —estalló Ran-Kulg—. ¡Un contacto pacífico con fantasmas, con engendros no vivientes!

—Usted dijo que no creía en los fantasmas —recordó el periodista.

—¡Pues ahora sí que creo, maldita sea! Esos seres de allá abajo sencillamente no pueden existir, no tienen derecho a ello. En todos los planetas que hasta ahora habíamos visitado, la vida indígena era parecida a la nuestra, construida a base de las únicas materias orgánicas posibles, el metal que conduce la electricidad y el plástico que la rechaza. Pero esos seres diabólicos del planeta... ¿de qué están hechos? De polvo, de niebla, de aire... Hemos lanzado contra ellos el «nakla» que acelera la oxidación del metal hasta disgregarlo por completo en pocos minutos, los hemos atacado con paralizadores que interrumpen momentáneamente la energía eléctrica que es la base de todo metabolismo viviente, con desintegradores que hubieran debido aniquilar cuanto de metálico hubiera en sus cuerpos... Les hemos opuesto una barrera de energía que teóricamente debía detener toda radiación, hacer estallar todo explosivo y desintegrar todo metal que la intentara atravesar, incluido el de los proyectiles y también el del cuerpo humano. Y por último hemos usado el Teirón, la radiación inhibidora que reduce a la nada el mismo proceso de la vida... el mecanismo electrónico que compone todo cerebro vivo. ¡Lo han resistido todo! ¿Qué pueden ser sino fantasmas? Esos seres no han sido creados por el Gran Principio, por el Constructor de la Primera Fábrica Automática. No, éstos son los hijos del Caos, del Mal, de la Oxidación... Su sistema solar quedará prohibido para siempre al tránsito de naves pertenecientes a nuestro Imperio, y roguemos porque nunca sean capaces de salir al espacio y llegar a los humanos... esas horribles pesadillas.

El mundo se asombró ante la súbita huida de la gran nave. En los días siguientes, la Prensa de todos los continentes se ocupó de relatar los inexplicables fenómenos ocurridos en la ciudad de Argel, donde casi todos los objetos metálicos habíanse corroído inexplicablemente, causando el derrumbamiento de muchas casas, el hundimiento de barcos y numerosas víctimas que quedaron entre los escombros. Con este fenómeno se solía asociar la desintegración de los aviones exploradores, pero nada podía explicar el hecho de que todos los ordenadores y «cerebros electrónicos» del planeta se detuvieran al mismo tiempo, quedando luego irremisiblemente

averiados.

Fueron muchos los argelinos que describieron el platillo volante que se posó en su ciudad para huir precipitadamente poco después. El hallazgo de siete extraordinarios vehículos tripulados por robots, en parte destruidos y en parte aparentemente intactos, suministró material de investigación para varias generaciones de científicos, que no lograron desvelar su secreto.

El conjunto de los sucesos ocurridos aquel movido día dio origen a muchas teorías. En general se pensaba que el fracaso de aquel primer contacto había sido puramente fortuito, y que los extranjeros volverían algún día, debiendo estar entonces todo preparado para establecer una relación verdaderamente amistosa.

Y fue así como año tras año, los grandes telescopios terrestres escudriñaron inútilmente la Galaxia, buscando la imagen de la gran nave en forma de cigarro puro que un día apareciera en los luminosos cielos del Mediterráneo oriental.

La centolla

J. M. Souza Sáez

Uno (muy lento)

La centolla abría y cerraba los dedos móviles de los quelípedos como si estuviera pidiendo socorro a los humanos.

—Mira qué bocas tiene, si te agarra un dedo te lo destroza...

Y el crustáceo movía sus cinco pares de patas sin ritmo, tratando de hacer ver un gesto de dolor; boca arriba estaba muy incómoda y con los ojos pedunculados, que se movían como un péndulo alocado, solamente divisaba un comedor de lujo y la barra de un bar con varios camareros. Se dio cuenta: estaba en el escaparate de un restaurante, si seguía moviéndose los clientes advertirían que estaba viva, fresca y les entrarían ganas de comérsela. Quedó como muerta, disecada... pero el cuadro bucal no podía dejar de funcionar, exopodito y endopodito se movían al unisono, como ventanas que se baten, abriéndose y cerrándose, a causa de un viento fuerte. Creyó que era inútil todo esfuerzo de salvación; nadie la socorrería. Desde fuera, unos la contemplaban como a un manjar y otros como a un bicho maligno. A su lado había una fuente de nécoras ya cocidas, una merluza muerta que tenía en la boca una raja de limón, algunas cigalas y ostras... No tenía escapatoria, de un momento a otro alguien podía pedir que la sirvieran: la echarían en agua caliente y trataría de vivir, de enfriar con sus movimientos el líquido. Una vez roja y con la carne blanda se dispersaría por algunos estómagos: no viviría bajo el mar, en las rocas... tenía mucha hambre, ¿dónde estaban aquellos animalitos microscópicos de que se alimentaba...?

Un sol verde marcaba más o menos la hora de comer, pronto empezaría a llegar gente al restaurante, veraneantes que buscaban disfrutar del ambiente y la comida... Resignada a morir se ciñó a un último recuerdo: una pequeña cueva marina desde donde contemplaba el desfile de muchos peces que viajaban en busca de comida o huyendo de algún enemigo; sintió nostalgia de aquella especie de cuento infantil que flotaba entre sus amistades, quiso...

Huir, aún estaba a tiempo, podía correr hacia atrás y alcanzar la playa... pero el escaparate estaba cerrado; la respiración se le iba haciendo cada vez más dificultosa, menos filtrada, prolongadamente seca...

Y los seres humanos seguían mirando el escaparate: pasó un obrero.

«¿Cuándo será el día en que pueda darme un atracón de marisco? Los ricos siempre disfrutando de lo bueno; todo para los veraneantes, yo siempre trabajando...

trabajando».

La centolla contaba el tiempo sin reloj. El olor a marisco muerto embadurnó el recinto, apestaba a mar comprimido, a...

Alguien abrió el escaparate: era un barman joven cuya especialidad eran los cócteles. Sacó la centolla, la dejó sobre una mesa y la sustituyó, en el escaparate, por otra muerta.

La centolla al saltar de la mesa se rompió una pata, pero no dejó de correr... Había zapatos por todas partes, pero sabía esquivarlos y le servían de camuflaje. Nadie se fijaba, cada uno estaba pendiente de su conversación y saboreaba el aperitivo.

La puerta, la salida, el paso de la congoja a la vida. Pantalones, piernas, tacones... De un triángulo salía una luz lívida inimitable. Se dirigió allí: la calle, el resplandor le hizo daño en los ojos, pero corrió: la estampida era unitaria, sin embargo los coches y la gente se apartaban a su paso...

Dos (lento)

«Un objeto corredor no identificado aterroriza a la ciudad. La gente se ha refugiado en sus casas y nadie se atreve a salir; las fábricas están en paro... el Ejército armado ha salido a la calle...».

La centolla desorientada huía hacia un mundo distinto, de tierra viciada. Agotada, quiso descansar en una ciudad que veía a lo lejos iluminada en rojo, como si en vez de bombillas tuviese brasas.

En efecto: era la ciudad de los vicios, constituida a base de colillas de cigarrillos y habitada por hombres y mujeres desnudos que practicaban el acto sexual a libre albedrío, fumaban, comían, bebían y dormían...

El mar, ¿dónde quedaba la libertad de los animales y de los hombres?

Durmió, y en su despertar notó que la respiración era todavía más difícil, que la luz caía seca... Caminó lentamente, pensativa...

Un alud de metales y una tormenta de balas cayó a su alrededor.

—¡Ahí está el monstruo! ¡Fuego! ¡Que no se escape! —ordenó un cuerpo cualquiera con un sable en la mano.

—¡Es gigantesco! Será necesaria la bomba hache para destruirlo.

—¡¡Fuego!!, ¡¡fuego!!

Varios disparos hicieron blanco, pero los proyectiles rebotaron y se estrellaron contra el espacio. Llegaron los aviones y bombardearon, pero el animal seguía creciendo, la saña humana le iba agrandando el contorno. Siguió avanzando con sus pasos de retroceso: sentía explosiones y los bombazos caer sobre ella como granizos... El mar, ¿dónde estaba el mar? Tierra, mucha tierra seca y húmeda...

Sin querer, tropezaba con ciudades y pueblos... los arrasaba y su cuerpo no dejaba de impregnarse de vicios, de rencores... y la centolla crecía...

Tres (rápido)

—¡Hay que destruir al monstruo o acabará con el mundo!

Todas las naciones estaban unidas por el terror, había desaparecido la política y existía un objetivo: eliminar al OCNI... pero estaba compuesto de vicios, de maldad... y, ¿quién podía destruirlo?

—Caballeros, ¡no queda otra solución! ¡Hay que emplear la bomba H!

Salió un árbol de humo blanco parecido a un hongo venenoso; si verdaderamente existió la manzana del paraíso creo que fue arrancada de ese árbol... Una ciudad inmensa cayó pulverizada por la radioactividad y el monstruo continuó en pie, el descomunal decápodo vivía deseando encontrar el mar, y crecía...

—¡Algo tiene que matar a ese bicho! En la tierra no hay nada inmortal.

—Puede tratarse de un ser de otro mundo.

—Los científicos afirman que es una centolla gigante.

—En tal caso debemos arrojarla al mar; debemos perseguirla y obligarla a que se sumerja en el océano.

—Pero, ¿con qué la perseguimos?

—También podemos orientarla...

La centolla, muerta de hambre y desesperada, se aferraba a sus deseos de purificarse en el mar, de limpiar la carroña que había dado tal aumento a su cuerpo... La casualidad la hizo llegar a un puerto, y cañones de la marina, de muchos buques de hierro, la recibieron con fuego... Se dejó caer a plomo en el agua y el chapuzón levantó un árbol de espuma mucho mayor que el de una bomba nuclear; el oleaje fue tan enorme que todos los barcos se hundieron...

Una vez en el agua la centolla recuperó su tamaño, y en todos los océanos del mundo flotaron cadáveres humanos corrompidos... Dos horas más tarde el mundo estaba limpio.

Veinte años después dos ricachones comían la centolla en un restaurante de lujo.

Diapasón

J. M. Souza Sáez

Alguien definió la acústica como la parte de la física que estudia los sonidos... pero Samuel Beckett nos dijo: «imaginación muerta imagina».

¡Suenas, suenas como el timbre viejo de un reloj amorfo que interrumpe el acto sexual de un matrimonio que se ama! Destruye, rompe con todo aquello que las manos no puedan sostener sin dejar de mantener el estado nítido de la piel... Quitas de mi vista esos pensamientos que a modo de adornos culturales azotan mi cerebro al compás de masturbaciones de loco... ¡Llévatelo todo...!

BRINNNNNNNNNNNNGGGGG

Mi mente temblaba como un junco blandido con violencia... Hay demasiadas horas... son tantas que mis días se componen de $34 \times 60 = 2.040$ minutos, 122.400 segundos... de los cuales... Ya no sé cuáles se consumen inútilmente y cuáles se clavan en mí como una chincheta... Pero también hay por todas partes un poco de amor...

BRINNNNNNNNNNGGGGGNNNNN

Cuando los árboles besan las ondas sonoras de las voces infantiles... y hay un cielo que escribe con tinta azul grandes ilusiones... se oyen palabras que editan humor y todas reciben una sonrisa... Me convierto en un horóscopo lleno de signos abotargados de esperanza. Entonces, ¡cuánto me gusta vivir!

BRINNNNNNNNGGGGGNNNNN

—Óigame.

—¡Diga!

—Sí... sí, sí...

—¿A qué hora?

—No puedo, si te vale un sábado... Ando muy ocupado, no creas que es una disculpa.

—No te preocupes, otro día nos veremos.

—No, no puedo salir esta tarde...

No... no... puedo... salir... esta... tarde...

A veces vibro como un teléfono y dentro de mí se repite lo esencial: mis negativas a perder el tiempo para más adelante perder todo el tiempo que quiera: es la fórmula de trabajar mucho para no volver a trabajar más... Pero mi cabeza cimbrea como un diapasón que bota sobre sonido.

BRINNNNNGGNNNNNGGNGNGNGNGN

—Pronto terminaré el organigrama...

Rayas y números. ¿Sirven para algo...? Bueno, las utilizarán otros robots de oficina para elaborar informes de informes que derivarán en nuevos informes... Tal vez este sistema se quiso eliminar a sí mismo autocreando la «informática»... Hasta cierto punto resulta estúpido, tendremos que trabajar para las máquinas en vez de las máquinas para nosotros. Es muy posible que en un futuro próximo seamos esclavos, pero tendremos la cabeza limpia... Ya he hablado un poquito de mis puntos de vista. He soltado unas cuantas partículas de mi ser para que vosotros, los diapasones, podáis criticar al narrador antes que a la narración...

BRINNGGGGNGNGNGNGNGNGNGNG

No sé si era un científico, un filósofo... un teólogo... un ólogo... ólogo o ¡un majareta! Se armaba de bolígrafo, papel y diapasón, hacía vibrar a este último y escribía con excesiva prisa frasecillas...:

- Las enfermedades son lo único que los ricos no quieren comprar para ellos mismos.

- El amor es un negocio que nos hace trabajar mucho...

- La razón es una fuerza vencida muchas veces por la burocracia.

Cuando el diapasón dejaba de pronunciar convulsiones, este hombre, a base de pliegues, convertía el papel que había llenado en una pajarita y lo tiraba por la ventana.

Al principio me pareció que se trataba de una manía humana, de un tubo de escape para un cerebro que funciona, como la inmensa mayoría, con la gasolina de la monotonía, pero no tuve más remedio que descartar mi idea cuando me dijo, lisamente, con su acostumbrada serenidad:

—Tengo que practicar más, hasta que mi cerebro logre fluir una idea por vibración. Este método parece ridículo, pero el sonido compite de tal manera con la mente que uno de los dos factores ha de vencer; hasta ahora, desgraciadamente, gana

el cerebro: no consigo más que producir un uno por ciento de ideas... Algunas las apunto y después las tiro...

—Pero —dije intrigadísimo—, ¿qué pretende conseguir con eso?

—Llegar a un aumento de mi mentalidad por el esfuerzo.

—¡No lo entiendo!

—¡Se lo estoy explicando de forma sencillísima! Mire, la mente humana es de una elasticidad sorprendente, pero necesita algo que la azote para que se queje con ideas, ¿lo comprende?

—¡No!

No quise discutir, sería meterse en lo absurdo para ser interrogado por lo absurdo... De manera que me limité a observarle día a día:

Día a, hora b: viste siempre de la misma forma, la corbata tiene ya brillos de suciedad.

Día b, hora c: Aparece siempre impecablemente peinado y afeitado...

Día c, hora d: no fuma más que cuando se le ofrece un cigarrillo...

Día d, hora f: ¡ya me he cansado de preocuparme por ese individuo, que haga lo que quiera!

Paseando encontré una pajarita de papel blanco con algunos signos grafológicos de tinta negra: rápidamente la desdoblé, pese a ser la letra pequeña y muy apretada, leí: «la cultura es un modo de olvidar que nunca podremos saber cuanto queremos». «El mundo es una bola, por eso a los políticos les gusta jugar a las canicas». «El sexo es una caja en la que se pretende guardar a todos los pecados del mundo...».

El resto no me entretuve en leerlo porque me entró... Ja, ja... me entró... ja, ja, ja... Jo, jó, ¡la risa...!

¿Que dónde conocí a ese hombre? ¡Mirándome al espejo! Schss, ¡tengan cuidado al afeitarse por las mañanas!

La partida de billar

J. M. Souza Sáez

Las radiaciones verdes del tapete proyectaban unos rayos láser sobre los cuerpos esféricos que no cambiaban el color de las bolas. Eran azules, verdes, naranja, rojas, violeta... y se movían empujadas por otra blanca que se deslizaba, a veces majestuosa, nerviosa... pero casi siempre firme, destacando la serenidad apacible de su color.

—Tira, Luis, no pierdas tiempo.

—Verás como la cinco, la cuelo en el agujero: ¡eso está hecho!...

—Mercurio, Marte... Júpiter, Saturno, la Tierra... Urano... «Urano»... Venus...

Hubo un silencio en el aula, y la maestra, sonriente, lo interrumpió.

—¡Neptuno y Plutón! ¿Ves cómo no te lo sabes?

Un niño escuálido y atacado de polio, que solo tenía de ser humano unos grandes y preciosos ojos azules, preguntó tímidamente:

—Señorita, ¿habrá fin del mundo?

La bola cinco, de azul fuerte, se metió de un golpe en uno de los hoyos laterales de la mesa.

—¡Te lo dije: estaba hecho!

PLUTÓN HABÍA DESAPARECIDO DE NUESTRO SISTEMA SOLAR.

—Pues... Sí, todo tiene un fin, pero pasarán muchos millones de años antes de que esto suceda.

El taco le resbaló y la blanca rodó débilmente para frenar en una de las bandas.

—¡Vaya! ¡Qué mala suerte!

—Ya te he dicho que debes darle mucha tiza, de lo contrario eso te puede ocurrir muchas veces.

TRANSCURRIÓ UN MILLÓN DE AÑOS.

—La jugada está difícil, no creo que la cuele.

Apuntó bajo, y al lateral izquierdo de la número siete. Disparó impetuosamente: el redondo proyectil chocó contra el borde y siguió rodando en diagonal... en su viaje tropezó de refilón con la trece y ésta fue a parar directamente al agujero.

—¡A eso se le llama suerte!

—No contabas con ello, ¿eh?...

—Tienes razón... La suerte influye decisivamente en todo, pero en el juego, creo yo, es donde más se nota.

MARTE SE DESINTEGRABA EN EL ESPACIO.

—Dios anunció un fin del mundo, pero no sabemos cuando será, por eso tenemos que ser buenos para que no nos coja en pecado mortal y vayamos al infierno...

—Señor... mi papá dice que eso lo dicen los curas para que vayamos a confesarnos...

Lejos, en una habitación, dos jóvenes discutían.

—Supón que Dios se ha manifestado en diferentes personas humanas... pongamos, por ejemplo, Jesucristo, Buda, Mahoma... para que cada uno de nosotros, los humanos, «elija» una y la mantenga con amor y fe...

—¿Elija dices? Nada más nacer tienes ya religión, siempre que tus padres pertenezcan a la sociedad civilizada...

—Sí, pero en cuanto puedes razonar por ti mismo, nada te impide abrazar el budismo...

—¡No digas tonterías! Primero hay que saber lo que es; ¿quién sabe a fondo lo que es su religión?...

—Bueno, todos conocemos lo que dice el Catecismo...

—Mira, cada hombre hace un dios de sí mismo; oirás a mucha gente decir «creo en Dios»; pero solamente creen, creemos, para ser exactos, en nosotros mismos y en lo que nos puede suceder sin salir de nuestro casco. Dios es la duda que nos hace vivir para pensar: ¿existe, no existe...? ¡Existe! A mi entender, nuestro sistema solar es una mesa de billar americano: Dios juega partida tras partida: quita y pone planetas...

—Tus ideas son absurdas... En fin, no quiero discutir...

—Señorita, mi abuelo me ha dicho que el mundo terminará cuando estalle la primera guerra nuclear...

—Bueno... ¡Bueno, niños, se acabó! Lo único que os puedo asegurar es que ninguno de nosotros lo veremos...

Quedaba la última bola sobre el tapete. Se apretó el nudo de la corbata, orgulloso de ganar; dispuesto a rematar su triunfo, afianzó el taco entre los dedos y...

LA TIERRA DEJO DE EXISTIR.

La bola blanca quedó en el infinito, triunfadora.

Más tarde, en un tiempo sin cifra para medirlo, unas manos extrañas, misteriosas... comenzaban otra partida: se creaba una nueva galaxia, un siglo cero... luego una era primaria...

FIN

